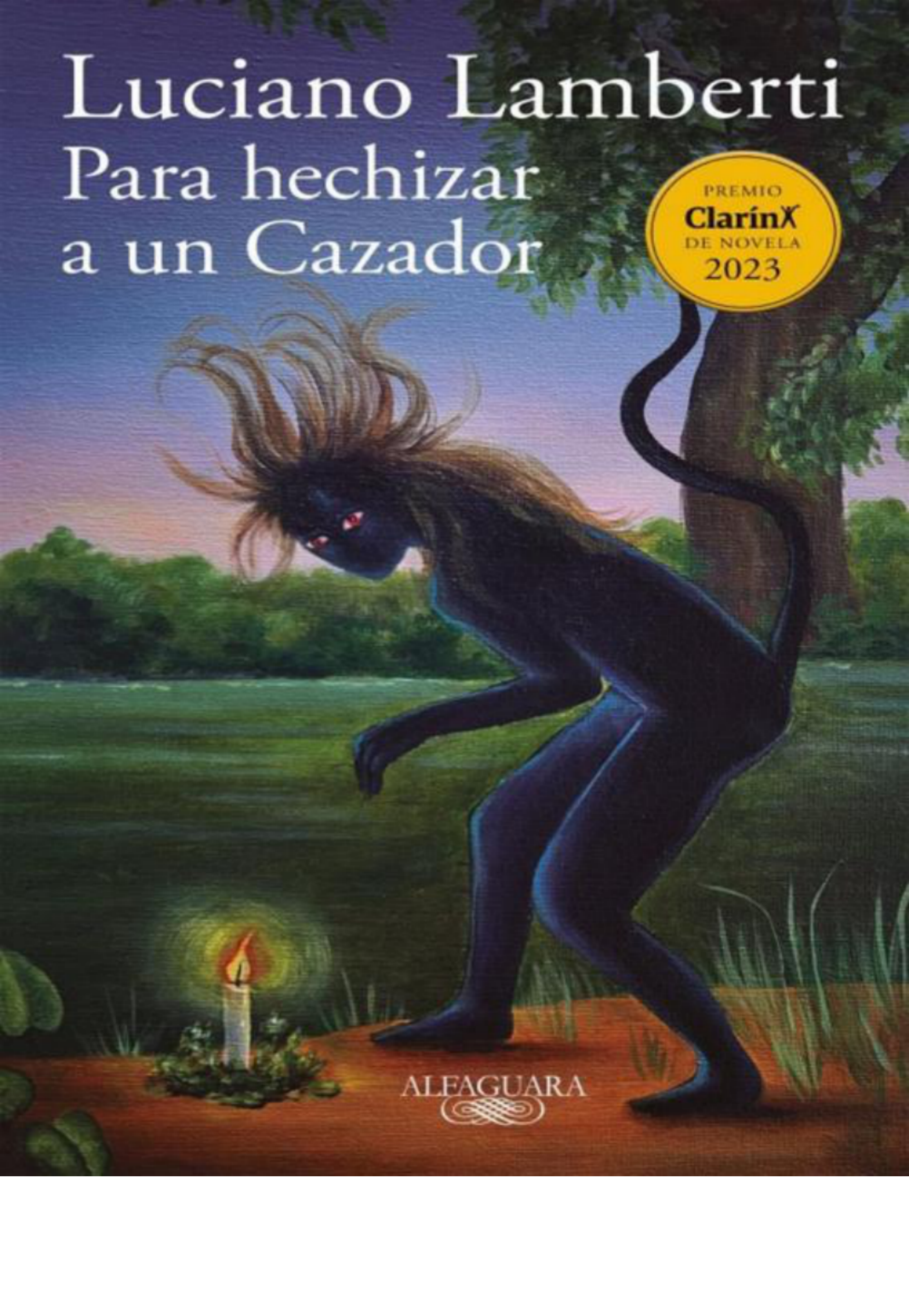
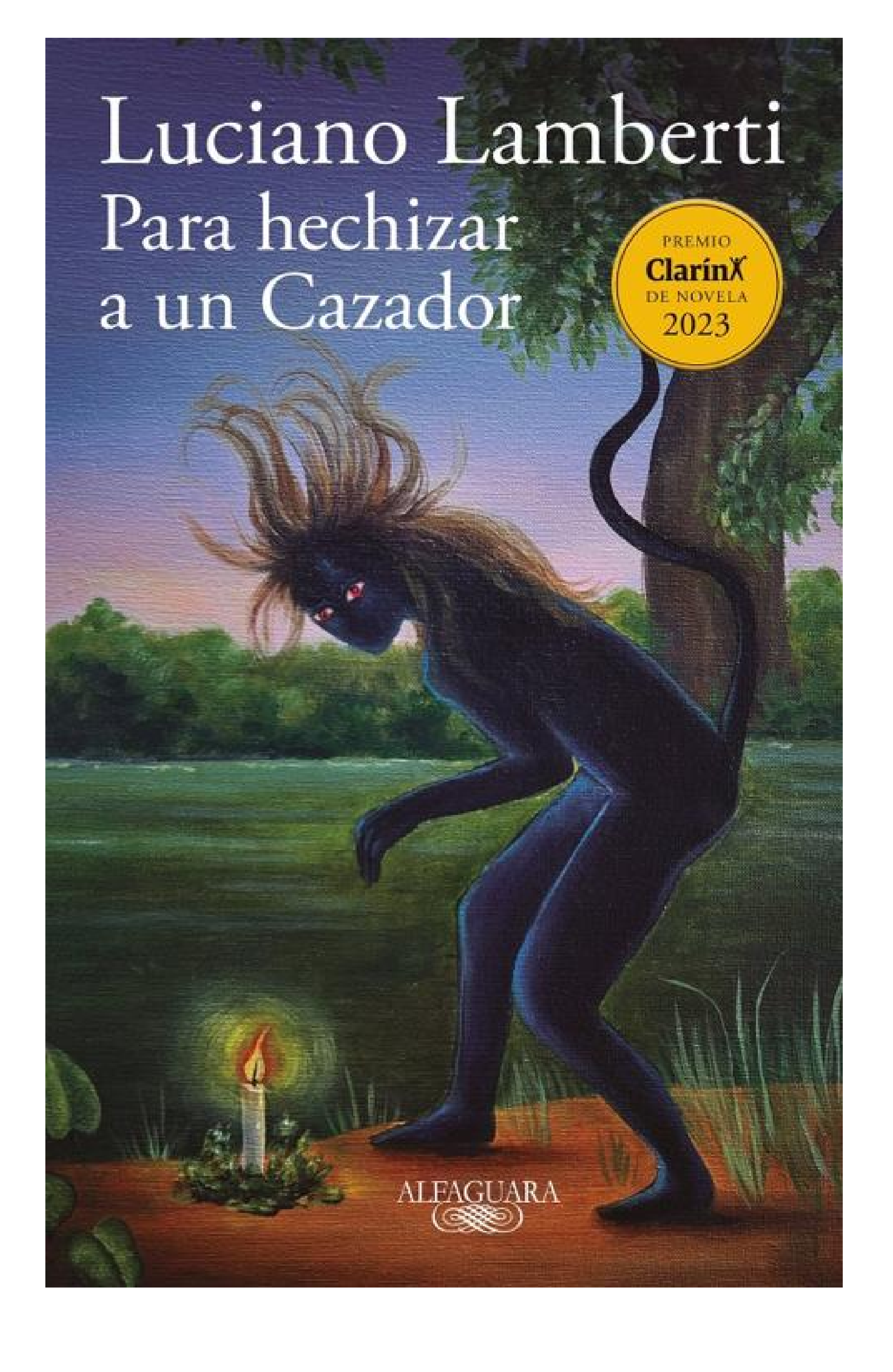

Luciano Lamberti
Para hechizar
a un Cazador
PREMIO
Clarín
DE NOVELA
2023
ALFAGUARA


Luciano Lamberti
Para hechizar
a un Cazador
PREMIO
Clarín
DE NOVELA
2023
ALFAGUARA

A mis padres, que se levantaban a la madrugada para que yo pudiera seguir durmiendo

Trataré de aclarar a la sociedad todas esas cosas que pasaron, lo cual no implica que reconozca toda esa fantasía que se ha tejido de crímenes horrendos y etcétera etcétera etcétera.

EMILIO MASSERA

¿Que hay quien intente reinar,

viendo que ha de despertar

en el sueño de la muerte?

CALDERÓN DE LA BARCA

Bailar el twist es la primera lección.

EL CLUB DEL CLAN

La sensación de estar siendo observado Estuve mirándote, dice la vieja.

La vieja parece hecha de hueso. Una estructura ósea dura como el hierro a la que le han tirado encima una capa de piel pálida y manchada. Lleva una cartera entre las manos, un pantalón de vestir, un sobretodo de piel de chinchilla, probablemente. Fuma Jockey Club.

Hace rato que vengo mirándote, Julia, dice. Espiándote, para ser más precisa.

¿Me estuvo espiando?

Sí, querida. No te asustes, pero sí. Te estuve espiando. Me escondía para que no me vieras. Quería acercarme a vos… lentamente. Quería conocerte.

A Julia, las palabras de la vieja le remueven algo helado en su interior.

Por un momento, una oleada de irrealidad la hace tambalear. Pero enseguida se le pasa.

Sé algunas cosas. Sé que tenés treinta y ocho años. Sé que sos fotógrafa.

Sé que tenés algunos… amantes, por así decirlo, que ves cada tanto. Sé que vas a museos, al cine, al psiquiatra. Sé que a veces te metés en una florería y salís con un ramo para poner en el comedor de tu casa. Sé que preferís jazmines blancos. Sé que tenés un gato.

La vieja apaga su Jockey Club en un cenicero de lata, toma un sorbo de su cortado en jarrito y casi enseguida se prende otro cigarrillo y dice: Algunas cosas las averigüé yo. A otras las supe por un detective privado.

La voz de la vieja baja un tono, como si le diera vergüenza confesarlo.

¿Puso un detective privado a seguirme?, pregunta Julia, ya imaginándose las acciones legales al respecto.

Te pido disculpas. Necesitaba conocerte un poco. No estuvo bien.

Estoy consciente de eso. Pero te lo estoy diciendo ahora. Te lo confieso. Es un porteño. Un hombre mayor. Muy respetuoso, muy amable. Pero dejame hablar. Ya vas a entender todo.

Están sentadas en un café de Callao, casi esquina Rivadavia. Es un día de invierno con viento en la cima, frío y transparente. Un rato antes, la vieja abordó a Julia en mitad de la calle. Le dijo:

¿Julia? ¿Julia Ruiz? ¿Puedo hablar un segundo con vos?

Ella, confundida, aceptó, y se sentaron en las mesas de la vereda, contra el tráfico incesante de esa esquina en Capital Federal. La vieja pidió un cortado en jarrito. Julia, un café corto y negro. Esperaron a que el mozo dejara los pocillos en la mesa, sin hablar. La gente pasaba caminando por la calle. Era lunes, eran las cinco de la tarde.

Ahora Julia la mira.

No parece loca, la vieja. Nadie lo parece; de hecho, no hay indicios visibles que garanticen ese diagnóstico, pero ella en especial no lo parece para nada, o por lo menos la idea de locura que tiene Julia, proveniente más bien del cine y la literatura: alguien dejado, con manchas de salsa en la ropa, un lunar gigante del que salen largos pelos, alguien que habla solo o con sus propios fantasmas, alguien de mirada perdida o esquiva o paranoica. Esta vieja no. Parece una directora de colegio secundario. Una abuelita coqueta. Una cantante de tango que mantiene su dignidad. Parece la conductora de un programa de televisión por cable. Pero una loca no.

Aunque efectivamente, como puede comprobarlo, está loca, y hará la denuncia para poner una perimetral apenas escuche lo que tiene para decir.

Lo decide en ese momento.

¿Qué tengo que entender?

La vieja calla. Parece que calculara el efecto de sus palabras. Toma un sorbo del cortado en jarrito. Continúa:

Sé quién creés que sos, y sé quién sos verdaderamente. Pero me vine a Buenos Aires porque tenía que contactarme con vos, alquilé un cuarto

en un

hotel y te espié. Te pido disculpas. Durante un mes, te seguí a todas partes.

Es la verdad.

Ahora es Julia la que se queda callada. Hace un mes, un mes y medio empezó a sentir que estaba siendo observada. Que alguien la miraba, desde alguna parte, no solo cuando estaba en la calle sino incluso en departamentos de amigos o de amantes o en el consultorio de su psiquiatra en Colegiales. La sensación de que había alguien muy atento a sus movimientos. Ahora está tratando de entender, de recuperarse del shock.

Las manos le tiemblan un poco, casi imperceptiblemente. La gente pasa apurada por Callao, pero ella siente que no está en ninguna parte. Está parada sobre el vacío.

¿Me estuvo espiando?

Sí, querida. Te espié. Pero lo hice por razones nobles.

Razones nobles, repite Julia con sorna.

Dejame explicarte. Dame unos minutitos.

Julia tiene ganas de irse, pero se queda. A lo mejor porque la cosa le da un poco de curiosidad, o porque odia toda reacción dramática, o porque algo en su corazón estuvo muchos años esperando ese momento.

Lo que te voy a decir es importante. Tenés que escucharme hasta el final.

La vieja mira hacia un costado. Sus ojos, entonces, revelan su color: un gris antiguo y apagado como el cemento húmedo.

Necesito que me escuches hasta el final. Por más que te parezca una locura, por más que tengas ganas de irte. Necesito que me lo prometas. No estoy loca. No soy peligrosa ni una asesina. Te juro que no. Te juro que solo quiero hablar con vos un rato.

Pausa.

Necesito que me lo prometas, Julia.

Está bien, está bien. Se lo prometo.

Sigue hablando, la vieja:

Creés en algunas cosas y decirte que lo que creés es falso es muy difícil.

Sobre todo para vos.

Haga la prueba.

Creés, por ejemplo, que naciste el 3 de marzo de 1977. Esa es la fecha con la que te anotaron.

¿No nací ese día?

Momento, momento. Vos creés que naciste el 3 de marzo. Eso figura en tu acta de nacimiento, incluso, así que ¿por qué irías a desconfiar? No tenés razones. Es tu realidad. El pedacito de realidad que te corresponde. Todos vivimos en un pedacito de realidad, y ese pedacito tiene bordes, y después de los bordes uno ya no sabe. Es el vacío. A veces ese pedacito de realidad se achica y a veces se agranda. Lo que tengo para decirte va a romper los bordes de tu pedacito, Julia. Y entonces desde ya te digo que lo más probable es que te lo tomes mal. Lo voy a entender, en ese caso. Voy a entender que no quieras creer, o que te cueste. Pero tenés que hacer un esfuerzo. Estuve mucho tiempo buscándote. Y ahora que te encontré y estoy hablando con vos…

La vieja enseguida prende otro cigarrillo con sus dedos huesudos y algo amarillos.

Es tanta la emoción, pequeña. Se me hace difícil a mí también. Pero sigo.

Sé que desde chica tus padres, o los que vos creés que son tus padres, te llevaban a misa todos los domingos. Sé que te pegaban si no sacabas buenas notas en el colegio, sobre todo tu papá. Sé que te tuvo cortita durante todos esos años. Sé que desde chica te inventó una historia. Sé que en esa historia él era un héroe que había luchado contra la subversión.

La vieja hace otra pausa.

Ahora me doy cuenta del parecido, dice, abriendo los ojos húmedos.

Tenés los mismos pómulos, y hacés un gesto con la boca que es idéntico, chiquita. Es como verlo a él de nuevo. A Luisito.

Julia se queda callada. Tiene ganas de irse pero le ha prometido a la vieja escucharla hasta el final. La vieja se lo ha hecho prometer, y ella, aunque esté pensando en volver a su casa, en sacarse toda esa locura de encima, va a cumplir la promesa. Va a escucharla. No sabe muy bien por qué.

O a lo mejor sabe. A lo mejor algo se lo viene insinuando desde que era una nena. Una voz en su oído, un murmullo. Algo le ha estado diciendo que vive en una mentira. Ella escuchó la voz y la ignoró toda su vida. Incluso cuando se enteró de lo que realmente había pasado en la dictadura. De todos esos chicos que fueron arrancados de los brazos de sus padres y criados en una mentira por sus apropiadores. Incluso en ese momento, con esas sospechas, decidió pensar en otra cosa, no compartirlo con nadie, olvidar.

Pero ahora no puede. Ahora esa voz ha cobrado forma, la de una vieja sentada frente a ella fumando un Jockey Club. Por eso, más que cumplir

una promesa imaginaria, que no vale nada, va a hacerle caso a su curiosidad y llevar las cosas hasta el fin. Va a llevar las cosas hasta el fin de una buena vez.

Me cuesta hablar de esto, no te creas, dice la vieja. Para mí tampoco es fácil. Así que disculpame si doy un par de vueltas. Voy a dar vueltas para llegar al punto. Disculpame. Sé que tu vida no te gusta. Que intentaste matarte un par de veces. Sé que todavía sentís que no te encontraste, que no sabés quién sos. Sé que desconfiás de tus propios padres. Que en el fondo los odiás y a la vez creés en ellos. Creés en tus padres. Creés que esos dos son tus padres en realidad. Aunque algo te haya dicho desde siempre que en realidad no lo eran. ¿Me equivoco? ¿No tuviste desde siempre una sospecha?

Julia no contesta. Se queda muda, mirándola, sintiendo la vibración de la realidad a su alrededor, el chisporroteo y los ruidos de la realidad. Porque es verdad. Sí, desde siempre tuvo una sospecha. No piensa decírselo. Le asombra que ahora, en este mismo momento, en este día lunes tan insulso, de pocas pero nítidas nubes en el cielo de mayo, sea, al fin, el de la revelación. Pero no contesta. Trata, de momento, de no exteriorizar sus emociones. Sabe que exteriorizarlas

significa dejarse ganar. No puede evitar que la pera le tiemble un poco, y se pregunta si la vieja lo verá, si lo notará con esos ojos de piedra que tiene.

Tuviste, dice la vieja. Claro que tuviste. Algo en tu cuerpo, Julia. Algo te decía que no eras hija de…

La vieja revuelve en su bolso y saca un papelito. Es una hoja de cuaderno arrancada y doblada muchas veces a la que se le notan los pliegues. Lo abre con cuidado y lee.

Jorge Emilio Ruiz y Susana Telleca.

Después, cuidadosamente, la vuelve a doblar y la guarda de nuevo en el bolso.

Algo te lo dijo siempre, Julia. Hace tiempo que te vengo mirando. Y lo sentías. ¿Verdad? Lo sentías, chiquita.

(Lo sentía, sí. Incluso lo habló con su psiquiatra de Colegiales una vez.

Él tenía su típico gesto de las manitas unidas. Esas manos frágiles, casi

infantiles, que no servían para nada. A lo mejor no querés saber realmente quién sos, dijo su psiquiatra).

Voy a decírtelo de golpe, dice la vieja. Va a ser como sacarse una curita,

¿verdad? Mejor de golpe.

No, dice Julia. No quiero escucharlo.

Tiene ganas de salir corriendo. De volver a su pedacito de realidad. Dame mi pedacito de realidad que voy a quedarme dormida ahí adentro. No quiero revelaciones. No quiero cambios. Estoy harta de los cambios y las revelaciones. Dejen que los muertos entierren a sus muertos, había escuchado una vez en misa, y siempre le pareció una frase enigmática y hermosa. ¿Qué quería decir eso? Muertos enterrando a sus muertos. Era casi terrorífico. Ven y sígueme, decía la frase, y deja que los muertos entierren a sus muertos. ¿Iba a seguir a

esta vieja? ¿Iba a dejar que los muertos se entierren solos? Era demasiado. Demasiado para una tarde cualquiera de mayo. No.

No quiero oírlo, dice.

La vieja extiende sus manos de hueso cubiertas de piel, y ella siente el tacto tibio y seco de esas manos, y es como si la hubieran dejado dormida en la crecida de un río, como si estuviera abandonada en la corriente golpeándose contra raíces podridas y piedras redondeadas cubiertas de musgo. Pasa el agua con un rumor encima de ella.

Tu papá se llamaba Luis Lara, y era mi hijo, dice la vieja. Un chico maravilloso, deportista, muy alegre. Comprometido con la realidad, con los demás. Un chico de gran corazón. Vivíamos en la provincia de Córdoba, en una ciudad que se llama San Ignacio. ¿La escuchaste nombrar alguna vez?

Julia no responde tampoco ahora. Quisiera desaparecer en ese momento.

Luis era una persona de gran corazón. Pero se equivocó. Se juntó con la gente equivocada. Y pagó el precio, dice la vieja, limpiándose una lágrima de la mejilla. Me imagino que sabés la historia. Me imagino que sabés cómo sigue.

Julia no responde, ahora, tampoco.

Luisito fue secuestrado por un grupo de tareas a los veintitrés años.

Estaba en pareja con tu mamá, embarazada de vos. Tu mamá se llamaba Alicia y tenía veinte.

Julia siente que va a vomitar. La mano de la vieja se aferra a ella, parece sostenerla de este lado. Del lado de la oscuridad, donde el cielo empieza a nublarse y las montañas caen sobre el mar.

Tus padres fueron secuestrados, torturados y asesinados. Pudimos recuperar el cuerpo de Luisito. Gracias a cierta influencia de mi marido. Lo dejaron en un baldío de Córdoba. El cuerpo de tu madre desapareció. Nunca lo encontraron.

No, dice Julia.

Entiendo, chiquita, dice la vieja, agarrándole las manos. Lo entiendo

perfectamente.

Julia cierra los ojos, respira profundo. Los vuelve a abrir.

Durante mucho tiempo soñé con vos, dice la vieja. Te quiero desde hace mucho. Te soñaba como un conejito, muy suave. Ahora estás grande pero yo te sigo viendo como una recién nacida, porque fue ahí donde decidieron… cortar. Y cuando pasaron los años te iba imaginando. Todo el tiempo te imaginaba. Fui imaginando cómo crecías. Te vi de miles de formas distintas. Te vi jugar, te vi dar tu primer beso. Te vi bailando. Te encantaba bailar. ¿Te gusta bailar, chiquita?

Creo que estoy teniendo un ataque de pánico, dice Julia.

Respirá hondo, dice la vieja. ¿Querés que te pida un vaso de agua helada?

No, no, dice Julia. Creo que tengo que irme a casa.

¿Te pido un taxi?, dice la vieja.

No, no. Me tengo que quedar sentada un poco. Después me voy.

Después, sí.

Julia cierra los ojos. Afuera, el ruido del tránsito. Alguien habla a los gritos por el celular.

Querida, ¿cómo te sentís?, la voz parece provenir de muy lejos.

Julia abre los ojos. El mozo apoya la botella de vidrio en la mesa, la destapa, sirve un poco en un vaso. La mira sin curiosidad profesional desde su distancia, su calva, su abdomen prominente.

Tomá un poquito de agua, te vas a sentir mejor.

Julia obedece. Toma un trago de agua y de verdad se siente, al cabo de unos minutos, un poco recuperada.

Entiendo que sea difícil todo esto. Quiero que te tomes un tiempo para procesarlo, dice la vieja. De pronto, tiene una birome Bic azul en la mano y

está escribiendo en una de las servilletas del bar. ¿En qué momento

empezó a escribir? Cuando termina, desliza la servilleta hacia su lado de la mesa.

Ella lo mira, lo lee, le cuesta entender que es un número de teléfono. Un fijo con una característica zonal que nunca había visto.

Llamame cuando puedas, y seguimos hablando, dice la vieja.

Una cicatriz encima del labio superior He aquí una breve historia de la vida de Julia, tal como quería recordarla, en las sesiones del psiquiatra y en las camas de sus amantes y en las terrazas o los balcones de sus amigos. / En 1983, en el proceso de escalar el ropero de la pieza de sus padres, cae y se produce un corte debajo del labio inferior, una pequeña cicatriz que hoy todavía es visible, y que sus sucesivos amantes han tocado y adoptado como si fuera suya. Te lo merecés por andar saltando en cualquier parte, le dice sumamente comprensivo su padre. Poco antes han estado en Plaza de Mayo festejando el pronunciamiento de Galtieri acerca de las islas Malvinas, con banderitas argentinas; meses después, su padre, que es coronel de Infantería en el Tercer Cuerpo del Ejército Argentino, vuelve de la guerra con el olor a Old Spice de siempre pero con una oscuridad todavía mayor en el carácter, si tal cosa era posible. Cuando se la sienta sobre una de sus piernas para hablarle de cerca, ella ve, o cree ver, en sus ojos, entre venitas reventadas y un iris que se afina con los recuerdos traumáticos, diminuta, la imagen de la desolación. «Las cosas que tuve que hacer», dirá alguna vez distraídamente.

«No van a abandonarme nunca». / En 1987 se enamora de un compañero del colegio Nuestra Señora de la Merced. El compañero se llama Agustín, tiene el pelo enrulado y es demasiado alto para su edad. A Julia le gusta que sea callado, le gustan sus orejas, le gustan sus rodillas asomando de los pantalones cortos. A veces no puede contenerse y en mitad de una clase gira hacia él y le retuerce una oreja con infinito placer. Agustín la deja, por más que el dolor sea inadmisible, pero la señorita le llama la atención con una frase que la definirá de ahí en adelante: Julia tiene hormigas en el traste.

Eso dice y eso repiten sus compañeros hasta el hartazgo y en cierto modo es verdad: en ese traste hay hormigas. *En 1988, en una de las incursiones periódicas que realiza en el estudio de su padre, el cual le ha prohibido expresamente que se acerque a su escritorio (comerás de todos los árboles menos de los frutos de este escritorio), descubre una lista de nombres escritos a mano. Los lee en voz alta, apreciando su sonoridad: Diego Iles*

Mariela Perazzo. Está haciendo eso cuando su madre la descubre y le pega cachetadas hasta dejarla tirada en el piso, donde le sigue pegando. Una de las cachetadas le da en la sien, Julia siente que algo estalla dentro de su cabeza, la arena de los fuegos artificiales, y pierde el conocimiento. Esas palizas periódicas se vuelven una costumbre. Al principio grita, se niega, promete llamar a la policía. Pero ellos son la policía, en cierta forma, y con el tiempo acepta las palizas y en algunos momentos, la madre o el padre, sospechan, con silencioso horror, que las disfruta. Las palizas periódicas también forjan una visión del mundo: no hay sentido, todo es una gran nada, y lo que es peor: una nada trivial, una nada que tiende a borrar todo rastro de poesía en el mundo. Después de cada castigo, como un gato, les deja un regalo de animales muertos a sus padres en la cama matrimonial: palomas, ratones, pollitos correctamente asesinados, sin cabeza en general.

Imposible saber de dónde los saca. Ellos levantan la manta para acostarse y ahí están. *Su madre ha salido a hacer unos mandados. El Coronel le dice que quiere hablar con ella, la lleva a su cuarto. La ventana de su cuarto deja entrar la luz. En el cielo, unas nubes deshilachadas se mueven con lentitud hacia el sur. Pasan pájaros negros y flacos cuyo nombre no conoce en la misma dirección, y sus gritos llenan el espacio de ecos. El Coronel le sostiene la cabeza: una mano de dedos grandes en su nuca, pero ella no lo mira. Mira los pájaros y se pregunta adónde estarán yendo. Algunas de las fotos que sacará veinte años después aludirán a ese cielo, a esos pájaros.*

En 1990 le da su primer beso a un compañero en el segundo recreo. El compañero se llama Martín, y como ambos están comiendo chupetines ese primer beso tiene un inconfundible sabor a chupetín, a caramelo caliente y manoseado. La noticia corre como reguero de chismes en colegio privado, llega a la maestra y después a sus padres y cuando su padre vuelve del regimiento le termina propinando una paliza monumental, tan grande que le astilla el brazo, tienen que llevarla al hospital para que le pongan un yeso y

en la foto de la primera comunión su brazo en cabestrillo emerge del vestido angelical que su madre mandó a hacerle para tan sagrado evento.

Después de la fiesta, a la noche, cuando ella está acostada, su padre se sienta en la cama. Ella tampoco esta vez lo mira a los ojos. Mira a un costado. Mira sus zapatitos de la primera comunión alineados contra

la pared. Quizás cometí un exceso, dice su padre, el bigote alicaído. Pero es por tu bien, Julia. Nuestra familia tiene un nombre. No podés ir por ahí mancillándolo. Entonces ella saca los ojos de sus zapatitos y los lleva hacia su padre y por un invisible instante su padre siente miedo, aunque no lo demuestra, el miedo pasa como una oleada fría por sus cavernas interiores, tal es el fuego que ve en los ojos de la nena. El Coronel se levanta de la cama, la mira desde la altura. El problema es..., empieza, y ella lo interrumpe. Que tengo hormigas en el traste, dice. Ya sé. Su padre se levanta y se va. Julia empieza a pensar en la posibilidad del suicidio.

Entiende que es la única forma posible para escapar de esa casa y esa vida.

Una tarde en la que ha quedado sola con la mucama, se mete en el baño con una tijera y se corta el pelo al ras. No será la última vez que lo haga: con variaciones, llevará el pelo así incluso en 2015, a los treinta y ocho años, cuando la vieja la aborda en la esquina de Callao y Rivadavia: rapado. Al descubrirla, su madre le da la correspondiente paliza. / En 1990, en las fotos de ese año (Julia en el casamiento de un primo, llevando los anillos; Julia en la costa con un traje de baño enterizo azul; Julia en su primer día de la secundaria, con la pollera tableada del uniforme gris) ya es la que será, con los mismos ojos achinados, los pómulos altos, la nariz un poco grande pero terminada en punta, y sobre todo en la actitud oscura que salta desde el interior de las fotos a la cara de un hipotético espectador. Es ligeramente bizca: no se puede percibir a simple vista. Hace falta mirarla un largo rato para darse cuenta, pero cuando uno se da cuenta no deja de notarlo nunca.

Para esa época ya ha besado a tres chicos, ha fumado treinta y cuatro cigarrillos, ha hecho trampa en un examen escolar. Ya le ha dicho a su madre No creo en Dios y ha recibido una paliza por su declaración. Ya ha explicado en el colegio que se cayó de las escaleras. Ya escuchó noventa y siete veces de boca de su padre el correspondiente sermón acerca de su actuación en el Proceso de Reorganización Nacional. Ya ha asistido a las fiestas de militares, ya ha conocido a las sumisas mujeres y los despampanantes hijos y nietos. Son héroes de la lucha contra la subversión,

empieza siempre el sermón del Coronel. Merecen tu respeto. / En 1993, en el baño de varones del colegio privado, le practica una mamada a un aterrado Federico Pintos. *1994: se acuesta con Adrián Vernon y poco después con Nahuel Contrera, ambas experiencias la dejan entre triste e insatisfecha.* En 1995, con dieciocho años, lleva a un chico

a su casa.

Nunca lo hace: una especie de vergüenza, sobre todo por su padre, por las reacciones que puede llegar a tener, la desalientan, pero esta vez es especial, el chico que lleva (nombre: Rubén, edad: 20, ideología: decididamente de izquierda, líder estudiantil, Colegio Nacional Buenos Aires) le gusta especialmente y quisiera, como se dice, ponerse de novia con él y darle libertad para ir y venir a sus anchas, sobre todo para aprovechar que sus padres son contadores judíos y casi no están en su casa y coger como locos en su cuarto. Entonces lo invita a almorzar, un domingo. En la televisión, la carrera del TC2000. Su madre fuma, ligeramente ausente. Su padre con cara de pocas pulgas sentado en el sillón, con camisa y pantalón de vestir incluso en su casa, un domingo por la mañana. Rubén llega temprano, trae un vino, está recién afeitado. Ella le ha advertido enfáticamente que se guarde sus opiniones para públicos más amenos. Su padre lo saluda dándole la mano, un apretón un poquito excesivo, mirándolo desde su altura con algo parecido al asco, y en un aparte con Julia le comenta sinceramente perplejo: no me habías dicho que era judío. No sabía que era importante, dice ella. En el almuerzo, Rubén se muestra encantador, y Julia siente un destello de esperanza porque por una vez en su vida las cosas parecen estar saliendo relativamente bien. Cuando terminan y la mucama levanta la mesa y trae el postre, Julia sube un momento a su habitación para buscar una foto que quiere mostrarle a Rubén. Está arriba cuando oye los gritos. Soltalo, Jorge, lo vas a matar. ¡Jorge! Julia baja corriendo y al principio no entiende la escena, sencillamente le parece algo que no puede estar sucediendo, su padre, agarrando del cuello a Rubén, literalmente levantándolo a quince centímetros del piso. Vas a desaparecer de esta casa y de la vida de mi hija o te voy a asesinar, ¿me escuchaste? Sí, dice Rubén, asintiendo profusamente.

¿Sí qué? ¡Sí, señor! *En 1998 Julia se va de su casa. No se lleva más que una mochila con ropa.* En 1999 vota a la Izquierda Unida, que ese año obtiene ciento cincuenta mil votos. En ese momento es cajera de un supermercado Coto y vive en Constitución. / 2000: vive con un *dealer*. Es un hombre pelado, mayor, algo tierno, que reparte papeles de cocaína y

ladrillos de marihuana paraguaya en un Ford Sierra rojo. En septiembre se acuesta con él y con su amigo Fredy, y en octubre invita a Lara, una amiga de teatro (Julia hace teatro). / 2001: concurre a una clínica privada para realizarse un aborto. Ya no sale con el *dealer* y se entera de que está preso. /

2003: se muda tres veces, pierde y obtiene tres trabajos distintos. Una de las casas donde se muda está embrujada. Vive con una amiga ahí. Es un departamento sospechosamente barato en Recoleta. Sienten presencias todo el tiempo, y a veces esas presencias se manifiestan en mitad de la noche como personitas que se sientan en la cama y hablan con ella. Preguntan por vos, le dicen una vez. Ella tiene la almohada sobre la cabeza, y al escuchar eso no lo soporta más y sale corriendo, en pantalón corto y corpiño, baja los doce pisos en el ascensor y se sienta en una plaza donde espera hasta el amanecer, muerta de frío y fumando uno tras otro sus Lucky Strike mentolados (lo único que llegó a agarrar en la huida). / 2005: sale con un fotógrafo de Caballito. Trabaja en una oficina del centro, haciendo algo que ni siquiera ella entiende del todo, pero la paga es buena y gracias al aguinaldo y a privarse de las vacaciones ese verano se compra, usada pero en buen estado, una Nikon analógica, y el fotógrafo le da unas clases con las primeras nociones de exposición y encuadre y la lleva como asistente a sus recados de fotografía social. A ella el trabajo le gusta, tiene algo de talento y termina robándole los clientes al fotógrafo, lo que supone naturalmente la separación. Desde entonces saca fotos todo el tiempo, unas veinte mil por año. / 2007: consigue trabajo como fotógrafa en un diario de tirada nacional. Al principio cubre entrevistas, culturales sobre todo. La mandan a tomarles fotos a escritores, a artistas plásticos, a músicos.

Después, un día, el viejo que cubre los policiales se la lleva con él y le muestra los restos de un accidente de tránsito. A un costado de la ruta
25

hay un auto dado vuelta. En el interior, los *airbags* desinflados, salpicados de sangre. Dos cadáveres en la calle cubiertos con telas plásticas negras, uno de ellos pequeño. A Julia le fascina ese trabajo y pide que la asignen a esa sección. Durante años fotografía cadáveres, gente esposada, allanamientos de pequeños productores de droga, casas incendiadas o derrumbadas, manifestaciones. / 2008: amanece con resaca de cocaína en la casa de un chico que ni siquiera recuerda cómo se llama, que conoció la noche anterior y con el que probablemente haya hecho algo cercano al sexo, es deducible por el olor que reina en el cuarto y en sus manos. Le duele la

cabeza, aunque no es dolor la palabra, es como si estuviera metida adentro de un ataúd y un chico estuviera golpeando la tapa con una cuchara de madera. El sujeto en cuestión duerme ostensiblemente boca arriba, con los pelos enrulados del pubis a la vista y un pene sorprendentemente largo para esa hora. Julia se viste y sale y desayuna un cigarrillo mientras espera el 64.

La ciudad está tranquila y ella se pregunta para qué. Para qué está haciendo esto. Qué está haciendo. Adónde va. Llora un poco en la parada, escondiéndose. *2009: le avisan que su padre ha muerto. Ella no concurre al velorio.* 2010: mantiene una relación de un año con Agustina, se van a vivir juntas, crían un gato al que le han puesto el nombre de Ezequiel.

Cuando se separan, Agustina a veces se lleva a Ezequiel en plan tenencia compartida, pero el gato odia su nueva casa y al cabo de un tiempo desisten del plan. Vuelve a encontrarse de casualidad con Rubén y toman un café. Él está casado, tiene dos hijos, trabaja en algún puesto borroso del gobierno nacional. En algún momento le propone ir a un telo, revolcarse como locos por los viejos tiempos, pero ella declina. No vuelven a verse.

Una pesadilla lúcida

Camina rápido por Callao. Todavía puede sentir la mirada de la vieja detrás de sí. Sin pensarlo, se mete en la boca del subte. En cada parada levanta los ojos con la seguridad de que va a verla, con su tapado de chinchilla, atravesando las puertas. Baja en Acoyte y se queda parada ahí, en la esquina de Rivadavia, en medio del tránsito, pensando qué estoy haciendo, dónde estoy, adónde voy.

Esa noche visita a una amiga. Fuman marihuana, hablan del novio de su amiga, pero nada le cuenta Julia acerca de lo que pasó. A nadie se lo cuenta, ni siquiera a su psiquiatra. Por unos días no puede siquiera procesarlo, contárselo a sí misma.

Esa noche, al volver a su casa, se mete en la página de Hijos en internet.

Lee: «No olvidamos los delitos de lesa humanidad cometidos por el accionar criminal de la Triple A y el terrorismo de la última dictadura cívico-militar en Argentina (1976-1983)». Se mete en la página de las Abuelas de Plaza de Mayo. Lee: «Para nosotros, cualquier duda sobre tu origen es motivo suficiente para consultarnos. No importa si se basa en información concreta o en sensaciones: podremos ayudarte cuando tu duda se manifiesta». Hay un teléfono y ella llama, y cuando atienden se queda callada y termina cortando.

Sueña que camina por un campo sembrado de trigo, con langostas saltando alrededor. Alguien la espera allá, al fondo. Un hombre alto, con la cabeza inclinada como si estuviera cansado o avergonzado. No

quiere acercarse a ese hombre, no quiere que se dé vuelta, no quiere verle la cara,

porque sabe que si lo ve se va a volver loca, y entonces gira en otra dirección y camina por ahí y al cabo de un rato vuelve a ver el fondo y en el fondo está el hombre.

Es su padre. Lleva puesto el traje oscuro con el que entierran a los muertos. Algo quiere decirle, pero ella hace un esfuerzo y despierta.

Durante ese tiempo no ve a ninguno de sus amantes. Vuelve a su casa al atardecer y se acuesta con la notebook al lado y mira películas coreanas. Su gato suele acercarse, saltar encima de la cama y acurrucarse junto a ella, ronroneando.

Qué pasó, chiquito, le dice Julia. ¿Qué anda pasando?

Ezequiel la mira y pestañea enigmáticamente.

Entonces es verdad, se dice una noche. Se ha despertado a una hora inverosímil, las cuatro y media de la madrugada. Ezequiel duerme a sus pies, y cuando ella empieza a revolverse, para un lado y para el otro, sin recuperar el sueño, salta de la cama y se va, harto. De verdad pasó. De verdad: una vieja me estuvo espiando, me senté a tomar un café con ella.

De verdad fui criada por apropiadores. De verdad soy hija de desaparecidos.

Eso fue real.

La depresión se aproxima. El Planeta Oscuro, le dice ella. Le ha puesto ese nombre de chica, las primeras veces que lo experimentó, a los once, doce o trece años, y así le había quedado hasta ahora, que ya estaba cerca de los cuarenta, pero conservaba los mismos efectos, la perplejidad y desazón que causaba al aproximarse a la tierra. Se lo imaginaba así: un planeta gigante, del tamaño de Júpiter o de Saturno, elevándose despacio en el horizonte, echando sombra a su alrededor, aplastándola con su desmesurada gravitación. Y ella, de pie en mitad del campo tan cerca que era capaz de distinguir sus cráteres

y sus cadenas montañosas, dando alaridos que nadie se tomaría la molestia de escuchar.

Eso se aproxima, ahora, nuevamente.

Julia cierra las cortinas y se prepara. Compra jugo, galletitas saladas, cigarrillos, y se encierra en su casa. Cancela sus citas de trabajo, las reuniones con sus amigos, incluso la terapia. Pasa el fin de semana en jogging, fumando como desquiciada, sin hacer nada o haciendo de la nada

su trabajo. Recuerda entonces su infancia, la forma en la que sus supuestos padres la habían tratado durante esos veintiún años que vivió con ellos.

Entonces era verdad, eso lo explicaba todo. Había sido apropiada por el Coronel cuando era una beba, había sido criada en cautiverio, en ese departamento de Belgrano. Siempre lo supo. Llora tirada en el sofá, mientras Ezequiel la mira pestañeando desde la mesada.

Hay plantas en su departamento. Plantas que crecen en el borde de la ventana, en su cuarto, en la mesada, en el baño, en potes de helado y tarritos de metal, en macetas rojas y amarillas de plástico, en cuidadas macetas de cerámica que Julia compró en una feria de artesanías. Hay geranios, potus, cactus, aromáticas y mutantes, de hojas dentadas, de las que no sabe el nombre. Hay un palo borracho alto y solitario y cubierto de espinas.

El martes se siente capaz de salir, de enfrentar el mundo real. Vuelve, entonces, a la sesión del psiquiatra.

Ideas espesas. Ideas que había dejado atrás.

Y decís que eso tiene que ver con lo que la… estem… vieja te dijo.

Griselda se llama. Y supuestamente es mi abuela. Te juro que no siento los pies. Es como si no supiera lo que hago. Estoy en piloto automático.

En piloto automático.

Sí, es lo que acabo de decir.

Julia se tapa la cara. Se recuesta en el sillón de dos cuerpos. Suspira

detrás de sus manos.

Quisiera dormir un rato ahí mismo, pero más para sustraerse del mundo sensitivo que por otra cosa. Tengo que ir a hablar con mi vieja, o con quien mierda sea, y preguntarle. Tengo que hacerme un ADN, a lo mejor, si ella lo niega. Lo peor es que sabía. Lo supe desde que era chica, y ella siempre lo negó. Del Coronel lo entiendo, pero ella. Por Dios, qué pesadilla.

Vamos a cortar ahora, dice Roque.

¿En serio, ahora, en este momento?

Mmj.

Para dejar de enrollarse, le escribe un mensaje a Alejandro. ¿Estás? Paso en un rato.

Venga, responde él.

Alejandro es uno de sus amantes, aunque no hay realmente un nombre para lo que es. Gordo, petiso, con una barba imponente de profeta del antiguo testamento. Alguien que ve con regularidad, sin ninguna clase de compromiso ni condición exclusiva. Al llegar se lo encuentra en pantuflas y pantalones de gimnasia. Tiene una taza humeante en la mano, la casa huele intensamente a porro. En la computadora del escritorio (no hay otra cosa que escritorio en el único ambiente del PH) está el word abierto, y ella se pone a leer en voz alta lo que Alejandro acaba de escribir porque sabe que le molesta. «El señor Rumble tenía una magnífica voz de barítono, aunque la primavera lo afectaba con toda clase de alergias y lo hacía estornudar sin descanso».

No podés leer eso, che. Es una obra en proceso. ¿Querés un té? Te puedo hacer té de jengibre.

Ah, sería tan genial. Julia cuelga la campera en el perchero. Con miel y limón que tengo la nariz helada de venir en bici.

A ver, dice Alejandro, y le pone la palma olorosa a cannabis en la punta de la nariz. Es verdad, está helada, necesitás un tratamiento de shock o se te va a caer. Vamos a tener que pegártela en la cara.

¿De qué viene el señor Rumble?

No tengo la menor idea, la verdad.

Más tarde toman té y fuman porro sentados en unos banquitos de plástico, en la terraza. Alejandro le habla una vez más de los problemas que tiene para «ubicar su obra», como casi todas las veces que va a visitarlo, y después de unos videos de porno raro que tiene que mostrarle. Ahí se inclina y le da un beso, que empieza timidón pero se va volviendo envolvente y tibio, como si la besara con todo el cuerpo, como si toda ella entrara dentro de su boca.

Al rato, ya en la cama, arman otro porro y ven algo en la computadora, un documental conspiranoico que ella apenas entiende, porque el recuerdo ha vuelto a encaramarse detrás de su espalda. Llamar a mamá. Hablar con ella. Preguntarle.

Alejandro, desnudo, con el cenicero sobre su panza peluda, le señala la pantalla y le dice: Mirá esta parte. ¿No? Impresionante.

¿Eh? Perdón, me distraje.

Tenés que prestar atención, si no no vas a entender una goma, dice Alejandro.

No quiso volver a su casa esa noche. Alejandro le cocinó unos wraps de verduras salteadas y pollo con una ensaladita al costado, y al rato se quedó dormida mientras él se levantaba en pelotas a continuar con las aventuras del señor Rumble. Se despertó a las diez. Se dio una ducha en ese baño tremendo, con calzones colgando de todas partes. Desayunó un té antes de irse.

Sacaba fotos sociales para vivir. Cumpleaños, casamientos, cenas de beneficencia. Tenía una colección de fotos «artísticas», también, casi estrictamente pornográficas o tan oscuras que ninguna galería querría exhibir. Fotos de sus amantes, mujeres y hombres, vestidos o desnudos, teniendo relaciones, después de tener relaciones, tomando cocaína o fumando después de una larga noche de fiesta. Fotos de personas enfermas.

Fotos de cadáveres que un antiguo amigo le dejó sacar en la morgue de Chacarita. Fotos de animales aplastados al costado de la ruta.

Tomaba ochenta gramos diarios de Leroxitina.

Ha pasado por varias prescripciones médicas: citalopram, escitalopram, fluoxetina, paroxetina, sertralina, vilazodona. Algunas la embotaban al punto que no podía levantarse de la cama; con otras tenía episodios inquietantes de hiperactividad: hasta el momento, la Leroxitina había conseguido un equilibrio perfecto: el estado ideal para transcurrir sin hundirse ni perder el control. Había perdido el control. Tuvo episodios en los que terminó cogiendo con amigos, hombres casados, viudos, viejos merqueros, se drogó y tomó alcohol hasta enceguecerse. Navegó por lo alto como un crucero entre las nubes, ciega, sorda, moviendo la cabeza sin dirección.

Esa tarde llamó por teléfono al departamento de Belgrano donde fue criada. Hacía décadas que no se hablaban.

Julia. Qué querés.

Se vieron en un bar, un café limpio y bien iluminado de la calle Olleros.

Cuando Julia llegó en su bicicleta, su madre ya estaba ahí, demasiado abrigada, tomando un cortado en jarrito. Julia se sentó enfrente. No pidió nada. Estaban sentadas contra la ventana y podían ver la hermosa luz

nimbada de esa tarde fría. En los parlantes del café sonaba una versión en bossa nova de los Beatles.

Julia dobló y desdobló una servilleta con el logo del café.

Vino a verme una mujer que dice que es mi abuela. Dice que vos no sos mi mamá y el Coronel no es mi papá. Que soy adoptada.

Julia les pidió encarecidamente a sus manos que dejaran de temblar, pero ellas no le hacían caso.

Yo toda la vida lo sospeché. Desde que era una nena. Pero hasta que no…

Es verdad, dijo la madre, sin emoción. Es verdad. No soy tu mamá. El Coronel, como le decís vos, no era tu papá. Nosotros no podíamos tener hijos. Entonces tu papá vino un día con vos en brazos. Así de sencillo. Yo no pregunté nada. No quise preguntar. De pronto te abracé y se me llenaron los ojos de lágrimas y dije que ibas a ser mi hija, que te iba a criar como mi hija, y a darte todo el amor que…

Me cagaban a palos.

Su madre, la que dice que es su madre, no responde. Se queda mirándola como si hubiera algo obvio que ella no acaba de entender.

Tenías en los genes a esos subversivos, dice. Eso estaba en tu sangre.

Siempre fuiste respondona, siempre hacías lo que querías. Si no te…

encarrilábamos ibas a terminar mal.

Julia respira hondo.

Decime lo que sabés de mis verdaderos padres.

Tus verdaderos padres eran unas mierdas que mataban chicos. Te hicimos un favor.

Decime sus nombres, aunque sea.

No sé. No tengo sus nombres. Nunca me importó, y si me hubiera importado, a tu padre no era fácil sacarle nada.

Sin calcular, se levantó, se aferró al borde de la mesa, tomó aire y pegó un grito que acalló todas las conversaciones. Un grito largo y sin significado. Las cabezas del café giraron hacia ella. Su madre, la que decía ser su madre, negó con la cabeza como si ese grito confirmara el error que habían cometido. Cuando estaba yéndose, Julia golpeó la mesa con la cadera y tumbó el pocillo del jarrito, que derramó un resto de café sobre el mantel de cuerina blanco.

Está invitada a una fiesta esa noche, y durante un par de horas piensa en no ir, en quedarse en su casa acariciando las orejas del gato y fumando y tratando de dormir, pero a las diez, impetuosamente, se levanta de la cama, se viste e incluso se pinta los labios, se perfuma, llama a un remís y va hasta la casa de Mariana, que es profesora de yoga para la tercera edad y vive en un PH de Colegiales, curiosamente cerca del consultorio de su psiquiatra.

La casa está llena de gente, todos invariablemente con un vaso en la mano, hablando en el living, en el patio interno, en la terraza, donde hay un tacho de doscientos litros lleno de hielo en el que flotan latas de cerveza Heineken. Julia le lleva de regalo un libro de fotos de un tal Alan Marfield, un gay neoyorquino de los ochenta que retrataba

homeless desnudos en su departamento. Después se sirve una cerveza y sube la escalera metálica en espiral hasta la terraza. Hay plantas frondosas creciendo descontroladas en grandes macetas contra los bordes, y en lo alto cuelgan tiras de foquitos de colores de luz tenue. Suena música. Nadie la mira, pero cuando ella hace dos pasos en el interior de la terraza, un par de metros más allá, alguien larga una carcajada finita de villano de película.

Esa noche quiere compañía. No sabe lo que puede llegar a hacer, adónde la va a llevar el monstruo desatado. Escenas de su infancia, algunas reales y otras francamente inventadas sobre el fondo de una película sepia, pasan por su mente como en una proyección de diapositivas, y son descartadas con rapidez. Las vacaciones en Mar del Tuyú, en las sierras de Córdoba, en Italia, en París, su primera comunión, sus rodillas raspadas por las caídas, su gusto por subir a los árboles. Subía tanto que no sabía cómo bajar y tenía que arrojarse a los brazos del Coronel, que la esperaba con su olor repugnante a Old Spice. Será que todo es mentira, su infancia montada en un teatro. Quiere compañía porque ya no sabe quién es y necesita recordarlo. Se apoya en una de las paredes y manda un par de mensajes: necesita un lugar donde dormir esta noche. Javier le clava el visto, Franco lamenta mucho no poder ayudarla y Alejandro le responde con un lacónico

«Rumble me solicita». Julia levanta la cabeza y ve una luna blanca y apretada y pequeña como una estrella en el cielo despejado.

Diez minutos después está bailando con un grupo de desconocidos. Tomó la mitad de su cerveza, aceptó un Lucky Strike mentolado y una seca de marihuana, tiene la vaga noción de que hay gente bailando a su alrededor,

pero ni siquiera eso le importa. Baila con los ojos cerrados. Uncertain Smile, dice alguien, de The The. ¿Qué?, pregunta otro. Nada, nada. En medio del baile, Julia vuelve a ver el campo de trigo y el sendero por el que camina y en el fondo la espalda encorvada de un hombre, y es como si al mismo tiempo caminara por ahí entre las langostas y estuviera acercándose al hombre, y la terraza, la noche fresca en la que la luna es apenas un punto blanquísimo, sin lastimaduras ni grietas, fuera quedando cada vez más lejos.

El hombre se da vuelta. Julia abre los ojos. Tuve una pesadilla mientras bailaba, se dice, es increíble. Un pibe la está mirando desde

el otro extremo de la terraza, solo, trago en mano. La mira con una sonrisita entre lasciva y tierna, y Julia le devuelve la sonrisa y sigue bailando.

No, no, grita alguien, es así, y se pone a bailar de una forma estrafalaria que hace que todos lo miren.

Dejame invitarte una cerveza, dice el chico, mágicamente corporizado a su lado.

Julia levanta los hombros porque ya tiene una en la mano. Bailan juntos sin hablarse durante un largo rato. Después se sientan en unos sillones, en una esquina de la terraza. Hablan de películas, de libros, de una obra de teatro experimental que el chico fue a ver, donde los actores tenían que atravesar una superficie pegajosa para llegar al escenario y ahí eran desnudados y vestidos de bebé, con grandes pañales, y se pasaban el resto de la obra gimoteando y andando en cuatro patas. Qué interesante, dice ella.

Realmente, dice él. Se llama Gaspar. Es lindo, lo que constituye un problema (Julia desconfía de la gente linda, le parece casi de mal gusto), tiene algo de sentido del humor, sin el cual ella ve derrumbarse casi cualquier posibilidad de seguir charlando y terminar acostados.

Terminan acostados. Poco recuerda ella del lapso que va desde la terraza hasta el departamento del chico, imágenes sueltas más bien, como las de un sueño o una alucinación *Gaspar hablándole al oído* irse sin saludar o con una excusa tonta *bajar escaleras riéndose* las luces y el frío de la calle *el auto inmaculado, con un desodorante colgando del espejo retrovisor como si esa misma tarde lo hubiera llevado a lavar* sospecha: la gente linda y la que acaba de lavar su auto *cerrar los ojos y dejar que las cosas sucedan afuera, en algún lugar* el viento golpeándole la cara por la ventanilla abierta *besos en el ascensor* y después lo de siempre *el vértigo de un cuerpo nuevo* una piel hasta entonces ajena de pronto entre sus piernas,

ella arriba, él arriba *olor a lubricante de preservativo* ahora el techo /

ahora las sábanas / ahora torpemente él entre sus piernas y ella que se acomoda y desiste *ahora mirando el cuadro colgado en la cabecera de su cama, la foto diurna de un campo de trigo con un sendero en el medio* la silueta encorvada de un hombre fuera de foco al fondo del sendero.

A las once, cuando se despierta en su departamento, hay tanto silencio alrededor que por un momento se imagina que todos han muerto o se han ido al campo, es una mañana luminosa, no muy fría, no sería raro. Su gato la mira sentado en una silla, lamiéndose elegantemente una pata. Julia se toma un café con leche en la cama. Sabe lo que tiene que hacer, pero demora, porque tampoco de eso se vuelve. Una vez que levante el tubo y hable con Griselda, con su verdadera abuela, su mundo cambiará para siempre. Es lo que estuvo deseando por años: ese salto hacia lo desconocido y lo verdadero. Pero da miedo.

Se levanta y busca en la biblioteca la servilleta donde Griselda le ha dejado su número. Una letra florida, anticuada, prolija.

Se oyen tres timbrazos antes de que atienda una mujer.

Residencia Lara.

Sí. Buen día. Quería hablar con Griselda.

¿De parte?

Julia, dice ella.

Ya la comunico.

Ella mira por la ventana y espera.

Quince minutos después había arreglado una cita. El fin de semana siguiente viajaría hasta San Ignacio, provincia de Córdoba, para conocer la casa donde nació su padre.

No sabés lo feliz que me hacés. Entonces me vas a escribir, ¿no? Podés venir en ómnibus. Todos los días llegan desde Capital.

Es muy raro para mí, Griselda. Quisiera ir despacio.

Me imagino, querida. No hay necesidad de forzar nada. Yo soy una desconocida. Pero ya nos vamos a ir conociendo. Tenemos que charlar de muchas cosas.

Julia corta y se queda un rato más en la cama, bebiendo su café de a sorbitos.

Del otro lado, después de colgar, Griselda se quedó pensando un momento. Tendría que ir a la casa de campo, arreglar todo. Al principio, su nieta no iba a estar preparada, tendría que introducirla lentamente, hacerla comprender. Pero al fin iba a ser libre. Al fin podría sacarse de encima todos esos años de martirio.

Fue hasta el comedor y le contó a la mucama que Julia vendría a visitarla el fin de semana.

¿Su nieta, señora?

Así es, dijo Griselda. Vamos a dejar la casa linda para recibirla.

Por supuesto. Qué alegría, señora.

Inmensa, dijo Griselda.

Después fue hasta lo que había sido el estudio de Braulio, con su montaña de papeles en el archivero, sus pesados libros médicos acomodados contra la pared, su escritorio de roble pulido. Abrió un cajón del escritorio, cerrado con llave, sacó un paño rojo envuelto y lo desplegó sobre el vidrio. En el interior, cuchillos negros, de distinto tamaño y forma.

Más atrás estaba el cuaderno, viejo y descalabrado. Griselda fue a cerrar la puerta y volvió a sentarse. Abrió el cuaderno y leyó, en un susurro ininteligible, las palabras que estaban escritas ahí, acariciando los cuchillos con la yema de los dedos.

Fratuccelli Hermanos

Viaja a San Ignacio un viernes por la noche. La idea es llegar el sábado, pasar ahí hasta el domingo y volver a Retiro el lunes por la mañana. Pero pone demasiada ropa en la valija, como si fuera a quedarse semanas enteras.

Ha fumado un poco de marihuana porque le gusta viajar «en estado» y ha guardado la tuca en un recipiente para pastillas hermético. No sabe con lo que se va a encontrar y el porro puede estar ahí cuando lo necesite. Deja prendida la luz del comedor para que Ezequiel, que duerme sin reparar en ella, no sufra terrores nocturnos. Se despide de él retorciéndole una oreja.

Alejandro será el encargado de alimentarlo y hacerle compañía en su ausencia. Suerte con ese, le dice, antes de salir.

El colectivo estaciona en una de las primeras plataformas. Julia lo espera leyendo, y cuando lo ve llegar le parece tan viejo y destartalado que lee de nuevo las indicaciones del boleto para confirmar que no se equivoca. No: es ese. Un cartel pintado a mano en el vidrio delantero dice SAN IGNACIO, 22.30. Julia cierra el libro, una biografía de John Lennon, deja la mochila grande en el depósito y sube. Los asientos no se reclinan del todo, la calefacción está demasiado alta, el hombre que se sienta a su lado, cerca del pasillo, es largo y pálido como un insecto bajo un ladrillo. Al rato se encienden los televisores de los pasillos, que son tres y funcionan invariablemente mal, con rayas y chisporroteos. Pasan una vieja película policial. Julia no conoce a los actores, y piensa que se va a quedar dormida enseguida, pero la película le va interesando cada vez más (el porro debe tener alguna responsabilidad en el asunto), y la ve hasta el final, mientras el resto del colectivo ronca ostentosamente. Después el televisor se apaga y ella se queda dormida.

La película transcurre en los ochenta y probablemente haya sido filmada en los noventa, en Los Ángeles. La protagoniza un actor gordo, algo destruido, que Julia cree haber visto un par de veces como actor secundario.

Se llama Ezra Buckley. En las primeras escenas Buckley se encarga sobre todo de emborracharse en bares de mala muerte, fumar hasta los tobillos, ligar con una mujer que afirma ser una cantante romántica pero que parece más bien una prostituta vieja y desencantada. Van a la casa de Buckley en su Cadillac y se acuestan, pero de un modo tan violento y extraño que Julia se sintió incómoda y miró alrededor, sobre todo al insecto que dormía a su lado, para comprobar que no estaba soñando. Buckley se levanta, desnudo, bajo la luz plateada de la noche, camina enigmáticamente por la casa, abre un cajón y saca una foto de una mujer sonriente con un niño. Vemos la casa: está llena de botellas, cajas vacías de pizza, colillas apagadas en el cartón grasoso de las pizzas. Aparecen las manos amarillentas de la mujer que se levantó en el bar, tocándolo, pero él la aparta violentamente y le dice que tiene que irse. La mujer le pide plata para tomarse un taxi. Buckley se la niega. Cuando la mujer se va, él toma un trago directo del pico de una botella transparente, probablemente vodka. Lo despiertan al otro día golpes en la puerta. Es Jeff, su antiguo

compañero de división. Tienen una conversación graciosa sobre el estado de la casa, Buckley le ofrece un café, se sientan en la mesa del living y Jeff despliega fotos grandes, en blanco y negro, de una mujer y un niño de seis años asesinados a cuchilladas.

Buckley las mira desde su lugar, sin tocarlas, tomando periódicamente tragos de café. La última foto es un símbolo grabado con sangre en la pared celeste del living. Buckley se inclina para verlo. Pestañea un par de veces.

Eso es todo. Jeff se despide y en la escena siguiente ya está Buckley levantando la cinta policial que han puesto en la entrada de la casa donde transcurrieron los crímenes. Repasa las fotos en su mente, haciendo el mismo recorrido cronológico, el chico atado en una silla, viendo como asesinaban a su madre, y sabiendo a su corta edad que después le tocaría a él. Se había orinado encima, agregó Jeff con voz impersonal. La silla seguía ahí, aunque se habían llevado las sogas de plástico blanco.

Tiene que haber sido algún conocido. Un vecino. Alguien que visitaba la casa con regularidad, dijo Jeff.

Buckley reordenó las fotos.

No necesariamente. Entró por el lavadero. Por esa ventanita.

Es alguien flaco, dijo Jeff.

Elástico. Es alguien elástico.

Ortega pregunta cuándo te dignarás a volver a la estación.

Dile a Ortega que no me rompa las pelotas, repone Buckley, distraído.

A partir de ese punto las cosas se salían de control. Lo que parecía la repetición de un modelo genérico tomaba caminos insospechados, cada vez más caprichosos, más inextricables. Buckley era golpeado en una pelea de perros, conocía a un hombre con la mitad del rostro desfigurado, perseguía (y atrapaba) a un chico esquelético, que vendía droga para un tal Amancio Suárez, seguía la pista Suárez pero esta no lo conducía a nada y entonces parecía olvidarse del asunto, sus comidas se volvían escasas y también sus salidas al exterior. Por momentos el encierro parecía un sueño, los cuartos de su casa daban a grandes galpones oscuros, de altos techos abovedados, en cuyas vigas anidaban las palomas, y él se acostaba a dormir en el suelo, y al salir estaba en el campo.

Apagaron el televisor y Julia se durmió, pero despertó al cabo de una hora y se quedó un largo rato mirando la oscuridad exterior.

Una densa oscuridad, como si el mundo hubiera dejado de existir más allá. Mientras la miraba, Julia nada pensó, nada se imaginó, nada reflexionó al respecto. Se dijo que tendría que ir al baño, al seguramente espantoso baño de la empresa de Fratuccelli Hermanos para hacer pis antes de dormir, pero entonces se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados y estaba pensando en Ezequiel, su gato, o más que pensando estaba viéndolo, su gato sentado en la mesa, esperándola, y Alejandro en su casa fumando marihuana y olvidándose por completo de alimentarlo, y entonces se dio cuenta de que estaba soñando, y al abrir los ojos el colectivo entraba en la estación terminal de ómnibus de San Ignacio. Amanecía. Una luz extraña en el cielo, como de proyectores antiaéreos, nubes con la forma de un animal acuático casi transparente.

Había esperado algo más bien triste, pero la ciudad era linda y estaba conservada. Casas antiguas, señoriales, amplias veredas, árboles frondosos.

Se Quiso tomar un taxi hasta el lugar pero el taxista le dijo que eran seis cuadras, no quería robarle, más le iba a salir la bajada de bandera que el viaje en sí.

Caminó, entonces, siguiendo indicaciones bastante simples: seis cuadras para allá, pleno centro. La ciudad se despertaba: los negocios todavía cerrados, las señoras que salían a baldear la vereda, una radio desde una ventana abierta, como si estuviera en otra época. Pasó por una plaza y los árboles eran altos y desde lo profundo de sus copas cantaban los pájaros, el canto rebotaba en las paredes transparentes del aire haciendo eco.

Volvió a comprobar la dirección en el teléfono y ahí estaba, en la vereda de enfrente del bulevar. La casa de los Lara.

Rodeada por un paredón alto, que dejaba ver el primer piso, las torres oxidadas de hierro en la punta, las ventanas cerradas descuidadamente.

Parecía un castillo venido a menos. En uno de los costados crecía hiedra reseca.

Ahí había nacido su padre.

Cruzó la calle y tocó un intercomunicador.

¿Sí?

Hola, ¿Griselda? Soy Julia. Llegué.

Ah, hola, querida. Ahí voy.

Un minuto después el portón se abrió y Griselda la esperaba del otro lado en bata y con el primer cigarrillo de la mañana entre los dedos.

Qué alegría, chiquita. Vení, pasá, le dijo.

Julia entró a la casa.

Había un parque extenso con árboles y plantas, jazmines, crisantemos desbordantes incluso en esa época del año. En el medio, una pileta sucia con forma de medialuna, hojas descompuestas flotando en el agua. Dos reposeras blancas cubiertas de hojas descansaban en el pasto.

Disculpá el desorden, pero desde que se murió Braulio la casa se vino un poco abajo. Viste cómo es, dijo Griselda, mientras la guiaba por un sendero de pedregullo hasta el interior. Los muebles eran anticuados, y desentonaba el televisor de pantalla plana colgando de la pared, que en ese momento estaba prendido en mute con el noticiero de TN. En la mesa, frente a unos sillones, encima de una bandeja, una cafetera italiana rebosante y un juego de tacitas de porcelana antiguas que a Julia le pareció encantador.

Servite, querida. Me imagino que tenés ganas de un cafecito.

El café era negro, muy fuerte, y ella le puso un chorrito de edulcorante mientras Griselda volvía de la cocina con una fuente de masas finas. Se movía rápido, Griselda, a pesar de tener más de ochenta años, y no dejaba de hacerle preguntas que Julia respondía casi a los gritos, como si diera por sentado que estaba sorda.

Después ella también se sentó y, antes de ponerse a charlar de trivialidades, la miró a los ojos y le dijo, con total tranquilidad y sin sentimentalismo:

No te das una idea de lo importante que es esto para mí.

Julia buscó alguna emoción genuina en su corazón. Para mí también,

tendría que haber contestado, pero no fue eso lo que sintió, y quería expresar, aunque fuera con palabras confusas y dubitaciones, lo que sentía verdaderamente. La imagen de caminar por el campo y darse vuelta y ver que detrás de uno la tierra viene cayendo al interior de un abismo negro cuyo fondo no es capaz de distinguir. No hizo ni dijo nada, sino que la miró a su vez y Griselda asintió.

Entiendo, dijo. Es muy difícil para vos. Pero todo va a ir aclarándose.

Nunca es tarde para sanar, ¿sabés? Nos merecemos sanar.

Completamente de acuerdo, dijo Julia. Sí.

Después del desayuno durmió una siesta que había planificado breve pero que se extendió hasta el mediodía. La cama era confortable, el silencio casi total, su cuerpo conservaba las ocho horas de vibración del colectivo Fratuccelli Hermanos y poco a poco se fue relajando. Tuvo un sueño diáfano en el que Griselda hablaba a los gritos con algo o con alguien en otra habitación, ella la escuchaba detrás de una puerta y se agachaba para mirar, y al acercarse a la cerradura veía un ojo del otro lado.

La despertó el olor a hojas de laurel en una salsa boloñesa. Bajó las escaleras un poco avergonzada de haber dormido tanto y vio a una mujer de uniforme celeste, que revolvía la salsa con una cuchara de madera.

Buen día. Usted debe ser Julita.

Sí, dijo ella. Hola.

Yo soy Ramona. Para cualquier cosa que necesite. La señora está ahí afuera.

La señora estaba fumando un cigarrillo frente a la pileta podrida.

Me quedé dormida, qué papelón.

Pero por favor. Dormí todo lo que quieras. ¿Querés uno?

Fumaron mirando las hojas en la pileta.

Al rato Ramona las llamó para almorzar. La mesa estaba tendida, las

esperaban dos platos de ravioles con salsa y queso, copas, agua, un buen vino.

Mientras comían, Griselda le pidió que le contara cosas de su vida. Julia le resumió su crianza en casa de los Ruiz, la infancia contestataria, las hormigas en el traste, su huida cuando tenía veintiuno, la navegación errante por departamentos y parejas, su interés por la fotografía, su trabajo en el diario.

Nunca me sentí parte de esa familia, dijo Julia. Tenías razón en lo que me dijiste.

Griselda sonrió, enternecida.

Sos igual a tu padre. Él también tenía «hormigas en el traste», se subía a todas partes, era un tiro al aire.

A la luz del mediodía, Julia distinguió las manchas en las manos y el cráneo de la vieja. Una sensación rara en la boca del estómago, un ligero extrañamiento. Se preguntó si los ravioles le habrían caído mal. Se preguntó de qué estaban rellenos. Abrió uno con el tenedor y vio un amasijo de acelga muy cocinada.

¿Nunca pensaste en contactarte con las Madres?, le preguntó a Griselda, para decir algo.

¿Las de Plaza de Mayo? No. Siempre fuimos animales solitarios, Braulio y yo. Además, para nosotros Luisito no estaba muerto, ¿entendés? No aceptamos su muerte, sencillamente.

Entiendo.

A la siesta salieron en la Hilux blanca que había usado Braulio en los últimos tiempos, un modelo bastante nuevo, que Griselda manejaba de forma increíblemente firme para su edad. La vieja le hizo el tour: ahí Luisito cursó la primaria, un poco más allá la secundaria, en el colegio Los Maristas, eso que ves es el club donde jugaba al rugby. La ciudad era pequeña: enseguida llegaron al fondo, doblaron a la izquierda y tomaron un camino compuesto de baldíos y canchitas de fútbol, hasta el

estacionamiento descubierto, flanqueado por abetos plateados y altos, donde se bajaron y caminaron hasta la entrada del cementerio.

Un portón grande, con rejas de hierro grueso. Era sábado y había bastante gente, algunos fumando en la vereda, otros que entraban con ramos en las manos, una señora que llevaba una bolsa de supermercado llena de cosas, Julia supuso que para cambiar el agua de los floreros y limpiar la tierra.

Conocía el cementerio de La Recoleta, con sus estatuas antiguas, equilibradas y quietas bajo la luz del día, y le pareció por lo menos raro que una ciudad del interior, no necesariamente habitada por patricios porteños, pudiera ostentar ese nivel de sofisticación y elegancia. Apenas al entrar, las imágenes eran apabullantes. En la parte delantera, el cementerio estaba compuesto de nichos tan grandes y ostentosos como los de Capital, de materiales que no envejecían o lo hacían con suprema dignidad. Los mismos ángeles de granito blanco inclinándose en la cúpula, en torsiones crepusculares y vagamente simbólicas. Más allá se extendían las tumbas cada vez más modestas, hasta llegar al otro paredón, donde se acumulaban las tumbas comunes, sin nichos visibles.

Este es el nuestro, dijo Griselda cuando llegaron a uno alto, con forma de casita oscura y techo a dos aguas, en el que podía leerse, en letras de bronce, FAMILIA LARA.

Estaba cuidado, con las rejas de la puerta recién pintadas, pero en lo alto, cerca del techo, algunas plantas de hojas dentadas y lunares crecían hacia arriba buscando la luz. Era su familia, el lugar donde pertenecía, eran *sus muertos*. Dejen que los muertos entierren a sus muertos. Griselda había sacado una llave de su bolsillo y estaba abriendo el candado y la cerradura.

Julia vio los dos cajones contra la pared, los velones a los costados.

Vení, querida.

Pero Julia se quedó parada afuera, un poco impresionada. No era alguien especialmente impresionable: en su trabajo estaba expuesta todo el tiempo a

«imágenes que pueden afectar la sensibilidad del espectador», pero era como si ahora, que las cosas se ponían personales, íntimas, se hubiera despertado en ella una nueva sensibilidad. Vio el costado de los cajones, las agarraderas de metal dorado, la madera vieja, y se dijo: ahí dentro está papá. De mi padre verdadero debe quedar una quijada, un montoncito de polvo.

Vení, insistió Griselda, y ella no se atrevió a desobedecer. Vio el

nombre de Agustín Lara grabado en el primer cajón y el de Susana Bautista de Lara en el segundo.

Esos son tus bisabuelo y tu bisabuela, aclaró Griselda. Tu papá y tu abuelo están allá abajo.

Señaló una escalera que descendía a lo oscuro. Julia recordó que los panteones antiguos se construían con varios subsuelos para albergar a las generaciones de familias numerosas.

Vení, vamos a verlos, dijo Griselda, y oprimió un interruptor. Una pobre luz amarillenta emergió desde el fondo.

Julia dudó.

Es un segundo. No te asustes, no hacen nada, están muertos.

Griselda había bajado los escalones y le hablaba desde allá, confiada.

Julia la miraba, apoyada en el pasamanos. Sintió el corazón acelerado, las palmas transpiradas. La sensación extraña en su estómago volvió por unos segundos.

No te van a comer, dijo la voz de Griselda.

Julia se sintió ridícula. Bajó, con una sensación creciente de opresión, de encierro. Había olor a jazmines pasados, a tierra húmeda. El lugar era pequeño, apenas se podía respirar ahí. Griselda tenía una mano apoyada en el cajón de Braulio, a un metro y medio de altura. Un cajón nuevo, todavía reluciente. El que estaba encima (llevaba la inscripción Luis Lara, 1950-1979) era más viejo y había perdido todo su brillo. Oyó algunas palabras de las que Griselda murmuraba y le dio vergüenza.

Braulio, acá está nuestra nieta. La encontré, mi amor. Después se volvió hacia ella y le aclaró:

Me gusta hablar con él, todavía. Me cuesta creer que se haya muerto.

Viste cómo es. Estuvimos cincuenta años juntos.

Entiendo, dijo Julia.

Disculpame que te pregunte, pero ¿sos creyente? ¿Creés que hay algo después de la muerte?

Julia dijo que no.

Yo a tu edad era igual, no creía en nada. Después, bueno, cambié. Ese lugar que ves ahí arriba, dijo Griselda, señalando la pared de cemento, ese es para mí.

Con un estremecimiento, Julia pensó que para ella también habría un lugar, en alguna parte. Y eso sería el fin: ahí se acababa la familia Lara. Su familia.

Bueno, ya está de muertos, vamos, dijo Griselda. Tengo una idea para sacarnos el mal sabor de la boca.

La idea era realmente buena. Terminaron comiendo masitas finas y tomando café en las sillas de hierro fundido de La Esmeralda, una

«confitería» tradicional, donde todo era clásico y elegante: la decoración, la música que sonaba en los parlantes, el uniforme gris de las empleadas. Se sentaron contra el vidrio y Griselda le contó que a esa mesa iban todos los domingos con Braulio y un matrimonio amigo a jugar al Burako.

Escuchame, querida. Tenemos una casa en el campo, acá cerca. Cuando tu papá era chico le encantaba ir. ¿Te parece que vayamos a pasar la noche ahí?

Me encantaría, dijo Julia.

Qué alegría, querida. Yo siempre digo que…

Griselda se dio vuelta de golpe y miró hacia atrás, como si la hubieran llamado por su nombre. Julia siguió la dirección de su mirada pero ahí no había nada, una mesa vacía con dos sillas, un rincón sin significado.

¿Qué te estaba diciendo?, preguntó Griselda.

Cuando llegaron al campo estaba atardeciendo. Caía el sol en el horizonte plano, y unos teros se levantaban al paso de la camioneta y volvían a descender después, buscando lombrices frescas en la tierra.

Griselda se bajó para abrir la tranquera y avanzaron unos doscientos metros más, hasta la casa rodeada de árboles. Griselda apagó el auto y se quedaron un segundo oyendo el ruido de los pájaros y el viento,

afuera. Las empanadas que Ramona había preparado viajaban atrás, despidiendo un olor riquísimo. Julia vio la casa: tenía una galería en el frente y era larga, tipo chorizo, con techo a dos aguas, rústica y refinada a la vez.

Te voy a pedir que me esperes un segundito que desconecto la alarma y veo si está todo en orden, dijo Griselda

Dale, sí.

Julia bajó de la camioneta y se quedó apoyada contra el capot, respirando el aire puro del atardecer. Una luz anaranjada, menguante; la sensación de

que todo se iba apagando, el hormigueo de las cosas que se van a dormir, los animales nocturnos que despertaban lentamente para ocupar el lugar de los diurnos.

Había un galpón bastante grande a un costado, de chapas de zinc oxidadas por la lluvia. Julia imaginó que servía para guardar herramientas, aunque ahí adentro bien podría entrar fácil un tractor o un rastrojero; más allá, dos limoneros en plena floración y una línea de pinos, y jazmines altos que crecían un poco descontroladamente en la parte de atrás. También un aljibe, antiguo, con una pequeña glorieta de hierro despintada, cubierta la boca por una pesada tapa de cemento. Julia se acercó para mirarlo, sintió el impulso un poco tonto de apoyar la mano sobre la tapa y entonces la voz de Griselda, detrás, muy cerca, ya estamos querida, y Julia dio un saltito como si hubiera sido sorprendida en un acto pecaminoso.

El interior olía fuerte a jazmines. Le pareció un lindo detalle que Griselda se hubiera tomado el trabajo, mientras ella paseaba, de cortar un ramito de jazmín y llenar el florero de agua. Se había llevado la cámara colgando del cuello y le sacó una foto: la mesa basta pero lustrosa y firme y el ramito encima (días después vería esa foto y pensaría en lo ingenua que había sido, en lo que le iba a costar). Griselda preparó el mate y salieron a ver el atardecer, que caía lento detrás del galpón, entre los pinos. Julia sacó un par de fotos más: la corteza de los árboles bañada por esa última luz, los focos rasantes de los autos, allá, a unos dos kilómetros, que ya se divisaban en la oscuridad. Había una soga colgando de una rama gruesa, anudada en varias partes. Julia le sacó una foto.

Por ahí se subía el atorrante de tu padre, dijo Griselda. Se pasaba

horas ahí arriba, saltando entre los árboles, y había que amenazarlo para que bajara. Qué cosa seria ese chico.

Cenaron empanadas, y después Griselda le convidó un whisky y cigarrillos y se quedaron despiertas hasta la una, Griselda contándole sobre Luis, aspectos de la vida de Luis, anécdotas que eran graciosas solo para ella. Julia tomó dos vasos de whisky, también. No era una buena idea la de combinarlo con las pastillas, pero al diablo. Aceptó los cigarrillos que Griselda le ofrecía y se relajó. Pensó en sus amigos, en Alejandro: cuando les cuente que estuve con mi abuela tomando whisky. Cuando sepan que

soy hija de desaparecidos. Grandes noticias para llevar de vuelta a Buenos Aires.

¿Y vos nunca quisiste tener hijos? Hacerme bisabuela. Qué momento, dijo Griselda.

Nah, Julia negó con la cabeza. Ni siquiera quiero casarme.

Esperó a que Griselda se asombrase o le diera un sermoncito sobre la necesidad de tener una vida estable, pero la vieja asintió satisfecha.

Está perfecto, dijo. Nuevas generaciones. No sos alguien que se asienta en un lugar, sos nómade. Me gusta eso, querida. Yo tuve una gran vida con Braulio, fuera de las peleas que siempre están, pero más allá de lo que significa Luisito para mí, de lo que es en mi vida, podría haber elegido lo mismo que vos. Ser una cazadora.

Una cazadora. Me gusta.

Griselda sonrió como si supiera mucho más de lo que decía.

A veces, sobre todo en las ciudades más chicas y en la época en la que yo era jovencita, uno piensa que hay una sola forma de vivir. Una especie de destino que hay que cumplir sí o sí. Algo ineludible, digamos. Pero la vida es mucho más que eso. Y si nos dejamos llevar por las expectativas de los demás, puede que nos estemos perdiendo la vida verdadera, que es mucho más intensa, mucho más interesante que la otra. Yo lo descubrí tarde.

Estuve ciega mucho tiempo. Eso quieren, que estemos ciegos. Que pasemos por la vida acolchonados. Pero en algún momento tenemos que dar el salto.

Julia se quedó callada. El whisky la había puesto rara y no entendía

muy bien a qué iba su abuela con todo eso. En el silencio de la casa, tuvo de nuevo la sensación de hacía un mes, la de sentirse observada, la de que las cosas materiales que conformaban el mundo estaban temblando, al acecho.

Creo que estoy un poquito borracha, dijo.

Al levantarse sintió el mareo, pequeño pero innegable. Miró a Griselda, que había tomado más que ella: la sorprendió que estuviera impecable, como siempre.

Vamos a dormir, querida, que es tarde. Ahí atrás está tu pieza, la de tu papá, en realidad, dijo Griselda. Hasta mañana.

Hasta mañana, buenas noches.

Prendió la luz y vio la cama de una plaza, el edredón gris, el escritorio y las fotos. Su padre a los quince, al lado de Braulio, sosteniendo un pescado

gigante de escamas doradas, orgulloso. Su padre sonriendo con una guinda de rugby entre los brazos. Su padre jugando en un campeonato. En la pared, un cuero de liebre, curtido, pegado con clavos, con el pelo duro y la cabeza disecada, los ojos cerrados. Pensó en ir al baño, lavarse los dientes, pero de pronto tenía una gran necesidad de cerrar los ojos. Hacía frío y como pudo se sacó las zapatillas y se tapó. Se quedó dormida poco después.

Despertó con una sensación opresiva, como si hubiera sido enterrada viva, sin saber dónde estaba ni cómo prender la luz. Había un silencio casi sobrenatural, y mientras manoteaba tratando de encontrar el velador pensó que eso era lo que la había despertado. Demasiado silencio. Y la seguridad aterradora, blanca, de que había alguien más en el cuarto. Estaba segura de que en alguna parte, en la oscuridad, alguien la miraba y entonces distinguió en el marco de la puerta que daba al pasillo el contorno de una cabeza asomada. Debería haber gritado, pero el terror la paralizó. Se quedó petrificada unos segundos y después la cabeza desapareció, se fue, sencillamente, y ella logró prender la luz. Las cosas en su lugar, detenidas, a la espera.

Cerró la puerta y se dijo: voy a quedarme despierta toda la noche, pero pestañeó y ya era pleno día, la luz entrando en la pieza.

Al mediodía Griselda asó un pedazo de carne. Estaba rara, como distraída. A veces se quedaba callada en mitad de una frase, o decía cosas ligeramente ilógicas, como si estuviera hablando con otra persona de sucesos que ella desconocía. La carne que asó, por ejemplo: quemada por afuera y por dentro prácticamente cruda. Julia comió dos bocados por compromiso, pero le dio ganas de vomitar. Después fue a caminar y a sacar fotos. Una a los limoneros en fila; otra a un pajarito sobre un alambrado.

Cuando volvió, Griselda estaba sentada en la galería, había preparado café y tenía un álbum de recuerdos de Luisito sobre las piernas.

Fue pasando las hojas despacio, mientras Griselda, detrás suyo, le contaba: nació con cuatro kilos y medio casi, por poco me muero; andaba en una bicicleta chiquita, como tiro, ni siquiera le tuvimos que poner rueditas, y cuando creció y no podíamos llevarlo al campo, los días de semana, se iba solo, a la siesta, cuando nosotros dormíamos, y se quedaba todo el día ahí, una vez Braulio lo amenazó con cagarlo a cintazos, pero él

hizo lo mismo, no le importaba, siempre fue un alma libre, como se dice, y más cuando creció, nunca lo pudo poner en la senda, Braulio, por más que intentó e intentó. Incluso en su época de católico ferviente no se olvidaba de criticar el dinero de la iglesia, nuestro dinero, a mi marido le rompió el corazón. Esta es la última, ya tenía barba, andaba andá a saber en qué cosas.

Volvieron a la ciudad a las cinco. El colectivo salía a las ocho, y Julia quería darse una ducha. Cuando salió, con el pelo mojado y la valija lista, Griselda había servido café en las tacitas de porcelana y estaba esperándola con masitas finas en el mismo lugar en el que la había recibido. Todavía con el pelo húmedo, Julia se sentó y probó una galletita y le dio un sorbo al café. Estaba raro, demasiado fuerte, pero con las galletitas andaba bien.

Tomamos esto y te llevo a la terminal, dijo Griselda. Hay tiempo, pero mejor esperar ahí. Yo siempre me pongo ansiosa con esas cosas. Igual son cinco cuadras, nomás.

Griselda prendió un cigarrillo y le convidó. Julia desistió: había fumado demasiado ese fin de semana.

Te agradezco tanto que hayas venido. La pasé muy bien, dijo Griselda.

Yo también, dijo Julia.

No hace falta, dijo Griselda, como distraída.

¿Cómo?

Que no hace falta que seas amable conmigo. Eso se lo dejamos a la gente común. Nosotras somos cazadoras.

Cazadoras, sí, dijo Julia, dejando la tacita en la mesa. Le había gustado la experiencia, pero ya tenía ganas de estar en Buenos Aires, de recuperar su vida, por más que la dejara insatisfecha, con un vacío permanente. Incluso con el Planeta Oscuro asomando cada tanto, tirando sombra sobre sus cosas, era lo conocido, y lo conocido estaba bien. Se preguntó en qué andaría su gato y si el irresponsable de Alejandro le habría dado de comer.

Te estuve mirando todo el fin de semana, dijo Griselda. Te estuve conociendo. La verdad, creo que sos una persona excepcional. Una digna hija de tu padre.

Julia no supo qué responder. Necesitaba otro cigarrillo, pero no iba a fumar más. Un calor inexplicable le creció en el vientre.

Digna hija de tu padre. Digna elegida, dijo Griselda, como hablando sola.

Miraba hacia un costado y a ella le pareció, por un segundo, que había algo raro en su cara. Como si fuera más sólida que una cara común y corriente. Fue apenas un momento, enseguida Griselda volvió a darse vuelta y le sirvió de nuevo, o por primera vez, Julia no se acordaba, ese café negrísimo y espeso en una de sus tazas de porcelana.

Julia estiró la mano para alcanzar una de las masitas finas, pero no llegó a hacerlo. Su mano, de pronto ajena, como si hubiera perdido sensibilidad.

Un hormigueo le subía desde el codo.

Las vueltas que tiene la vida, dijo Griselda. Encontrarte al fin después de tantos años. Y justo ahora, cuando es necesario que continúes la obra.

Julia hubiera querido preguntarle cómo la encontró, nunca habían hablado de eso. Pero sentía la boca rara, también. Lenta. Pastosa.

¿Qué obra?

Fue gracias al Cazador que te encontré, dijo Griselda. Él me mostró dónde vivías. Él fue todo para nosotros. Para Braulio y para mí, quiero decir, y cuando lo conozcas vas a entender lo que te digo. Él nos arrancó de la vida ordinaria y nos llevó a otro plano, querida. Vos andabas buscando ese otro plano, yo me di cuenta. Y ahora, en breve, vas a encontrarlo. ¿No es maravilloso?

¿Cómo?, preguntó Julia pero su voz sencillamente no salió, o salió como un ronquido sordo.

Estás en otra frecuencia, Julia. Estás en la senda, ¿te diste cuenta?

Julia sintió que la cabeza le pesaba mucho. Caía sobre ella misma. La atracción del piso era irresistible. ¿Dónde estoy? ¿Qué estoy haciendo?

No pasa nada, chiquita. No te resistas. Ya debe haber hecho efecto, dijo Griselda, y apagó el cigarrillo que parecía haber durado dos horas en el cenicero. Ojo, no te golpees. Así, dejate caer, despacio.

Bocarriba sobre la moqueta del living vio la lámpara del techo. No parecía una lámpara. Parecía un animal acuático, moviendo sus tentáculos.

Sintió las manos de Griselda, viejas pero sólidas, que la acomodaban, y después todo se alejó hacia arriba y ella se quedó abajo, mirándola, mientras el mundo se hacía más y más chiquito y desaparecía al fin.

Pop.

Como una burbuja que se revienta.

Derecho a permanecer en silencio

Creo que es hora de que hable.

¿Cuál?

El que te jedi, ese que está ahí.

Yo creo que si no quiere hablar está en su derecho de permanecer en silencio.

Cerrá el orto, derecho de permanecer.

Preguntenlé a ella que es jovencita qué pasó. Querida, ¿vos tenés ganas de hablar? ¿Querés contar qué pasaba allá arriba? ¿Estaban los viejos?

¿Crecieron cuando los mirabas? ¿Te metieron inyecciones?

No dice nada.

Dejala.

¿Lo viste al tipo malo?

Está muy abajo, cómo te va a escuchar.

Sí, te escucho.

¿Vieron que me escucha?

La batalla del Manantial fue un enfrentamiento entre unitarios y federales que tuvo lugar el 4 de octubre de 1861.

Este oye menos que una tapia.

¿Había viento? ¿Sol, había? ¿Era invierno cuando te tiraron?

Vos lo tenés al lado, gritale al oído.

Por las dudas, no conocerás a los Grindetti de Venado Tuerto, ¿no? Gente muy buena, muy laboriosa. Quería saber si me siguen buscando.

Una cosa que me gustaba hacer mucho era ir al campo. Me gustaba estar sola en el campo.

No cuentes nada, querida, que estos lo usan.

¿Cómo que lo usan?

Yo sé lo que te digo. Tarde o temprano lo usan.

A mí me parece haber visto tu foto, alguna vez, en un corte de la televisión. Decían tal y tal ha desaparecido el día de ayer. Llevaba puesto un jogging azul.

Yo no era, nunca en mi vida hubiese usado un jogging azul.

Seguí diciendo, dale. Ibas al campo.

Sí, iba siempre al mismo lugar. Fumaba marihuana antes de volver a

casa.

La marihuana es una puerta de acceso a otras drogas.

La marihuana no era una puerta de nada. A mí me tranquilizaba, aunque a veces me daba ataques de pánico.

¿Te sudaban las manos?

Callate vos, ni sabés lo que es un ataque de pánico.

Sí, sé. Es como sentir que te hundís.

Nada que ver.

¿Tenían una de esas heladeras con manija? ¿De esas que daban patadas?

De esas tenían antes, después la cambiaron. Cuando me agarraron a mí habían comprado una nueva.

¿Blanca?

Gris. Con freezer incorporado.

Son paquetes, yo les dije. Son medio paquetes esos dos.

Yo me fumaba un porrito ahí sentada en el campo.

¿Qué plantaban en ese campo? Por curiosidad, nomás.

Nada. No sé. Nada.

Qué desperdicio. Mirá, en Italia plantaban hasta en la cuneta. Eso es tener ganas de trabajar, no como otros.

Van a usar todo lo que digas para amargarte, querida, no cuentes más.

No, está bien. Tengo ganas de contar. Yo iba a sentarme bajo los árboles esos.

Quebracho colorado.

Ombú.

Palo Borracho.

Eucaliptus.

No sé. Unos árboles altos.

¿De hojas y corteza plateada?

No me acuerdo, ¿qué importa? Había un tronco caído en el piso. Yo me sentaba ahí y miraba el campo y fumaba el porrito antes de volver a casa.

Lo hacía todos los días.

Hasta que te metieron en la camioneta. Ahí ya no lo hiciste más.

Se me pone la piel de gallina cuando me acuerdo. A mí me llamaron porque el viejo se había descompuesto, supuestamente, pero entonces me levantaron en el aire y tuc, la inyección.

Sí, pero antes pasó otra cosa.

¿Pueden dejarla contar y no interrumpirla con pelotudeces?

Eso, gracias.

Pero ¿qué estás contando?

Un día me dejaron un papelito. Bah, yo lo interpreté como que me lo habían dejado.

¿Tenía algo escrito?

Tenía un dibujito.

Ya está, no cuentes más.

¿Quieren que les cuente cómo era el dibujito?

No.

No.

No.

Bueno, no cuento nada, entonces.

A mí también me dejaron un dibujito. En la puerta, el esqueleto de un pez. De eso me acuerdo.

¿Le hiciste caso?

¿Quién habló?

La batalla entre Azules y Colorados tuvo lugar en los años sesenta y dos y sesenta y tres, aunque mayormente…

No, no le hice caso.

Claro.

La Moli, le decían.

¿Cuál era la Moli?

Una que vivía cruzando las vías.

Ah, creo que la conocí.

Callate vos, que nadie te implicó en la conversación. Qué vas a conocer vos si está hablando de algo que pasó en otra parte.

Yo creo que la conocí a la Moli.

Vos ni siquiera eras de la ciudad, ¿qué vas a conocer?

¿Dónde era que era acá?

La Moli andaba con unos pantaloncitos chiquitos y los volvía locos a los tránsfugas aquellos. El Piru me contaba de la Moli, que los volvía locos.

Andaba por la calle esa de tierra con los pantaloncitos y los chicos se envalentonaban. Se la llevaban al campito. Se subía a cualquier moto, la Moli.

¿Qué moto?

No sé, las motos que se usaban en esa época.

¿Qué época?

¿Y cómo mierda voy a saber? Una época. La época en la que estábamos arriba.

Arriba se prende la luz a veces.

Porque corren la tapa. No es que se prenda la luz. Mirá lo que dice este paspao.

No lo escuches.

Le repito que tengo derecho a…

Un día me la encuentro. Yo venía del baile. Habrán sido las cuatro, las cinco, todavía no clareaba. Me la encuentro a la Moli en la zanja.

¿Vos la habías subido a la moto a la Moli?

Le recuerdo que fui profesor y doctorando en Historia, y que no voy a tolerar la falta de…

Callate, viejo puto.

Cuestión que vengo en la Dax. Yo tenía una Dax. Me la había comprado trabajando en el frigorífico antes de que cerrara.

En el noventa y seis debe haber cerrado el frigorífico.

Noventa y seis, noventa y siete, qué sé yo cuándo mierda cerró el frigorífico. Tenía una Dax y la manteníamos con el Piru, que se daba maña con esas cosas.

Hablen despacito que este está durmiendo.

Y que se despierte, el boludo.

Me estaba volviendo a mi casa. Creo que habíamos ido a ver La Barra. O

Trulalá.

Bueno, La Barra. Me estoy volviendo a casa puestito con fernet y ahí la veo. Estaba enterrándolo ella misma para que nadie se entere.

¿Quién?

La Moli, ¿quién va a ser? Había hecho un pozo en la zanja y le tiraba tierra encima. Y estaba vivo.

¿Quién era la Moli?

Cincuenta mil personas intervinieron en la batalla de Caseros.

Se lo oía llorar. Yo paré la moto y la miré, y ella estaba tirándole tierra encima, lo estaba enterrando vivo, la hija de puta. Y yo pensé: la tengo que matar. Tengo que romperle la cabeza con un ladrillo.

Pero en lugar de eso aceleré la moto y me fui. No miré atrás, me fui y cuando llegué a casa mi vieja ya estaba despierta, y me convidó unos mates y me preguntó qué tal había ido todo y yo le dije que bien, normal. Y después me fui a tirar un rato.

¿Y te quedaste despierto pensando?

No, no. Me quedé dormido enseguida.

Doce mil jinetes del lado de Juan Manuel de Rosas. Todavía pueden encontrarse reliquias o pedazos de esos jinetes si se hacen excavaciones en el lugar.

El archivo de Word del profesor Cepeda Yo estaba enamorado de Luis Lara.

Creo que todavía lo estoy, como si no hubiera pasado el tiempo y Luis no se hubiera muerto hace mucho. Estoy enamorado de Luis Lara. Se puede amar a un muerto. Es la forma más perfecta del amor, si se me permite.

Son las tres de la tarde y escribo esto en la notebook, en una hora libre del colegio, antes de entrar a quinto, donde enseñaré, dentro de mis posibilidades, eso que se llama Historia Argentina. Estoy en la sala de profesores del colegio Los Maristas, el mismo donde Luisito Lara, mi amor de infancia, mi gurrumín endiablado, mi cómplice y todo, cursó de primero a quinto año allá por los sesenta. Romano, que da matemáticas, espera también en una hora sánguche. Es un hombre mayor y se ha quedado ostensiblemente dormido en una silla. Incluso ronca. No me molesta. Sus ronquidos son rítmicos, casi musicales. Me ayudan a concentrarme en esto que me he propuesto, un poco porque lo hablé en terapia y otro poco porque sencillamente tengo ganas. Porque si no escribo sobre él siento que está más muerto todavía, porque si no lo recuerdo tengo la impresión de que desaparecerá, y uno no quiere que las cosas que ama, que todavía ama, desaparezcan nunca.

Te amo, Luisito. Nunca te lo dije, pero sos el primer y gran amor de mi vida. Todavía puedo verte, puedo verlo, con su energía desbordante, tan grande que uno no pensaría que era capaz de apagarse, pegándose en el brazo con sus amigos, riéndose a carcajadas, oliendo hermosamente a

joven, a macho, a bestia. Es el 74, 75, y yo lo veo, te veo, Luisito, pasar frente a mí sin mirarme, sin registrar mi existencia, y siento algo que en ese momento no entiendo pero ahora sí. Se llama amor. Deseo. O no sé cómo se llama. Ya ni sé lo que escribo.

Pero debería empezar hablando de la casa. De la casa de los Lara, quiero decir. La casa más grande y más importante de San Ignacio.

Debería decir: hoy la casa de los Lara sobrevive, debidamente tapiada y con las aberturas cubiertas de ladrillos y revoque grueso, para que nadie pueda entrar y quedarse, en apariencia, pero sobre todo para que nadie ni nada pueda salir. Desde lejos, la casa parece una vieja bruja dormida. Eso debería escribir acá.

Pero no.

Del lugar donde vivieron los Lara no queda nada. La casa fue demolida en 2015, después del incendio, y por mucho tiempo el terreno que había pertenecido a la familia quedó vacío, cubierto de los escombros y los pedazos de hierro que habían constituido pisos, escaleras, cañerías, inodoros y bidets, paredes. Alrededor, el tapial altísimo que todos conocíamos. Un cartel de «Se Vende», con el número de teléfono de una inmobiliaria colgando del tapial, sobre la 9 de Julio.

Los restos de la casa bajo la lluvia. Bajo el sol. En invierno y en verano, con jejenes de mosquito flotando en el agua podrida. Ya no parece el tótem que cuida a la ciudad. El castillo con su rey demente y su princesa atrapada en lo alto de la torre. Parece más bien un montículo de piedra derrumbado.

Un montón de basura.

Por unos años, no pasa nada. Y eso que es bueno el terreno, buena la ubicación. Un misterio que nadie quiera comprarlo. Se preguntan en la inmobiliaria: ¿el precio es excesivo? Parece ser que no. Que es el precio que se pide por muchos de esos terrenos ubicados incluso en lugares menos estratégicos, lejos del centro, en barrio Junín o barrio Las Violetas, allá pasando la zona de las casaquintas. ¿Y entonces? Nadie sabe.

Alguien la compra, al final. Una empresa constructora de nombre impersonal. Derrumban el tapial de casi dos metros que dividía la casa del resto del barrio, una especie de cerco protector mágico, y el portón de

madera con inscrustaciones de hierro sólido. Todo lo tiran abajo, sin piedad.

El portón es vendido en las afueras. Vemos el terreno cubierto de escombros y la luz que al fin ingresa en él, y sabemos que están acabando no solo con una casa, sino también con una parte de nuestra memoria y nuestro corazón.

Limpian el terreno, se llevan los escombros y levantan, en el lapso de casi un año entero, un edificio de diez pisos, de paredes de yeso blanco, y pequeños detalles tan ordinarios, baratos, perdurables, que me dan ganas de largarme a llorar, arrodillarme y llorar durante horas.

De la casa no queda nada.

Estuve investigando. Fui al diario local, hojeé los archivos, leí el libro que sacaron en el 89 por los cien años de San Ignacio. Pregunté. Me hice de algunos datos. Deformación profesional, lo llamarán, pero yo le doy otro nombre. Búsqueda del origen, no del propio sino del ajeno, lo que es perfectamente comprensible porque en este caso el ajeno me importa un montón. Escribo ahora al lado de Nahuel, que mira sus redes en el celular y cada tanto me pregunta qué hago, qué estoy haciendo. Le cuento. Le digo que escribo sobre mi primer amor.

¿Un libro?

No. Un recuerdo. Un archivo de Word, nada más. Algo que necesito sacarme de encima.

Es muy tierno eso.

Ponele.

¿Me vas a dejar leerlo despúés?

Probablemente.

¿Habla de mí?

No, picarón. Habla de Luisito Lara.

¿Quién es ese?

Suspiro teatralmente.

La casa fue construida en los años treinta por Agustín Lara, el padre de Braulio, abuelo de Luis.

Agustín llegó de Italia en el diez. No era un pobre. Allá en Nápoles los Lara tenían algo de dinero, pero lo que tenía lo supo administrar tan bien que veinte años después estaba construyendo la casa más grande de San Ignacio, era elegido intendente y sus campos se extendían por leguas y

leguas alrededor del pueblo, con su trigo rubio brillando a la luz del sol otoñal como monedas de oro. Algunos dicen, también, que sus métodos para conseguir el dinero no eran del todo legales, ni siquiera humanitarios.

Que engañó, regateó e incluso (hay versiones) amenazó y sobornó para hacerse de los campos. Lo cierto es que ahí estaba, en el treinta, según lo muestran las fotos: con un gran bigote italiano y un traje ajustado sobre el bombo del vientre. Bajo sus manos, un chico de siete años que mira intensamente a la cámara: Braulio, su primer y único hijo, el que sería el padre de Luis.

La casa era elegante y fastuosa sin ser de mal gusto: las terminaciones, el diseño, los materiales. Agustín pensaba llenar sus habitaciones de niños, pero la madre de Braulio murió poco después de una misteriosa enfermedad (cáncer, seguramente), y él no volvió a casarse, destrozado. Mandó a construir un panteón familiar no menos fastuoso que la casa, de mármol de Carrara, con un ángel en lo alto que señalaba el sur sin esperanza y lugar para diez tumbas, en la base y en los dos sótanos sucesivos, con la idea de enterrar ahí a una gran familia italiana, y ahí, en un lugar especial, puso el cuerpo de su esposa y se dedicó a llorarla durante los siguientes treinta años, antes de morir él también de cáncer.

Para los sesenta, que es cuando empieza esta historia, Braulio era el jefe de Cirugía en la clínica Tres de Agosto y estaba casado hacía treinta años con Griselda Berenutti. Luis tenía diecisiete y todo

indicaba que iba a estudiar para ser cura. Pero no nos adelantemos.

(Miento si digo que a veces no sueño con él. Sueño con él, pero de lejos, nunca como sueño con otros muertos que hablan conmigo. Luis está lejos.

Siempre estuvo lejos. Claro, me llevaba cuatro años, pero así y todo, la sensación de lejanía era más profunda, como si teniendo su edad e incluso su clase social no hubiera tenido acceso al Luis verdadero, rodeado siempre de un halo, no diré de misterio pero sí de silencio. Luis no lo decía todo, se guardaba una gran parte para él. Supongo que como todos, pero en mayor medida. Y supongo también que lo sé por lo que pasó después, por lo que quiero contar acá.

De todas maneras miento si digo que a veces no lo veo en mis sueños, jugando al fútbol con los chicos más grandes en la canchita que había al

lado de las vías, mientras mis amigos y yo nos quedábamos sentados ahí al lado, en unos árboles caídos, con la esperanza inútil de que nos invitaran a jugar —cosa que no pasó ni pasaría nunca—. Lo sueño tocando la guitarra en misa, con su pelo rubio peinado al costado, cantando Alabaré a mi Señor Jesús, o: Hosana en el cielo, Hosana en las alturas, bendito el que viene en nombre del Señor. Sueño con su cuerpo muerto, y como no lo vi muerto, me invento una versión en la que descansa entre livianos tules funerarios, las mejillas insoladas y el tostado que le resaltaba el pelo rubio. Lo sueño en el Ford Sierra descapotable que su padre le prestaba los fines de semana, siempre con una chica distinta, con un cigarrillo en la boca y una camisa cuadriculada y su hermoso pelo rubio lacio acariciado por el viento).

Pero estoy mezclando los tiempos. Porque hay dos Luisitos, tan alejados entre sí que parecen prácticamente personas distintas. El primero es el del Ford Sierra. Un Luisito mundano, por decirlo de alguna manera. Deportista, feliz, increíblemente seductor. Libertino. Hay otro Luisito, del que voy a escribir más adelante. Y la transformación es tan profunda, tan secreta, tan aparentemente inmotivada, que parece un milagro.

Nahuel hace una cara cuando le leo esto. Un revoleo de ojos que es

casi un juicio lapidario.

No hace falta que lo leas, le digo.

Pero vas a publicarlo.

Ni en pedo. Es algo para mí. Es mi vida. ¿Cómo lo voy a publicar? ¿Y a qué ese revoleo intenso de ojos si querés que lo publique?

El revoleo es por la palabra milagro, bolas.

Ya vas a entender de lo que hablo. ¿Sigo?

Seguí.

A los dieciséis era más bien un hombretón de un metro noventa y casi cien kilos de peso, uno de esos chicos que parecían de campo, animales espléndidos y vigorosos, pura salud, pura libertad, puro torrente sanguíneo.

Luisito le decían de chico, cuando andaba encaramado en los árboles y los tapiales del barrio, con su pelo rubio deslumbrándonos a todos al rayo del sol, y Luisito le quedó toda su vida y hasta su muerte e incluso más allá.

Dicen que algunos chicos pegan el estirón en un momento y crecen en un

año lo que no crecieron en catorce. Bueno: él nunca lo necesitó. Siempre fue un gigante: en las fotos escolares le sacaba media cabeza por los menos a los más altos de su curso. Y hacer rugby desde chico no lo volvió más pequeño precisamente. Luisito era *grande*: tenía las manos y los pies muy grandes y era un secreto a voces que tenía también otras partes del cuerpo bastante grandes para su edad, lo que despertó desde temprano el súbito interés en las amas de casa del barrio.

Pero esta historia no tiene que ver con eso.

El Luisito 1, que así lo vamos a llamar, es alguien cuyo adjetivo perfecto es: despreocupado. Grande y despreocupado. Luisito 1 es una de las personas más vitales y felices que todos conocimos. La política, el destino de Latinoamérica, la gesta del Che Guevara, todo le

importaba lo que se dice un soberano pepino. Tampoco quiero pintarlo como un bruto, como una persona simple o de poco horizonte. No es tan sencillo. Había detalles en él que lo separaban, incluso siendo el Luisito 1, del resto de sus amigos rugbiers, más bien animales olorosos y un poco inconscientes. Estaba el tema de la lectura, por ejemplo.

Hay una creencia popular según la cual si alguien es alto y fuerte y bueno en los deportes será necesariamente más bien un bruto en lo que se refiere a lo intelectual. He aquí el ejemplo contrario: Luisito era, también, a todas luces, alguien con preocupaciones bastante intensas. Un lector voraz. Uno podía verlo en los descansos de las prácticas de rugby o en el entretiempo de un partido de fútbol o de básquet, de los que era aficionado, leyendo descaradamente libros de los más variados: ficción, al principio, cuentos y novelas de Bradbury, de Cortázar, de García Márquez. ¿De dónde los había sacado? ¿Por qué a alguien como él, un chico de buena familia, lindo, deportista y sin resentimientos aparentes contra el mundo se ponía a leer y encima esas cosas? Era un misterio. Tampoco le interesaba, o exclusivamente, el pequeño mundo del deporte.

Con las chicas pasaba algo parecido. Se desmayaban casi literalmente por él: rubio, de plata, con auto propio. El hijo del doctor Lara, dueño de la clínica que llevaba su nombre. El partido perfecto. Las chicas le revoloteaban alrededor, sobre todo las más poderosas, las inclementes, las dueñas de una sensualidad casi bestial, implacable, sin falla ni fisuras.

Marina Bols, por ejemplo. Todos recordamos, o deberíamos recordar a Luisito Lara y a Marina Bols, la más linda del colegio Normal, la que destruía los pasillos a su paso como una catástrofe natural con piernas y permanente en el pelo, la máquina de romper corazones, la bestia jadeante.

Acompañada siempre de un par de amigas, secundándola, agradecidas por la posibilidad de estar siquiera en el radio de su presencia fatal. Marina Bols había aprendido de chica que el mejor recurso con el que contaba era su cuerpo, y sabía mostrarlo, ocultarlo, utilizarlo sabiamente para hacerlo rendir. Era un poco cantado que esos dos iban a terminar juntos y a ponerse de novios y a casarse y a tener hijos hermosos y rubios. Era lo *natural*. El lindo se queda con la linda, así funciona el mundo, o por lo menos así funcionaba a finales de los sesenta, en San Ignacio, que es la época cuando comienza esta

historia.

Una noche, en un danzante que organizaban los de Quinto del Normal, Luisito y Marina bailaron juntos un par de temas. Los demás los mirábamos, felices: si nosotros no éramos perfectos, que por lo menos existieran ellos. Si la felicidad no era para nosotros, que fuera para alguien.

Yo tenía trece años. Iba a Primero del San Martín. Ver a Luisito y a Marina Bols era para mí también una alegría inédita, como ver uno de esos programas de la vida de la naturaleza, cuando muestran un par de hermosas leonas persiguiendo una gacela. Esa era la sensación: la de estar contemplando algo perfecto. Eso sentía yo y creo que también los que me rodeaban, viéndolos bailar y hablarse al oído.

Pero entonces, algo pasó. Todavía me acuerdo como si fuera hoy. Nos dimos cuenta por la cara de Marina, que de pronto se transformó con una expresión de desprecio tan grande que fue como si hubiéramos caído al piso desde una gran altura. Así se quedó ella, mientras Luisito Lara simplemente la dejaba, ahí parada y sola en mitad de la pista de baile, como si se la olvidara.

¿Qué le había dicho? Nunca se supo. La versión de Marina incluía insultos y dudas sobre su sexualidad. Luisito no tenía versiones: si uno le preguntaba, lo que sus amigos deben haber hecho, simplemente levantaba los hombros y decía: qué sé yo. No me gustaba tanto. ¿Marina Bols no te gustaba tanto? ¿Qué tenés en la cabeza? ¿Una gallina muerta? No me

gustaba y listo, decía Luisito, y si uno era astuto sabía que ese era el fin de la conversación.

En alguna parte, Luisito se estaba transformando. Una transformación brusca, violenta, como suelen ser a esa edad de grandes cambios hormonales y acné (dicho sea de paso: Luisito nunca tuvo acné, su piel se mantuvo perfecta hasta el final, o por lo menos en las partes donde yo podía ver; tuvo, eso sí, una especie de acné espiritual, pero la voy cortando ya con estas metáforas con el asentimiento agradecido de mi único lector).

Sí, gracias, dice Nahuel.

De nada.

A los dieciocho, apenas terminado el colegio, un rumor empezó a correr entre los habitantes de San Ignacio, el rumor de que Luisito quería «estudiar para ser cura». Era la transformación. Era el Luisito 2.

Es palabra real, decía mi madre. Qué desperdicio, decía mi hermana. Los curas también fornican, decía mi padre, y mi madre suspiraba. ¿Estoy mintiendo, acaso?, decía mi padre. Cortala de una vez, decía mi madre. Qué desperdicio, volvía a decir mi hermana, que como el noventa y cinco por ciento de las chicas de su edad estaba enamorada de Luisito. Pero Luisito no parecía registrarlas. Ni a mi hermana ni a ninguna. Luisito parecía más bien enamorado de Dios, iba a misa todos los domingos y a veces también los sábados y entonces el rumor de que iba a estudiar para cura era perfectamente razonable. Yo mismo creía que iba a estudiar para cura, pero lo que pasó fue muy distinto.

Un caso parecido: San Pablo en el camino de Damasco. La historia es así: Saulo (que así se llamaba san Pablo antes de convertirse) era un gran perseguidor de cristianos. Yendo a Damasco, al mediodía, una luz lo tumba al piso y una voz le pregunta «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»

(nótese lo paternal de la repetición del «Saulo»). Él pregunta con quién habla y la voz se revela como la de Jesús: le dice que en Damasco le dará instrucciones. Saulo, que ha quedado temporalmente ciego, obedece. Se hace llevar a Damasco, donde un hombre santo le devuelve la visión, lo

bautiza en la fe cristiana y le encomienda una misión. Ananías es el nombre del viejo. San Pablo se pasa el resto de su vida predicando el cristianismo.

Algo similar le pasa a Luis. Solo que su transformación es secreta. De un día para el otro se ha convertido en el mayor de los cristianos sobre la tierra.

No sabemos si fue una luz, pero de pronto el único hijo de los Lara, el que estaba dispuesto a heredar la fortuna familiar, rechaza todos los bienes materiales y se pasa las tardes en los cortaderos de ladrillos que hay a las afueras de la ciudad. Nadie lo puede creer. Sobre todo porque un par de meses antes Luisito era no diré un perseguidor de cristianos, pero sí un joven de vida disoluta, como decía mi tía, montado en el auto con la ventanilla abierta y lentes negros y un cigarrillo siempre en la boca. Alguien tremendamente feliz en su frivolidad y su don de mundo o como diablos se llame eso que hace a la gente rica, segura, soberbia y poderosa tremendamente feliz, o por lo menos más feliz que nosotros, los pobres o medianamente pobres destinados a la clase media, a la vida media, a la experiencia media, al medio dinero y la media felicidad.

Tiene que haber un momento, me digo. Un rayo de luz arrebatador emergiendo entre las nubes. No puede ser tan honda esa transformación sin nada que la detone. No me lo creo. Es imposible.

Voy a ver al padre Benito.

Me atiende Silvia, su secretaria. Es una mujer prolija, digna, vestida llueva o haga calor con el mismo saquito marrón. Silvia me dedica una sonrisa apenas formal. Sabe lo que se dice de mí en esta ciudad, como todos, y está completamente en desacuerdo, pero a la vez su corazón se debate entre la compasión y la posibilidad de la redención, el hijo pródigo que vuelve a casa como el más querido, por lo que no va a mostrarme el desagrado severo que le significo. Soy un conflicto para ella. Y esa sonrisa es el resultado de ese conflicto. Pregunta si tengo cita: le digo que sí.

Miento, por supuesto. Entramos a la secretaría. Libros sapiensales, pesados, teológicos, de severa encuadernación en las paredes. Silvia revisa su agenda: no, no está anotada la cita, qué raro. Fue algo de último momento, le aclaro. Se queda mirándome. Voy a ver si está dispuesto, me dice, pero

justo entonces se abre la puerta que da a la casa del cura y se asoma él en persona, con los pocos pelos que le quedan en la cabeza un poco revueltos.

Mauri, dice. Cómo estás, che. Vení.

Me hace pasar al comedor de su casa. Tenemos confianza. En mi adolescencia él era una especie de consejero para mí. Su casa está ordenada, austera. Apenas una foto por ahí, como si en realidad no viviera nadie, o la verdadera cara de la casa quedase oculta a sus, como yo, eventuales visitas.

Sus sillas son cómodas. La pava de aluminio descansa en una alfombrita de mimbre sobre la mesa. Hay una notebook prendida y al lado, un libro abierto subrayado a lápiz en algunas partes.

Me pregunta en qué ando, qué estoy haciendo de mi vida (hace rato que falto a misa y no me confieso, es el subtexto de su pregunta) y después de las aclaraciones pertinentes, qué me trae por acá.

Le digo que me estoy acordando de Luisito Lara, de lo que pasó con él.

Una ligera incomodidad le cruza la cara.

¿Para qué?

Qué sé yo. Estoy escribiendo sobre Luis. No sé muy bien para qué.

Bueno, ¿qué querés saber?

Cómo se convirtió, en principio.

El padre Benito se queda pensando. Fue hace muchos años. Él era un recién llegado a la parroquia. Ahora está viejo, está encorvado, está lúcido, pero casi no sale de su casa. Su luz en esta tierra se apaga, lentamente. Su apostolado llega al fin. Él se aferra al apostolado, tiene miedo. Miedo al miedo. Tiene miedo a tener miedo, porque entonces toda su vida fue una farsa. Y reza por las noches, me imagino, pidiéndole a Dios no tener miedo, con eso le basta. Hace más de cuarenta años que pasó todo esto, y aunque yo siga pensando en eso, es probable que en el trajín de la vida cotidiana el padre Benito no haya vuelto a esos recuerdos ni una sola vez.

No revuelvas esas cosas, dice, y yo me doy cuenta de que no: todo está vivo y pasando en un *loop* incandescente también para él.

Yo estaba enamorado de Luisito, le digo.

Me imaginaba, hijo, dice él.

Después toma aire, revuelve insensiblemente la bombilla del mate y

me cuenta.

Me dice que una noche de invierno de 1967 Luisito golpeó su puerta.

Eran las diez, más o menos. Se acuerda porque él estaba leyendo en la cama, y él leía a partir de las diez, después de la cena, hasta las once, que era cuando apagaba la luz. Las calles de la ciudad estaban oscuras y desiertas. Entonces se oyó el timbre de la secretaría. Él se puso las pantuflas y fue a atender. A esa hora, el timbre solo podía significar una cosa: los últimos sacramentos de un moribundo. Pensó incluso en un viejo, que vivía a dos cuadras y agonizaba desde la semana anterior, en su cama, cada vez más ausente y consumido. Mientras cruzaba el comedor se fijó en el maletín de los últimos sacramentos y repasó mentalmente que en su interior estuviera lo necesario: el libro de las oraciones, la ampollita con vino y la placa con las hostias, el agua bendita. Después abrió la puerta que daba a la calle y vio a Luis.

Hasta ese momento, Luis era un católico de compromiso. Un católico de eventos. Alguien que practica una religión a medias. Iba a las misas de rigor, las de orden social. Había sido bautizado y había tomado la primera comunión, pero ni siquiera había querido confirmarse. Nunca se confesaba.

Rara vez comulgaba. El padre Benito lo tenía de vista, como todos en San Ignacio, pero no esperaba mucho de él, a decir verdad.

No esperaba mucho de él, me dice. Hasta esa noche.

Estaba parado en la vereda, de espaldas. Esa espalda ancha de jugador de rugby, de hombretón que a sus diecisiete años era más alto que su propio padre. Su espalda encorvada, como si llevara encima un gran peso. Se dio vuelta y se miraron, y Luis le preguntó si podía hablar con él. Con urgencia, pero también con algo parecido al desprecio, como si fuera el último lugar donde podría haber recalado, y el padre Benito le dijo que sí, y lo hizo pasar, y fueron a sentarse en la secretaría, uno a cada lado del viejo escritorio metálico.

Luis le dijo que esa tarde le había pasado algo. Más precisamente, a la salida de la práctica de rugby en los terrenos del Deportivo Municipal.

Había ido a la práctica en bicicleta. Y cuando terminó, a las seis de la tarde, se subió a la bicicleta y emprendió el regreso, pero no por el camino de siempre, sino por uno de tierra, al lado, un camino interno apisonado por el paso de los autos, entre árboles viejos. Estaba volviendo por ahí, le contó Luis al padre Benito, cuando vio, al costado del camino, unos chicos pobres, mal vestidos, tocando algo

con un palo en mitad de un baldío.

No supo por qué pero paró la bicicleta, se bajó y se metió en el baldío y a medida que se acercaba el olor le indicó con total claridad qué era eso con lo que jugaban los chicos: un perro muerto, hinchado por los gases, con la lengua afuera y los ojos cubiertos de moscas, que se levantaban con los golpes y volvían a posarse en los ojos. Luis miró al perro y miró a los chicos. Eran cinco o seis. Estaban descalzos y cubiertos de tierra y parecían perros ellos mismos. Les dijo que dejaran de jugar con eso, que era peligroso, pero los chicos al principio parecieron no escucharlo, y después uno de ellos juntó un cascote y se lo tiró, el cascote de tierra solidificada fue a pegarle en el estómago. Él gritó y se tapó la cabeza: él, que medía un metro noventa. Gritó como una criatura y se fue corriendo mientras lo insultaban y le tiraban cascotes, y se subió a la bicicleta y pedaleó por casi un kilómetro, y cuando se detuvo estaba llorando.

Como conversión, aclaremosló desde ahora, deja mucho que desear. No hubo rayos entre las nubes ni voces sagradas. No sabemos (nunca sabremos) qué pasó por su cabeza cuando vio a esos chicos jugando con un perro muerto. Su historia me hace acordar a la de Buda, que no sabía lo que era la muerte hasta que vio a un viejo decrépito y se lo explicaron. A él le pasó algo parecido, supongo. Había vivido hasta ese momento en una torre de cristal hecha de placeres y seguridad, y de pronto algo que solo él podría explicarnos lo conmovió. Vio en eso un signo. Y cambió.

Eso fue lo que pasó. Eso es lo que me cuenta el padre Benito esa tarde, cuando voy a preguntarle. Eso es lo que Luis, Luisito, el objeto de mi amor infantil, le contó esa noche de junio en la que fue a visitarlo. Poco después oyó su confesión y lo absolvió de sus pecados y el domingo, a las diez de la mañana, Luisito estaba ahí, en una de las últimas filas, oyendo la palabra de Dios. Ya se había dejado crecer unos centímetros de barba, ya su ropa no era la misma que había usado hasta el momento, una ropa ostentosa a su manera, una ropa que hablaba de seducción y alegría. Ya colgaba en su pecho un rosario de plástico blanco.

Hay otro santo famoso que se me viene a la cabeza. Hablo de san

Francisco de Asís, por supuesto, uno de los preferidos de Luis, que lo citaba a cada rato. «Necesito pocas cosas y las pocas que necesito, las necesito

poco». «Cada criatura en desgracia tiene el mismo derecho a ser protegida».

Y sobre todo el verso del poema que él amaba: «Bendito seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte» (y acá siempre nos miraba abriendo los ojos como portales místicos: está bendiciendo a la muerte, ¿se dan cuenta? ¿No es maravilloso?). San Francisco también había nacido en la riqueza, también había despreciado sus orígenes y lo dejó todo para hacer lo que él llamaba una opción por los pobres. Algo parecido a lo que pasó con Luis, excepto que su opción por los pobres terminó significando una opción por los fusiles fal.

Pero ya vamos a llegar a eso.

Es 1968, Luisito Lara deja de ver a sus amigos, deja de usar el auto, deja el rugby, deja las salidas nocturnas. Baja de peso. Una barba frondosa le cubre la cara. Se pasa las tardes en los cortaderos de ladrillos, ayudando gratuitamente, con los mismos chicos que lo habían cascoteado como compañeros. Y comienza lo que, a falta de otras palabras, podríamos llamar su prédica.

Sus padres están desesperados, a todo esto.

Hablan con sus amigos, hablan con un psicólogo, hablan con el padre Benito. Todos le dicen más o menos lo mismo: que son cosas que pasan, que es la adolescencia, que en un par de años su hijo volverá a ser quien era. Braulio quiere matarlo: lo ve llegar barbudo y con las zapatillas rotas y tiene ganas de romperle una biblia en la cabeza. Su madre lo defiende. Luis predica. Al principio habla del Reino de Dios, de ver a Dios en las pequeñas cosas, de sentir la presencia de Dios en todas partes. Después, un año después, habla del Reino de Dios en la tierra.

Todos en el barrio, incluso en la ciudad me atrevo a decir, escuchamos tarde o temprano su prédica. Tenía un brillo en los ojos, como si algo estuviera encendido adentro suyo, y a la vez nunca lo vi tan tranquilo,

tan satisfecho y tan seguro de sí mismo. Por momentos es un pesado. Por momentos tiene esa clase de ego que lleva a los recién convertidos de cualquier disciplina, religión o práctica a atosigar a los que tiene alrededor con su buena nueva. Tengo, en este sentido, dos recuerdos muy claros.

El primero debe ser de mediados del 68. Acabamos de jugar un partido de fútbol con mis amigos, en la canchita frente a las vías, y por alguna razón que no recuerdo del todo Luis, que venía de trabajar en los cortaderos, mugriento hasta las lágrimas, con pantalones de gimnasia en franco estado de descomposición, unas Adidas destrozadas en los pies y las uñas más negras que vi en mi vida, ha dejado su bici apoyada contra uno de esos grandes eucaliptus y se ha acercado a nosotros. Ahí está, sentado a nuestro lado, limpiándose debajo de las uñas con un palito. Habla. No predica desde la altura: parece conversar más bien consigo mismo, como si el hecho de que nosotros estuviéramos escuchándolo fuera sorprendente.

No recuerdo todo lo que dice. Sí una imagen, que por alguna razón (que va más allá, incluso, de estar completamente enamorado de él, sobre todo ahora que parece un pajarito herido) me queda grabada en la mente y también en esa otra parte que a falta de palabras más precisas hemos estado llamando corazón desde el principio del mundo. Si Jesús estuviera vivo hoy, dice Luisito, como si hablara consigo mismo. ¿Qué haría? ¿Sería cura?

¿Viviría en el Vaticano, rodeado de lujos? ¿Se dejaría matar de hambre? No lo creo. La verdad: no. Creo que si Jesús estuviera vivo llevaría un arma en las manos, dijo Luis. Creo que lucharía por los pobres. Eso es lo que creo.

¿A ustedes qué les parece? Recuerdo la impresión que me causaron esas palabras y recuerdo que las repetí al día siguiente, en la mesa familiar, como si fueran mías, y recuerdo la expresión ausente de mi padre y el reto de mi madre, a la que le pareció, quizás con toda razón, que yo estaba incurriendo en una terrible blasfemia. Y recuerdo que fue una de las primeras veces que entendí lo equivocados que estaban, lo lejos que nos encontrábamos uno del otro, sensación que iría acrecentándose con el tiempo, como si yo estuviera subido a un barco y ellos se quedaran en la costa, saludándome con un pañuelo blanco, cada vez más chiquitos.

La segunda vez fue más personal.

Por alguna razón tuve que ir a la terminal de ómnibus. Ah, cierto, ahora me acuerdo: fui a comprar el diario en el kiosco de la terminal, que era el único que traía fresquito *La Nación* en esa época (el diario de la mañana llegaba a las cinco de la tarde). Era domingo. Una de esas tardes somnolientas y tristonas en San Ignacio, con el partido sonando en las radios AM, publicidades de amortiguadores, el fragor de las tribunas

colándose por debajo de la voz de los locutores. Papá me mandó a comprar el diario con la promesa de quedarme con el vuelto, y yo subí a la bicicleta y recorrí las veintipico de cuadras que separaban mi casa de la terminal de ómnibus. Pasé frente a personas lavando el auto, viejitas en sus reposeras, familias que andaban por la plaza o se sentaban a tomar un helado. Dejé la bici sin candado en el estacionamiento y entré por las zonas de las plataformas, con la intención de comprar el diario y hacerme de dos chicles bazooka en concepto de vuelto, y andaba distraído cuando me choqué con alguien que estaba parado fumando un cigarrillo.

Era Luis, por supuesto. Fue tan íntimo el impacto que por un enloquecedor segundo pude oler la gruesa camisa cuadriculada que llevaba puesta: transpiración, tabaco y otra cosa por debajo que olería muchas veces y que a falta de una palabra mejor llamaré olor a macho, a hombre simple y pedestre, el olor corporal fuerte de un varón de esa edad en la plenitud de su salud. Cuando lo reconocí sentí un temblor y una cosquilla y calor en la cara.

Disculpe, le dije.

Qué hacés, pibe, dijo él.

Nada, vine a comprar *La Nación*.

Ah, muy bien. Siempre es bueno ser adoctrinado por la oligarquía argentina.

¿Y usted?, le pregunté.

Tuteame que no soy tu señorita. Me estoy yendo un tiempo.

Señaló el bolso gigante negro que había dejado en el piso mientras esperaba su colectivo. Acá ya no soy muy bienvenido que digamos.

Le ordené a mi barbilla que dejara de temblar y tragué saliva.

¿Te vas?

Por un tiempo, dijo. Pero voy a volver. Siempre se vuelve.

Se quedó pensando un rato.

Vos sos un chico inteligente, me dijo. Tenés que tener cuidado de que la inteligencia no te coma vivo. Hay que balancear las cosas, pibe. Ahí está el colectivo. Chau.

Se fue a hacer la fila para guardar su bolso en la bodega, pero levantó la mano a modo de saludo y yo, de este lado, aunque no me viera, también levanté la mano.

Entonces desapareció. Nos enteramos porque los viejos Lara lo fueron contando, él en sus reuniones del Jockey los miércoles por la noche; ella, en la comisión de Cáritas de la parroquia. Lo comentaron al pasar, como en un descuido, o respondieron a las interrogaciones desinteresadas de sus amigos y conocidos para saber en qué andaba Luis, lo que dejaba entrever la certeza de que en *algo andaba*.

Luis andaba en algo. Nadie sabía muy bien en qué, aunque sospechaban, y lo más seguro es que aquello en lo que andaba era algo en lo que no andábamos nosotros, algo *distinto*, algo que podía molestar a su padre incluso más que el hijo sucio trabajando en los cortaderos de ladrillos.

Montoneros, dijo el padre Benito. Yo no, nunca fui de esa partida, para mí Dios y Estado asunto separado, al César lo que es del César, pero él había tenido reuniones, había conocido a personas, había entablado relaciones y en una de las últimas confesiones me dijo que había hecho algo, algo que no podía decirme, algo que lo avergonzaba y lo torturaba, y que tenía que ver con las directivas de la cúpula. ¿Qué, hijo?, le pregunté, pero no quiso aflojar. Y entonces empezó de nuevo con eso de no esperar a la muerte para ver el reino de Dios, que el reino de Dios bien podía estar acá, en la tierra, y que estar esperándolo no tenía sentido, había que traerlo, que arrastrarlo si fuera necesario, y toda la alharaca acerca de la riqueza del Vaticano y el rumbo perdido de la iglesia, cosas que se dicen a esa edad, cosas que dicen los jóvenes y que bien miradas tienen toda la razón, pero es que no podemos ser una institución franciscana, la iglesia tiene matices, tiene luchas internas, es una organización humana, también.

Yo mismo pensaba así, en mis años mozos, pero después uno se va acostumbrando, se va enfriando, se va acomodando, y acá estamos.

Acá estoy, de nuevo en la sala de profesores. Son las ocho de la mañana y a las nueve y cuarenta y cinco entro a dar Imperio Romano a tercer año, así que tengo tiempo. Acaparo el mate. Hablo apenas con los profesores que van y vienen en los recreos. Pienso en Luisito. Últimamente pienso mucho en él, un poco por esto que escribo y un poco porque uno piensa en el amor infantil y en lo que significa, en la manera en la que ese amor nos marca para siempre. No sé para qué hago esto. No sé qué busco, a lo mejor

conservar un recuerdo, embalsamarlo, alejarlo del óxido del tiempo, que todo lo corroe.

Es lindo eso, dice Nahuel.

Gracias, le digo.

Me pone un poco celoso.

Tenés todo el derecho del mundo.

La cuestión es que Luis no volvió a San Ignacio, y sus padres no tenían la menor idea de dónde estaba o qué hacía, por lo que había pasado, en sentido literal y figurado a la vez, a la clandestinidad. Podía vérselos a los Lara, en esa época, envarados y serios, más dignos cuando lo que estaba en juego era, precisamente, la mancha en la dignidad, si es que tal cosa existe.

Existe, sí. Eso habían perseguido los Lara desde el comienzo y eso era lo que se estaba viniendo abajo estrepitosamente no como un castillo de naipes, sino como un buen edificio de catorce pisos sometido a una implosión. La dignidad. Todas las familias la poseen, en mayor o menor medida, y tienen distintas reglas para medirla.

Braulio, por ejemplo, empezó a perder uno tras otro los partidos de tenis que solía jugar en el club de la mutual médica los domingos. Perdía los individuales que jugaba contra Tarducci, uno de los cirujanos más respetados de su clínica, y su empleado para más datos,

y que lo veía errar uno tras otro los tiros que antes habían tenido gracia y dirección y mortífera puntería. El comportamiento de Braulio, sin embargo, era según se decía la mar de digno: después del partido iba a sentarse como siempre a las mesas del bar de club y se pedía un Gancia con soda y limón y se fumaba un cigarrillo acompañado por Tarducci, y sus conversaciones nada tenían que ver con su desempeño durante el partido, sino más bien con cuestiones internas al funcionamiento de la clínica en la que Tarducci cumplía las funciones de jefe del área de cirugía.

Se los veía desde lejos, vestidos de blanco, con las piernas cruzadas y el bigote y los lentes negros de Braulio, y la expresión grave, como si estuviera soportando un gran peso, que en cierta medida nosotros desconocíamos.

Llegó el verano. Los Lara no salieron de vacaciones.

Fue un verano radiante y abrasador, el de 1976, y ellos no partieron con el auto rumbo a Córdoba, a tomarse un avión hacia el Caribe como hacían desde que teníamos memoria, volviendo al mes o mes y medio con una serie de fotos que atestiguaban lo ricos, lo displicentes, lo felices que eran.

No.

Los Lara se quedaron en su casa esta vez, y usaron a lo sumo la pileta con forma de medialuna en la que Braulio se metía hasta el pecho en los atardeceres enloquecedores, el vello del pecho blanco y enrulado como el pelo de un cordero, mientras Griselda, al costado, que había estado tomando sol toda la tarde desde la siesta porque no tenía mucho más que hacer, el pobre sol que llegaba a nuestro arrabal sudamericano, casi una imitación de bajo presupuesto de aquel otro que asoleaba las playas del Caribe, hojeaba una revista *Gente* con un Jockey Club prendido en los dedos.

Hay muchas cosas de las que me enteré después. Luis vivía en Córdoba: eso sabemos. Militaba en Montoneros, donde había conocido a una chica, de cuyo nombre nos enteramos era Alicia. No sabíamos mucho más y ahora, que han pasado tantos años, que ya soy un profesor de Historia y que sigo enamorado de Luis, tampoco sé, y no tengo a quién preguntarle. Luis murió (fue asesinado o, como los diarios y revistas de la época lo llamaban,

«abatido», por los militares). Braulio y Griselda murieron hace rato. Sus amigos murieron, también, y en caso contrario son tan viejos que ni siquiera quieren recordar, o no pueden hacerlo o no tienen los datos suficientes para recordar nada que no sea trivial.

Hay muchas cosas de las que nunca me voy a enterar. Mi madre murió y mi padre apenas puede abrir los ojos: ellos poco y nada sabían. Pero con la confirmación de que eran los padres de un montonero, de un subversivo, de un terrorista capaz de poner bombas, de matar chicos o secuestrar personas para pedir rescate, algo en el nivel que los Lara habían mantenido durante dos generaciones enteras decayó. No se los puedo mostrar con un ejemplo concreto esta vez, y ni siquiera estoy seguro de que los propios Lara o la propia gente de la ciudad estuviesen muy de acuerdo. Pero a veces esas intuiciones son más afiladas que la realidad, y hay que seguirlas.

Yo creo que ahí está dando sus primeros coletazos al cielo enceguecido el gusano que iba a terminar con la familia Lara.

Eran los primeros días de un junio helado, solitario, sepia que todos pueden ver en las filmaciones y los infinitos documentales que andan dando vuelta sobre el tema. Recuerdo cosas sueltas. Cantar La Aurora, por ejemplo, en esas mañanas marciales, a las ocho, en el patio del colegio San Martín. El olor a tiza. Mi nuca rapada. La forma en la que se sentía en la palma de la mano cuando acababa de salir del peluquero.

El peluquero era gordo, muy serio, fumaba constantemente incluso cuando estaba cortando el pelo, y aun así el interior de la peluquería era similar a un quirófano, con sus instrumentos quirúrgicos brillantes, sus espejos, las luces cenitales, el ruido metálico de la tijera apoyándose en la bandeja de lata en mitad de un silencio casi sobrenatural. Belmonte era el apellido del peluquero y con mis amigos teníamos la teoría quizás no del todo injustificada de que era un vampiro.

Esperábamos sentados en sillas rígidas, con la espalda bien derecha, y veíamos a la víctima de turno en el gran sillón también rígido y giratorio cerrando los ojos cada vez que Belmonte se acercaba con el cigarrillo en los labios o la navaja. Cuando terminaban los cortes le dábamos un bollo de pesos arrugados y salíamos corriendo para no

volver hasta el mes siguiente.

Probablemente haya sido ahí, mientras esperaba mi turno, que alguno de mis compañeros, Bertone o Gandino, con los que siempre iba porque eran mis dos grandes amigos de la primaria, contó que Luis Lara estaba preso.

Probablemente haya sido Bertone, cuyo hermano iba al colegio en la secundaria con Luisito y que tenía una información más fidedigna al respecto, aunque también es muy probable que Gandino, futuro artista plástico, homosexual abierto y algo escandaloso que supo andar con una pollera escocesa por el centro de San Ignacio, que en ese momento estaba ahí sentado, aterrado como todos por la idea de que Belmonte le eche su aliento caliente directamente en la nuca recién afeitada. No lo sé con seguridad, tampoco. Sé que había un chico cortándose el pelo y que el humo de los cigarrillos de Belmonte empañaba casi los grandes espejos de la pared, y sé que Gandino tenía unas zapatillas quizás demasiado brillantes, anunciando ya toda una vida de provocación.

Ahí estábamos entonces los tres, en el crudo invierno de 1977, cuando alguno de mis amigos dejó caer esa información. Luisito Lara estaba preso.

Los militares lo habían metido preso por subversivo.

Esa fue la hipótesis que corrió como reguero de pólvora por las líneas telefónicas y las conversaciones de verdulería o almacén del barrio: que Luisito, nuestro Luisito, era en realidad un terrorista asesino de bebés y que los militares se lo habían llevado. Porque eso lo supimos enseguida: Braulio y Griselda estaban tan atónitos como nosotros frente a esa revelación. Ellos tampoco sabían nada, o así se lo contaron en la intimidad a sus respectivos amigos, Griselda a las «chicas» con las que se juntaba a clasificar la ropa de Cáritas en la parroquia Nuestra Señora de la Consolata y Braulio a sus amigos del Jockey Club, en las reuniones de los miércoles a la noche, donde se fumaba hasta por los codos tomando una copa de whisky o de brandy y hablando, como no podía ser de otra manera, de los destinos del país, que Braulio y sus amigos consideraban exclusivamente en sus manos, lo cual en cierto sentido era verdad. A sus amigos se lo contaron y sus amigos prometieron guardar el secreto y enseguida se lo contaron a sus mujeres, que se lo contaron a sus amigas por teléfono y así en poco tiempo todo el mundo lo supo.

Voy al colegio en bicicleta, una bicicleta con el manubrio tipo moto chopera que es lo mejor que me pasó en la vida, y al volver la dejo en el garaje y me encamino silbando, feliz de la vida y del hermoso mediodía en el que tengo la oportunidad de pertenecer a la existencia, rumbo al comedor donde seguramente mamá hizo milanesas con papas fritas, una gran montaña que mi padre y yo devoraremos con mayonesa y ensalada de tomates. Pero ese día encuentro a mamá llorando.

Sentada a la mesa, con el delantal puesto, secándose las lágrimas delicadamente con un repasador.

Falleció Luisito Lara, dijo.

Así lo dijo. «Falleció». Después supe que más bien fue asesinado de cinco tiros, fusilado o rematado varias veces para divertirse. Pero en ese momento me acuerdo de la sensación de tener un hueco que me chupaba hacia adentro.

Tendría que haber abrazado a mamá pero lo que en realidad hice fue tirar la mochila al piso y volver a subirme a la bicicleta, mientras escuchaba su voz, llamándome.

Me subí a la bicicleta y no sé cuánto tiempo anduve, quería escapar de todo, dejar la ciudad a mis espaldas, desintegrarme.

El velorio es íntimo. Se realiza a cajón cerrado. Asisten los abuelos, los primos, un par de amigos muy cercanos. No hay conversaciones ni tacitas de café. La gente fuma en silencio y la sala está completamente cubierta de una nube blanca en la que apenas es posible ver algo.

Por la mañana entran dos empleados de la funeraria y sellan el cajón. Lo meten en el interior de una camioneta larga, gris, y van despacio por la 9 de Julio hasta el cementerio local, el nicho de la familia Lara.

Con mis amigos vemos pasar la limusina gris. Estamos en el baldío frente a las vías, un terreno con eucaliptus altísimos y una cancha de fútbol de tierra pelada, cuando uno de nosotros señala con la cabeza la limusina gris y dice: ahí va Luisito. Nos quedamos quietos, mirándola. Es como si pudiéramos ver a Luisito en el interior, su hermoso cuerpo agujereado. No decimos nada. Cuando la camioneta acaba de pasar, y la vemos desaparecer detrás de las últimas casas de

las vías, nos sentamos en el tronco de un árbol caído: se nos han ido las ganas de jugar.

Es el fin, o debía serlo. Luis está muerto y enterrado y por lo que sabemos su mujer también debe estar muerta. De los Lara nada quedará.

Acá podría (y debería) terminar la historia. O podría (y debería) terminarla, con Braulio muerto de cáncer y con la casa incendiada. Eso pasó en 2015.

Me prendo un cigarrillo. Doy vueltas. Boludeo. Busco estupideces en internet. Estoy llegando al punto central de lo que quiero contar, y no es fácil. Ojalá pudiera pedirle a algún santo del cielo que aclare mi entendimiento, pero no. Estoy acá, solo con mi maldita notebook tratando de que esto avance. Voy a intentar que sea de la manera más simple posible.

Esto que voy a contar pasó en 2018, un año antes de la pandemia.

Por falta de pago, iban a rematar el panteón de los Lara. No hubo nadie que reclamara el lugar ni los cuerpos, por lo que una tarde, cuando ya el cementerio estaba cerrado, dos empleados, uno de los cuales era Bertone, el

amigo que se cortaba el pelo conmigo aquella tarde, que me contó esto en primera persona, sacaron los cajones de la familia y los apilaron en un carro especial con ruedas y los llevaron a quemar. Cinco cajones: Agustín, Susana, Braulio, Griselda y Luisito. Los primeros estaban prácticamente destruidos. El de Braulio tenía pocos años: todavía brillaba, debajo de la capa de polvo que se le había acumulado encima. Los fueron metiendo en el crematorio, uno por uno, y no sabe por qué motivo (o sí sabe, pero no quiere aceptarlo), antes de meter el cajón de Luis en la boca cuadrada de la caldera, Bertone dijo:

Me gustaría abrirlo.

El viejo ya casi jubilado que trabajaba con él se quedó mirándolo.

¿Abrirlo? ¿Para qué?

Bertone levantó los hombros.

Nos vamos a meter en un lío.

Nadie se va a enterar. Lo abro en cinco minutos y después lo metemos.

¿A quién le va a molestar?

El empleado viejo se prendió un cigarrillo negro y dijo que le daba lo mismo.

Bertone buscó las herramientas especialmente diseñadas para abrir cajones que tenían ahí cerca. Abrir cajones era fácil para él. Lo hacía varias veces por año. En general, se encontraba con polvo y con huesos adentro de ropa carcomida. A veces puñados de pelo, y eso era todo. Fue y buscó la maza y el cortafierro, rompió la cerradura de la primera tapa, que era de madera, y después, con cinco o seis golpes certeros, la soldadura de la parte metálica interior y abrió la tapa. Se quedó un momento en silencio. El viejo, que había escuchado ese silencio, se levantó de donde estaba sentado haciendo crujir sus rodillas y vio lo que Bertone estaba viendo.

Un cajón vacío. La almohadilla intacta de un cajón vacío.

Después metieron todo al horno y lo quemaron.

Una noche de verano

Es domingo. Son las siete de la tarde de uno de los primeros días del año 2001. Braulio Lara y Mauro Tarducci están tomando un Gancia con limón y soda en las sillas plásticas del club de la mutual médica en San Ignacio, después de haber jugado un partido de tenis.

Braulio perdió ese partido de manera categórica: seis-dos, cinco-seis, seis-cero. Acaban de ducharse y vestirse, con sendos pantalones de tela beige y chombas rayadas, pero el calor es tan agobiante que han vuelto a transpirar como si no hubiera un mañana. Tienen las frentes húmedas, una aureola negra en los sobacos, gotas de sudor colgando del vello enrulado del pecho.

Detrás de los cipreses que bordean las canchas de tenis de polvo de ladrillo está cayendo el sol con lentitud exasperante. Más allá se oye

música y las voces de la gente metida en la pileta, que a las ocho va a cerrar y quedar vacía. En los asadores, cruzando el salón, ya hay algunos que prendieron los carbones y están avivando el fuego con tablitas de madera o las solapas de una caja de cartón, y en la penumbra se ven las chispas que giran enloquecidas como luciérnagas.

Ellos levantan cada tanto sus largos vasos de Gancia y toman sus tragos en silencio.

Braulio y Mauro juegan ese partido todos los domingos, y lo seguirán haciendo durante varios años más, hasta que Braulio, que ya tendrá setenta, alegue dolores en las rodillas o simple y pedestre cansancio de viejo y vaya espaciando los partidos, primero cada quince días, después una vez al mes,

para, al final, directamente no jugar. Poco después se jubilará, dejando la dirección de la clínica, y la relación entre ellos se volverá cada vez más distante hasta que dejen de verse. Se cruzarán, alguna vez, en el centro y se darán un bocinazo corto de auto a auto para saludarse, y eso será todo.

Años más tarde alguien le avisará a Mauro que Braulio ha muerto. Será a la madrugada de un lunes, poco antes de que se despierte para cumplir con su horario en la clínica. Será una mañana gris, con una neblina espesa.

Alguien lo llamará por teléfono y le dirá: murió Braulio. Y él no necesitará preguntar porque sabe, hace rato, del cáncer que lo aqueja. Y eso será todo hasta que en el velorio, bastante concurrido, porque los Lara conocieron a mucha gente y tuvieron una gran influencia en la vida social de San Ignacio, por lo menos por un tiempo, se enterará de los detalles. Del sufrimiento que experimentó en los últimos meses, de los alaridos. Tarducci recordará, entonces, esta noche, y pensará: debería contarle esto a alguien, cosa que por diversos (y no exentos de confusión) motivos no hará nunca hasta el día de su muerte.

Pero ahora nada saben y están sentados, transpirando profusamente, en esa tarde de enero. Su conversación, si es que puede llamarse así, es errante, dispersa; hay minutos enteros en los que no pronuncian palabra. Hablan de una anécdota que les contó un miembro en los sillones del Jockey Club la noche del miércoles: el dato que le habían pasado acerca de lo que «iba a venir»: sacar ya todos los dólares del

banco, porque la cosa iba a ponerse espesa. Este tipo conoce gente de arriba, dice Lara. Tarducci no responde: a él, que es un recién llegado a ese mundo (al mundo del Jockey Club: ese reducido círculo al que el intendente y un par de concejales suelen asistir), no le gusta comprometerse con ninguna opinión tajante, especialmente ante Braulio, que es el que lo hizo entrar y lo apadrinó. Siempre elude ese lugar, a veces de forma más o menos elegante, pero quiere cuidar su puesto, logrado a partir de tanto esfuerzo, sobre todo del esfuerzo de su padre, hijo de inmigrantes que trabajó como chancho para mandarlo a la universidad.

La actitud de Tarducci es cauta, entonces. Deslavada como un trago al que se le derritió el hielo en su interior.

Se terminan sus tragos, dicho sea de paso, y lo que viene ahora es, debería ser, lo que pasa siempre. Le harían una seña al negro Ferro, que atiende la cantina, para que les «anote» los tragos en su cuenta, se levantarían, caminarían con el bolso y las raquetas envueltas en su funda hasta las rejas de la entrada, y ahí se saludarían, hasta mañana, nos vemos el lunes, o alguna cosa por el estilo, y se meterían en sus autos y volverían a sus respectivas casas, la de Lara en el centro, el caserón colonial rodeado del alto tapial, y Tarducci en la suya, en barrio Lavalle, más modesta, pero igual de digna.

En cambio, lo que pasa esta vez es que Lara se queda mirando su trago, el interior del vaso, o por lo menos eso parece, eso puede ver Tarducci. La oscuridad ha caído por completo. Han prendido los faroles del patio, que atraen una nube de insectos merodeando alrededor, golpeando ciegamente el vidrio, queriendo entrar, disolverse en la luz. Lara, cabizbajo, mira el fondo del vaso. El agua derretida de los hielos y los gajitos de limón.

Tarducci no puede o no sabe decirle nada. Eso recordará la noche en que asista al velorio del viejo: la forma en la que miraba el interior de su vaso.

Vamos a tomar otra cosa, dice Braulio. No tengo ganas de volver a casa.

Yo te invito.

La invitación pone a Tarducci en un aprieto. En casa lo está esperando su mujer. Han alquilado una película que quieren ver juntos. Es una comedia francesa. Tarducci y su mujer veneran las comedias, sobre todo las francesas y las italianas. Esta es francesa y sale el mismísimo Gérard Depardieu. Pero su jefe, su padrino del Jockey, quiere ir a «tomar otra cosa», y Tarducci no puede o no sabe decirle que no, y dice que sí, entonces, pero antes se mete en el bar y marca el número de su casa y cuando su mujer atiende se produce la siguiente conversación: gorda, qué, Lara me está invitando a tomar un trago, ¡pero íbamos a ver una película juntos!, ya sé, ya sé, sabés cómo es la cosa, no no sé cómo es la cosa, sé que estás obsesionado con chuparle los huevos al mugriento ese, dale gorda, bueno, voy a comer la pizza que pedí y ver la película sola, dale, y a lo mejor si pasa un hombre de verdad por la puerta lo llamo y le ofrezco hacerle un buen… Tarducci corta. En el bar se oye el ruido metálico de las bandejas, el bufido de la máquina de café, el rumor de las conversaciones y la televisión empotrada en la pared y los mozos que van y vienen llevando grandes platos de milanesas con papas fritas.

Ve a Lara, allá afuera, sentado con las piernas cruzadas, en la luz menguante del atardecer.

¿Dónde vamos?, pregunta.

Lara le dice que lo siga en el auto. Tiene un Mercedes. Tarducci un Ford Escort: largo, gris, siempre recién lavado. El Mercedes de Lara es azul, y está tan cuidado que parece nuevo aunque ya tenga veinte años. Lara no lo usa para ir al trabajo ni para viajar: lo usa solo para andar por la ciudad, para demostrar quién es en las calles empedradas de San Ignacio. Se suben a sus respectivos autos, entonces, y Tarducci sigue al Mercedes de Lara. Sus luces traseras son pequeñas, amarillas. Tarducci las ve a un par de metros de distancia y se pregunta adónde diablos van. Toman Juan de Garay hasta el fondo, hasta el centro de la ciudad. Ahí suben al empedrado. A diferencia de los sábados, cuando el centro está lleno de familias tostadas en ropa de fin de semana recorriendo lánguidamente las veredas, deteniéndose en las vidrieras o en las heladerías, ahora van quedando pocos: el día siguiente es laboral. Lara saca la mano por la ventanilla y le hace una seña: van a estacionar ahí, al lado de la plaza. Tarducci dice que sí con la cabeza. Y eso hacen: estacionan bajo los tilos, al lado de la plaza, en la oscuridad que ahora, lejos de los faroles de la plaza, es bastante apretada, y Tarducci baja y siente la presión del aire caliente alrededor, y piensa: no lloverá, no, no va a llover nunca. Debería estar

viendo una comedia francesa con su mujer en casa, y si no lo hace es pura y exclusivamente por culpa suya, y levanta la cabeza y ve, entre las copas de los tilos florecidas y calientes de verano, las estrellas.

Lara le dio el trabajo que Tarducci tiene en ese momento, el de jefe de Cirugía en la clínica, cuando Tarducci tenía treinta años, y hacía diez que se conocían. El antiguo jefe se estaba retirando, y se barajaba la idea de que él terminaría ocupando ese puesto. Cada vez que aparecía el comentario, Tarducci negaba con la cabeza, en un gesto perfectamente ensayado: no, significaba, no lo creo la verdad, no lo merezco, si hay alguien… Etcétera.

Pero sí lo creía y así se lo había contado a su mujer. Le dijo que no se hiciera ilusiones, pero que su nombre estaba, como se dice, «sonando fuerte» para ocupar el puesto.

Cuidadoso como era, en esas semanas Tarducci se quedó tan quieto, con miedo a tocar algo que fuera a alterar el delicado equilibrio del universo que manifestaban las cosas, que estuvo a punto de descuidar su trabajo. Cada vez que se cruzaba con Lara (y se cruzaba muchas veces, porque Lara en esa época recorría a diario los pasillos de la clínica y asomaba la cabeza en cualquier sala en una especie de película privada de terror, sin función ni necesidad, como un emperador recorre sus tierras para sentirse orgulloso) la tensión era total. Atento a los mínimos gestos de su jefe, a cualquier indicio que pudiera darle alguna pista de su futuro, y queriendo parecer despreocupado y sereno, se ponía nervioso, arrastraba las palabras e incluso estornudaba en momentos por completo inoportunos. Los gestos de Lara que él registraba como un poseído eran ambiguos: cejas levantadas, medias sonrisas (¿satisfechas, irónicas?), el ruido de los labios al despegarse de los dientes como si intentara sacar un pedazo de comida incrustada.

Tarducci dejó de dormir por las noches, empezó a tener problemas de digestión, se peleó con su mujer tres veces en una semana.

Al final se dijo: a la mierda. Todavía puede recordarlo, ahora mismo, mientras mira las estrellas parpadeando como bobas entre las copas de los tilos. Él acababa de operar un cáncer de estómago: tres horas de trabajo intenso, concentrado. Abrieron, sacaron la muestra, revisaron, volvieron a cerrar. Se vio en el espejo con el barbijo y el delantal de carnicero, como le decían, todavía puesto, y repasó la semana horrenda que había tenido, las cosas estúpidas, hirientes, que le había

dicho a su mujer, y pensó en Lara, en su mujer perfecta, en su hijo perfecto, en su perfecta casa del centro con el paredón, los árboles, la pileta, y se dijo: a la mierda. Que se meta su trabajo en el culo.

Se sacó con rabia el delantal, el barbijo, la cofia, para volver a mirarse y repetir: a la mierda. Qué mierda me importa. Entonces fue de cuerpo (los problemas intestinales seguían ahí), se lavó la cara, se peinó, volvió a su despacho para recoger el maletín y el sobretodo y emprender la retirada, pero al abrir la puerta ahí estaba Braulio, sentado en su escritorio, mirando con atención las fotos familiares de Tarducci, y en la que había una de sus hijos, que eran gemelos, y que en esa época tenían doce años, tomada cuando apenas podían sentarse. Braulio los miraba fascinado.

Qué atorrantes deben ser estos dos, eh, le dijo cuando lo vio llegar.

Tarducci sintió que su jefe había podido oír de alguna forma sus pensamientos, y sintió que podría tirarse a sus pies, en ese momento, y rogarle por ese maldito trabajo, que era su sueño, lo había sido desde que se recibió. Pero lo disimuló, se sentó en su sillón, entrelazó los dedos, miró él también la foto de sus hijos.

¿Cómo fue eso?, le preguntó Lara.

¿Eso qué? Ah, bien, bien. Sacamos dos centímetros. Vamos a ver si alcanza.

Lara se puso de pie.

Hay que tener huevos, le dijo.

¿Cómo?

Para ser jefe de Cirugía, hay que tener huevos. Si tenés que cagar a pedos a alguien, incluso echarlo, hay que hacerse cargo. ¿Podrás?

Claro que podré, dijo Tarducci.

Lara extendió la mano.

Es un placer saludar al jefe, dijo. Después podríamos ir a tomar una copa,

¿te parece?

Me parece.

Y cuando Lara se fue, Tarducci se quedó un momento más ahí parado, tratando de recuperarse.

Cuando bajan del auto, esta noche agobiante de enero, Tarducci vuelve a ver algo en la cara de Lara que le llama la atención. No podría precisar qué.

Está oscuro en el estacionamiento. Todo es presión y sudor. Pero la expresión de su jefe parpadea pálidamente como las estrellas. Cierto es que Lara viene siendo, desde hace años, desde que los militares secuestraron y mataron a su hijo, una persona ligeramente impredecible. Pero no impredecible en la superficie, sino más bien en algún punto ciego, secreto.

Si Tarducci pudiera hablar del tema (y no puede) diría que es como si Lara hubiera empezado, en aquellos años en los que su hijo fue asesinado y su cuerpo abandonado en un baldío de Córdoba, a usar una máscara. Como si su cara se hubiera transformado en una máscara. O como si debajo de su cara estuviera creciendo otra, que nadie puede ver. Una máscara móvil sobre la cara de quien supo ser su jefe e incluso su amigo, y ahora es nada más que un desconocido.

¿Vamos?, le indica Lara. Es por acá.

Entran en el Hotel Lavalle, sobre la 9 de Julio, y lo primero que percibe Tarducci es el frío de sus aires acondicionados andando a toda marcha, un frío casi violento que lo estremece; lo segundo, la música de un piano que probablemente alguien esté tocando en vivo; lo tercero, la belleza del hotel, el más grande de San Ignacio en esa época (antes de que se construyera el Howard Johnson sobre la ruta 3) y en el que Tarducci nunca había estado, pese a vivir desde hace más de cincuenta años en esa ciudad. Los mosaicos grandes, las columnas, la iluminación cuidada, el brillo firme de los muebles. Todo parece conspirar para que él, que estuvo transpirando bastante durante el Gancia en el club, se sienta sucio y pobre. Un mozo vestido de frac los recibe con una sonrisa destinada a Lara, a quien parece conocer, y le pregunta al señor si va a querer una mesa. Nosotros nos arreglamos, dice Lara, palmeándolo, muchas gracias, y doblan a la izquierda para entrar al bar.

La luz es cenital: lámparas íntimas posadas sobre cada una de las mesas, tan lejos entre sí que no se molestan la una a la otra. Tarducci

apenas puede ver unas pocas personas en una mesa del fondo. Los pisos son oscuros y brillantes y efectivamente alguien toca el piano, un hombre, aunque en principio Tarducci no puede ver quién es, y pensándolo bien no conoce a nadie que sepa tocar el piano, así que no tiene sentido verle la cara.

Por acá, dice Lara, que ya se ha sentado en uno de los sillones de cuerina oscura, muy cómodos en apariencia, en una de las esquinas del bar, y Tarducci lo sigue y se sienta en el sillón de enfrente. El aire acondicionado le ha enfriado el sudor. Piensa otra vez en su mujer, y en la película que podría estar viendo en ese mismo momento.

Nunca había venido a este bar, dice.

Es el secreto mejor guardado de la ciudad, Lara sonríe como para sí mismo.

¿Qué quiere decir esa sonrisa?, se pregunta Tarducci, pero entonces ve que un mozo flaco, de pelo negro peinado hacia atrás, pálido, un poco cadavérico, ha ido a tomarle el pedido. Tiene una mano encima de la otra y los ojos grandes, hundidos en el cráneo huesudo.

¿Qué vas a tomar?, le pregunta Lara.

No sé, dice Tarducci. ¿Vos?

Dos whiskies con hielo, dice Lara. Y traiga la botella esa de Old Smuggler.

Perfecto, señor, dice el mozo, llevándose consigo la carta. Permiso.

Se produce entonces un nuevo silencio. El clásico lapso entre el pedido de las bebidas y el arribo del mozo con la bandeja en la mano.

Tarducci quisiera tener algo para decir: frívolo, importante, cualquier cosa. Se pasa las manos por los muslos limpiándolos de un césped imaginario, cruza y descruza las piernas. No quisiera tener que mirar a Lara y que él descubra que es una persona tan poco interesante como se imagina, y pasea entonces sus ojos por las lámparas que cuelgan del techo, sobre los pocos habitantes de las otras mesas, cuyas caras están más bien hundidas en el anonimato, y en el brillo laqueado de los muebles y en la barra, allá atrás, con sus copas colgando bocabajo y sus botellas alineadas contra la pared, donde el barman, tan discreto e invisible como el mozo que los atendió, está preparando, quiere creer,

sus dos whiskies con hielo. No mira, sin embargo, nada. Su mente, como un bote suelto en la corriente poderosa y secreta de un afluente amazónico, deriva entre palabras sueltas, rachas de canciones inspiradas en la que suena en el piano, recuerdos a medio formar, la imagen de su mujer sentada en el sillón, esperándolo para ver la película, con un cigarrillo entre los dedos y el cuerpo envuelto en una bata, restos inconexos del sueño que tuvo la noche anterior, donde sin que pudiera hacer nada para evitarlo veía cómo un bebé de dos años iba a tirarse bajo un auto rojo, y todo eso se mezcla y se revuelve en la superficie de su mente mientras en alguna otra parte Tarducci se pregunta qué decir para que no haya un silencio tan espeso entre los dos. No lo encuentra. Una mujer ríe dulcemente en una mesa vecina. Él mira a la derecha y ve una pierna sobresaliendo de la silla y se pregunta si ahora está soñando o está despierto, porque le pareció que la risa provenía de ahí, pero la pierna es gruesa, musculosa, decididamente masculina. La música se ha detenido un instante. Terminó una canción y todavía no empezó la siguiente, y ese breve lapso es enloquecedor.

Tarducci mira a Lara a los ojos.

Lara lo mira, también, sin expresión.

¿Vos también lo sentís?, le pregunta.

Tarducci no sabe de qué habla. Enseguida va a decirle: ¿cómo? Pero justo en ese momento el mozo entra desde la oscuridad a la luz cenital de la lámpara, deja la botella, los vasos pesados de cristal en los que sirve dos medidas de whisky y la hielera, del mismo material, llena de hielo y con una pinza metálica para servirse que a Tarducci, no sabe por qué, le recuerda, en ese momento, a las pinzas con las que abren el plexo de los pacientes durante las operaciones.

Gracias, dice Lara.

Para servirle, dice el mozo, y se retira.

Lara pone un hielo en su vaso y se toma las dos medidas de un trago, como si fuera agüita, y vuelve a poner otras dos medidas y mueve el vaso pensativamente, el hielo que navega la superficie dorada del whisky como el pensamiento de Tarducci en su bote amazónico. Este toma un trago del Old Smuggler y suspira porque es áspero, y quema como querosén. Lara lo comprueba con una media sonrisa sobradora.

Es fuerte esta mierda, dice. Es de los más baratos. Pero yo ya tomé los caros, y los siento lavados, como si fueran té. Esto es algo que te despierta.

Te pega una cachetada. Y en un rato vas a sentir que un poquito te duerme, pero enseguida te va a despertar otra vez. ¿Querés soda? Es rico con soda.

El whisky tiene algo que no tiene ninguna otra bebida. Probé muchísimas.

Bebidas raras. Bebidas que toman, qué sé yo, en Marruecos. Probé ajenjo.

Me emborraché o me entoné mejor dicho con un montón de porquerías, pero la borrachera del whisky, la forma en la que te despierta y te duerme y te vuelve a despertar no la probé nunca. Casi todos los whiskies son mejores que este. Abajo está el Criadores, que ya es como tomar un vino en caja. Y arriba todos los demás. Pero este me gusta. Se siente en todo el cuerpo. ¿Lo podés sentir?

Mmm, sí, dice Tarducci, asintiendo vigorosamente, lo siento, sí.

La borrachera del whisky tiene el color del whisky, es como un atardecer.

Pero como si estuviera atardeciendo adentro tuyo, dice Lara, y se toma de otro trago el resto, y vuelve a servirse. Tarducci lo imita y siente el calor irradiando desde el estómago como un pequeño hongo nuclear que llega hasta la punta de sus dedos.

Ahí está, dice Lara. Lo estás sintiendo. Todo el tiempo agarrados a algo, estamos. Con miedo de soltarnos. Yo creo que vos sos valiente, Mauro, dice

Lara. En el fondo, debajo de todas esas capas de miedo, sos una persona valiente. Por eso te elegí. ¿Te acordás? Esa semana en la que tenía que elegir a un jefe de Cirugía, yo vi todo tu miedo, vi tus capas de miedo como las capas de piel y las de grasa y los músculos, un corte transversal como el que usaban en la facultad para mostrar la composición de los tejidos. Yo veía eso y decía: no lo puedo elegir. No va a tener la valentía. Te miré detenidamente, te vi de acá para allá, y al final encontré la valentía necesaria en vos, lo único que necesitaba era hacerte un tajito. Te vi cambiar frente a mis ojos. Te vi con otras personas, siendo otro. Y así y todo, cuando estás conmigo todavía tenés miedo.

Tarducci está a punto de decirle algo, pero opta por quedarse callado.

¿Qué sentido tiene tratar de fingir, si Lara parece saber exactamente lo que pasa? ¿Por qué no se levanta y se va? ¿Por qué no le dice lo que debería decirle? No quiere hacer su sonrisita condescendiente, pero ahí está. La odia. Ahí está su sonrisita. Perro amaestrado.

No entiendo por qué me tenés miedo. Porque soy tu jefe, a lo mejor. Pero si yo voy y le toco el culo a tu mujer, ¿qué harías? Si me invitás a comer y le toco el culo, ¿qué hacés? ¿Te quedás riéndote así? Supongo que no.

Espero que no. Todo depende de cuánto valgas. En términos monetarios. En plata. ¿Cuánto valés? Tarducci sigue sonriendo. Piensa en cuánto tardaría en levantarse y darle un sopapo a su jefe. Un par de segundos. Y en esos segundos saldría renovado como el ave Fénix, puro y limpio y oliendo a dignidad humana. Qué cosa extraña eso. Pero no lo hará. Se quedará ahí, mirándolo tan fijo como pueda, cosa que Lara ni siquiera percibe. Toma otro trago y vacía su primer vaso y se sirve, a su vez, con la idea ridícula de alcanzar a Lara en su nivel de consumo. Pero Tarducci no toma nunca o casi nunca. Puede contar con los dedos de la mano las veces que tomó, y los espantosos resultados que obtuvo. Se sabe demasiado sensible. Su propia mujer le marca los límites, recordando siempre el papelón que hicieron en su propia boda, cuando era lícito emborracharse un poco, pero a las tres de la mañana Tarducci ya estaba completamente dado vuelta: bailaba solo, le sacaba el micrófono al animador y contaba él sus propios chistes incomprensibles, se acercaba demasiado a la gente para hablarle. Al final se

desmayó y tuvieron que darle aire y prepararle un café, pero las últimas fotos de la boda eran de él con la ropa arrugada y ojeras.

Así y todo, Tarducci toma, ahora, vaso tras vaso de Old Smuggler, porque ya está harto de no poder pasar de las dos o tres copas sin emborracharse. Si tengo que emborracharme, se dice, así lo voy a hacer.

Recuerda, entonces, brevemente, mientras trata de resolver la manera de seguir la conversación, las primeras visitas que hicieron al Jockey

Club. Era una noche fresca de otoño y estacionó en el pedregullo de la entrada.

Peinado, perfumado, vestido de traje. Desde la invitación del domingo que Braulio le hizo después del tenis, Tarducci estuvo preparándose. El Jockey era su puerta de entrada definitiva a otra clase social: la de las personas que daban las órdenes. Se preguntaba cómo actuar con esa gente, qué clase de comportamiento fascinante, de charlas intensas y de gestos magnánimos debían tener. La fachada del club era antigua, de granito, incluso en la oscuridad tenía algo de imponente y respetable. En la entrada, a la derecha, lo hicieron anunciarse. Un portero buscó su nombre en las páginas de un cuaderno y le dijo: Bienvenido, señor Tarducci, el señor Lara lo espera por acá. Y le mostró un pasillo.

Él apenas pudo ver las fotos que colgaban en las paredes: eran las de generaciones de hombres fuertes y ricos que habían formado parte del club, en distintas reuniones. Al fondo del pasillo estaba el salón: compuesto de pequeños grupos de sillones que se amontonaban alrededor de mesitas. El lugar estaba envuelto en humo de cigarrillo.

¡Tarducci!, oyó que lo llamaban.

Era Lara, sentado en uno de los sillones, rodeado de otros hombres. Se acercó y Lara se los presentó: oyó apellidos célebres, estrechó manos blancas y peludas, aceptó cigarrillos convidados y la copa de coñac que un mozo le alcanzó (y de la que probaría sorbitos nada más, aquella noche, para no emborracharse) y se sentó al lado de un productor rural y del heredero de los silos de Milletti. La conversación de los hombres se reanudó en ese punto donde la habían dejado. Tarducci no entendía de qué hablaban, pero se quedó quieto en su asiento con un cigarrillo en la mano y la copa de coñac, que se limitaba a mover de un lado a otro para airear, sin tomar una gota. Eran los primeros días de febrero de 1976.

Me contaba un amigo que ya están hartándose, dijo Milletti. Y que pronto van a hacer algo.

¿Qué clase de algo?, le preguntó Lara.

Lo que pasa siempre que las cosas se salen de control, dijo Milletti.

Tomar el toro por las astas. Hay que estar prevenidos, dijo otro. Y un tercero: a nosotros no nos va a afectar. Menos inseguridad, más estabilidad económica. ¿Vos viste lo que son estos últimos tiempos?

Te lo digo por tu hijo, dijo Milletti.

La cara de Lara se llenó de sombra al escuchar la referencia.

Van a barrer con todo, dijo Milletti.

Yo con mi hijo ya no tengo nada que ver, dijo Lara. Que hagan lo que tengan que hacer.

Pero ¿vos apoyarías?, preguntó Milletti.

Que hagan lo que tengan que hacer, dijo Lara. Ya no es mi hijo, siquiera.

¿Y vos?, le preguntó uno de ellos a Tarducci. ¿Qué pensás?

Tarducci se incorporó un poquito. No entendía una palabra de lo que hablaban. Si hubiera un golpe de Estado, le explicaron, en voz baja, si los militares tomaran el poder. ¿Vos apoyarías?

Sí, claro, claro, dijo Tarducci. Siempre que sea para bien.

Su mirada se cruzó con la de Lara y él vio algo raro en ella, también.

Como si no estuviera conforme con su respuesta, por razones que no entendía del todo.

Gran valor, este Tarducci, dijo Lara. Gran incorporación. ¿Tu papá qué hacía, Tarducci?

Él se quedó mirándolo un segundo antes de responder.

Era diariero, dijo.

¿Tu papá repartía diarios?

Así es, dijo Tarducci.

Y vos estás acá, hoy. *Altro* que ascendencia social, como dirían los peronistas.

Él se quedó callado, la conversación derivó en partidos de fútbol, pero el sabor amargo de la escena perduró durante un rato en él como una presión.

A las once la reunión se acabó. Los hombres se levantaron, saludaron y caminaron hasta el estacionamiento. Ya estaban cada uno frente a su

auto, buscando las llaves en los bolsillos, cuando Lara le gritó, a unos metros: A mí traeme *La Nación*, mañana.

Tarducci sintió un ligero temblor en la barbilla, pero sonrió asintiendo para que el chiste fuera todavía más gracioso.

Te mataría, le dice ahora, casi veinte años después, con ese recuerdo pasando a través suyo.

¿Cómo?, le pregunta Lara.

Si le tocaras el culo a mi mujer, te mataría.

Lara asiente, mirando su vaso de whisky.

Harías bien, dice. Harías muy bien. Si yo le faltara el respeto a tu mujer vos deberías matarme. Esa es la respuesta que estaba buscando, Tarducci.

Algo verdadero de tu parte. ¿Ya estás en pedo o falta, todavía?

Falta muy poco, dice él, sintiendo el calor del whisky y esa especie de ampliación espiritual que da la borrachera. Ya estoy entrando.

Bien, dice Lara. Necesito que me escuches porque tengo algo que contarte. Algo sobre mi hijo, dice Lara.

Ve, Tarducci, las venitas reventadas en los ojos de Lara. Ve su bigote nervioso. Ve sus manos blancas, pálidas, fuertes, regordetas sosteniendo el vaso de whisky. Siente que algo está a punto de suceder, algo grande, y cuando lo recuerde, al día siguiente, al mes, al año y después por mucho tiempo no lo recuerde, y cuando lo recuerde cinco o seis años después, sin ninguna clase de motivación, en mitad de un juego con su nieta, para después olvidarlo de nuevo y volver a recordarlo cuando sea viudo y esté sentado en una silla de ruedas en el geriátrico privado en el que sus hijos lo internaron, en mitad de un hermoso jardín con plantas y flores contra la pared y una enredadera que ha crecido hasta cubrir completamente el alto paredón de cara al sur, dirá, dice, ahí, sin poder contárselo a nadie porque casi no habla, y cuando lo hace a duras penas pueden entenderlo, se dirá entonces que a lo mejor ese momento, esa noche, esas horas que pasó con Lara, fueron lo fundamental de su vida, el núcleo secreto que estuvo

formándose durante todos esos años y al que se asomará dentro de poco, muy poco, a la hora de su muerte. El secreto del mundo pasó frente a él, abrió sus fauces, y él no pudo o no quiso verlo. Ahora es demasiado tarde.

Trata de recordarlo, entonces, con el mayor detalle posible, con la idea de que recordar es de alguna manera volver a vivir, pero no en el plano del recuerdo solamente, sino en la realidad, ese ahora lábil y evanescente, tanto

que a veces no sabe dónde está ni quién es la mujer vestida de uniforme celeste que le da sorbitos de sopa en la cuchara como si fuera un chico. Hay muertos que lo visitan. Pasan por el patio del geriátrico, como personas reales, perfectamente visibles y enfundados en sus viejos cuerpos, sin prestarle mayor atención, van y vienen como si estuvieran internados o fueran a visitar a alguien. Su madre, su padre, sus tíos, sus amigos, su mujer, incluso Lara: todos pasan a visitarlo y no lo miran a los ojos. Él ya está en otra zona. En la zona liminar donde la muerte se confunde con la vida y tiene la serena y dorada convicción de que si cierra los ojos o deja de ver detrás de las cataratas podrá trasladarse de nuevo a la vez que tenía cuarenta y ocho años y fue a tomar una copa con su jefe y su jefe le hizo, o trató de hacerle, detrás de una borrachera, una confesión que, por lo enigmática y oscura, por lo que dejaba entrever y no decía, le puso los pelos de punta. Ahora, sentado a la mesa exterior del geriátrico, sentado a la mesa del bar, escucha el piano y escucha a su vez a uno de los pacientes que gime como una vaca melancólica en el interior.

Yo maté a mi hijo, dice Lara.

Y deja pasar un tiempo prudencial para que sus palabras se acaben de formar en la mente de Tarducci. Después habla nuevamente: No lo mataron los milicos. Yo lo maté.

Tarducci ve el cajón. Está apoyado sobre soportes de madera, en un rincón de la casa funeraria. Es de cedro, caro: él lo sabe porque enterraron a su padre hace poco en esa misma casa funeraria, la única de San Ignacio, y el encargado le ofreció ese cajón, con esas mismas molduras de bronce y el acabado perfecto de las esquinas pero, cuando dijo el precio, Tarducci se ajustó su corbata imaginaria y pidió por uno más barato hasta que encontró aquel que se ajustaba a sus necesidades, no tanto monetarias (porque era el jefe de Cirugía de la clínica), sino más bien existenciales: si después de la muerte no hay

nada, si enterramos la cáscara vacía de aquello que se diluyó,

¿qué sentido tiene que sea de lujo? Probablemente no fuera a verlo nunca más. Pero ahí estaba el cajón de Luisito Lara, por supuesto que era el mejor.

Por supuesto que duraría cien años sin mácula alguna, más allá de las que el propio proceso de la muerte pudiera infligirle (y él conocía ese proceso, lo había estudiado en la facultad: era realmente desprolijo, poco elegante, asqueroso), pero Lara y los que eran como Lara, los que portaban apellido,

construían grandes nichos en el cementerio y enterraban a sus muertos en cajones de primera calidad, no por los muertos y ni siquiera por los vivos, sino por la misma razón por la que hacían sus cenas y sus donaciones a la iglesia: por simple y llana exuberancia de clase.

Ahí estaba el cajón de Luis: Tarducci lo puede ver, ahora, tenuemente iluminado por las discretas lamparitas de la sala velatoria. Con la tapa cerrada. La cruz en la mitad y el cristo clavado ahí, con su pelo largo y su barba y su corona de espinas. El cajón demasiado chico aparentemente para albergar el corpachón de Luisito, que debe estar apretado en su interior.

¿Qué palabra tuya bastará para sanarlos?, se pregunta.

La noche es fría, los hombres fuman como desequilibrados y Lara y su mujer reciben a los asistentes con esa dignidad casi artificial que portarán de ahí en más por muchos años: la dignidad de los que quieren ocultar una mancha: erguidos, prolijos, bien vestidos, graves. Tarducci saluda a Lara con un abrazo, con dos palmadas en el hombro, masculinas y contenedoras, y a Griselda, su mujer, que tiene lentes negros incluso en el interior de la sala a oscuras, la sostiene de los hombros y le dice: cómo puede haber pasado esto. Griselda querida. Y ella niega con la cabeza. Solo eso: ese mínimo gesto. Se puso los lentes negros para que no la veamos llorar, para que no veamos su cara desfigurada, se dice Tarducci en primer lugar.

Después toma café y fuma y habla en voz baja con los otros médicos de la clínica parados afuera. Se entera entonces de que Luis, Luisito como lo conocía él, estaba a punto de ser padre. Que fue secuestrado con su mujer, un mes antes de la fecha del nacimiento del chico, y que ella todavía no había aparecido por ninguna parte.

Lara tiene un nieto, dice el jefe de Obstetricia. Me imagino el dolor.

Están desatados (es un pediatra el que habla): les dieron cuerda y ahora no saben cómo pararlos.

Todos les dimos cuerda, dice Tarducci, pero nadie le responde y él se prende otro cigarrillo y mira, en lo alto, las estrellas que pueden verse en la ciudad, de noche, que son muchas y hormigueantes, y durante un momento piensa que el que está ahí, en el cajón, es su hijo, y un escalofrío le recorre la espalda, aunque su hijo no es de hacer cosas raras, estudia medicina, va de la facultad a la casa y de la casa a la facultad, tiene una novia, va a terminar trabajando codo a codo en la misma clínica, seguramente. En

cambio Luisito está ahí, con los brazos cruzados en lo oscuro del cajón. Y

su mujer embarazada en alguna parte. Tarducci se estremece.

Más tarde intenta sacar a Lara, llevarlo a tomar un café, hacer que despeje un poco la cabeza. Pero Lara no acepta. Está de pie al lado del cajón y no piensa moverse. El caballero al que le han ordenado velar las armas. Y Griselda, al lado, con sus lentes negros, respondiendo a los cumplidos con una ligera inclinación de cabeza. No está llorando, piensa Tarducci. No llora, no. La ve con su permanente incólume, la boca apretada y un pañuelo en las manos y piensa: no. No es que esté llorando. En realidad los lentes son para que no se vean sus ojos perfectamente secos, tranquilos, apacibles. Es una idea extraña, pero todo es extraño esa noche.

Hay humo en el interior de la sala. Uno de los empleados vestido de riguroso gris pasa ofreciendo café. Es casi la una de la mañana. Y él no puede abandonar esa idea. La idea de que, por alguna razón que desconoce, Griselda Lara no puede llorar la muerte de su hijo. No llora porque no cree en ella, porque es tozuda como solo un peñasco frente al mar puede serlo, porque no va a rendirse tan fácil.

Quiero que me escuches una cosita, dice Braulio, ahora, con los ojos vidriosos, en voz baja. Nunca hablamos, nunca te conté lo que pasó con Luisito. Y eso que sos mi amigo, dice Lara. O eso creo. Vos me tenés miedo, pero no deberías, porque somos amigos, Tarducci. ¿No somos amigos? Uno a los amigos no les tiene miedo. ¿Me tenés miedo?

Algunas veces, dice Tarducci.

No deberías, dice Lara. En este momento no soy tu jefe. Soy un viejo cansado, nada más, con un secreto que me oprime el pecho. ¿Vos qué serías capaz de hacer? Digo, por tu hijo. ¿Qué serías capaz?

No sé, dice Tarducci, sin faltar a la verdad. No sé.

Yo sería capaz de todo, dice Lara abriendo grande los ojos reventados por el Old Smuggler. De todo, repite. Capaz de hacer cualquier cosa para…

Pero yo no fui. Quiero que lo sepas. Por si se descubre alguna vez. Yo no fui. No quería, tampoco. ¿Quién en su sano juicio…? Es la persona más obstinada que conozco. Eso nos llevó hasta ese punto. Su obstinación.

Hubiera movido montañas, te lo juro.

Lara se detiene. Después sigue.

Pero no quiero dispersarme. Tengo tendencia a dispersarme. Es el efecto de esta mierda. Vos avisame. O no me avises: me voy a dar cuenta solo. La cuestión es que yo sería capaz de todo. De todo, Tarducci. Pero vamos al comienzo. Nunca te hablé de cómo asesinaron a mi hijo. De lo que pasó antes. Y de mi culpa en todo el asunto. Mataría por fumarme un cigarrillo.

En un rato podemos salir al patio.

Estoy de acuerdo, dice Tarducci, que siente que esa mención, la del patio, la del cigarrillo, lo devuelve a cierto nivel de realidad, y piensa en su mujer, que se debe haber quedado dormida esperándolo, con la comedia francesa de Gérard Depardieu puesta en el DVD del comedor, y en el terrible calor que debía estar haciendo afuera, en ese enero de locos. Pero nada dice.

Escucha. Y esto es lo que cuenta Lara.

Dice Lara que, como él debe saber, en los últimos tiempos de vida de su hijo estaban mortalmente separados. Peleados. No se dirigían la palabra.

Dice que todavía recuerda la última discusión que tuvieron, en la pieza de su hijo, un domingo. Dice que no fue nada bonita, esa discusión. Se dijeron cosas hirientes. Su hijo anunció que nunca más

iba a pisar esa casa (y acá Lara sonríe como para sí y niega con la cabeza y continúa), Griselda lloraba y él le gritó que dejara de una puta vez de llorar, algo de lo que todavía se arrepiente. Y que entonces todo lo que escuchó de su hijo, desde ahí en adelante, fueron rumores. Los mismos que él debía haber escuchado, seguramente. Rumores acerca de la participación de Luisito en la subversión. Rumores acerca del asalto en La Calera. Rumores acerca de Montoneros. Rumores. Incluso el embarazo de la mujer de su hijo, una hija de puta que lo había llevado a militar, también fue un rumor. Que Griselda lo buscó, en esos últimos tiempos. Quería reconstituir las relaciones. Lo buscó: preguntó por él, hizo llamados telefónicos, se apersonó en Córdoba y trató de rastrearlo. Pero que su hijo había, como decían en aquella época, pasado a la clandestinidad, y encontrarlo era imposible. No para los militares: ellos lo encontraron y le hicieron lo que le hicieron.

Yo la dejé hacer, dice Lara.

Dice: a lo mejor, en algún lugar de mi corazón (así dice: su corazón) yo quería que lo encontrara y que todo volviera a ser como antes. Que mi hijo volviera a ser feliz, ¿se entiende? Que dejara de estar preocupado por la situación social del país, por el destino de los pobres, por la igualdad social,

por la lectura de la biblia (porque todo eso estaba en la biblia: él lo había subrayado, me lo enseñó mientras yo lo miraba del otro lado de la mesa con humo casi literal saliéndome de las orejas), por la revolución que se iba a venir en cualquier momento, él lo sabía y lo esperaba casi como la llegada del mismísimo Jesucristo, vendría, iba a venir Jesucristo con boina a liberar a los pobres, de la mano de Perón y Evita, un pequeño Jesucristo guerrillero, te das cuenta, eso es lo que yo quería que se acabe mágicamente para que mi hijo volviera a ser el despreocupado, el feliz, el que se acostaba con cuanta piba se le pusiera enfrente, el deportista, el que amaba la buena vida, el que iba a estudiar medicina para seguir mis pasos y hacerse cargo alguna vez de la clínica. En algún lugar yo creía en eso, Tarducci, y esperaba que mi mujer entrara de alguna de sus muchas excursiones con mi hijo, despeinado y mojado como después de haber sobrevivido a un naufragio, volviendo a ser el que era, en algún lugar de su corazón.

Pero no, dice Lara. Eso no pasó.

Dice: mi mujer no pudo encontrarlo.

Ahora Lara está borracho. Tarducci se da cuenta. Sentado en el patio del geriátrico mientras la luz se hace finita y se muere frente a sus ojos, se dará cuenta Tarducci del nivel de alcohol en sangre que Lara tenía encima, que era mucho. Piensa: de esta no va a recuperarse fácil, no señor. Mañana va a tener los ojos partidos, va a tambalearse en su oficina. Y sobre todo: lo que me vaya a contar esta noche, lo que vaya a revelarme, estará entre nosotros, como un fantasma, una presencia ineludible detrás de su espalda.

Pero no será así.

Al otro día, lunes en la oficina, Lara estará de un humor sereno, imperturbable, bien peinado, oliendo a colonia, emitiendo órdenes precisas a diestra y siniestra, bromeando con sus colegas y hasta con las enfermeras, mientras que él, Tarducci, que también se habrá emborrachado esa noche, sufrirá toda clase de pequeños episodios de náuseas, migrañas, repentinos temblores, fotofobia, accesos de dolor estomacal y diarrea, que atribuye directamente al maldito Old Smuggler venenoso, mientras su jefe está espléndido y brillante, y cuando se encuentran, la conversación por parte de Lara es amena y distraída, incluso lo palmea en el brazo con virilidad, no hay ningún fantasma entre ellos, parece que la noche anterior no hubiera existido directamente o hubiera sido un ensueño de borracho, y por mucho tiempo es lo que Tarducci piensa o quiere pensar, un poco también para liberarse de la opresión de lo que pasó: fue un ensueño de borracho, una experiencia subjetiva que nada tiene que ver con la realidad, no debe haber habido siquiera un piano en ese bar, ni siquiera un aire acondicionado funcionando a todo trapo ni otras mesas con otras personas a las que no se les ve la cara, ni un mozo de rostro cadavérico atendiendo esas mesas.

Eso pensará, años después, en el geriátrico, en este atardecer que irá poniéndose frío. Una enfermera le pregunta si quiere entrar y él niega con la cabeza y gime: no, estoy bien acá afuera. No quiero entrar. Bueno, don Tarducci, le pregunto de nuevo en un rato y usted me dice, dice la enfermera. Mmm, responde él.

Le cuenta, Lara:

Una noche, suena el teléfono de casa. Es tarde, son pasadas las diez.

Acabo de apagar la televisión. Griselda está en el baño, preparándose para dormir. Yo digo: es él. Es Luisito. Voy a poder hablar de nuevo con mi hijo.

Y levanto el tubo y escucho. Se oye un silencio, pero no un silencio total sino como si alguien me estuviera escuchando a mí del otro lado. Yo estoy parado al lado del teléfono y tengo enfrente una foto familiar que nos sacamos una vez en Brasil. Luisito habrá tenido unos once. El sol le da en la cara, en esa foto, todavía la tengo. El sol lo encandila y él tiene los ojos cerrados, apretados. Y yo me quedo mirando esa foto mientras oigo el silencio de alguien que me oye, del otro lado.

Después, me hablan. La voz de un chico joven. De la edad de mi hijo, más o menos.

¿Hablo con la residencia Lara?

Así es.

Soy un amigo de Luisito. Usted no me conoce. Me hice amigo hace poco de él. Ahora somos culo y calzón, como se dice. Muy amigos. Amigos íntimos. Gran persona, Luisito.

Hay algo en el tono del que habla que me pone de malhumor, dice Braulio. Como si fuera una broma telefónica. Un chiste. Estoy tentado de mandarlo al demonio, de cortar. Pero no hago nada. La voz sigue hablando.

Tuve un sueño, dice. Anoche soñé con él. Con Luisito. Fue un sueño raro.

Soñé que Luisito era un nene de, no sé, seis o siete años, y que estaba acostado en una cama, dice la voz. Tapado hasta el pecho y ¿sabe qué? No tenía cabeza. En vez de cabeza tenía un globo verde. A mí me parece significativo ese sueño, dice la voz. Pero si me pongo a buscarle significado no lo encuentro. Sé que lo tiene, lo que no sé es cuál. ¿A usted se le ocurre alguno?

Ahí cerré los ojos y supe que mi hijo estaba en la cárcel, y supe que pronto lo iban a matar. Y del otro lado la voz se puso a hacer ruidos.

¿Qué clase de ruidos?, pregunta Tarducci.

Ruidos sexuales, dice Lara. Jadeos, esas cosas.

El piano toca una nota mala, fuera de escala, y se detiene.

Colgué y me fui a dormir, dice Lara. Mi mujer tenía el pijama puesto y el antifaz en los ojos y dormía o hacía que dormía bocarriba. Quién era, me preguntó. Le inventé cualquier cosa. Y me acosté al lado de ella y estuve un tiempo despierto en la oscuridad hasta que al final me dormí, no sé cómo, y me desperté al otro día y fui a la clínica como siempre.

Lara hace una pausa corta. Se sirve un hielo. Sigue.

Al mediodía, desde la oficina, llamé a Milletti. Le pregunté si podía invitarlo a almorzar, le pedí perdón por lo imprevisto, le dije que tenía que hablar con él. Nos juntamos en el restorán del Jockey una hora después. Y

ahí le conté lo que creía que había pasado. Le dije que era muy probable que mi hijo hubiera sido secuestrado por los militares. Milletti se limpió la boca con una servilleta, pensando.

Después me dijo que conocía a alguien, un milico de acá de San Ignacio, de puesto alto, que podía tener alguna información. Le dije que por favor fuera discreto.

Obvio, Braulito, ¿cuándo no fui discreto, yo?

Y es verdad, Milletti es una de las personas más discretas que conozco.

Fue discreto. Habló con el milico. Me abordó dos días después en el encuentro del Jockey de los miércoles. Me dijo: Mirá, él supuestamente no sabe nada, pero sabe que tu hijo está hasta las manos. ¿Cómo que está hasta las manos? Está muy involucrado, dijo Milletti. Y no creo que salga. ¿No cree que salga? Milletti levantó los hombros: eso es lo que pude sacar en limpio. ¿Me podés conseguir una reunión con él?, le pregunté. Milletti me respondió con una mirada de desprecio. ¿Cuántas atribuciones me iba a tomar? Pero al final me la consiguió. No fue estrictamente una reunión.

Habían pasado dos semanas y hubo una cena en el Jockey por los cincuenta años. Yo fui con Griselda. Había muchos invitados, casi cien, estaban el intendente y los concejales y el obispo. Comíamos en el gran salón del Jockey y después pasamos a una sala a oír un número musical. Se formaron los grupitos de personas: Griselda había ido a conversar con unas amigas del Rotary. Y en un momento Milletti

me señaló a un hombre de traje que hablaba con otras personas y me dijo: Ahí lo tenés. Se llama Coffia.

Coronel Coffia.

El piano ha vuelto a tocar. Toca acordes lentos, separados por grandes extensiones de silencio que parecen vacíos. Tarducci tiene la impresión de que todos se han ido del bar, y ellos son los únicos. O de que el mozo y el que atiende la barra están, de alguna forma, desde la distancia, escuchándolos, atentos. Siente el frío del aire acondicionado y un estornudo que sube por su nariz. Piensa en su mujer, dormida en el sillón: le gustaría llevarle una manta. Cubrirla con la manta. Darle un beso en la frente. Y está acá, oyendo a Lara. Debería levantarme e irme, dejar a este borracho con sus historias, volver a casa, piensa Tarducci, pero se queda.

Dice Lara: El coronel Coffia tenía un vaso en la mano. Creo que whisky.

No debía haber sido Old Smuggler, seguro. Debía haber sido caro. Yo traté de no beber esa noche. Traté de mantenerme lúcido, con esa clase de lucidez que da no beber, que a veces no es una lucidez en absoluto, a veces está más cerca del vértigo o la confusión, pero no importa. Cuestión que no bebía. Cuestión que no sabía qué clase de whisky estaba tomando Coffia esa noche. Me acerqué a él, que hablaba con dos personas, acababan de hacer un chiste o de decir algo privado, me di cuenta porque se quedaron callados cuando llegué. Como si hubieran estado hablando sobre mí. Coffia tenía un corte de pelo impecable, que parecía recién hecho, y abrió los ojos cuando yo me presenté y le dije que tenía que hablar con él. Disculpenmé caballeros, les dijo a los que lo acompañaban. Salimos al patio del Jockey, el piso de fragmentos de ladrillo rojo, la fuente en el centro, y nos quedamos de pie debajo de los cipreses. Antes de que pudiera acomodarse y darle un sorbito al whisky, ya le dije quién era. Le dije que seguramente Milletti le había hablado sobre mí. Él se puso de costado y empezó a asentir, así, entrecerrando los ojos, como si le estuviera contando una historia muy antigua, a través de la cual tuviera que abrirse paso

mentalmente. Lara… Lara… Luis… Milletti… Ah, sí, algo me habló, ahora recuerdo.

Estaba hablando de mi hijo, dice Lara. De mi hijo que en ese momento probablemente estaba en calzoncillos en el piso de una celda mugrienta, con las manos atadas detrás de la espalda, tan flaco que se

le veían las costillas y las rodillas huesudas sobresaliendo, con la piel llena de magulladuras y de cortes. Yo no lo sabía en ese momento. Yo creía en ese momento que las cárceles donde iban a parar eran más o menos tradicionales y dignas, después me enteré. Cuando vi el cuerpo de mi hijo, en la morgue, supe que lo habían torturado y cagado de hambre. Cuando más tarde vi el juicio a las Juntas en la televisión y escuché todos esos testimonios, ahí supe. Y este Coffia tenía que esforzarse por recordar su nombre.

El problema era con su hijo.

Sí, con mi hijo. Tengo la idea de que está encarcelado.

Sí, sí, sí. Algo me acuerdo.

Mi interés es poder verlo. Si usted pudiera arreglar una visita, yo se lo agradecería infinitamente.

Déjeme ver porque no sé en qué estado se encuentra eso ahora. Pero no se preocupe porque lo que hacen tiene que ver más con un escarmiento que con otra cosa. Lo que tengo entendido es que le cortan el pelo y los ponen a estudiar.

¿Les cortan el pelo?

Sí, sí. Hacen ejercicio, esas cosas. *Mens sana in corpore sano*. Los están reintegrando a la sociedad, dijo Coffia. Es un proceso. El proceso no es algo que tenga principio y fin, uno hace cortes en el proceso. Pero uno no puede decir dónde empieza el proceso ni dónde termina. Viene de muy lejos y sigue hasta que ya no lo podemos ver. Y nosotros estamos experimentando ese proceso. Usted conoce la historia del ave Fénix.

Le dije que la conocía.

Bueno, este país, dijo Coffia, señalando con la mano que sostenía el whisky los límites del patio del Jockey, este país es un ave Fénix que va a resurgir de sus propias cenizas.

No supe qué decirle, dice Lara. Me quedé hundido en mí mismo tratando de entender lo que me estaba diciendo. Coffia me palmeó el hombro y pasó al lado mío y me dejó así y volvió al interior del salón. Y después de unos diez minutos, o de siete o de quince minutos en los que estuve ahí parado en

la sombra de los cipreses, fumando un cigarrillo, yo entré al salón y me incorporé al grupo de mi mujer, que charlaba con los Rebra y los

Milletti.

Hablaban de la paliza que le pegó Vilas a Gottfried en Roland Garros, seis-cero seis-tres seis-cero. No lo dejó respirar, decía Rebra. Es espectacular ese petiso. Mis ojos se cruzaron brevemente con los de Milletti, pero en los suyos no había nada. Ni preguntas ni comprensión. Ningún mensaje. Me sentí asqueado, Tarducci. Asqueado conmigo mismo. Griselda me preguntó si estaba bien y le dije que no, que tenía náuseas, y nos volvimos a casa.

Por eso hice lo que hice. Por eso lo sigo haciendo. Es algo que le debo…, dice Lara. Se lo debo a él, pero también a ella. Porque si no fuera por ella.

Dios querido. Ayudame, Dios. Estoy condenado, ella y yo. Estamos condenados, Tarducci.

Tarducci quisiera preguntarle pero no dice nada. Es como si no hubiera lugar, en ese otro lado, para decir algo.

¿Creés en el infierno?, pregunta Lara.

No sé, dice Tarducci. A veces.

Yo no creo en el fuego y en todas esas cosas. Pero creo en alguna clase de justicia disparatada por la cual vamos a pagar. Yo voy a pagar.

Lara entonces se larga a llorar. Cierra los ojos y levanta un poco la cara y llora.

Tarducci mira hacia otro lado y espera.

Ya estoy pagando de alguna forma, pero todavía no terminó. Las cosas no terminan donde uno cree, dice Lara. Nada se termina. ¿Entendés, Tarducci?

Tarducci no responde. No dice ni hace nada. Mira hacia otro lado.

Hay más cosas en el mundo… ¿cómo era?, dice Lara.

Tarducci lo mira. Su jefe tiene la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Está dormido. Tarducci extiende una mano y le toca el hombro.

Su jefe le agarra la mano con violencia y abre los ojos y al reconocerlo

lo suelta.

Disculpá, Tarducci, dice.

No hay drama, dice él.

Vamos a dormir que es tarde, dice Lara.

Saca unos billetes del bolsillo y los deja en la mesa. Después agarra la botella de whisky y se levanta, un poco lento, y al pasar por la barra saluda al que atiende ahí y después al recepcionista, y abre la puerta de vidrio de la

entrada y salen al aire caliente, a la madrugada de enero. Caminan en silencio por la calle vacía, cruzan en silencio la plaza, llegan al estacionamiento y se suben a los autos y se van a sus respectivas casas a dormir, pero antes Lara, con la botella de Old Smuggler todavía en la mano, apoyada en el techo del auto, le dice: Hasta mañana, Tarducci.

Tarducci tiene las llaves en la mano. Lo ve borracho, con su remera y sus pantalones de tenis. Siente que tiene que decir algo, algo que de alguna manera termina de cerrar esa noche, pero todo lo que hace es repetir: Hasta mañana.

Después se sube al auto y lo arranca.

El juego de comerse los deditos

Despertó mareada, sin poder enfocar la vista, todavía bajo el efecto de la droga. Cerró y abrió los ojos. Su respiración era corta, ahogada. Quiso pasarse la mano por la cara pero estaba atada con precintos a una vieja cama de hierro gris de hospital. Pensó: tengo un nombre, en algún lado hay un nombre que es mío. Estuvo un rato tratando de recordarlo pero no pudo.

Se dijo: si lo recuerdo todo va a estar bien, pero por más que se esforzó el nombre que tenía se le escapaba de las manos.

Recordaba vagamente un accidente, el impacto del guardabarros de una Hilux, antes de perder la conciencia, y ahora el dolor de ese impacto despertaba con ella. Sentía las nalgas y los codos raspados, en carne viva, y a su pierna izquierda le pasaba algo raro entre el tobillo y la pantorrilla. Era como si no estuvieran unidos del todo.

Dio un par de gritos pidiendo ayuda, pero nadie le hizo caso.

Miró hacia los costados: un cuarto con paredes de madera blanca, una ventana que daba al cielo límpido, una silla de madera y mimbre en un rincón. Un cuadrito colgando de la pared. Un espejo de mano. Todo decorado con buen gusto y pulcritud. Parecía una invitada a un petit hotel en un país europeo, pero con las muñecas y los tobillos precintados. Trató de recordar cómo había llegado hasta ahí. Ahora debía ser la mañana. Las siete, las ocho de la mañana. Se oían teros, afuera. Estaba en el campo.

Reconocía el ruido de los teros y nadie tenía teros en la casa, eran pájaros salvajes y dañinos, como decía su papá, que sabía sorprendentemente bastante del tema, seguramente esos andaban dando vueltas por un terreno

arado en busca de lombrices. Estaba en el campo y era la madrugada o la mañana. Ahí tenía un dato de la realidad.

Coty. Así se llamaba. Lo recordó de pronto. Se llamaba Costanza Pedernera y sus amigos y sus compañeros del colegio le decían Coty. Ahí tenía otro dato.

Cuando la chocaron debían ser las seis y media de la tarde, era prácticamente de noche. Coty había salido del colegio y estaba volviendo a su casa en una bicicross. Volvía, como siempre, por la zona que quedaba pasando el cementerio y el parque industrial, una zona de baldíos ásperos y desolados donde no se divisaban casas y ni siquiera luces. Diez millones de veces le había dicho su madre que no fuera por ese camino sino por el otro, el más iluminado, el céntrico, y diez millones de veces le había dicho ella que sí, que claro, volviendo una y otra vez a desobedecer. Le encantaba asustarse, era verdad. Le encantaba que hubiera leyendas urbanas sobre el Camino de los Baldíos como le decían, apariciones que unos pocos borrachos irredentos habían tenido el supuesto privilegio de atestiguar. Le gustaba horrores pasar casi media hora en esa oscuridad, asediada a veces por la aparición de perros callejeros que le tiraban tarascones a los tobillos.

Le encantaba sentir miedo. Le gustaba el olor del miedo en su propia piel.

Y la tarde del día anterior, una camioneta que venía de frente con las luces apagadas primero la encandiló, y después la embistió. Ella no la vio venir, no la escuchó, como si estuviera esperándola, apagada en mitad del camino. Una luz blanca, cegándola, la acelerada y el impacto. Sintió que volaba hacia atrás y después los tumbos en el pavimento, la piel desgarrándose, el golpe en la cabeza. Bum. Negro total.

Entró en la tiniebla. Su cuerpo la abandonaba, se hundía dentro de sus propios huesos, y por más que se resistiera era casi dulce la forma en la que flotaba. Daba un poco de risa. Debajo de la risa estaba el espanto, un terror que nunca había experimentado, pero ella lo sentía como un agujero negro sobre el que podía flotar. Era lindo flotar.

Sintió que le metían las manos en los bolsillos, que le sacaban la billetera. Oyó voces. Hablaban entre ellos, dos hombres o un hombre y una mujer con voz de hombre, a lo mejor viejos, no estaba segura. En su

inconsciencia de criatura se dijo: seguramente vienen a ayudarme. Me van a llevar al hospital. Mañana me despierto en casa, con un yeso en la pierna y mamá haciéndome sus sopitas para que me recupere.

Dale, dale, dijo la voz de la vieja.

Sintió que la pinchaban en la pierna. Que le inyectaban algo frío, que le subía desde el muslo. Que la levantaban a la cuenta de tres.

Acostada sobre un suelo metálico y frío, volvió a oír las voces. Eran dos.

Eran viejos, eso supo. Sintió el traqueteo del metal bajo su cuerpo y después el ascenso al asfalto y entonces el largo ruido blanco de un viaje largo, y después la nada misma, la negrura inundando cada uno de los centímetros de lo que era o lo que pensaba que era, y después la puerta se abrió, eso le pareció escuchar, y vio las estrellas en lo alto y pensó: ya se hizo de noche, qué rápido, y entonces sintió que la dejaban en una superficie dura, y después de nuevo la oscuridad tragándosela.

Se llamaba Coty, tenía trece, iba al primer año del colegio Santa Catalina, no tenía novio, le gustaba leer y ver películas, era virgen

aunque le había practicado sexo oral una vez a un idiota de quinto. Era gordita y se teñía el pelo de negro, muy oscuro, y se pintaba las uñas de negro y pensaba que el mundo, tal como estaba, era patético, y que la única solución posible era la muerte.

Pensaba todo el tiempo en que se iba a morir. Pero era una nena, casi: pronto ese pensamiento era reemplazado por otro, incluso más deprimente.

Para ella, la muerte quedaba más bien lejos. Incluso sus abuelos estaban vivos, y aunque su madre dijera lo contrario, no recordaba haber visto nunca un muerto en su vida. Igual, la muerte era un condimento de sus noches solitarias y se pasaba las horas imaginando suicidios vagamente heroicos: con el pelo suelto ahogada en el río, saltando de un puente con algo en las manos que bien podría ser un bebé como una sandía envuelta en una manta, congelada en el interior de una heladera de carnicería, mirando hacia arriba como una santa medieval. Creía que lo más probable era que muriese de vieja tirándose pedos en una silla mecedora. Sacarse una curita le daba impresión ¿y se iba a suicidar? Ja, ja.

A esa misma hora, a más de doscientos kilómetros de distancia, sus padres estaban recorriendo la ciudad. Su padre manejaba, su madre iba en el

asiento del acompañante, fumando su cigarrillo número trece de la noche, con la ventanilla abierta, los dedos amarillos, mirando casi sin ver el paisaje de la pequeña ciudad donde vivían. A pesar de la oscuridad con la que miraba el mundo, Coty era responsable. Nunca había desaparecido de casa sin avisar, menos después del colegio, y por eso sus padres sabían que algo andaba mal. La madre llamó al colegio, pero el colegio estaba cerrado y nadie atendía el teléfono, y después a los amigos de su hija. Nadie sabía nada. La habían visto un par de horas antes en el colegio y no notaron nada raro. La madre de Coty llamó al padre, que estaba cerrando la inmobiliaria a esa hora, y lo puso al tanto de la situación. El padre fue entonces a la comisaría de la ciudad para presentar una denuncia. El policía que lo atendió era comprensivo. Le dijo que no había forma de presentar una denuncia por desaparición hasta las veinticuatro horas de producido el hecho, pero que él le iba a dar aviso a los que estaban patrullando para que buscaran de todas maneras. Le preguntó cómo estaba vestida Coty, cómo era físicamente, y él se la describió: pollera tableada del colegio, pelo negro, guantes negros, un buzo negro demasiado grande, anda en

una bicicross pequeña, tiene una mochila escolar negra colgada de la espalda.

Cuando terminó, el padre se subió al auto, volvió a llamar a la madre y le preguntó si había alguna noticia. La madre dijo que no. El padre le dijo que iba a dar unas vueltas por la ciudad.

Primero hizo el camino que sabía que su hija hacía todas las tardes a la salida del colegio. Tomó la calle Juan de Garay, cruzó las vías, pasó enfrente del monumento a Mitre y del club de Estudiantes, por el cementerio, por el barrio industrial y por el Camino de los Baldíos, que estaba oscuro y desierto. Pasó frente al lugar donde su hija había sido secuestrada horas antes, y no vio la bicicleta, tirada en la cuneta. (Unos chicos de la villa que iban a jugar al fútbol en los baldíos la encontrarían al día siguiente. Llamarían a la policía, que iba a acordonar el lugar y buscar pistas con sus pobres medios, sin encontrar nada, solo huellas digitales que correspondían a Coty).

Antes de llegar a su casa, el padre dio una vuelta entera y se metió de nuevo en la ciudad.

Fue hasta la plaza cívica, en el centro, se bajó del auto y caminó entre los juegos infantiles. Tenía la esperanza de que su hija estuviera sentada en un

banco dándose besos con algún pequeño idiota de bigote incipiente. Volvió a subir al auto, visitó las otras dos plazas, la del barrio Sarmiento y la del barrio 9 de Julio, sin resultado alguno. Fue hasta un bar que sabía era visitado por adolescentes, en la calle Estrada. Recorrió despacio las siete cuadras que conformaban el centro de la ciudad, las heladerías, las vidrieras iluminadas a esa hora que vendían electrodomésticos o ropa. Después fue a su casa, obligó a su mujer a comer algo, dos bocados de una pizza que había sobrado de la noche anterior. No durmieron. No se acostaron, siquiera.

Siguieron llamando al teléfono de Coty. Cada ruido afuera, en el camino de tierra del barrio donde vivían, los ponía en alerta. Era Coty que volvía. Era Coty que dejaba la bici en el pasillo y entraba a la casa. Ya iba a ver, el reto que le iban a pegar. No iba a poder salir en años.

Pero pasó la noche entera y Coty no volvió y a la mañana, esa mañana, tuvieron que ir al trabajo, la madre a la farmacia del centro y el padre a la inmobiliaria.

Eso hacían ahora. Estaban despeinados y olorosos y no querían hablar, porque hablar significaba decir algo que ninguno de los dos podía oír.

Mientras tanto, Coty abría y cerraba las manos para mantener la circulación. No era capaz de pensar siquiera en la seriedad de lo que le pasaba. El problema gigante en el que estaba metida. Algo se irradiaba desde su pecho en pulsaciones regulares. En algún momento oyó voces provenientes de algún lugar; palabras sueltas, en sordina, de una conversación íntima. Después las voces desaparecieron.

Cerró los ojos y se quedó dormida. Al despertar, un viejo le estaba pasando aceite por el cuerpo desnudo.

Lo hacía de modo mecánico, para nada erótico, pero el tacto de sus manos blancas y peludas en sus muslos la hizo apretar los párpados y contener una arcada. El viejo pasó a sus pantorrillas. Trabajaba serio, concentrado, sin mirarla. Esparcía el aceite con la yema de los dedos, y su piel brillaba como un mueble recién lustrado. El aceite tenía un olor frutal y pesado a la vez, como extraído de frutas pasadas que van tornando al estadio líquido. Le voy a pedir por favor que me deje ir, dijo Coty, llorando.

El viejo la miró un segundo, le dedicó una mirada rápida y gris, hecha de

granito pero blanda a la vez, o líquida, y siguió pasando el aceite. Cuando terminó, cuando su cuerpo estuvo enteramente untado, grasoso y frío, ella lo vio meterse en el baño, escuchó el sonido del agua saliendo de la canilla, el ruido de un largo y cuidadoso lavado. Emergió del baño y se quedó parado frente a la cama, un momento, pasándose una toalla todavía entre los dedos, como haría un cirujano antes de ponerse los guantes. Tenía puesta una camisa celeste de mangas cortas y había algo de garza en él, de pájaro gigante, con su nariz larga y sus ojos saltones. Caminó con la toalla en las manos hasta una mesita que había al lado de la cama y que ella no había visto hasta ese momento, una mesita metálica como las que se usan en las intervenciones quirúrgicas. Coty vio la botella de gaseosa con aceite en su interior, gasas, objetos metálicos también quirúrgicos cuyo uso desconocía por completo. Sintió la sangre batiéndose en sus venas como fruta en una licuadora. El viejo tosió un rato largo.

Después pareció arrepentirse porque dejó el instrumento metálico con un clic sobre la bandeja metálica y se fue.

Cerró la puerta detrás de él.

Coty estuvo un rato tratando de recordar dónde había visto lo del aceite.

Al final lo logró. Vio su casa, vio la luz entrando en la ventana, vio a su padre inclinado sobre la carne del asado. Su padre adobaba la carne. A las diez, dos horas antes de arrancar con el fuego, la untaba en aceite para que absorbiera los condimentos y ahí le echaba romero, ají molido, sal, pimienta, ajo y laurel.

Eso acababan de hacer con ella. La habían adobado.

Al cabo de un rato entró una vieja. Con un vestido gris, descalza. El pelo rojo, con una permanente. Traía una bacha entre las manos. Le dijo: A ver, levante la cola. Ella le hizo caso y sintió los bordes curvos debajo de ella y se aflojó, hizo pis mientras lloraba, todo junto, incluso se tiró un pedo.

Cuando terminó, la vieja la limpió, de la vagina hacia atrás, como debía hacerse, y tiró el papel en una bolsa de basura.

Quiero ver a papá y mamá, dijo Coty. Por favor, señora. Les juro que no voy a contar nada.

La vieja también cruzó sus ojos con los suyos. Coty se preguntó si había visto alguna señal de compasión en ellos, o de humanidad siquiera, una ligera blandura que le permitiera un resquicio de luz. Se dijo que a lo mejor

sí. Se dijo que era una mujer, que estaban más cerca por lo tanto. La vieja fue hasta el baño, abrió y cerró la canilla y volvió con un vaso de vidrio lleno de agua. Con una mano le ayudó a reclinar la cabeza, y con la otra le fue dando de a sorbitos.

Deberías poner tus cosas en orden, Coty, le dijo la vieja.

¿Qué quiere decir eso?

La vieja consideró que había tomado lo suficiente. Le dejó la cabeza

con suavidad contra la almohada.

Quiere decir que fuiste elegida, chiquita. Y no va a haber más papá y mamá. Él va a ser tu papá y tu mamá.

Le pido por favor… empezó Coty, pero la vieja le puso una cinta de embalar gris sobre la boca y le dio dos vueltas alrededor de su cabeza y la cortó.

Después se levantó y cerró la puerta con delicadeza.

Durante el resto del día no pasó nada. Siguió oyendo las conversaciones pero atenuadas y lejanas, y los ruidos de los pájaros, afuera, que ya no eran teros sino mirlos de campo cuyo canto repetitivo se perdía con delicadeza en el silencio, rebotando en el aire claro una y otra vez. Horas después anocheció. Las luces no estaban prendidas en su cuarto y de a poco se fue hundiendo en la oscuridad, hasta que fue total, y afuera empezaron a oírse los grillos. Tenía frío. En algún momento entró la vieja, prendió la luz, encandilándola brevemente como había pasado con la camioneta, y abrió la puerta de un ropero adosado a un pared y extendió sobre ella una manta pesada.

Ella gimió para agradecerle detrás de la cinta de embalaje pero la vieja no le respondió.

Después se quedó dormida y entraron los viejos.

Desnudos, con máscaras confeccionadas con retazos de algo que parecía ser piel reseca, cosidos toscamente entre sí con un hilo grueso. Se movían rápido, sobre todo la vieja. El viejo parecía tener un dolorcito en la parte izquierda del cuerpo. Una cojera leve. Tosía cada tanto, educadamente, tapándose con el puño. Les sacaron las trabas a las ruedas de la cama de hospital y la movieron para que pudiera salir por la puerta. La vieja iba adelante, ella podía ver su espalda. Notó, cuando estaba de frente, que su

pezón izquierdo había sido cortado y cicatrizó mal. Ahora miraba el pelo rojo, enrulado.

Salieron por el pasillo y por la puerta trasera que daba al campo, y ella sintió el aire frío y vio las estrellas allá arriba, extrañamente puras en la brea del cielo nocturno. Era algo, por lo menos, la visión de las estrellas.

Enseguida la metieron en un galpón de techos altos y curvos de chapa, nimbado en la luz espesa de las velas. Las velas se derretían sobre tocones de madera, sobre el tablón polvoriento cubierto de herramientas. La dejaron en el centro de la zona iluminada. Hablaban entre ellos, en voz baja. Ella le dijo que no, en un momento, señalando en una dirección indeterminada. El viejo se acercó con una jeringa.

Caminaba lento, medio torcido. Su vello púbico había encanecido. Las manos le temblaban continuamente.

Se la hundió en la ingle, pero dio con algo sólido, así lo sintió ella, que gritó detrás de la cinta de embalar, y tuvo que retirar y volver a hundir la aguja varias veces, con los consiguientes retorcimientos de Coty. El líquido de la aguja era negro y se sentía metálico como bronce derretido.

En algún momento la droga empezó a hacer efecto: sintió las palpitaciones grandes y poderosas como si ella misma fuera un corazón, después sudó, sintió frío y los viejos de máscara se volvieron lentos, en cámara lenta se movieron, sus cuerpos viejos y repugnantes dejaban una blanca estela detrás mientras se movían lentamente, uno de ellos levantó algo que humeaba mientras el otro repetía unas palabras inconexas, que sonaban casi como una canción infantil, lenta también, y levantaba cosas a la luz amarillenta de las velas y se acercaba a ella y la tocaba. Le tocaba los pies. Le contaron los dedos de los pies, deteniéndose en cada uno con especial cuidado. Ella los veía altos. Muy altos. El viejo tenía que doblar la cabeza y encorvarse, debía medir dos metros y medio, más o menos.

Se va a ahogar, dijo la voz del viejo y la vieja se acercó y le metió los dedos en la boca y le acomodó la lengua, y sentir sus dedos le dio arcadas pero no vomitó esta vez, lo último que tenía en el estómago (agua fría) subió hasta su garganta y volvió a bajar, obediente.

Ya está bien, dijo la vieja. Dale.

Después durmió, probablemente, aunque era difícil distinguir lo que pasaba de lo que no pasaba.

Cuando se despertó ya era de día y estaba de nuevo en el cuarto de

paredes de madera. La vieja estaba sentada a su lado, vestida pero con la máscara puesta. Tenía una taza en las manos. En la taza flotaban restos de galletitas saladas, hechas una pasta.

A ver, chiquita. Vamos a comer un poco, dijo la vieja, mientras recogía una cucharada de esa pasta y la soplaba y se la acercaba. Coty apretó los labios y dio vuelta la cara.

Es té con leche, nada más.

Pero ella se empecinó en ese único gesto posible de rebeldía.

La vieja dejó la taza al costado, en una especie de mesita de luz metálica, se levantó y se fue.

Al otro día no soportó más el hambre y aceptó el asqueroso té con leche y galletitas saladas que la vieja le dio de comer, bocado a bocado, hasta que se terminó el plato. Después, de alguna parte, la vieja sacó una pelela amarilla y se la puso debajo de la cola y le dijo: ahora vamos a hacer caquita, mi amor. Vamos. Ella hizo fuerza y efectivamente, hizo caquita, y la vieja la limpió con algo que parecían toallitas húmedas y se llevó todo en la mano, alejado de su cara.

La fantasía de que la policía iba a encontrarla empezó a crecer despacio en su mente. La imagen de los patrulleros estacionando en la entrada de la casa, ingresando a la fuerza con las armas apuntando hacia arriba. Los veía obligados a abatir a los viejos, que se resistían, la vieja venía de la cocina con un cuchillo, pam, disparo en el pecho. El viejo los apuntaba con una escopeta, temblando en sus manos, pam, disparo en la cabeza. Después se ponían a gritar su nombre, buscándola, y ella ni siquiera se preocupaba por gemir. Sencillamente lloraba, las lágrimas ardían, y era retirada en una camilla, incluso tenía la fuerza suficiente como para responder a la pregunta de la conductora de canal de aire que le ponía el micrófono enfrente. Coty,

¿cómo lograste sobrevivir? No tengo la menor idea, decía ella.

Al principio la fantasía era esporádica. Con el correr de los días lo fue ganando todo, cada espacio temporal de su mente, incluso en los momentos de máxima locura. El sueño seguía: ella se recuperaba y

volvía a casa y se transformaba en la persona más popular del colegio, de la ciudad, incluso del país. Le ofrecían escribir un libro sobre su experiencia. Ella lo hacía. Se llamaba *Dos semanas en cautiverio*, y era un *best seller*. La entrevistaban de radios y programas de televisión. Daba conferencias donde inventaba cosas que sí la habían ayudado a sobrevivir, como creer en Jesucristo, creer en la meditación trascendental, en la práctica del yoga, en la orinoterapia.

Después, por momentos se despertaba y los viejos desnudos y con máscaras estaban escribiéndole el cuerpo con un pincel. Eran altísimos. De tres metros y medio. Después cerraba los ojos y volvía a su fantasía.

Eso era lo que la ayudó a sobrevivir realmente en esa primera semana: la fantasía.

Tiempo después (ahora estaba casi constantemente drogada, en un viaje ligero pero sin fin, y el tiempo no parecía correr en una dirección, sino en muchas, arriba y abajo, adelante y atrás y hacia los costados, no había propiamente dichos día y noche, dormir o estar despierta) una voz muy profunda dentro de ella y muy sensata también le dijo con tranquilidad que estaba a punto de morirse, y que podría ir pensando en qué llevarse al otro lado. Sin desesperarse ni hacer un escándalo. Mente fría y corazón contento.

A Coty le pareció una voz estúpida y le dijo que no le hablara más en la vida.

Los Mendis japoneses eligen una imagen para quedarse a vivir en la eternidad. La eligen con mucho cuidado, porque esa imagen los acompañará para siempre. Vivir en una fantasía para siempre. Pero ¿cuál?, era la pregunta. Aunque siempre estuvo pensando en la muerte, había una serie de recuerdos que le gustaban, y que puso en fila y desplegó para someterlos a un examen de eliminación previa. Una siesta en los brazos de su madre, encima de la reposera hundida en la arena al costado del río, durmiendo al sol. Ella y sus amigas cantando La mar estaba serena en un campamento escolar, un poco borrachas por un licor de dulce de leche. Su

abuela peinándola en la cama: su olor a colonia fresca, la suavidad de

sus brazos desnudos. El polvillo que subía de sus sábanas, girando como pequeños insectos luminosos a la luz de la mañana.

La foto de Coty que recorrió las redes tuvo quince mil *likes* en Facebook.

La mostraba en el patio de su casa, en una pose ingenua, casi teatralmente asustada. El padre de Coty se la envió al hijo de unos amigos, que manejaba programas de diseño, y este armó el afiche con los datos. «Coty», Costanza Pedernera, desapareció el 9 de junio del 2012, tenía 13 años, nació el 16 de septiembre de 1999. La última vez fue vista en el colegio Santa Catalina de la ciudad de Sarancho, en Córdoba. Si tiene alguna información contactarse con el siguiente número de teléfono o con este email.

Al mes de la desaparición, cuando ya los padres empezaban a aceptar, sin decirlo, el hecho de que su hija estaba muerta, el teléfono fijo de la casa recibió algunos llamados. El padre de Coty, que se pasaba el día ahí, sin ir a la inmobiliaria y casi a ninguna otra parte, barbudo, con un terrible olor corporal, flaco y deprimido, era el que atendía los llamados. La mayoría era de gente dispuesta de corazón a colaborar, pero que tenían datos imprecisos y vagos. Alguien lo llamó para consolarlo, directamente, y el padre de Coty fue amable, pero cortó la comunicación.

Hubo dos llamados espantosos.

En el primero, un hombre mayor le dijo que él tenía a su hija secuestrada y que iba a matarla si no dejaba una suma de dinero en un lugar determinado de la ciudad. Le dijo también que lo estaban mirando, que si daba aviso a la policía iban a matar a su hija, pero que antes iban a violarla y a cortarla en pedacitos. Luchando contra su fobia para salir al exterior, el padre de Coty retiró del banco los ahorros familiares, los metió en un bolso deportivo y fue a dejarlo, siguiendo las instrucciones, en el kilómetro 42 de la ruta 7. Ni siquiera se lo contó a la mujer. Después esperó durante toda una semana que lo volvieran a llamar, pero eso no pasó, y él empezó a comprender y se hundió más en la tristeza.

A las dos semanas lo llamó otro hombre. Este ponía voz de niña.

Papá, soy muy puta, por eso desaparecí, le dijo. Me gusta mucho la

verga. ¿Papá? ¿Estás ahí?

El padre de Coty colgó el teléfono y estuvo a punto de destrozarlo en el comedor, pero se limitó a ponerse en posición fetal y llorar durante un largo rato.

Una tarde el teléfono empezó a sonar con un número desconocido y el padre atendió con esa ligera esperanza inútil que sentía cada vez que eso pasaba.

Era el atardecer, y él estaba mirando por la ventana. Hacía dos horas que miraba el patio vacío, sin pensar en nada, hundido en su propio dolor y desesperación.

¿Diga?

Sí, dijo la voz de una mujer. ¿Hablo con el padre de Coty? ¿El señor Pedernera?

El padre de Coty se llevó una mano a la mejilla y empezó a rascarse la barba crecida.

Sí, dijo. Sí, soy yo.

Ah, qué tal.

Hubo una vacilación. Después la voz siguió.

Lo que tengo que decirle es delicado, dijo la voz. Mi nombre es Alicia.

Yo soñé con su hija.

El padre de Coty suspiró. Así que había soñado con Coty. Bueno.

Felicitaciones.

Quería decirle que su hija está muerta. Ahora descansa en paz. No sé dónde está el cuerpo, pero vi árboles y campo, lo que puede ser en cualquier parte. Su cuerpo está adentro de un aljibe. Rodeada de otros cuerpos. El aljibe está cerrado con una tapa de cemento.

¿Qué me está diciendo, señora?

Disculpe. Le dije que era delicado. Quiero que sepan que ha encontrado la paz.

El padre de Coty se tapó la cara con una mano.

Pero lo que quiero contarle es otra cosa. Algo que pasó antes de que muriera, algo que le está pasando ahora a Coty. Ella está pensando en el juego de comerse los deditos. No deja de pensar en eso. Incluso ahora que está muerta sigue pensando en eso. ¿Usted sabe qué quiere decir?

El padre dijo que sí, asintiendo, sin que del otro lado pudieran verlo. No podía hablar, sencillamente.

No quiso explicárselo, pero lo sabía. El hombre que le acomodaba los deditos era él. Jugaban a eso cuando Coty era chica, tenía cinco o seis años, y él le agarraba los dedos de los pies y le decía: ahora te voy a comer los deditos, y se los tiraba hasta hacerlos sonar, y Coty se reía a los gritos y le pedía que parase y él decía: No puedo parar, señora, hasta comerle todos los deditos.

Pero no dijo nada. Apoyó la cabeza contra la pared. Coty era una beba y él la tenía en brazos, un bultito caliente.

Es todo lo que veo, mijo, dijo la señora. Mil disculpas. Pero pensé que querría saberlo.

Tiene que decirme algo más, dijo él. Tiene que ayudarme a encontrar a mi hija. Voy a darle aviso a la policía.

No serviría de nada. Su hija ya está muerta. Yo una vez trabajé para la policía y lo único que pasó fue que me acusaron de farsante. Todo lo que veo es eso. Su hija piensa en ese hombre con amor.

La vieja cortó. Él volvió a llamarla, inmediatamente, con la función de *recall* del teléfono, pero el número estaba fuera de servicio.

El padre se lo contó a la madre esa noche. La madre tenía un cigarrillo en la boca y estaba pálida, la piel como de cera. Escuchó lo que él decía y después le contestó que era mentira, que Coty estaba viva, y fue a encerrarse a la pieza.

Eso fue todo. Se acabaron los llamados, se acabaron las pistas. El policía que estaba a cargo de la investigación les dijo que todos los patrulleros y las comisarías de la zona estaban abocadas a la búsqueda de su hija, pero lo cierto es que no se podía hacer demasiado. Un mes después de la desaparición, los padres comenzaron terapia de pareja y

asistieron a las reuniones de un grupo de personas que se juntaban en Córdoba una vez cada quince días: todos eran padres de niños y adolescentes desaparecidos.

Se sentaban en sillas de plástico blanco y tomaban café y contaban lo que les había pasado. Los padres de Coty conocieron a otros como ellos, que hacía meses e incluso años que habían perdido a sus hijos.

¿Cómo puede perderse un hijo?, pensaba el padre. ¿Dónde se van todos esos chicos? Un hijo no es una llave o el control remoto del televisor o una media o una billetera, pensaba. Es algo grande, algo vivo, algo tibio. ¿Cómo puede perderse algo así?

Después de un tiempo, los padres de Coty dejaron de ir a esas reuniones.

Dejaron la terapia, también. Se terminaron separando. El padre se fue a vivir a un departamento, solo. Pasó el primer año. Pasó el primer cumpleaños de Coty. Los padres se juntaron en un bar del centro de la pequeña ciudad donde vivían y tomaron un café en silencio para conmemorar la desaparición de su hija. Al terminar, se levantaron y se fueron, cada uno por su lado.

Un año antes, la última noche de su vida, Coty recordó el juego de comerse los deditos una vez más.

Había sido torturada pero tenía tanta droga en el cuerpo que era como si las uñas arrancadas y los tajos y el dolor le estuvieran pasando a otra chica, una que estaba acostada al lado de ella.

Veía a su padre inclinado sobre ella. Un gigante dulce, brutal. Este dedito es mío, decía. Y este otro me lo como, ñam, también es mío. Una mano gigante que entra por la puerta y se la lleva. Ella está acurrucada entre los pliegues de esa mano. Eso es lo que va a pasar, sí. Tiene que cerrar los ojos y quedarse dormida, nada más.

Pero si cierra los ojos oye los preparativos.

Nunca había oído esa clase de preparativos, eso la asustaba. Había oído otros, a lo largo de casi todo ese mes. Sus pasos desnudos, el reproductor de música con algún disco de Maná, o de Arjona, o una FM local que pasaba listas de clásicos de los años noventa, la cajita metálica un poco abollada donde el viejo guardaba una antigua jeringa de vidrio a la que le iba cambiando la aguja. Las ampollas de la droga que le suministraban golpeándose entre sí.

Pero estos eran otros ruidos. Había un clima distinto entre los viejos, ella podía darse cuenta, incluso con las máscaras.

Enseguida la durmieron. Vino el viejo con la jeringa y se la clavó sin contemplaciones en el muslo.

Oyó su respiración, antes que nada. Su respiración parecía también separada de su cuerpo. Corriendo al costado, jadeante y rítmica como el aire

que sale de un inflador.

Después abrió los ojos y vio la lamparita que colgaba sobre sus ojos y se dijo esa puta lamparita es lo último que voy a ver, antes de comprender que estaba acostada sobre algo singularmente *blando*, atada severamente a esa cosa. Estirando los dedos tocó una pierna, y la pierna se retrajo como si le hubiera dado cosquillas. Estaba sujeta a un cuerpo humano con alambre.

Había un cuerpo debajo suyo, y ante esa certeza su mente se dobló, tuvo una especie de esguince mental y la realidad se dobló con ella. Era como si el juego, la pesadilla, hubiese desbloqueado un nuevo nivel. *Level 4*: atada a un cuerpo humano con alambre.

Level 5: the end.

La respiración se aceleró, al lado suyo. La máscara del viejo se asomó allá arriba, tapándole la luz de la lámpara, y ella se lo agradeció.

Lo hiciste muy bien, chiquita. Ya se termina. Ya vas a poder descansar.

La cabeza se retiró. La lamparita se movía débilmente.

Bailar el twist es la primera lección

muy fácil es prestando atención.

La canción se oía pedregosa en la pieza, como si viniera de un viejo disco de pasta.

Ahí está, ahí está, dijo la vieja, y su voz se hizo aguda y se elevó cada vez más y allá en lo alto se sostuvo. Se sentía como una aguja de tejer metiéndose en su nariz. El cuerpo al que estaba atada empezó a sacudirse.

En mitad de la locura ella pensó: eso a lo que estoy atada tiene miedo.

Ahora voy a conocer el miedo. Una forma del miedo que nunca vi, y eso y no la lamparita deprimente será lo último que voy a ver.

Efectivamente, lo que se asomó por encima era algo que no había visto nunca, y fue lo último.

El delta del tiempo

¿Cuánto decís?, dijo Griselda.

Cortó un pedazo de carne, se lo llevó a la boca y lo masticó. Era un bife de cuadril grueso y jugoso, que Ramona había preparado como les gustaba a ellos, casi crudo, rojo en su interior, un poco arrebatado por afuera. Le sumó una montañita de puré en el tenedor.

Sentado frente a ella, Braulio tenía una copa de vino frente a los labios.

La miraba, serio.

Dos, tres días, dijo, y dio un sorbo y la dejó en la mesa, sobre el mantel blanco impecable. Cinco, a lo sumo. La vez que más estuvimos fue tres semanas, me parece.

Y si no arranca habrá que empezar a apretar, dijo la vieja.

Preferiría que no, dijo Braulio.

Griselda se limpió los labios con la servilleta y tomó ella también un sorbo de vino.

Hay que hacer lo que hay que hacer, dijo.

Estaban perfectamente vestidos y peinados y sentados en el comedor de la casa, cuyo ventanal daba al patio, a los crisantemos contra la pared y más allá el césped bien cortado. Era un tibio y pacífico mediodía de domingo.

En el reproductor de CD sonaba el cuarteto en Si Bemol de Bach.

Podría ser su hija, dijo el viejo. Nuestra nieta.

¿Qué ganás con pensar así? ¿Qué sentido tiene?

Estoy harto, Griselda. Estoy muy cansado.

Ya sé. Yo también, pero ¿qué vamos a hacer?

Siguieron comiendo en silencio.

Después el viejo se quedó dormido en el living, frente a la televisión prendida donde pasaban una comedia con Eddie Murphy. La vieja lo miró un rato dudando entre despertarlo o no y después salió. Abrió el portón y sacó la chata. Tomó la ruta, hizo tres kilómetros y se metió por un camino lateral, de tierra. Al cabo de un rato llegó a la tranquera, que estaba cerrada con una cadena y un candado grande. La atravesó, volvió a cerrar, fue hasta el fondo, hasta el piso de tierra cuarteada bajo los eucaliptus. Apagó la chata y bajó. Vio la casa y, cruzando, el galpón grande donde guardaban los aperos y las herramientas. Se oía el viento jugando con las hojas finas de los eucaliptus, loritas entre las ramas. Griselda abrió las rejas de la casa, y la puerta, y entonces se oyeron los pitidos regulares de la alarma antes de que salte, ella marcó el número en el tablero, 6244, y se oyó un pitido doble. La casa quedó en silencio.

Griselda avanzó por el pasillo, con una bandeja en las manos. Llevaba un té con leche en un tazón, con galletitas saladas y pastillas disueltas en su interior. Todo tintineaba en la bandeja. Fue hasta el fondo, dejó la bandeja en una mesita al costado y con una de las llaves abrió la puerta. Se guardó las llaves, tomó la bandeja y entró en la habitación. Cerró la puerta detrás de sí.

Al volver, el viejo estaba despierto. Le preguntó con los ojos cómo había ido; la vieja levantó los hombros para decirle bien, o como siempre.

¿Cómo te sentís?

Bien, dijo el viejo, no muy convencido.

¿Querés que vayamos? Habíamos quedado con los Tarducci. Si querés suspendo.

No suspendas, dijo el viejo, levantándose con esfuerzo. Me voy a cambiar.

Tenían una mesa especialmente reservada en la confitería La Esmeralda, del centro. Era una mesa doble, contra la ventana, que nadie ocupaba los domingos de 14 a 18, excepto ellos. Sus acompañantes variaban. Durante mucho tiempo fueron los Pereda, que tenían campos, hasta que se pelearon por alguna razón y los reemplazaron los Gonzaga, Mabelita y Raúl, y

cuando Raúl murió en el 85 y Mabelita ya no tuvo acompañantes, fueron reemplazados por Norma y Mauro Tarducci, que eran los que ahora estaban sentados del otro lado de la mesa. Llevaban ya más de diez años repitiendo el mismo procedimiento y daban la impresión de irse a quedar más bien para siempre.

Ahí estaban, entonces. Jugaban al burako.

No hablaban mucho. O en realidad sus conversaciones, en contraste con las otras mesas, eran digresivas, pero sobre todo pausadas, a veces entre pregunta y respuesta podía pasar prácticamente un minuto entero sin que los participantes se pusieran nerviosos o se apuraran. Era parte de un acuerdo tácito, nunca explicitado, pero que tenía que ver con la persistencia de los Tarducci en el lugar de los acompañantes, como si aceptar las reglas del juego los hiciera merecedores de ocupar ese trono.

Jugaron cinco partidas seguidas, mientras afuera la luz se adelgazaba y los paseantes del centro iban menguando o buscaban una mesa en los bares para sentarse a comer una pizza. Atardecía cuando terminaron la quinta partida y pidieron otro café y Mauro fue al baño

y las mujeres salieron a fumar.

Griselda fumaba Parliament. Norma, Virginia Slims. Vieron pasar la camioneta blanca 4 × 4 de un conocido en común, que manejaba con su mujer sentada al lado, y hablaron de un rumor que corría en la ciudad: el de que había dejado embarazada a su amante, una chiquita de dieciocho años, y la había hecho abortar y casi la había matado en el proceso. Se ensombreció momentáneamente el semblante de Griselda. Norma entendió lo que pasaba por la cabeza de su amiga y le preguntó, levantando las cejas, cómo andaba eso.

Griselda negó con la cabeza.

Dos, tres meses le dieron. Ni siquiera se quiere someter al tratamiento.

Norma extendió una mano para apretarle levemente el hombro.

Está empacado ahí, dijo Griselda, tirando el cigarrillo a la calle.

A la vuelta, ya en casa, Griselda se quedó regando las plantas en el patio con la manguera a rayas, mientras Braulio fumaba un cigarrillo al lado de la pileta, hojeando *La Nación*. Después ella se sentó al lado de él y le sacó el cigarrillo y lo terminó mientras charlaban.

¿Le dejaste todo preparado?

Ella dijo que sí. Que tenían que ir esa noche.

Puedo ir yo sola, vos quedate.

No, no, yo quiero ir también.

Quedate, Braulio. No hace falta que vayas.

Él la miró, serio, y no dijo nada.

Ya había anochecido y en el agua oscura de la pileta se reflejaban las estrellas.

Volvieron del campo a las once y sin decirse palabra se lavaron las manos con el método de los cirujanos que él le había enseñado, primero general y después dedo por dedo, pasándose la yema por las falanges y cepillándose las uñas al final. Tenían un baño grande con

dos bachas y, mientras ella terminaba, él se pasó el hilo y se lavó los dientes. Se pusieron pijamas grises del mismo juego. Él ya se había acostado cuando ella lo llamó, desde el baño. En una de las paredes, pintadas de color crema, habían emergido manchas de humedad, como sombras nítidas. Ella estaba sentada en la bañera, mirándolas. Dijo:

Esa de ahí. La de la boca abierta.

Él se puso en cuclillas. Miraba la mancha. De pronto lo reconoció.

¿Es él?

Me parece que sí.

Se miraron un segundo.

Braulio despertó a los gritos. Un Aaaa, que se repetía en un volumen cada vez más alto, hasta que se sentó en la cama manoteando el brazo de Griselda, apretándola hasta dejarle los dedos marcados.

No dejes que me lleven, lloraba Braulio.

No, mi amor, no te preocupes, dijo ella.

Él se acurrucó en su regazo. Olió el desodorante para ropa del pijama. No los dejes.

No, mi amor. Ella le acariciaba el pelo gris, duro. Nadie te va a llevar a ninguna parte.

Llovía. Una lluvia de verano, brusca, intensa.

Por ahí no se puede, Grichi.

Pero Griselda ya estaba pasando entre los tablones de la cerca y desaparecía en su interior. Tenía dieciocho años y un traje de baño rojo, entero, que cuando se corría unos centímetros dejaba ver la piel blanca, el durazno sin broncear del interior. Braulio seguía esa piel, inflado de deseo.

Se metieron bajo el alero de una casa. Por el patio parecía deshabitada, pero nunca se sabía. La lluvia arreciaba afuera. Más allá

estaba la playa, la gente que corría con reposeras y sombrillas en las manos. Griselda muerta de frío, con los brazos cruzados, le dijo: abrazame, y él obedeció, pero casi instantáneamente sintió una erección tensa como una varilla de hierro, y se iba a apartar, avergonzado, cuando ella se apretó contra él, contra su muslo, y le dio un beso animal que casi lo descompone. Él le corrió apenas el bretel de la malla y le pasó la lengua por la piel fría y la sintió temblar entera, y se desabrochó la malla, que cayó a sus pies.

Seguía lloviendo.

Cuando escampó, un rato después, volvieron por la arena mojada hasta el hotel, donde entraron abrazados y un poco borrachos por lo que les acababa de pasar. El encargado de esa hora no pudo evitar una sonrisa cómplice cuando los vio tan arremolinados.

Parejita en luna de miel, dijo, mientras les alcanzaba la llave.

Mesié silvuplé, respondió Griselda, y todos sonrieron como idiotas.

Esa noche oyeron ruidos en el comedor y él se levantó a ver. Se puso las pantuflas en los pies venosos, y bajó las escaleras hasta la planta baja y miró el gran living de la casa, las mesitas chicas, el hogar y los sillones, y el comedor más allá, con la mesa de roble y las seis sillas haciendo juego, todo débilmente iluminado por las lámparas que dejaban prendidas a la hora de dormir. Volvió a escucharse ese ruido.

Lo vio en la zona más oscura del living, parado como siempre en el rincón a esa hora, y solo eran visibles sus pantalones y sus zapatos.

Andá a dormir, le dijo.

El otro no respondió ni se movió. Braulio se tapó la nariz: le había llegado una oleada fétida, densa y potente que ni siquiera las flores repartidas en los jarrones lograban disimular.

Todo va a estar bien, te lo prometo, hijo, dijo Braulio, y empezó a subir de nuevo las escaleras.

Él se despertó y su lado de la cama estaba vacío. Se levantó entonces, descalzo.

Grichi, llamó, en voz alta.

La buscó en el baño y en el pasillo. Estaba en la pieza de Luisito, acostada junto al chico. Fue y le puso una mano en la mejilla. Le habló bajito.

Qué pasó.

Tuvo una pesadilla, articuló ella, sin ruido.

En sus brazos dormía Luisito, de cinco años, el pelo rubio ennegrecido por la transpiración sobre la cara.

Ella lo dejó con delicadeza en la cama y fueron a dormir.

Braulio soñó que estaba cortando una pierna con una sierra quirúrgica. Él y Tarducci, del otro lado, movían los extremos acompasadamente, y la pierna había sido rebanada ya hasta la mitad, pero no avanzaba desde ahí, y parecía que estaban repitiendo el mismo movimiento, él solo podía mirar la cara de Tarducci, los ojos de Tarducci sobre el barbijo, serios y extrañamente transpirados, que no miraban más que la pierna cortada a medias como si una regla no dicha fuera que no había que mirar el resto del quirófano, que en el resto del lugar estaban pasando cosas realmente raras.

Y pasaban, él las veía por el rabillo del ojo sin animarse a mirarlas de frente, personas de pie que rehuían a la luz, personas amontonadas en los rincones, personas cuya sola contemplación garantizaba la locura.

El sueño de Griselda era más un recuerdo, pero deformado, ralentizado, magnificado por los mecanismos del sueño. Estaba en una foto familiar. La foto había sido tomada muchos años antes, cuando Luisito tenía dos, en un almuerzo en el campo con muchos invitados, los padres de Griselda, el papá de Braulio que era viudo, la hermana de Griselda con su marido y sus dos hijos. Estaban sentados frente a un tablón, con la mesa puesta, y detrás la línea del horizonte del campo. El sol les daba de frente. Griselda tenía a Luis entre los brazos, con su camperita Adidas, que miraba fijo y muy serio la cámara. Ella y Luisito tenían que quedarse muy quietos. Transpiraban, le caían las lágrimas, pero no podían moverse, porque la foto no saldría bien, mientras el resto de la gente ya estaba liberada y podía empezar a comer, entrar a la casa o hacer más bien lo que quisieran, ellos tenían

que quedarse

ahí. El papá de Braulio se le acercó para preguntarle si dolía. Ella recordó que se había muerto hacía mucho tiempo. Solo los miércoles, le dijo. El resto del tiempo, no.

Lo hablaron a la mañana siguiente, mientras Griselda se preparaba para ir al campo. Tener pesadillas era bueno. Significaba que el portal estaba abriéndose. Pronto empezarían los signos, y eso era más que bueno. Pronto verían, en la casa, los rastros, y todo era cuestión de seguirlos. Las caras en las manchas de humedad eran los primeros, después vendrían los otros.

Los encontró sentados en los sillones, fumando. Callaron de golpe cuando ella se acercó. Era la madrugada de un sábado. Luisito, de diecisiete, había salido la noche anterior, y todavía tenía puesta la camisa ajustada al corpachón y los pantalones de boca ancha. Ella se sirvió un café y les preguntó qué pasaba que estaban tan serios.

¿Le contás vos o yo?, dijo Braulio.

Luis hizo un gesto de fastidio.

El príncipe dejó embarazada a una negrita de barrio Cutto.

Griselda se llevó la mano al pecho.

No le bajó la regla, dijo Luisito. No sé si está embarazada. Me lo mandó a decir con una amiga. Ni la conozco.

No la conocés, pero te la culeaste, pelotudo, dijo Braulio.

Hijo, ¿qué estás haciendo?

Estaba borracho, una noche, qué sé yo, mamá.

Dios santo, dijo Griselda.

Y ahora quiere que yo la meta en la clínica y lo interrumpa. Te das cuenta, vos, el lugar donde me ponés.

Bueno, no lo hagas.

Braulio se levantó y lo amenazó con el puño. Luisito se echó hacia atrás.

No lo hagas, repitió Braulio. Mirá la comodidad.

Pará, Braulio, dijo ella. Hijo, la pelotudez que te mandaste no tiene nombre. Pero tenemos que hacer eso. No queda otra.

Braulio volvió a sentarse, todavía respirando fuerte por la nariz.

Se oían los pájaros, afuera, en la ciudad que amanecía.

Es acá y acá, dijo Silva, mostrándole las manchas blancas en las radiografías de los pulmones. Yo a este lo sacaría directamente, porque está jodidísimo, pero a este otro lo podemos salvar, sacamos esto y vamos con quimio.

Braulio estaba parado junto a él, vestido con el traje que usaba todas las mañanas.

¿Escupiste sangre ya?, preguntó Silva.

A veces, dijo Braulio.

Y, debe ser fase 3, más o menos. ¿Querés que te opere Tarducci?

No. Braulio negó con la cabeza. No me voy a operar. Ni quimio. Nada.

Silva se quedó callado. Era el jefe de Oncología y estaba acostumbrado a reacciones de lo más disparatadas en relación a la Gran C y la cercanía de la muerte. Esta era una de las típicas, y en algunos casos él trataba de hablar con la familia, de convencerlos. Pero con el doctor Lara esa posibilidad no existía. No iba a insistir. Le iba a dejar que hiciera lo que se le cantara.

Bueno, Silva, te agradezco mucho, dijo Braulio, extendiéndole la mano.

No, por favor, doctor, dijo Silva, y lo vio irse por la puerta y recién entonces respiró. No le iba a contar a nadie. El chisme no iba a empezar en él: era otra de las máximas de su profesión. Guardó las radiografías del doctor en un sobre, las dejó en un archivero y se sentó en su silla. Pensó en que a lo mejor ya iba siendo hora de jubilarse, si Lara moría (lo que era muy probable, en dos o tres meses) iba a venir una nueva gerencia y ya estaba cansado para eso.

Empezó a imaginarse adónde podría viajar ese verano.

Estaba sentada en la camilla, con las piernas abiertas, encajadas en los soportes metálicos. Había sido depilada al ras. Miraba hacia arriba, encandilada por la potente luz cenital del quirófano. Braulio le pasó una gasa empapada en yodo por los muslos, que se ennegrecían al contacto con el líquido frío, y cuando la nena se movió le dijo: A ver, nos quedamos quietos.

Después llenó una jeringa con anestesia, eligió un lugar cerca de la ingle y le introdujo de golpe, hasta el fondo, una aguja larga. Vació la mitad del contenido. Oyó a la chica gemir, allá arriba.

Shhh. Quietita.

Eligió el lugar gemelo del otro lado y repitió la operación: la aguja que se hundía hasta el fondo, el vaciado. Encima de las telas protectoras, la nena aspiró los mocos de un tirón.

Cuando terminó, una hora y media después, la ayudó a levantarse y entonces la vio. La miró como no lo había hecho antes. Los ojos achinados y los pómulos altos, el pelo sucio. Una negrita de dieciséis años, viviendo en una familia de nueve miembros en una casita de barrio Cutto. Vio su prematura sensualidad a flor de piel, incluso en esa situación. La condena que pesaba sobre ella, la de miles de hombres con sus pitos parados moviéndose encima, gimiendo como animales. Le dio asco. Asco y tristeza, una tristeza que no era capaz de medir. Se sacó los guantes y se asomó a la sala privada del quirófano. Vio a Luis durmiendo sobre la fila de bancos. Lo sacudió del hombro.

Levantate.

Él se incorporó rápido como si hubiera sido sorprendido en una falta, y se quedó ahí, despeinado, pestañeando como un idiota.

Dale, que tenés que llevarla a su casa.

Su hijo se metió al quirófano y salió con la chica del brazo, como si estuvieran entrando a la iglesia en la que iban a casarse. Ella le quedaba por debajo del hombro. Una enana mal alimentada. Tenía puesto un pantalón corto y una remera sin mangas, los pies sucios de tierra enfundados en ojotas.

Braulio los vio irse por la puerta de atrás. Después se sacó el delantal

descartable y lo tiró al cesto de basura, junto a los guantes. Un ataque de tos lo sorprendió en ese momento, tuvo que inclinarse, apoyar las manos en sus rodillas para toser más fuerte, y al terminar se quedó un rato respirando hondo.

Eran casi las tres de la mañana de un lunes. La clínica estaba casi vacía, y las dos enfermeras nocturnas con las que se cruzó lo saludaron con un rápido asentimiento de cabeza, como si no lo hubieran visto o no quisieran hacerlo. Él salió al estacionamiento, se subió al auto y volvió despacio por una ciudad vacía. En su casa, después de atravesar el portón y dejar el auto, entró al comedor y se encontró a Griselda, sentada a la mesa con una taza de café, un cigarrillo en la mano, un cenicero grande de cristal cubierto de colillas enfrente.

¿Te hago un café?, le preguntó cuando lo vio llegar.

Nah, dijo él. Le sacó un cigarrillo y fumaron juntos en silencio.

¿Cómo fue?

Bien, bien. La fue a llevar a la casa.

Tendrías que haber ido vos, Braulio.

No puedo ir yo, a ver si lo entendés. No pueden verme con la chica, Griselda.

Justo en ese momento se oyó el portón de entrada y a Luis, que estacionaba el auto y bajaba. Entró al comedor con ellos y dejó algo en la mesa y se prendió un cigarrillo él también.

¿Qué es eso?, le preguntó Braulio.

Un pan dulce, dijo Luisito. La madre salió con un pan dulce.

Braulio se levantó, agarró la envoltura plástica del pan dulce y lo tiró al cesto de basura. Cerró la tapa de golpe.

Coty se llamaba la chica. El Cazador la marcó tiempo atrás. Ahora tenía los ojos abiertos y babeaba sobre la almohada. Griselda le pasó la mano enfrente de los ojos, pero estaban ciegos, en otra parte.

Ya se fue, dijo Griselda.

Falta muy poco, entonces, dijo Braulio.

Afuera era de noche, se oían los grillos y las ranas cantando entre los árboles. Braulio fue hasta el lavadero y volvió con el soporte metálico de rueditas que se había traído desde la clínica. Lo dejó al lado de la cama, y mientras Griselda limpiaba a la chica con gasas húmedas, él le clavó la aguja del suero en el brazo, lo colgó del soporte y comprobó que drenara bien. Estaba haciendo eso cuando empezó a toser. Fue un verdadero ataque, que lo hizo doblarse y cubrirse la boca con un pañuelo blanco que llevaba en el bolsillo. Cuando retiró el pañuelo vio las gotitas de sangre y, aunque lo quiso esconder rápido, Griselda le ganó de mano, se lo sacó y se largó a llorar.

Grichi, no pasa nada.

¿Cómo que no pasa nada?

Me corté acá, dijo Luisito.

¿Cómo te hiciste eso?

Con un alambrado.

Ay, ay, ay. ¿Estaba oxidado?

¿Estaba qué?

¿Estaba negro el alambrado?

Sí, no sé, papá. Creo que sí.

Luisito, ¿qué te dijo papá de ir para allá?

Que no tenía.

Y después vas y te cortás. A ver eso. Bueno, voy a tener que hacerte puntos. Vení.

¿Me vas a poner la *antitetónica*?

La antitetánica, sí. Por las dudas, no vaya a ser que se infecte. Pero primero hay que lavarla. Quedate quietito, a ver.

Me duele.

Bueno, hijo. A ver si me empezás a hacer caso, me cago en la mierda.

Dijiste una mala palabra.

Dije dos. ¿Qué se supone que vas a hacer al campo?

Voy a cazar una liebre, dijo Luisito.

Cazar una liebre, mirá qué bien. Traeme dos la próxima y hacemos escabeche.

¿Cómo que no pasa nada? Por Dios, Braulio, estás tosiendo sangre. No quiero que te mueras.

Yo sé cómo son estas cosas. Lo único que se hace es estirar el momento.

Es muy doloroso. No quiero.

Griselda se quedó callada un rato.

No vas a tener dolor, le dijo. Te lo prometo.

Iban hacia el tiempo donde los tiempos confluían como en la desembocadura de un río, saltando en un delta, de isla en isla, sacudiendo la cabeza después de cada salto, como perros mojados. No hablaron de eso: les había pasado muchas veces, y estaban acostumbrados. A medida que el Cazador se acercaba las cosas se ponían raras. No era lo único. La tarde anterior, en un pasillo de la clínica, Braulio vio a un hombre sentado en la sala de espera, con un mono sobre los hombros. El hombre tenía los hombros encorvados por el peso del mono, la cabeza gacha, no podía levantarse. Era un mono negro, de grandes ojos enfermos, que gemía acompasadamente con su respiración como si tuviese asma. El mono sintió que lo estaban mirando y giró sus ojos amarillentos hacia él. Braulio siguió

su camino. La cercanía del Cazador lo alteraba todo. Las estrellas formaban extrañas y nuevas constelaciones, las nubes parecían flechas, las manchas de humedad en la pared del baño cobraban vida, se ponían a hablar entre ellas.

Braulio la miró. Sus ojos apenas se movían, apagados.

Ya sé, gordo, dijo Griselda.

Tenían mucho para decirse, pero Griselda prefirió mirarlo un largo rato, tratando de ver, detrás de esa piel amarillenta, de esas mejillas chupadas y de esos ojos saltones que la enfermedad había dejado tras de sí, al antiguo Braulio feliz de esa tarde en la playa, en su luna de miel.

Ahora estaba en la cama, los brazos esqueléticos afuera de las mantas, las mejillas chupadas, la boca sin dentadura como un pozo negro, un suero colgando del brazo.

Griselda le cerró los ojos.

Fue la oscuridad, y la luz, y de nuevo la oscuridad. El tiempo que tarda un fósforo en estallar y consumirse. Eso era todo.

Griselda se quedó quieta, con su mano de pájaro entre las suyas, acompañándolo en esos primeros minutos en la muerte, y después se levantó para dar el aviso.

Se abrió la puerta y entró Luis. Ellos estaban cenando, en la mesa de roble. Luis venía de los cortaderos, con las zapatillas rotosas y la ropa cubiertas de polvo rojo.

Disculpen la demora, pero hoy había un encargo grande. Me baño y bajo.

Buen provecho.

Dale, hijo, dijo Griselda. Cuando bajes, te lo caliento.

Braulio no lo miró, concentrado en cortar violentamente un pedazo de carne. Cuando Luis subió las escaleras, Braulio tiró los cubiertos contra el mantel.

Le faltó bendecir la mesa, al profeta.

Dale un tiempo. Son cosas que pasan. Cuando menos lo esperes va a afeitarse y a decirnos que quiere ir a estudiar medicina.

Tiene todas las manos rotas, no va a poder ser cirujano así.

Ella trató de tranquilizarlo.

Braulio apretó los dientes y se levantó.

¡Braulio!, le gritó Griselda, pero él ya estaba subiendo la escalera a grandes zancadas. Lo encontró descalzo, preparándose para meterse al agua.

Sentate un segundo que tengo que hablar con vos, le dijo.

No hace falta sentarme, dijo Luis.

Braulio se quedó mirándolo, serio, y Luis le hizo caso. Braulio fue hasta el baño y cerró el agua, muy caliente, que había llenado el espejo y las paredes de vapor. Después volvió al cuarto y se apoyó contra el marco de la puerta.

Tus compañeros del cortadero, los chicos esos, dijo. ¿Sabés cómo se van a bañar hoy?

Sí, sé, dijo Luis.

¿Y?

Lo más probable es que no se bañen, dijo Luis. Se bañan una vez a la semana.

¿Y cómo se bañan?

En un fuentón, dijo Luis. Calientan un fuentón y pasan todos por ahí.

¿Y qué van a comer esta noche?

Supongo que un guiso de arroz.

¿Y cómo van a dormir?

En el piso. ¿A qué viene todo esto?

Viene a que vos te vas a hacer el san Francisco de Asís todo el día allá, pero después venís acá, te duchás con agua caliente, comés lo que te hace la mamita y dormís en una cama cómoda. ¿No te parece un poco falso de tu parte? Es, mínimo, raro.

Yo no soy el culpable de la pobreza. Los culpables son ustedes, que tienen de más.

Pero te gusta disfrutar lo que nosotros conseguimos, ¿verdad?

Esa es una forma muy simplista de pensarlo.

Braulio sonrió mientras se pasaba la mano por el pelo.

Te voy a dar opciones, porque todavía sos mi hijo y te amo. Pero esto no puede seguir así. Te ponés en camino, te olvidás de todas esas pelotudeces de la pobreza y en el tiempo libre que te deje tu carrera de cirujano, hacés algo para que esos negros la pasen mejor, o te vas a vivir con ellos. Te voy a dar dos días para que lo…

No hace falta, dijo Luis.

Me alegro, dijo Braulio.

Tenés razón, dijo Luis. En el fondo tenés razón, lo digo sinceramente.

Se acercó a su escritorio y agarró una vieja biblia de tapas descalabradas y hojas finas, muchas de ellas subrayadas y con señaladores que marcaban sus partes favoritas. Había tres que le gustaban especialmente: el sermón en la montaña, por supuesto, pero también la traición de Pedro en el bosque de los olivos y la resurrección de Lázaro, tan extraña, tan desconcertante. Luis la miró un momento y después se la puso en el pecho y bajó las escaleras.

Te dejé la comida, dijo Griselda. Sentate a comer. ¿No te bañaste al final?

Luisito le acarició la cara. La abrazó. Ella sintió el contacto con la biblia entre los dos.

Te amo mucho, mamá. ¿Sabías?

Sí, hijito, pero ¿qué…?

Luis salió de la casa por la puerta de enfrente y la cerró delicadamente detrás de él.

Le advierto que el cuerpo está un poco deteriorado, dijo el empleado de la morgue. Si la señora se quiere retirar…

No, no. Voy a mirar, dijo Griselda. Quiero mirar.

Estaban en el subsuelo, frente a las heladeras que guardaban los

cadáveres. Heladeras de color mayonesa, cada una con su manija de acero inoxidable. Hacía frío y la luz era implacable. El empleado abrió una de las heladeras y sacó la bandeja con el cuerpo de Luisito.

Griselda se llevó la mano a la boca. Sin gritar, se fue desplomando, despacio, hasta agacharse en el piso de cerámicos, y después ovillarse, un puño en el útero materno.

El esqueleto de un pez en la puerta 1987

Salió a la ruta al amanecer. La escarcha cubría el pasto de la banquina. Se había puesto un gorro de lana, un camperón de corderoy marrón, guantes, los borcegos de trabajo con los que iba a desempeñarse como albañil en Miramar, a unos cincuenta kilómetros, en un edificio de cinco pisos que estaba construyendo. Hacía dos semanas que trabajaba en esa obra, gracias a la gauchada de un compañero que lo invitó. Pagaban muy bien y por eso Horacio salía todas las mañanas, de lunes a viernes, a hacer dedo a la ruta 142. No había que esperar mucho: en general en quince o veinte minutos alguien bajaba la velocidad del auto o del camión para llevarlo.

Horacio trabajaba en la obra hasta el mediodía, almorzaba un sándwich de mortadela con una gaseosa y seguía hasta las seis. Entonces, volvía a tomar la misma ruta, hacía el camino inverso y, cuando estaba llegando a su casa, andando despacio entre baldíos a oscuras, al atardecer, entre los últimos gritos de las madres que llamaban a sus hijos para que se metieran al baño, los cuscos salían a saludarlo, a veces seis o siete, que se iban uniendo en una especie de caravana detrás de él, a punto tal que al llegar a su casa tenía que tirarles algo de comer o echarlos con un gesto de la mano antes de abrir la puerta de chapa y entrar. Adentro, levantaba al chico del piso y le daba unos besos en el cuello a su mujer, cenaban milanesas de carne en los buenos días y de mondongo en los malos, y se quedaban

dormidos en la cama, los tres, hasta que sonaba el despertador a las cinco y su ciclo volvía a empezar.

Así estaba ahora, a las seis, ahí parado al costado de la 142, cuando una camioneta blanca que el uso había vuelto gris, mordió la banquina y frenó a unos cincuenta metros. Él se acercó sin sacar las manos de los bolsillos, dando pasos rápidos. Abrieron la ventanilla.

Qué tal, dijo él. Voy acá cerca, a Chulni.

En el interior había un matrimonio de unos cincuenta años. Vestidos con ropas que les quedaban como uniformes, ropa basta de campo,

curtida y áspera. Ella tenía un termo abierto entre las piernas.

Arriba, dijo, abriéndole la puerta trasera. Nosotros después seguimos.

¿Un café vas a querer?

Si no es mucha molestia, le agradecería. Hace mucho frío.

Helado, está, sí, dijo ella.

Arrancaron y la mujer le sirvió café en un vaso plástico. Horacio le dio una probada y lo sintió raro, dulce y muy intenso, como si estuviera quemado, como si fuera café de colectivo interurbano. Había probado cosas peores, igual, así que tomó dos o tres tragos solamente para calentarse. El hombre y la mujer viajaban en silencio, muy despacio, mirando hacia adelante, sin ni siquiera prender la radio, y él se vio en la obligación de sacar charla como gesto de agradecimiento.

Está seco, últimamente, dijo, pensando que eran gente de campo, aunque estuvieran demasiado arreglados, ahora que lo pensaba. Parecían haberse disfrazado de gente de campo, pero ¿para qué harían tal cosa?

¿Cuánto hace que no llueve?, se preguntó la mujer.

Había algo ligeramente extraño en ella. Algo un centímetro fuera de lugar. Como si encima de la cara tuviera otra cara tan bien pegada que apenas se notaba, y la única parte móvil fueran los ojos, que iban de acá para allá con gran rapidez, o eso le pareció ahí, en la cabina en penumbras.

Nada llovió, dijo Horacio. Ocho milímetros, creo.

Era una ruta sin tendido eléctrico, y los faros de la camioneta proyectados sobre el asfalto eran lo único real, un bloque macizo de cemento negro el resto, apenas distinguiéndose del cielo y las estrellas, pálidas y en vías de extinción por la llegada del amanecer. Vieron las luces de El Chulni, a unos veinte kilómetros.

¿Va a trabajar?, preguntó la mujer y giró su cara de cerámica hacia él, en la que los ojos parecían tener vida propia, moverse como bolitas húmedas *detrás de la cara.*

Voy a una obra, señora, sí. Están haciendo un edificio de cinco piños.

¿Piños, dije? Pisos. De cinco pisos.

Ah, qué lindo, dijo la mujer, y su voz también se oía rara, con un ligero eco de distancia.

Una idea le vino a la cabeza. No era una persona, eso que viajaba ahí al frente. Era un maniquí. Un maniquí animado de alguna forma. Eso explicaba todo. Extendió un dedo para tocarle la cara. Empujó y le extrañó comprobar que no, que tocaba algo blando, pero ¿qué hacía? ¿En qué momento le pareció una buena idea tocar la cara de esta mujer que se había ofrecido amablemente a llevarlo?

Disculpe, le dijo, como si hubiera sido un accidente.

No pasa nada, dijo la mujer. Y ella misma le agarró la mano y entrelazó sus dedos con los suyos. Se dio vuelta para mirarlo. La cara de cerámica y los ojos locos, girando y girando.

No pasa nada, Horacio, le dijo.

¿En qué momento les había dicho cómo se llamaba? No se acordaba.

Trató de hacer memoria, pero en todo caso ellos no se habían presentado.

Aprovechó y les preguntó su nombre. De pronto lo había invadido un sueño muy profundo.

Dormí un cachito, dijo la señora y a él le pareció una buena idea, se acurrucó contra la puerta y enseguida y sin esfuerzo se fue yendo, hipnotizado por el motor de la camioneta.

Boh, pensé que iba a tardar más, oyó. Es grandote.

Y no sé si tomó mucho, eh, dijo la mujer.

Ahí están los cintos, por las dudas.

Algo anda muy mal, pensó Horacio. Tengo que irme de acá.

Pero por más que diera la orden de moverse, su cuerpo estaba cada vez más disuelto, como harina que alguien sopla. Sintió que lo movían de acá para allá. Sintió la presión de los cintos en los brazos y los tobillos, la mujer cara de cerámica ajustando las correas y tirándole la campera encima.

Con eso me parece que va a estar, dijo ella.

Dos semanas después sacaron el cuerpo de Horacio en una carretilla al patio. Sus brazos colgaban, desnudos, a los costados, y las piernas eran tan largas que los dedos de los pies estaban a punto de tocar el piso. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, sus ojos abiertos reflejando el cielo púrpura.

Lo llevaron hasta el aljibe, corrieron la pesada tapa de cemento, lo alzaron y lo metieron de cabeza y lo dejaron caer hasta el fondo. Su cuerpo rebotó contra otro y quedó de costado. Había un chico muerto ahí. Estaba bocabajo, con la cara vuelta hacia el otro lado. Él solo podía ver su nuca.

Entonces allá arriba los viejos volvieron a correr la tapa de cemento y Horacio y el chico quedaron a oscuras.

Hola, dijo el chico, después de un rato.

1992

Recibieron información de una presa. Así le decían: recibir información.

A veces los datos estaban completos, había nombre y dirección. A veces había que averiguar las direcciones. Era ella la que se ocupaba, en general.

No usaba la camioneta, usaba el Peugeot 404 gris con el que hacía las compras. La presa en cuestión era una jubilada de setenta años que salía a caminar con sus amigas todas las tardes, vestida con equipo de gimnasia.

Iban por los canteros centrales de una avenida, levantando exageradamente los codos y sin dejar un solo momento un parloteo incesante, como si ambas cosas estuviesen indisolublemente unidas. Eran parecidas, las señoras: el pelo blanco, cortito, los cuerpos ovoides, los pies diminutos dando pasos de hormiga. Caminaban hasta el patio chopero que estaba a la salida de la ciudad y ahí se sentaban a tomar un chop y a fumar. Sacaban sus cigarrillos y exhalaban grandes nubes de humo blanco. En el auto, con una buena visión del grupo, Griselda fumaba también, estudiándolas.

Cuando terminaron, casi dos horas después, fueron por turno al baño y volvieron a salir.

A esa hora, Griselda había alquilado un cuarto en el hotel residencial Los Sauces, de la calle 8 de Octubre, y se estaba dando un baño. Al

terminar se vistió y salió al pasillo. En la recepción le preguntó a una mujer mayor, muy seria, por un locutorio. La mujer le indicó dos cuadras y media para allá, yendo hacia la avenida. Griselda entró, pidió una cabina y al cerrar la puerta

un ventilador en lo alto empezó a funcionar automáticamente. Marcó el número de su casa.

¿Hola?, preguntó Braulio.

Sí, soy yo.

¿Cómo va eso?

Bien, supongo que lo podremos hacer en su casa.

No me gusta en su casa, Griselda. Fijate un poco más.

No sé, sale con las amigas, únicamente. Va a los bailes de jubilados, por ahí eso. Pero siempre vuelve en remís. La casa es buena.

Es un lío la casa. Pensemos otra cosa.

Voy a ver.

Bueno, el hotel, ¿bien?

Bah, es un hotel. Como cualquiera.

Bueno, hablamos mañana, Grichi.

Dale, gordo, que duermas bien.

Como siempre que estaba en mitad de una cacería, no cenó. Cenar era una debilidad. Se había llevado desde su casa un *tupper* con frutos secos y masticó un puñado distraídamente, de pie, mientras caminaba por el espacio estrecho de la habitación de hotel. La ventana daba a un patio de luz, y ella abrió la cortina amarillenta y miró las otras ventanas, todas vacías y cerradas a excepción de una en la planta baja, donde se veían las piernas de un hombre sentado en una cama de una plaza. Se había comprado una botella de agua y fue tomando sorbitos de un vaso. Después se acostó y durmió tres horas con la luz del velador prendida, al término de las cuales se despertó sola, se vistió con un equipo de gimnasia negro y Adidas negras en los pies, y salió del cuarto. En la recepción una chica joven miraba una película en un

televisor portátil de ocho pulgadas. Griselda la saludó con una inclinación de cabeza y salió del hotel.

Era la una de la madrugada. Manejó por la ciudad dormida. La mayoría de las ventanas estaban apagadas, las cortinas corridas, las calles vacías excepto por un par de autos que la recorrían despacio, sus conductores como sombras, la brasa de sus cigarrillos avivándose cada tanto.

Se quedó una hora mirando el frente de la casa para asegurarse de que no hubiera movimiento. Un barrio tranquilo, residencial, de calles de tierra y

viejos sauces tirando sus ramas cargadas sobre el piso. Detrás de las rejas en las que se entrelazaban las enredaderas se alzaba la casa, de dos plantas, con paredes blancas y aberturas de madera barnizada. Ahí arriba debía estar el cuarto de la vieja, calculó. Se bajó del auto y cruzó la calle. Probó la puerta del frente: cerrada. Fue hasta atrás. El patio también estaba enrejado, pero había un tapial bajo, al costado, y por ahí trepó. Hizo dos pasos y se bajó del otro lado sin hacer ruido. Esperó un segundo la aparición de un perro, pero ya sospechaba que no había uno. Fue hasta el lavadero y probó la puerta. Estaba abierta. Atravesó sin ruido el lavadero a oscuras y entró en el comedor. Caminó despacio, sin apuro, como si estuviera sola, deteniéndose frente a las fotos en sus marcos dorados, estrafalarios, que adornaban una mesita. Después fue hasta el cuarto, que estaba cerrado, y abrió la puerta.

La vieja dormía bocarriba, las manos dobladas en una extraña posición. Una red le mantenía el pelo corto y canoso en su lugar. Griselda la miró un rato y después salió y volvió a cerrar la puerta, con delicadeza. Antes de irse, en una esquina del lavadero, en la madera blanca del marco de la puerta, grabó con un destornillador que llevaba en el bolsillo el símbolo que marcaba las casas escogidas, el pequeño esqueleto de pez.

Esto pasó un 24 de mayo. El 4 de junio a las tres de la madrugada Braulio y ella la sacaron de la casa, dormida y maniatada, y la metieron en la parte trasera de la camioneta. Casi cuatro horas después la bajaron en el campo y la llevaron a la habitación especial, la que había sido de Luisito, donde la ataron de pies y manos y la

drogaron. La vieja los puteaba a los gritos, hasta que le taparon la boca, pero entonces puteaba con la boca tapada, gemía como una marrana desquiciada. El 7 de junio parecía bastante débil, no se movía, apenas pestañeaba. Griselda decidió darle un baño. Cortó los precintos y la ayudó a levantarse, pero en ese momento la vieja entró en acción de un modo violento, le sacó la tijera a Griselda y se la clavó en la pierna. Acto seguido, se escapó corriendo.

Griselda respiró hondo un par de veces. Miró la tijera clavada, horizontal, en su muslo y se la arrancó de un tirón. La sangre le mojó el pantalón. No era arterial, era epidérmica, por lo que se hizo un torniquete con una gasa, rápido, y se fue rengueando detrás de la vieja. El mosquitero todavía se estaba batiendo, y ella iba a salir cuando le pegaron con algo en la espalda y fue violentamente arrojada hacia adelante. Se quedó tirada un rato en el

piso. No sabía con qué le habían pegado, pero sentía la espalda anestesiada.

Sintió que la vieja se le encaramaba encima, como una garrapata, y que si no hacía algo le iba a terminar rompiendo el cráneo. La sangre le empapaba la tela del pantalón, tibia. Se movió a un costado y el taco de madera que había usado la vieja para pegarle fue a rebotar contra el piso. Griselda se arrastró hasta quedar libre y se dio vuelta y se dispuso a atacar con las tijeras, le iba a arrancar los ojos apenas pudiera levantarse, pero la vieja reaccionó otra vez más rápido y salió corriendo, se llevó el mosquitero por delante, cayó al piso y volvió a levantarse y a correr, y se perdió en la oscuridad.

Griselda estaba enojada ahora. Se levantó con esfuerzo, llenó una jeringa del líquido de una ampolla y salió.

Volvió a la media hora arrastrando a la vieja, desvanecida, de las piernas.

Tuvo que desprender el mosquitero para meterla a través de la puerta. La ató con los precintos a la cama y se fue a limpiar la herida y a descansar.

Al cabo de unas horas la vieja se fue despertando. Griselda estaba de pie, frente a su cama. Daba la impresión de que la había estado mirando durante horas, pero parecía tranquila.

Nunca nos había pasado algo así, dijo, mientras caminaba rengueando

un poco por la habitación. En algún sentido sos extraordinaria. Pero en otro sentido estás a punto de perder un pie.

La vieja tenía la boca tapada y se limitó a gemir con lo que parecían ser insultos tremendamente ofensivos, negando con la cabeza mientras tanto.

Esperé a que te despertaras para que estuvieras consciente. Este es el momento más importante de tu vida y quiero que lo disfrutes, dijo Griselda.

Después se asomó al pasillo y dijo:

Gordo. Vení que se despertó.

Braulio apareció en el pasillo con ambo, barbijo y guantes de cirujano.

Traía algo en las manos, una especie de rollo de alambre, que la vieja entendió era una sierra quirúrgica.

No te vamos a dormir ni a anestesiar, dijo Griselda. Queremos que experimentes esto hasta el final.

La vieja inclinó la cabeza. Vio su pie colgando en el aire. El pie pequeño, que calzaba 38, y cuyas uñas a veces pintaba de celeste. Le habían rociado la pantorrilla con yodo. No pudo evitar mover los dedos por última vez.

Al rato estaba gritando como loca y cinco minutos después se desmayó.

Braulio y Griselda trabajaron moviendo transversalmente el alambre hasta llegar al hueso. Entonces aumentaron la presión hasta que el hueso cedió y el pie se dobló hacia abajo, ya sin sostén más que la porción de carne de su pantorrilla. Braulio terminó de cortar y el pie cayó al piso y quedó ahí, enchastrado y temblando. Griselda lo recogió y lo tiró a la basura.

El 14 de junio, un viernes a la madrugada, Braulio y ella dejaron caer el cadáver de la vieja al aljibe.

1997

Creo que sí, pero ahora no me acuerdo bien.

Boludo, acordate que es importante. Me da un miedo.

La mujer estaba terminando de adecentar a los chicos para el colegio.

Peinó al nene con la mano, levantó y dobló el cuello de la nena, dijo que le había parecido sentir algo anoche en la casa.

Me pareció escuchar ruidos.

¿Y no me avisaste?, preguntó él.

Estaba dormida, qué sé yo.

A lo mejor fue un sueño, entonces.

No, no fue un sueño.

Él se quedó mirando la puerta que daba al patio. La abrió y la cerró.

Si entró alguien no hizo nada, dijo.

Lo que es peor.

Ella miró a los chicos.

¿Tienen todo? Después no quiero volver a casa.

Sí, ma, dijeron los chicos al unísono.

Vamos saliendo. Te dejé una lista por si su señoría quiere dirigirse al supermercado.

Él hizo un gesto de desagrado. Les dio un beso a sus hijos y uno rápido en los labios secos de su mujer y los vio subir al auto y desaparecer en la esquina mientras los saludaba como un idiota desde el jardín delantero de la casa.

Después entró. No vio el signo grabado a cuchillo en el interior del marco de la puerta, el esqueleto de pez, tallado delicadamente sobre la

madera gris.

Fue al supermercado, llenó un carrito con todos los productos que su mujer le había encargado, volvió a su casa y guardó lo comprado en la

heladera y la alacena respectivamente, después fue hasta el cuarto matrimonial y se masturbó mirando una revista pornográfica. Eyaculó en una servilleta, la tiró en el inodoro y volvió a acostarse y se quedó dormido por casi una hora.

Lo miraban. Desde algún lugar lo estaban mirando. Era el elegido, el afortunado.

Lo esperaban y soñaban con él y en esa breve siesta él soñó con ellos.

Los vio parados a los pies de la cama, dos viejos desnudos con máscaras e instrumentos quirúrgicos en las manos, dispuestos a cortarlo en pedazos.

Gritó sin ruido para llamar a su mujer, a sus hijos, a quien fuera, pero era como si tuviera una media enrollada en la garganta. Despertó con una sensación horrible, pero sin poder reconstruir una sola imagen de la pesadilla. A lo mejor, si la hubiera reconstruido, habría vivido muchos años.

Después volvió a levantarse, se preparó un café, lo tomó en la cocina.

Abrió *La Voz del Interior* para enterarse de las ofertas de trabajo, pero en el medio se distrajo con los policiales. Leyó sobre un hombre de Villa Delfina que había matado a su madre para quedarse con la herencia. Leyó sobre un tiroteo en el que la policía abatió a dos delincuentes en Alberdi. Después salió a caminar. Caminó durante una hora por el barrio, distraído, y al mediodía volvió a la cocina y cocinó para todos milanesas caseras con ensalada de lechuga y tomate. A las cuatro, su mujer volvió del hospital y le preguntó si había encontrado algo en *La Voz*. Él dijo que no. Dijo que iba a ir a caminar un rato. Ella le pidió que volviera para la cena, porque le quedaban algunos parciales para corregir. Él dijo que no se hiciera problema. Saludó a sus hijos, que no le prestaron mayor atención, y salió.

No volvieron a verlo con vida.

Él te eligió, explicó didáctica la vieja, al día siguiente. Nosotros no te elegimos, él te eligió. Él vio que eras digno, hace mucho tiempo lo vio, y te marcó.

La vieja hablaba detrás de una máscara. Apoyó las manos en sus

brazos desnudos y él tembló.

En algún lugar de tu cuerpo hay una marca que él te hizo hace mucho tiempo. Puede ser una cicatriz, puede ser un lunar, puede ser una mancha de sol. Lo vamos a buscar, Claudio. Lo vamos a encontrar, porque es importante. Y una vez que lo encontremos, pasará a formar parte de *su* colección. Vamos a hurgarte hasta que lo encontremos, dijo la vieja, y Claudio empezó, pacíficamente, a enloquecer.

Enloquecer era lindo. Confortable. Uno podía olvidar. Él quería olvidar algunas cosas. Una era la seguridad de que no saldría vivo de ahí, de la pieza en la que estaba atado. No volvería a ver a su mujer ni a sus hijos.

Tantas veces había soñado con la tranquila satisfacción de verlos crecer, de transitar, como decían con Sara riéndose, «el arduo camino de la vida», y ahora todo había sido truncado de un plumazo. La segunda seguridad era que no solo iban a matarlo, sino que antes sufriría muchísimo, porque esos dos estaban completamente locos. La única forma de escapar era enloqueciendo. Y eso hizo. La mañana posterior a su secuestro y confinamiento se lo propuso. Hacer un nudo en la mente. Dar vuelta la mente como si fuera una media, llenarla de arena mojada, hacerle un nudo, tirarla de un décimo piso. Trató de perder voluntariamente la conciencia. Y

no pudo.

Se quedó ahí, respirando hondo. Un frío abominable creció adentro suyo, como si transpirara el íntimo calor de su cuerpo, y se desvaneció.

Al despertar entró un viejo en pelotas, con una máscara y un bisturí en la mano y él entendió que no necesitaba enloquecer, que la realidad ya había enloquecido por él.

Su idea era suicidarse tragándose la lengua. Había visto películas donde la gente se suicidaba así, y durante horas la tiró hacia atrás tratando de despegarla del frenillo. Pero el dolor llegó antes. Él estaba bocabajo, atado, desnudo. Lo habían drogado la noche anterior, el viejo le clavó una jeringa en el brazo, y Claudio tiró la lengua hacia atrás pensando: voy a quedarme dormido y ya está, listo. Pero se despertó bocabajo, con el trasero al aire, y sintió las manos

enguantadas del viejo, hurgando su espalda, bajando hasta las nalgas. Ahí se detuvo. Claudio sabía *ante que*. La cicatriz que se había

hecho en el club Los Ceibos, a los siete años, contra la esquina peligrosa de un trampolín, tratando de hacer una pirueta estrafalaria para impresionar a su mamá, y abriéndose un tajo en la espalda bastante profundo que tiñó el agua de rojo y significó nueve puntos de sutura en la sala de urgencias de un hospital público. Nada más y nada menos que eso había visto el viejo.

Era una cicatriz grosera, hecha sin ninguna clase de miramiento por una enfermera tocada por la sidra, que él no podía ver, pero le había deparado gratas conversaciones sobre sexo, en la cama. Pensó en todas las veces que había hablado de ella, que la había explicado, y en las reacciones que suscitó. El viejo pasó el guante descartable blanco por encima de la cicatriz, como si él también quisiera saber su historia.

Después salió por la puerta y volvió con la vieja. Ambos la miraron y hablaron sin dirigirse a él. Juzgaban si la cicatriz era la *marca*. Dios santito, si estás ahí, ¿podrías matarme de un síncope?

Sacudiéndolo, el viejo le preguntó si se había hecho «eso» cuando era chico.

Mmm, dijo él.

Te estaba buscando hace tantos años, reflexionó la vieja, soñadora.

Le dio dos palmaditas en las nalgas.

Ahora la vamos a extraer, dijo. Pero no te preocupes, que va a ser limpito y sin dolor.

Mmm, opinó Claudio, irónicamente.

Pero fue limpito y sin dolor, la verdad.

Los viejos se habían vestido de ambo, llevaban barbijos, guantes quirúrgicos. Se habían lavado las manos y la bandeja que trajeron con el instrumental, encima de una mesita de hospital, estaba reluciente. Por lo menos no me voy a morir de una infección, se consoló Claudio, mientras movía la lengua hacia atrás con una destreza cada vez mayor. Le conectaron el brazo a un suero y le dijeron:

Contá hacia atrás desde diez.

Mmm, empezó Claudio, y a los cuatro estaba dormido.

El viejo extrajo el rectángulo de piel y la vieja lo puso sobre una madera vasta y ordinaria y lo clavó con clavos finos para que no se encogiera al secarse. Después le pusieron los paños y lo dejaron dormir.

¿Hola?, dijo alguien.

Hola, dijo él.

Otra persona dijo, muy cerca de su oído:

No les creas a esos dos que te van a hacer la cabeza.

¿Eh?, dijo él.

Una tercera persona que parecía estar muy abajo:

Lo importante es aprovechar el tiempo. En cualquier momento nos tiran querosén y ahicito nos vemos.

No seas alarmista, por favor te lo pido. No te preocupes. ¿Cómo era tu nombre?

¡No le digas tu nombre!

Callate, vieja coja.

No te preocupes. Ya no hay nada de qué preocuparse, ahora. Hay que dejar de pensar y acomodarse. Vamos a pasar un buen rato acá.

Él había caído bocarriba, y miró los diez metros de paredes del aljibe extendiéndose hacia la luz, allá arriba. Un círculo donde se veía el cielo casi blanco del mediodía, y las sombras negras de las cabezas de los viejos, asomándose. Después las cabezas se retiraron y los viejos corrieron la tapa de cemento. Se quedaron a oscuras. Claudio sintió los cuerpos pálidos, blandos, debajo de él.

Ya se les dio por cerrar, bueno.

Alguien bostezó.

El que te jedi ya se va a dormir, dijeron en voz baja. Tiene problemas en las articulaciones, debido a que era albañil cuando… bueno. Le duelen todas las articulaciones y está muy dormido noche y día.

Como si supieras cuando es la noche, vos.

Yo llevo la cuenta. Son las trece y veinticinco, ahora. Ahora se hicieron las trece y veintiséis.

Vos no llegaste a ver la hora.

A él la pregunta lo tomó desprevenido.

¿Viste la hora o no viste la hora?

Creo que había un reloj de péndulo en el living.

¿Vieron? ¿No les dije yo que había un reloj de péndulo en el living?

Estaba cubierto de…

De laca marrón.

No, no, de una mantilla. Creo que todas las cosas estaban cubiertas por una mantilla. Ellos, los muebles, cubiertos por mantillas tejidas a mano. Yo estaba cubierto por una mantilla. Todavía la siento.

A este se le piró el…

El pirulín. Se le piró el pirulín, dijo alguien.

Está tejida con hilo blanco. Ella la tejió. Aunque no es del tipo de abuelita tejedora, coincidirán conmigo.

Coincidimos.

La habitación prohibida

Había máscaras. Africanas, me había dicho la señora. Esas daban miedo.

Bah, como miedo, no sé, pero impresionantes. Yo siempre que veía me quedaba mirándolas.

No sé, unas máscaras grandotas, negras.

Sí, el señor y la señora eran de viajar. Luisito también, cuando todavía vivía con ellos.

No, recién cuando entramos en confianza me mostró las fotos: Egipto, África, la torre de Pisa, la torre Eiffel. A veces se iban en las vacaciones de invierno para agarrar el verano allá. Japón, me acuerdo de una foto en la que ella se había comprado un kimono japonés, qué linda que estaba.

Y, eso dicen las malas lenguas.

Porque eso no se dice, no. Hablábamos con la señora cuando yo planchaba. Incluso alguna vez me cebó mates. Nada que ver con lo que viví en otras partes, y eso que ellos tenían el doble, el triple de guita, suponete.

Antes tuvieron una chica cama adentro. Era jujeña o salteña, muy educada.

No, ni idea.

Lunes, miércoles y viernes. A veces los sábados. Pero eran ellos dos, comían como pajaritos. Yo les dejaba las viandas y, cuando se compraron un microondas, las ponían ahí y a los cinco minutos tuc, la comida.

Y, suponete, entraba a las siete, cuando el señor estaba saliendo para la clínica, todo empilchado, la verdad es que era un churro… Bueno, y salía suponete a las cuatro de la tarde.

No, comparar no puedo porque yo los conocí ya cuando Luisito había muerto. Lo habían matado. Lo habían abatido las fuerzas del orden.

Yo trabajé en otras casas, casas con dos o tres chicos, y al principio siempre tenía que lavar los platos, había una montaña de platos fuera

donde fuera, ollas con fideos pegados, sartenes, cáscaras de huevo, de papa, de mandarina, el desagote tapado, cuchillos con restos de queso o mayonesa, todo lo que hay en una casa con dos o tres chicos. Y uno podría pensar que ellos también, al ser el señor profesional y ella alguien que tenía un montón de actividades sociales, la parroquia, el Rotary, la salida a caminar con las amigas, habrían dejado las cosas un poco desordenadas, un poco sucias.

¿Sabés que no? Ellos comían, callados, se levantaban y la señora lavaba los platos, los secaba y los acomodaba. Eran tan prolijos. No te hacés una idea.

Luisito podría haberse hecho una carrera en el deporte. Pero no quiere, me dijo una vez la señora. Así me dijo. No quiere. No: no quería. No quiere. Eso me dijo. En presente me lo dijo. Como si estuviese vivo.

Yo tengo para mí que ella nunca aceptó que Luisito se haya muerto.

Es una opinión personal, eh.

Entonces llegaba y no había platos que lavar, y la casa estaba limpia. Te juro: impecable. Pero ¿qué iba a hacer yo? La limpiaba de nuevo. Limpiaba la casa limpia. Empezaba por el comedor. Pasaba el plumero por los muebles. Ordenaba ponele alguna revista *Gente* que había quedado un poquito torcida en el revistero. Pasaba la cera por el parqué, y después la enceradora.

No, qué sé yo. Eran personas comunes.

Bueno, como comunes, qué decirte. Yo he visto cada cosa en las casas donde fui, por eso te digo. El otro día en lo de Mirtha Legrand un doctor decía: Nadie es común. A mí me parece muy acertada esa observación.

Nadie es común. Yo tampoco soy común si vamos al caso. Tengo mis cosas.

Mis locuras, suponete. Por lo que te digo: ellos tampoco eran comunes. O

tenían cositas que a mí me hacían pensar. Porque una, mientras limpia, piensa. Yo soy mucho de pensar. No hay otra cosa que hacer. Limpiar es mecánico, el Blem por acá, la rejilla por allá, y una se pone a pensar en las cosas que ve o en las cosas que oye.

El olor, por ejemplo, no era común.

En septiembre arrancaba.

No, no todos los años. Una vez cada tanto era.

Yo qué sé.

La señora me hacía tirar desodorante de ambiente y recortar las flores de los jazmines blancos, de afuera, y llenar la casa de floreros con jazmines.

Todavía me acuerdo de ese olor. Pesado. Se me quedaba en la cabeza, en la nariz, en el cuerpo, por un tiempo largo.

No, no sé. No es algo que pueda decirte, pero una como madre reconoce esas cosas. Una reconoce los nervios en los demás, por más que traten de disimularlo. Pero no sé si nervios es la palabra adecuada.

Dejame pensarlo.

Era como si estuvieran pendientes de algo. No tengo idea de qué. Pero yo, que veía a la señora sobre todo, me daba cuenta. Ella estaba pendiente de algo.

Esta yerba se lava enseguida, tenés que comprar la otra. La CBSé. Te dije.

Cuando entramos en confianza, que fue, suponete, un año después de empezar a trabajar para ellos, tomamos la costumbre de que la señora me cebara mates mientras yo planchaba. Y ahí hablábamos.

Al principio las conversaciones eran sobre el clima, sobre mis hijos,

sobre mi marido que se había enfermado. Nada, las cosas comunes. Ellos eran personas comunes y yo soy una persona común. Pero después de un tiempo las conversaciones se volvieron más largas y más, cómo decírtelo, profundas. Hasta filosóficas, te voy a decir.

Yo lo poco que sé de filosofía es lo que leía en las *Selecciones*. Tenía una patrona que agarraba las pilas de *Selecciones* y me decía: ¿Lo querés? Yo lo voy a tirar. Y yo, que no soy de desperdiciar nada, me las llevaba, en una bolsa, colgando del manubrio de la motito. Entonces ahí supe lo que era la filosofía, que es el amor por el conocimiento, y supe que lo que yo pensaba al limpiar, las preguntas que me hacía, dentro de mis pobres posibilidades, eran filosofía. No hace falta haber estudiado ni tener títulos. En las *Selecciones*, que yo leía en cualquier parte y mi marido exclusivamente en el baño, a veces durante horas porque siempre tuvo ese problema de ser duro de vientre, había una sección que se llamaba Frases Célebres, y ahí figuraban un montón de cosas que habían dicho filósofos reales, como Platón. Y yo me quedaba pensando en esas frases durante todo un día.

«Conócete a ti mismo». Me quedaba pensando mientras lavaba los platos, mientras los secaba, mientras los guardaba en su lugar. Pensaba, pensaba.

Por eso te digo: filosofaba.

Conócete a ti mismo.

¿Me conocía a mí misma? ¿Sabía quién era? Si yo hubiera estudiado, qué filósofa que sería. Pero qué voy a estudiar si de chiquita ya tuve que salir a limpiar, dejé la primaria para salir a limpiar y enseguida me casé y quedé embarazada. ¿Qué voy a estudiar? ¿En qué momento?

Sí, sí. Iba a que con la señora a veces filosofábamos.

No te rías, te lo digo de verdad.

Y, suponete, ella me hacía preguntas. Me preguntaba si creía, yo, que eso, y no sé si señalaba la plancha, o la casa, o la vida entera, era todo lo que nos deparaba nuestro paso por el mundo. Y yo le decía una frase que había leído en la revista *Selecciones*, que era de Platón. Decía «Vivimos en una caverna mirando las sombras de los que están

afuera». Y ella me miraba, asombrada, y decía: exacto, Normita, lo dijiste perfectamente. Vivimos en una caverna. Si pudiéramos salir.

Y así se nos iban las tardes.

No sé. Ella insistía mucho con eso.

Decía: lo que vemos es un mapa. Un mapa de otra cosa, que no podemos ver. Hay signos y flechas y dibujitos que representan las cosas, pero no son las cosas. Las verdaderas cosas están ocultas. Hay que cazarlas.

Así decía la señora. Hay que cazarlas.

Muchas. Por ejemplo, una vez la señora pasó desnuda frente a mí. No sé si habrá sido un descuido o si quería mostrarme algo. Yo estaba en el baño, limpiando la bañera con un cepillito. Porque era impresionante cómo se juntaba la humedad y el moho en esa parte. En la bañera y en los mosaicos, en las junturas entre los mosaicos, lleno de cosas negras, una asquerosidad.

Y una mañana tipo diez y media estoy haciendo eso cuando entra la señora completamente desnuda. Ahora que pasó el tiempo me pregunto si habrá querido decirme algo con eso. Porque había dos cosas que eran por lo menos impresionantes. La primera: los músculos. Tenía todo el cuerpo musculoso. Y claro, ella iba todas las mañanas al gimnasio, pero yo pensé que hacía cosas tranquilitas. No. La carne era apretada, dura, como si no tuviera casi setenta años, sino veinte. Nunca vi algo así en alguien de su edad.

La segunda era el pezón izquierdo. No lo tenía. Era como si se lo hubieran cortado, pero no cortado en una operación. Mal cortado. Cortado de forma desprolija, quiero decir.

Yo me quedé mirando ese pezón y cuando levanté los ojos la señora estaba mirándome y algo quería decirme con sus ojos. Hasta el día de hoy no sé qué, pero sí que quería decirme algo.

Es raro. Pasaron muchos años. Pero de algunas cosas no me olvido.

De eso, por ejemplo. Del estado físico de esos dos. Al señor nunca lo vi desnudo, pero sí en cueros, al lado de la pileta, donde se tiraba a hacer unos largos después del trabajo, en diciembre, y en febrero también. Y él tenía la misma clase de físico. Apretado. Duro. Como si no comiera nada o lo que comiera lo cagara, con perdón de la palabra.

Sebastián murió en el baño. ¿Te acordás? Lo encontré muerto con una de esas revistas *Selecciones* caídas entre los pies. Murió cagando, pobre.

Tiene, sí. Tiene una relación. Porque cuando volví, una semana después, a la casa de los Lara tuvimos una charla con la señora. Yo estaba enojada.

No con ella, ni conmigo, ni con Sebastián. Estaba enojada con la muerte en general. Y así se lo dije después de un rato de charla, en una de nuestras conversaciones filosóficas. Le dije que estaba enojada con la muerte, que la

muerte me parecía una reverenda cagada, para decirlo en pocas palabras y con poca filosofía. Y ella negó con la cabeza. Me acuerdo clarito como si fuera hoy. Ella negó y dijo: la muerte no es nada. La muerte es una puerta.

Un trampolín. Eso me dijo: un trampolín. Un puente. Le pregunté qué quería decir con eso, porque estaba completamente desengañada, anonadada. Y me dijo: quiero decir que tu marido no está muerto. Sigue acá. ¿Cómo que sigue acá? Sigue entre nosotros. Todos los muertos siguen acá, Normita. Me extraña. Están del otro lado de la caverna. Están en el mapa. Son parte del mapa. Vamos a dejarle algo a Sebastián. Vení.

Yo no estaba tan convencida, pero la seguí. Fuimos al comedor y nos sentamos a la mesa y ella trajo unas hojas y un lápiz. Y me dijo: dibujá acá algo que le haya gustado mucho a Sebastián. Yo pensé. ¿Qué le gustaba a Sebastián? Los asados le gustaban. Le gustaba el fútbol. Le gustaba ver Sofovich en la televisión, las secretarias de Sofovich sobre todo. Dibujé una tira de asado, una pelota y una chica despampanante. Como pude, tampoco es que soy buena dibujando. Y ella dobló el papel varias veces hasta que quedó así chiquito, le dibujó algo encima, algo que no llegué a ver, y me agarró de las manos. Recuerdo sentir que sus manos estaban secas y eran fuertes. Muy

fuertes, como si fueran de piedra o de madera dura. Y me dijo: ahora vamos a cerrar los ojos. No los abras hasta que yo te diga. Porque te puede dar miedo. Yo me quedé mirándola y después le hice caso. Cerré los ojos y ella también los habrá cerrado, suponete, y estuvimos un ratito así y ella dijo: Sebastián, te dejamos un regalito para vos. Y yo me dije por dentro: qué estupidez. Qué estoy haciendo. Pero seguí con los ojos cerrados, no sé cuánto tiempo, un minuto así parece una hora, habrán sido cinco minutos nomás.

Y te juro por mis nietos que algo pasó. Lo sentí. Lo escuché y lo olí.

Sebastián tenía un olor corporal fuerte, y yo lo pude oler y escuché que el papelito crujía cuando lo desdoblaban.

Apreté fuerte la mano de Griselda y ella me dijo: tranqui, mija, no se preocupe, no abra los ojos. Le dije que estaba ahí y me dijo: tan cierto como el aire que respiro, sí. Está acá. Gracias por venir, Sebastián. Ella me repitió que no abra los ojos, que me quede así, y yo le hice caso y no los abrí, oyendo el lápiz que escribía en el papel no los abrí y después de un rato

supe que se había ido, fue como si algo se desinflara entre nosotras, y estábamos de nuevo solas en ese comedor. En el papel había escrito una palabra. Yo la leí y me largué a llorar. Lloraba de alegría. Era una palabra muy nuestra, una palabra que repetíamos en la época en que habíamos empezado a noviar y éramos jóvenes y teníamos todo el mundo por delante, o no tanto por delante porque éramos pobres, y tendríamos que trabajar toda la vida y tener privaciones para salir, pero había algo dorado y lechoso en esa época que nunca volvimos a tener. La palabra era «mar», porque yo no conocía el mar, y Sebastián tampoco y él me prometió que me llevaría. Eso decía todo el tiempo: gorda, vamos a conocer el mar. Le expliqué eso a Griselda y ella hizo una sonrisa rara, una sonrisa de saber todo lo que había pasado y estar acostumbrada a eso. Por eso te digo. Eran personas comunes y nadie es común y menos que menos los Lara.

Después de eso yo me quedé pensando. ¿Qué otras cosas escondía la señora? ¿Qué cosas guardaba? Yo siempre fui muy respetuosa de las casas donde trabajaba, pero lo que pasó esa tarde me dejó pensando durante días enteros. Eso fue un viernes. El lunes volví a trabajar como si nada. Pensé que hablaríamos del tema, pero yo no quería, y

me hice la distraída. Pasé la enceradora, pasé Blem por los muebles, los lustré. Pensaba mientras tanto que en algún momento la señora se me acercaría para hablar.

No sé. No tengo idea la verdad.

En un momento viene. Tené en cuenta que había sido muy impresionante la experiencia que habíamos tenido juntas. Yo estaba un poco nerviosa.

Tenía planeado decirle: mejor no hablemos de eso, señora. Y ella viene y me dice: Normita, ¿te regarías después las plantas del patio? Viste que con estos calores ya necesitan regado diario. Yo la miré y ella me miró y te juro por mis nietos que no había nada ahí. Era como si le hubiera pasado a otra persona.

Y le dije: Sí, señora, cómo no. Y fui a regar las plantas, qué querés que haga.

Esperé que el tema saliera tarde o temprano. Me llevé la hoja de cuaderno y la guardé en el cajón de la mesita de luz, donde tengo las barras de azufre y la revista *Selecciones* que estoy leyendo en este momento. Y

cada tanto miraba la hoja, la palabra MAR escrita con mayúsculas, con la letra un poco infantil de Sebastián. Yo lo veía y pensaba: ahora la señora me va a hablar de esto. Mañana, seguro. Y no.

Pero a mí me quedó la idea de que era medio bruja. Me quedó rondando la cabeza. Y cuando pasó lo de Benjamín, que tenía cinco años en esa época, yo acudí a ella. Benjamín estaba internado, y mi Gonza se pasaba las tardes ahí, agarrándole la mano. Era una escena desoladora. Los médicos estaban preocupados porque no podían determinar el mal que lo aquejaba.

Entonces yo me animé una tarde a hablar con la señora. Ella tomaba un té en el patio, bajo la sombrilla. Tenía un libro pero no lo leía, estaba abierto en la mesa y ella miraba el patio, el césped verde y prolijito, la pileta con el agua clarísima y más allá los árboles frutales, el limonero y el árbol de mandarinas y el duraznero que nunca dio un

durazno, dicen que por la peste que le agarraba todos los años.

Me acerco, entonces, como te digo, y le planteo la situación.

A ella se le frunce el ceño. Normita, cómo no me contaste antes. Lo que necesites, ya sabés, estamos acá.

Y yo: Señora, usted sabe lo que necesito.

Y ella se quedó mirándome, entre extrañada y alguna otra cosa. Como si le estuviera hablando en japonés, más o menos.

Yo sé que usted tiene… medios para hacer que mi nieto se recupere, le dije.

No sé cómo me animé. Yo soy muy respetuosa. Pero estaba desesperada.

A lo mejor fue por eso.

No sé de qué me hablás, Normita.

De lo que hicimos con Sebastián.

¿Con Sebastián?

Ahí entonces empecé a entender.

No sé qué entendí. Pero entendí. Supe que nunca podría hablar del tema con ella.

No insistí, por supuesto.

No, cómo voy a insistir. Me di cuenta enseguida.

Cuestión que una semana después Benjamín abre los ojos. Tuve un sueño muy raro, dice. Es lo primero que dice. No sabemos qué soñó, pero se

levanta como si nada y va al baño y hace pis. Está completamente recuperado. Los médicos no lo pueden entender.

Yo lo entiendo, por supuesto.

Entiendo que fue ella, que fue la señora la que algo hizo. Le llevo un regalito, la próxima vez. Una mermelada muy rica que hace mi prima. Le digo que es en agradecimiento.

¿Agradecimiento por qué, mija?, pregunta ella.

Por estos años, le digo.

Y eso es todo, pero yo sabía y ella sabía. Así somos las mujeres. Muy buenas para guardar secretos.

Algo muy dulce que hicieron conmigo. Bah, la señora lo hizo, antes de incendiar la casa. Viste que yo no conocía el mar. Bueno, una semana antes, cuando me estoy yendo, la señora me alcanza un sobre. Yo algo tendría que haber sospechado, pero te juro que ni me di cuenta. Me alcanza un sobre y me dice: Cuando puedas, Ramonita, te tomás un colectivo y te vas al mar.

Pero ¿cómo, señora, me voy a ir al mar yo?

¿Y por qué no?, me dijo ella. Te lo merecés.

Pero tengo muchas cosas que hacer acá.

No te preocupes por eso, Ramona, que nosotros nos arreglamos.

(Nosotros, me dijo. Y en esa época el señor ya había muerto de cáncer, pobrecito. Pero ella dijo: Nosotros. En ese momento no me di cuenta pero después me quedé pensando).

Nosotros nos arreglamos, me dijo. Usted vaya.

A mí se me llenaron los ojos de lágrimas, tengo que decírtelo. Le iba a decir algo, pero me quedé callada.

Yo ahora pienso que algo escondían, los dos. Nunca vamos a saberlo, porque de la casa no queda nada. Pero escondían algo, eso seguro.

¿Viste cuando pasás al frente de un baldío y hay un perro muerto? Así

era el olor. Como si hubiera un perro muerto en la casa. Las veces que habré revisado en todas partes, buscándolo. A veces encontraba una manzana medio podrida en una canasta, pero nada más. Las veces que le habré

preguntado a la señora, disculpe, ¿usted no siente el olor? Puede ser, decía ella. Debe venir del depósito que está atrás, o de la pileta. Yo iba a la pileta.

El agua cristalina. Podía ver el fondo. Eso no era.

Abría la heladera, revisaba. Como si se les hubiera podrido un pedazo de carne. Pero no. Todo estaba guardado en *tuppers*. Todo prolijito. Nada descompuesto. Entonces dejaba de buscar y me ponía a limpiar y a hacer cualquier otra cosa.

El señor almorzaba en la clínica y no volvía hasta la tarde. Y la señora hacía sus cosas. Lo que hace cualquier señora. A veces ella también se iba y yo me quedaba sola.

Ramona, vengo en un rato, decía la señora. Y yo escuchaba la puerta de enfrente que se cerraba y me quedaba sola.

¿Nunca te conté de la pieza que tenían?

La habitación prohibida, así le decía yo.

Pero ¿en serio nunca te conté? Qué raro. No, no, ya me da acidez tanto.

Convidame uno de esos que me quedé sin. Gracias.

Bueno, viste que yo entré en el 78.

Bueno, esto fue apenas entré a trabajar ahí. El primer día, sin ir más lejos.

Yo estaba un poco nerviosa, como siempre, muy humilde, las manos juntas, la cabeza baja, sí señora por acá, sí señor por allá. Deslumbrada por la casa.

Yo había oído hablar de la casa, obvio, pero cuando entré me pareció algo espectacular, qué querés que te diga. Las escaleras, los pisos, la pileta en el patio, las máscaras africanas. Yo veía todo eso y me decía: ¿cómo voy a llegar a limpiar esta casa entera? La señora, mientras tanto, me iba explicando cómo quería una cosa, cómo quería la otra. Así subimos la escalera (había que pasarle un líquido especial, pero una vez por mes nada más) y fuimos hasta el cuarto matrimonial. Todo ordenado. La cama perfectamente tendida. Ni una pelusita en el piso. Yo pensaba, ¿qué necesidad tienen de una mujer que limpie? Y después salimos al pasillo y caminamos por ahí hasta que la señora se detuvo frente a una puerta. Nos paramos juntas ahí. Yo sabía lo que había pasado con ellos, como todos.

Sabía que le habían asesinado al hijito, lo había visto alguna vez. Y la señora puso una cara especial y apoyó una mano en la puerta. Tenía dos

pasadores esa puerta. Y ella apoyó una mano en la puerta, como muy suavemente, como acariciándola, viste, y me dijo: Esta es su pieza.

Sí, así, en presente.

Entonces ella hizo algo raro. ¿Nunca te lo conté? Ella me tocó la frente.

Fue un movimiento muy rápido, como si me estuviera sacando un bichito o el pelo de la cara, pero estoy segura de que no me estaba sacando nada.

Nunca supe qué era. Por qué lo hizo.

¿Te curaste el empacho alguna vez? Seguro. Bueno, viste eso de mover la mano mientras se dice la oración. Eso mismo hizo ella. Bis, bis, bis, mientras me pasaba la mano por la frente. Yo me quedé quietita un poco por respeto y otro porque no terminé de entender qué estaba pasando. Y ella descorrió los pasadores y abrió la puerta.

Yo estaba un poco abombada, como si viniera de estar resfriada muchos días o como si no pudiera despertarme. Yo veía las cosas, pero como fuera de foco. Me cuesta explicártelo. Pero cada vez que entraba en esa pieza se repetía lo mismo, y nunca me quedaba mucho. Limpiaba rápido y salía, y al salir la sensación se iba. Siempre.

Bueno, pero esta fue la primera vez. Ella descorrió los pasadores y

abrió la puerta y me mostró la pieza.

Te lo juro por mi nieto: estaba todo igual. Fue una impresión, Roxy querida, que no te puedo explicar. Se me apretujó el corazón. La cama tendida. El escritorio con los libros de la secundaria todavía encima. Un lápiz negro, con marcas de dientes, como si alguien lo hubiera mordido mientras pensaba. Incluso había un par de zapatillas embarradas bajo la cama. Un día le propuse a la señora la idea de lavar esas zapatillas. Ni se le ocurra, me dijo. De esa pieza no se toca nada.

Así era.

En presente. Como si estuviera vivo. Decía, por ejemplo: sí, a Luisito le encantan los zapallitos rellenos. Y yo me quedaba callada. No, qué querés que le diga. ¿Qué la corrija? No, no. Me quedaba callada. Hacía que sí con la cabeza.

Yo llegué a conocerla. Era hermosa, tenía el pelo rapado pero era hermosa, alta como Luisito, con sus mismos pómulos, y flaca como un palo. Pálida. No sé cómo se encontraron, pero vino a visitarla y después pasó lo que pasó.

No, que yo sepa no. No lo creo, la verdad. ¿Una conexión entre las cosas? ¿Cómo voy a pensar algo así? No lo creo, te lo digo.

Me acuerdo que fue la colorada que me contó. Me dijo: ¿viste que se incendió la casa de los Lara? Yo me llevé la mano al pecho. ¿Cómo?, le pregunté. Sí, me dijo. Me subí a la moto y fui a ver, y ahí estaban las ruinas.

Todavía salía humito. Casi me desmayo. Le pregunté a uno de los bomberos qué había pasado con la señora y me dijo que la encontraron adentro, carbonizada.

Fue una impresión tan grande. Ahí entendí por qué me había dado la

plata en el sobre. Y le hice caso. Me pareció un buen gesto para recordarla.

Me subí a un colectivo, sola, y me fui a Mar del Plata. Dos días, estuve.

Hacía frío pero me la pasé en el mar, caminando descalza con las chancletas en la mano. Pensando en la señora, sobre todo. En los Lara y en la señora, en su destino raro. En la caverna de Platón. En todas las cosas en las que una piensa mientras está distraída.

Hotel La Perla

Para los hombres es imposible —aclaró Jesús, mirándolos fijamente—, mas para Dios todo es posible. Eso está en Mateo.

De eso me aferraba cuando pasó todo.

Para Dios, todo es posible.

Yo llevaba una pastilla. La tenía acá, en el bolsillo, por cualquier cosa. Y

cuando entraron y nos agarraron de los pelos yo la tenía en la boca, ya, preparada, sabiendo que lo único que tenía que hacer era morderla, una mordidita y ya, adiós para siempre. Pero cuando llegó el momento, me dio cagazo.

A vos también te dio cagazo.

O es eso o estabas pensando en el bebé. No sé. A lo mejor pensabas: el bebé es una célula revolucionaria, no puedo terminar con su vida. El bebé es nuestra extensión, una extensión del movimiento, llevármelo conmigo es contrarrevolucionario. Querías meterlo en un moisés de junco y tirarlo al río. Pero acá no había río o, por lo menos, no uno navegable ni uno en el que las lavadoras egipcias puedan cantar al lado del agua y cantando recoger el moisés y adoptar a ese chico para rescatarlo del mal. Este es un río bajito, plano, pedregoso. Acá un moisés no sobreviviría. Nuestro hijo quedaría horas bajo el sol sin que nadie lo rescate. Había que dejarlo vivir, no por nosotros, por el Movimiento, por Perón, por la Patria y por la Revolución.

Pero yo no pensaba en eso.

Pensaba en la muerte, tengo que decirlo. Pensaba en la desaparición de mi conciencia. Puse en peligro nuestros valores, nuestra lucha. Me dejé agarrar, con todo lo que eso significaba. No tomé la pastilla. Quedó en mi mano, y cuando me desnudaron se me cayó.

Hacía rato te había visto por última vez. Antes de que me metieran la cabeza en la bolsa yo te había visto. Hiciste una cara rara, me acuerdo. Una cara que no es la cara que uno puede esperar en esos casos, y cuando me pusieron la bolsa en la cabeza y me subieron al auto y me hicieron agachar, doblado sobre el auto oliendo el sudor, yo no podía dejar de pensar en esa cara.

Después pensaría en otras caras tuyas. En la cara que hacías al coger, por ejemplo. Mientras estaba hundido pensaba en tu cara al coger.

Quisiera poder describirla. Era una cara que había abandonado toda restricción y fluía en su propio cauce. Adormecida, blanda, animal, previa a todo pensamiento. Era la cara que yo conocía y amaba como a casi nada.

Sucio, muerto de frío y de miedo, pensaba en esa cara y sentía una breve, inexplicable erección.

Pero tu última cara, la última que vi, fue muy distinta.

Hubiera esperado el terror, el pánico, la desesperación, cualquier cosa menos esa cara. Me quedé pensando durante días en esa cara. Era como un tesoro para mí. En cualquier momento en que me decía: no aguanto más, el mundo se dobla pero no se rompe, yo pensaba en la cara y no digo que me sentía bien, ni siquiera mejorado, pero dentro de la irrealidad eso era algo real, algo de lo que no me permitía dudar: tu cara indefinible.

Lo de los Falcon verdes que andaban a la noche, con gente vestida de civil, e ingresaban a las casas, a veces ni siquiera rápido, sino lentos y seguros como si la noche fuera una parte de ellos, como si ellos mismos fueran la noche, y llegaban a una casa marcada y entraban más bien derrumbando la puerta, sin ninguna clase de anuncio, ni

golpeando la puerta ni pulsando el botón del timbre, y se llevaban a los subversivos en calzones, de los pelos, arrastrándolos, a las patadas, a los empujones, hombres y mujeres, incluso embarazadas, llevándolos de una pierna, dándoles un buen

culatazo en la sien o abatiéndolos en un tiroteo que se les iba de las manos, es verdad.

Sí, eso es verdad.

Pero ahí se acaban las verdades.

Todo lo otro es mentira. Lo sé porque yo lo viví.

Me sacaron la bolsa de la cabeza y la luz me cegó por un momento. Tuve que pestañear varias veces hasta que recuperé la vista. Y cuando la recuperé, vi que los hombres de civil se iban y cerraban la puerta con suavidad detrás de ellos. Me quedé solo. Estaba sentado en una cama de dos plazas, bastante mullida, con sábanas limpias y bien tendidas. En una mesita de madera habían dejado una jarra de café, medialunas, tostadas, todo muy prolijo, muy rico. La pieza contaba con su baño privado y me di una ducha caliente. Al salir me envolví en una bata que tenía el logo de La Perla, me senté a desayunar. Comí con apetito: me habían secuestrado a las cinco de la madrugada y ya debían ser las siete o las ocho y no había comido nada desde la noche anterior, cuando cenamos unos bifes a la plancha con tomates cortados.

Después de comer me dieron muchas ganas de fumar un cigarrillo; en casa, con el apuro de que me metieran la bolsa en la cabeza, no había hecho a tiempo de agarrar el paquete, así que no disponía de eso y pensé que hubiera sido muy bueno.

Entonces se abrió la puerta y apareció un hombre vestido de civil y yo escondí la cabeza entre los brazos para protegerme, como los perros acostumbrados a que les peguen, pero el hombre de civil, que era petiso, que estaba bien afeitado, que se había peinado a la gomina, que parecía, por sus rasgos, santiagueño o chaqueño o formoseño, alguien que en alguna parte de sus genes lleva sangre india, sacó un paquete de Jockey Club y me ofreció uno. Yo extendí los dedos que temblaban, porque apenas agarrara el cigarrillo y me lo llevara a la boca me iban a dar tremendo trompadón, pero he aquí que nada de

eso pasó.

En vez de trompadón, el hombre de civil me ofreció fuego, y yo pité un par de veces para prender el cigarrillo y me sentí mejor, y el hombre se fue después de una breve reverencia y yo pensé: así da gusto estar preso, y terminé el cigarrillo y me quedé dormido en la cama, con la bata puesta.

Al despertar, el hombre de civil estaba de pie, al final de la cama, esperando. Me incorporé con la incomodidad propia de alguien a quien ven durmiendo, y el hombre de civil me dijo que el coronel Ruiz me estaba esperando para darme la bienvenida.

Por supuesto, por supuesto, le dije. Deme cinco minutos para cambiarme, por favor.

Claro, señor, dijo él. Si quiere ropa, agregó, señalando las puertas corredizas contra la pared, ahí se puede servir.

El hombre salió y yo abrí las puertas corredizas y encontré la ropa. Eran como unos pijamas color cremita, muy cómodos, y había dos pares de sandalias. Con eso puesto salí de la habitación y vi que estaba en un hotel, bastante lujoso por otro lado, con moqueta en el piso y paredes recién empapeladas y luces tenues a los costados. El hombre de civil me guio por el pasillo y, mientras caminábamos por ahí, se me ocurre mirar el interior de una de las habitaciones, que estaba abierta, y he aquí que lo veo al Negro, vestido con la misma ropa que yo, con un cigarrillo en la boca, viniendo hacia el pasillo con un diario doblado bajo el brazo.

¿Negro?, le digo.

¿Gringo?, me dice él.

Nos damos un abrazo largo. El Negro me sonríe. Veo que está más gordo.

Lo habían secuestrado dos meses antes, nos enteramos de que encontraron el departamento que tenían en barrio Jardín y lo reventaron. Pero la pinta que tiene es espectacular. Como si hubiera rejuvenecido.

Negro querido, ¿cómo estás?

Acá me tenés, dijo, golpeándose la panza con las manos. Ganando unos kilitos. ¿Vos? ¿Entraste recién?

Anoche.

Ah, mirá. ¿Y Alicia…?

No sé, eso te iba a preguntar. ¿La traen acá?

Seguro, sí. La vas a poder ver de día, eso sí, porque acá tienen un tratamiento medio conservador para las parejas.

¿Quiénes?

Los de arriba, susurró el Negro, alejándose un poco del hombre de civil, que me esperaba respetuosamente a un costado. No les gusta verlas juntas.

Pero se puede arreglar, eh. Seguro.

Señor, dijo el hombre de civil. El coronel Ruiz espera.

Sí, sí, le dije.

Después jugamos a algo en el jardín. Se arman unos partidos de truco espectaculares.

Perfecto, le dije.

El Negro me dio otro abrazo y se fue silbando en dirección contraria.

La primera vez que te vi fue en una misa. La misa de los pobres en la capillita, allá en el barrio del Misericordia. ¿Qué hacía yo en esa misa? No me acuerdo bien. Supongo que intentaba llevar una vida verdaderamente cristiana, como todos en esa época. Supongo que me había ido alejando progresivamente del centro, de Nueva Córdoba, para acercarme a los pobres, porque Jesús estaba en los pobres y, yo lo sabía, no en la Catedral ni en los Capuchinos, ahí no había nada parecido a Jesús, solo viejas con sus joyas y falso clamor, hipocresía de salón. Estaba ahí, entonces, cantando Alma Misionera, cuando te vi. Tenías una vincha blanca en el pelo, de eso me acuerdo. No me acuerdo de tu cara ni de tu expresión, pero sí de que estabas en el banco de enfrente y de que yo no podía dejar de mirarte como un estúpido. Te miraba el pelo y no pensaba en nada, porque eso es lo que tiene el amor, o la versión del amor que yo tenía a esa edad. Me

acuerdo de las partes de la misa, el Viejo Testamento, el Evangelio, la homilía, y de cómo veía ahora tu perfil, ahora tu espalda, ahora el pelo lacio que te caía sobre los hombros, mientras el cura decía: No soy digno de que entres en mi casa pero una palabra tuya bastará para sanarme, o Hagan esto en conmemoración mía, o Id en paz. Yo ya estaba perdido por vos: profundamente lo sabía.

El hombre de civil me condujo a la planta baja, donde había un gran salón con sillones y mesitas bajas de madera. La luz entraba por los grandes ventanales que daban al parque. En un extremo, una oficina. El hombre de civil golpeó la puerta y al cabo de unos segundos le permitieron entrar.

Entonces vimos al coronel Ruiz, sentado en su escritorio. Pelado y rechoncho, fumaba. Un folio cargado de hojas frente a él. Me indicó una silla y yo me senté. Me ofreció un cigarrillo: yo desistí con amabilidad, recién había tirado.

Puede retirarse, le dijo al hombre de civil.

El Coronel me miró a los ojos durante un largo rato. Una mirada severa, pero tranquila, incluso podría decirse transparente. Después abrió las tapas del folio y empezó a pasar las hojas una por una, leyendo un poco al azar, un poco por arriba, el contenido de cada una.

Luis Lara, nacido en San Ignacio, Córdoba, dijo. Hijo de Braulio Lara, cirujano, dueño de una clínica, y de Griselda Berenutti de Lara, ama de casa.

No respondí.

Usted se unió a Montoneros en el año 68, dijo el Coronel.

Así es, señor.

Durante su… aventura tuvo participación en varias actividades criminales. Algunas menores, como el asalto a una comisaría y a una armería, y otras mayores, como la toma de la ciudad de La Calera. Tengo entendido que usted participó en la toma.

No dije nada. La situación era vergonzosa.

¿Usted niega haber participado en el asalto a La Calera?

No dije nada.

El Coronel asintió, con visible decepción. Tanta juventud, dijo. No pensé que fuera tanta. Todos metidos en alguna actividad delictiva por… ¿un sueño? No lo entiendo, realmente.

Su decepción me importaba tres pitos, pero puse una cara grave para acompañarlo.

Su caso va a ser evaluado. Mientras tanto, va a pasar unos días con nosotros.

Creo que tengo derecho a un abogado.

El bigote del Coronel se arqueó en una sonrisa.

Lamento decirle que, con su prontuario, no hay abogado ni juicio posible.

Nosotros somos su abogado y su juicio, señor Lara. Ahora vaya.

Le quería preguntar por…

Vaya, Lara. Diviertasé.

Después fue algo natural, que cayó como criatura por un tobogán. Yo andaba detrás tuyo como un perro ciego, y vos te aprovechaste un poco. Me lo contarías en algún momento: sabías que estaba perdido por vos, y yo también un poco te gustaba, pero como me veías alto y rubio y un poco compadrón me hiciste la vida imposible. Tenía un amigo que se llamaba

Gregorio y tocaba la guitarra en misa. Cuando le pregunté por vos me dijo que andabas en un grupo político, que no sabía muy bien cómo se llamaba pero que ahí seguro te iba a encontrar. Se juntaban los miércoles a las seis de la tarde en la capillita, y estaban liderados por el cura, que era un chico joven, barbudo, muy enérgico. Un cura al que a mí, acostumbrado como estaba al padre Benito y sus españoladas, no dejaba de sorprenderme.

Cuando después de la misa fui a preguntarle si podía asistir a una de esas reuniones me miró intensa, profunda, exhaustivamente. A lo mejor pensaba que yo era un espía o algo por el estilo. Me preguntó por qué.

¿Por qué qué?

¿Por qué querés asistir a una de las reuniones?

Estoy interesado en cambiar el mundo, le dije.

Hizo una sonrisa de cura y me dijo:

Entonces este va a ser tu lugar.

Gringo, me decían. Y ese fue mi nombre clave. En las marchas me reconocían desde lejos porque yo les sacaba una cabeza a los demás y era una cabeza brillante, una cabeza que resplandecía. El tuyo era Paloma.

Otros eran: Negro, Flaco, Tulpa. Desde el principio sabíamos que las cosas se iban a poner feas.

En el nombre del Padre, del Hijo y de Perón, decía el cura. Se llamaba Mauro y su nombre clave era Moisés. Cuando empezaban las reuniones nos bendecía así. En el nombre del Padre, del Hijo y de Perón. Y a mí, que venía de una pequeña ciudad del interior, me parecía gracioso.

No fue fácil entrar.

Al principio todos desconfiaban, incluso vos. Iban despacio, calculándome. Nos juntábamos en la capilla, en sillas de plástico blanco puestas en círculo. Mauro iba vestido de civil, ni siquiera el clériman usaba.

En el nombre del Padre, del Hijo y de Perón, nos bendecía. Vos te acercaste a mí, pero no porque yo te interesara. Después me lo dijiste: Luisito, tenías toda la pinta de ser un infiltrado imperialista, con tu pelo rubio y tu cuerpo musculoso de jugador de rugby. Vos me seguías a todas partes y me evaluabas y le llevabas los informes al padre Mauro. Y un día decidieron que no, que no era un espía, y el Ratón, que era el nombre clave de Juan

Fanno, me llevó a su departamento, en la calle Santa Rosa al 900, y me mostró las armas.

Estaban escondidas en un baúl, debajo de la cama. Eran fusiles fal,

pero también había pistolas calibre 9 milímetros y hasta dos uniformes de policía.

El Ratón me contó cómo los habían conseguido. Me dijo que dos meses antes habían asaltado una comisaría de Salsipuedes. Había dos policías, uno era comisario y el otro, un cabo tan jovencito que la gorra le bailaba en la cabeza, y cuando ellos entraron y los apuntaron y los hicieron desnudar para robarles, el comisario se portó bien, muy diligente, muy atento, pero el cabo estaba enfurecido. Les dijeron que salieran, que se fueran corriendo, y eso hizo el comisario, se fue corriendo con los calzones blancos que se veían en la oscuridad, pero el cabo no quería irse. Le apuntaron a la cabeza, le dijeron que lo iban a fusilar, el cabo estaba plantado, inamovible. Hasta que alguien logró adivinar lo que pasaba: en el uniforme estaba el anillo de compromiso. Tuvieron que desarmar todo el paquete que habían montado en la parte trasera de una camioneta, identificar la chaqueta del cabo y encontrar el puto anillo antes de que los militares arribaran al lugar.

Entonces se lo dieron y el cabo lo apretó en su puño y se fue caminando despacio, entre las sierras que ya comenzaban a amanecer.

El Hotel La Perla tenía horarios fijos. Por las mañanas, después del desayuno, salíamos al patio. Era un parque gigantesco, tan grande que no podíamos ver el límite o las paredes, sembrado con cuidado de árboles antiguos que inclinaban sus copas sobre el césped recién cortado. Ahí hacíamos ejercicios con un instructor. Tijeras, flexiones de brazos, abdominales, elongación, carrera. El instructor daba las órdenes con voz firme y después pasaba a corregir la ejecución de los ejercicios en persona, entre las filas ordenadas de los presos. Era firme, pero amable. Al terminar la sesión nos íbamos a dar una ducha a nuestros cuartos y después teníamos clases de literatura.

Leíamos poemas en voz alta, la mayoría de poetas españoles del Siglo de Oro, y la profesora nos ayudaba a interpretarlos, los escribía en el pizarrón y los desarmaba literalmente para que entendiéramos cuestiones relacionadas al sentido, pero también a la métrica y la rima, nos contaba la

biografía de los autores y su contexto sociopolítico, escuchaba las dudas de mis compañeros y trataba de responder con honestidad.

Sueña el rey que es rey, y vive

con este engaño mandando,

disponiendo y gobernando;

y este aplauso, que recibe

prestado, en el viento escribe,

y en cenizas le convierte

la muerte, ¡desdicha fuerte!

¿Que hay quien intente reinar,

viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte?

Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño:
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

Esto es el monólogo de Segismundo en *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, nos dijo la profesora. ¿Qué ideas ven acá?

Se levantó una mano.

¿Sí?

La idea de la vida como representación, dijo uno que estaba sentado a mi lado. Lo que vemos no es estrictamente real, sino un engaño.

Exacto, sí, es una idea propia de esa época. ¿Alguien sabe de otro autor que la haya cultivado?

Bueno, Góngora, dijo una chica.

Góngora, muy bien. En el fondo, son todos conceptos que tienden a desconfiar de lo real. Pueden ser pensados desde lo social, desde la forma en la que el Estado tiende a crear ficciones que le permiten gobernar, porque todo gobierno es una ficción, en un punto, o desde lo individual, las mentiras que nos creemos y con las que seguimos adelante. La religión, por ejemplo. Pero también el amor, la familia, la amistad. Bien pueden ser ficciones, cuentos que nos contamos a nosotros mismos para seguir adelante.

Al terminar estas clases llegaba la hora del almuerzo, que uno podía elegir de una carta y que era servido por mozos vestidos de blanco. Yo a algunas personas las conocía de vista, a algunos los fui conociendo durante mi estadía, a otros, por momentos, los dejaba de ver, misteriosamente, por un par de días.

Una vez me lo encontré al Negro, al que hacía tiempo no veía. Lo encontré en su cuarto, tirado en la cama. Estaba completamente tapado, incluso la cabeza, y cuando lo destapé vi que tenía la cara hinchada, como si le hubieran pegado.

Negro, le dije. ¿Cómo estás, viejo?

Fien, fien, me dijo, le costaba hablar con la cara tan hinchada.

¿Qué te pasó?

No, fada, me vaí de las nescaleras, dijo el Negro, que apenas podía pronunciar las palabras.

¿Seguro?

Dí, dí, degurísimo.

Bueno, vamos a jugar al truco, después.

Dí, fale, duando sueda noy.

Pero no vino.

Los partidos se hacían después del almuerzo y antes de algo que se llamaba Bolacero y era una actividad que todavía no entiendo del todo, que estaba entre el juego y la disciplina marcial, pero cuyo sentido se me escapa irremediablemente. En el Bolacero nos dividían en tres grupos. Cada grupo tenía una bandera, que podía ser roja, amarilla o azul. Cuando el instructor, que era hermano gemelo, por lo que entiendo, del que nos dirigía en los ejercicios matutinos, hacía sonar el silbato corríamos a escondernos en diferentes partes del hotel. Se podía ir a los cuartos, a los baños, al salón de juegos, al depósito, incluso a la oficina del coronel Ruiz, que aceptaba encantado las visitas y hasta nos ayudaba a jugar (una vez me metió bajo el escritorio, entre sus piernas). Había que esconderse y esperar.

Nunca supe muy bien el objetivo del juego, solo que había que estar escondidos y que a veces uno podía pasar horas, e incluso días por lo que me pareció, metido en un placar, en un hogar con los leños apagados, debajo de una cama, y quedarse ahí quieto, hasta que se oía de nuevo el silbato y todos salíamos del escondite y volvíamos al patio, donde el instructor sacaba los trofeos de una bolsa y hacía el recuento final: equipo azul, 38, equipo amarillo, 41, equipo rojo, 32. El equipo ganador tenía que entrar en una puerta que había en el piso, al lado de la recepción.

El instructor abría la puerta, que era pesada y de madera y daba a una escalera que se internaba en lo oscuro.

Algunos se negaban a bajar por esa escalera, y entonces venían los ayudantes del instructor, que eran hombres de civil como el que me había recibido en el hotel, y los convencían, a veces con palabras, a veces ayudándolos a entrar, a veces a los empujones, a veces arrastrándolos directamente, cuando las cosas se ponían peliagudas, y después de que pasara el último cerraban la puerta y los pasadores para que nadie pudiera salir, y de adentro se oían los gritos. Gritos tan desesperados que me ponían la piel de gallina. Una vez le pregunté a

un compañero qué pasaba ahí adentro y me dijo que no sabía, que él nunca había entrado, y que nos convenía no ganar y hacer trampa en el Bolacero.

Pero ¿cuáles son las reglas?, le susurré.

No tengo idea, me dijo él.

Entramos en la armería Giaccone, en la calle La Rioja al 200, en el centro de Córdoba. Son poco más que las siete de la mañana, es un día de viento frío, la calle está desierta. Somos tres: vos, el Topo y yo. La puerta hace un ruido cuando entramos, suena una campanita, y el dueño viene de atrás y está por preguntarnos qué queremos, cuando el Topo saca la 9 milímetros y le apunta a la cara.

Yo estuve observando por días enteros la armería. Es mi misión. Me levanté a las seis, el miércoles y el viernes y el lunes de la semana pasada, y me quedé sentado en el portal de un edificio de departamentos, fumando un Jockey Club tras otro, mirando (y tratando de no ser visto) los movimientos del lugar. El viejo Giaccone, que abre a las siete todas las mañanas. Los clientes ocasionales, no muchos, algunos vestidos con uniforme de fajina, camuflado, cazadores sobre todo que iban a comprar cartuchos del doce, para ir al campo a cazar perdices. Empezaban a llegar a las nueve, nueve y media, y a la una el viejo cerraba y se iba a dormir la siesta hasta las cuatro, cuando abría de nuevo hasta las ocho. El lunes me metí a la armería como quien no quiere la cosa, pregunté el precio de unas carabinas con mira telescópica, me fijé en las rejas, en la llave que el viejito llevaba atada al cinturón, en la ausencia de alarmas. Todo parecía ser más bien fácil.

Pero cuando le estamos apuntando a la cara, el viejo frunce los labios como upite de mono y empieza a caer hacia un costado.

Nos miramos. Nos preguntamos qué está pasando ahí. Hasta que el viejo cae al piso, de una forma increíblemente lenta, y vos corrés a socorrerlo como si fuera el mayor acto revolucionario de la historia.

No te acerques, le digo, temiendo que sea una trampa.

Le está dando un ataque al corazón.

Y parece verdad. El viejo se ha llevado la crispada mano izquierda al pecho y tiene la cara transpirada, aunque parece consciente todavía.

Vos le sostenés la nuca con algo de ternura, y le ponés una chaqueta militar enrollada ahí abajo, y le secás el sudor, mientras el Topo y yo metemos todos los fusiles y las automáticas y las balas que podemos en un bolso grande y lo cerramos. Al terminar, el viejo parece mejor. No exactamente recuperado, pero mejor.

Esto es un acto revolucionario del pueblo argentino, le decís.

Mmm, dice el viejo.

Podés ser un miembro útil de la sociedad. Podés hacer las compras en un supermercado con tus hijos y tu mujer. Podés soportar un trabajo que no te gusta. Podés abrir los ojos cada mañana pensando en la persona que podrías haber sido y no sos. Podés dejarte vivir por otros y mirar la historia desde afuera, o podés ser un montonero.

¿Qué son los montoneros? Son el aire que respiramos, son insectos que comen de una fruta, son todas las personas y ninguna, son la noche, son el día, son el deseo y su consumación, son la pérdida de cierto toque vital y el toque vital que todos llevamos en alguna parte. Una familia está comiendo y levanta la vista del plato: ha pasado el aire montonero entre ellos. Si se levantan para brindar en Navidad, brindan con los montoneros. Si tiran pan sin bendecir, es el pan que los montoneros recogen y comen como animales en lo oculto. ¿Dónde están los montoneros? En cualquier parte. ¿A quién le hacen el amor? A tus hijas, a tus hermanas y tus madres, a tus esposas les hacen el amor los montoneros. Pequeño burgués: ponete a salvo que ya se oye el trotar de los montoneros hacia tu casa. Pequeño burgués: corré los pasadores, vienen los montoneros. No hay un montonero: hay montoneros.

Hay muchos montoneros que viven en el fuego y cuya sola visión quema los ojos. Agarrate de tus cosas que los montoneros vienen galopando y no dejan títere con cabeza.

Un par de veces festejamos cumpleaños. Eso fue lo más divertido.

Jugamos carreras de embolsados, a subir el poste, al gallito ciego, al huevo podrido. Los hombres de civil traen una torta, en una bandeja, tan grande que podría caber una persona en su interior, y encima de la torta las velitas, veintidós velitas tiene la torta, dieciocho velitas, diecinueve o veintidós velitas tiene. El cumpleañero se para y cierra

los ojos y pide un deseo. ¿Qué desea el cumpleañero? No lo sé. Probablemente la revolución armada del pueblo argentino. Entonces sopla las velitas y los hombres de civil, que lo han estado esperando, lo trasladan con suavidad y firmeza a un lugar que ya no podemos ver, y los mozos sirven pedazos de torta y vasitos con gaseosa y todos comemos y tomamos y nos convidamos cigarrillos, y alguien (yo) pregunta por el cumpleañero, ¿dónde está el cumpleañero que no come su propia torta? Y me dicen shhh, no levantes la perdiz, y yo me quedo extrañado porque el que debería estar comiendo torta es el cumpleañero, pero no lo vemos por ninguna parte.

Me contás tu historia. Estamos desnudos, un colchón tirado en el piso, yo tengo un cenicero en el pecho y fumo mirando las luces que entran por la persiana. Te he contado la mía hace mucho tiempo, allá cuando empezábamos a noviar, como se dice, un poco porque quería contártela, porque lo necesitaba, y otro porque vos me habías preguntado, porque me estabas investigando, porque querías saber quién era, si un infiltrado de las fuerzas policiales o quien decía que era. Entonces te la resumí: familia oligarca de pequeña ciudad del interior, llamado de Dios, lectura concienzuda de los evangelios, padre déspota, renunciamiento a la fortuna familiar, vida un poco a la deriva en Córdoba, una misa en el barrio del Misericordia, fin.

O principio, dijiste, tirándote encima de mí.

Y acá la tuya. Familia cordobesa tradicional, colegio católico en el Cerro de las Rosas, tu padre muerto de un ataque al corazón cuando vos tenías nueve años, tu madre teniendo que ocuparse de vos y tus cinco hermanos, las malas juntas, como las llamaba ella, en los primeros años de la secundaria, los primeros novios, los segundos, los terceros y al final uno, del que mucho no quisiste hablar, que era parte de la cúpula del movimiento, más que novio, un amante y más que amante, uno que te usaba como trapo, que ya tenía novia o esposa e hijos y para el cual eras poco más que un trapo. Pero vos estabas enamorada como solo una chica de la alta sociedad cordobesa criada en colegio católico puede estarlo, y lo seguías a todas partes y así terminaste ahí, en algo que al principio era nada más que un divertimento, pero que ahora te creías como nada. Porque vos usabas esas palabras, la palabra peronismo, en nombre del Padre, del Hijo y de Perón, la palabra revolución armada, la palabra compañero (yo era tu compañero) y toda la cosa, todo el paquete por así decirlo en el que

habías terminado creyendo como nadie, por más que hacía tiempo habías dejado de ver al misterioso hombre de la cúpula. Ahora lo creías, ahora soñabas con el paraíso.

Soñábamos con el paraíso. En el paraíso los montoneros tomaban el poder para Perón, y él volvía del exilio y nos felicitaba, dándonos palmadas como perritos obedientes, y nos decía: muchachos, de ustedes es el futuro,

tengan, les entrego el poder, y nosotros con el poder en las manos podíamos al fin traer al paraíso. El paraíso estaba lleno de obreros. Los obreros habían tomado las fábricas, echando a esos viejos gordos a patadas en el culo, sentándose en sus sillas y fumando sus puros y abriendo sus cajas fuertes y tirando el dinero desde lo alto para que las masas peronistas pudieran recogerlo y salir a comprar juguetes para sus chicos, lavarropas y televisores y autos peronistas, y hasta aviones peronistas para viajar a Mar del Plata todos los veranos y los hombres gordos tenían que limpiar sus casas, vestidos de mucamas, y el mundo entero miraría hacia este ancho y oportuno país y las revoluciones armadas se irían replicando para que todos los hombres gordos del mundo fueran echados a patadas en el culo de sus confortables sillas construidas con el sudor de los obreros y al fin llegaría la justicia y el amor y los leones podrían yacer al lado de los corderos sin necesidad de devorarlos y los niños se les subirían encima y jugarían con ellos sin peligro y levantarían estatuas de nosotros porque habíamos sido los artífices de ese cambio en los corazones de la gente, que ya no buscaría ahorrar sino que repartiría su dinero para que todo el mundo alcanzara la felicidad de una vez y para siempre.

La provisión de ropa blanca, de lino, liviana, nunca se agotaba en los roperos. Después de cenar, los viernes y los miércoles pasaban películas con un proyector, en el salón comedor, pero los otros días el salón estaba dispuesto y uno podía quedarse leyendo un libro, jugando a las cartas o incluso tomando coñac. Después, antes de las once, había que ir al cuarto.

Las camas estaban recién hechas, las sábanas tendidas y limpias, en el baño habían renovado la provisión de jabón y shampú. Yo me acostaba y dormía sin sueños, o mis sueños eran tan aburridos que me olvidaba de ellos o dejaba de prestarles atención. Soñaba que estaba dormido, por ejemplo. O

soñaba que miraba dormido mientras que en el sueño estaba dormido otra vez y otra vez me miraba, y eran sueños de caída, pero no de una gran altura, sino caída en mi propia mente, en las capas de sueño y despertar y sueño.

El tiempo era raro. Yo a veces pensaba que en realidad el sueño era ese porque el tiempo andaba raro, muy rápido por momentos y por momentos de una lentitud exasperante. Había otras cosas raras.

Las caras de mis compañeros, por ejemplo, de los otros secuestrados, a veces podía verlas con claridad, pero a veces parecían, espiadas con el rabillo del ojo, como se dice, borroneadas como máscaras a medio hacer, en una película mal filmada donde los personajes secundarios, que eran los que estaban al costado de la escena, no se definieran del todo, o estuvieran a punto de desaparecer, o como si alguien nos estuviera soñando y soñara con algunos y con otros no, o con menor intensidad, o como si fuéramos el recuerdo de alguien y pudiera ver solo determinadas zonas de ese recuerdo, o como si alguien, dormido en mitad de la noche, recorriera las grandes dependencias del hotel con una linterna en la mano, en mitad de la oscuridad más densa, y nosotros fuéramos la mínima parte de lo que era revelado por el óvalo amarillo de la linterna.

A veces levantaba la cabeza del libro que estaba leyendo en mitad del comedor, con un Jockey Club entre los dedos, y por unos segundos tenía la impresión de que todos mis compañeros eran en realidad la misma persona repetida decenas de veces, hablando y tomando coñac o jugando a las cartas en las mesitas con luz cenital del fondo y la cara de todos estaba a punto de desaparecer, de volverse una máscara blanca sin rasgos, una máscara orgánica espantosa, y entonces volvía a mi libro, tratando de entender qué eran esas palabras, qué me estaban contando o en qué idioma estaban escritas siquiera y no, no lo conseguía.

A los de la cúpula los habremos visto una o dos veces. Eran altos, o parecían más altos que la gente común, a lo mejor porque se paraban más derecho o porque tenían una actitud llamemoslá altiva frente a los otros, que más bien zumbaban como sucias moscas de baldío alrededor, hombres y mujeres, incluso vos les zumbabas y a mí me ponía incómodo, porque no muchas veces te vi zumbar y cada vez que lo hacías yo lo sentía como una pequeña traición.

Me daba vergüenza verte así, como si de pronto reconociera en vos una cara que no había visto hasta ese momento, una cara tan vacía como las caras de mis compañeros en La Perla, una cara servil y zumbadora y asquerosa.

Llegaban los de la cúpula, todos querían tocarlos, una palabra suya bastaría para sanarlos, y ellos se dejaban admirar aunque no tenían más de treinta años, veintisiete, veintiocho y hasta veintinueve años, pero más no,

eran casi de la edad de las moscas que les zumbaban, y se sentaban en las sillas plásticas donde teníamos las reuniones, en la capilla del barrio del Misericordia, presididos por Mauro, el cura revolucionario que, pese a ser alto, también quedaba bruscamente disminuido por la altura de los de la cúpula, y escuchaban el relato de nuestras pequeñas hazañas domésticas, les robamos a unos policías, nos quedamos con los uniformes, robamos una armería, este es el botín, hicimos un campamento, cantamos la marcha peronista, hablamos de Perón en el exilio, de lo que iba a ser el país cuando preparemos su llegada, de sus palabras en tal o cual discurso o entrevista.

Escuchaban todo eso con una sonrisita altiva, altísima, de amo frente a las monerías de su perro, y nos felicitaban, muy bien, muchachos, ustedes son verdaderos revolucionarios, nunca se ha visto gente tan valerosa para el movimiento, si todos los jóvenes tuvieran ese impulso qué país que tendríamos, qué empuje, qué tesón.

Y eso era todo.

Después se levantaban y volvían a saludarnos desde la altura inextricable y se reunían con los cabecillas de la célula, que en nuestro caso eran el Topo y el Negro, y al otro día sabíamos que iba a haber anuncios, que tenían planes para nosotros, y que esos planes no debían fallar ni ejecutarse de una manera siquiera un pelito distinta a como lo habían dictado ellos, porque éramos una organización militar, mucho mate amargo y mucho cantito, pero la cúpula era la cúpula y se hacía como ellos decían o adiós para siempre.

La primera vez que vinieron a visitarnos fue más bien un examen para los cabecillas, ver en qué andaba el movimiento, ver si teníamos alguna grieta por la cual entrar o salir.

La segunda vez llegó la orden de tomar la localidad de La Calera.

Tuvimos una pelea muy grande, porque vos quisiste participar del operativo y yo te dije no se te ocurra, y vos dijiste acá no me vas a venir a marcar la cancha, un soldado de Perón es un soldado, siempre. Entonces me fui del departamento que teníamos en el barrio Mazafra, salí dando un portazo y me fui a un bar y pedí una caña Legui y estuve tomándola y pensando, pensé mucho en nosotros y en la cúpula y en la entrega absoluta que tenías, y volví a casa y te dije: tenés razón. Hay que darlo todo, no medias tintas, la revolución es eterna e implica fe absoluta, pero si nos agarran te voy a tener que matar. Primero vos y después yo. Es lo que va a

pasar. Lo siento, pero va a ser así. Y vos, que me escuchabas con un cigarrillo prendido entre los labios, me miraste de esa forma, como si yo también fuera parte de la cúpula, y los ojos se te llenaron de lágrimas y me saltaste al cuello para darme millones de besos y me dijiste: es el mayor acto de amor que alguien alguna vez tuvo conmigo. Entonces supe que tu nivel de compromiso era inalcanzable para mí, que nunca podría imaginarlo siquiera, que estabas en otra parte y que esa parte era límpida y resplandeciente.

La Calera era una ciudad de treinta mil personas, ubicada a setenta kilómetros de Córdoba, famosa por haber sido un bastión peronista de resistencia durante el golpe de Estado del 55. La idea, nos dijo el Topo, es declararla tierra liberada. Tierra peronista. Tierra sagrada. Nos quedamos callados en nuestras sillas de plástico. Incluso Mauro, el cura que siempre era el primer entusiasta, se mostró un poco desconfiado. Levantó una mano.

Dijo: ¿No les parece mucho tomar una ciudad? ¿No vendrán las fuerzas militares a repelernos en, no sé, dos horas?

Vamos a tomarla simbólicamente, dijo el Topo. Vamos a tomarla por un par de horas. Vamos a mostrarle al país entero lo que es la revolución, quiénes somos y de qué somos capaces. Vamos a presentarnos en sociedad.

Pedazo de presentación, dijo Mauro. Muy riesgoso.

Tenemos arsenal. Tenemos inteligencia. Tenemos el factor sorpresa de nuestro lado. La fuerza policial de La Calera es tan chica que ni siquiera van a darse cuenta de lo que está pasando. Tenemos el terreno estudiado, dijo el Topo, y señaló al Negro con la cabeza.

Hacía poco el Negro había desaparecido. No supimos nada de él por un par de semanas. Ahora nos dice que estuvo en La Calera.

El Negro nos dibujó en un pizarrón con tiza blanca un plano simple de la ciudad. Había cuatro puntos importantes en ese plano, nos dividiríamos para atacarlos simultáneamente. Uno era la estación de policía, en la cual, por las noches, dos petisos gorditos de prontuario somnoliento se quedaban haciendo guardia.

Había una estafeta de correo postal, atendida por un hombre y dos mujeres más bien inofensivas. Había un centro de comunicaciones, también manejado por mujeres, que podrían dar aviso a la policía o los militares, y

un banco, el Banco de Córdoba, ubicado en el centro, que era el cuarto punto de interés.

Tres de nosotros se ocuparían de la comisaría; dos irían al banco, dos a la estafeta y dos al centro de comunicaciones. La toma de la ciudad no podría tardar, en total, más de dos horas. Después tiraríamos clavos miguelitos, los de tres puntas, y escaparíamos de lo más panchos en nuestros autos, antes de que las fuerzas autodenominadas «del orden» llegaran a la ciudad.

Eso fue lo que dijo el Negro. Dijo eso y se quedó un momento callado para evaluar el efecto de sus palabras. Después comenzó a desarrollar el plan.

Por momentos no sabía quién era o qué hacía ahí, o quién había sido antes de pasar a formar parte de los huéspedes del hotel. Poco a poco me estaba olvidando de todo. A veces, en mitad de los ejercicios matinales, por ejemplo, recordaba de golpe a papá. Me parecía verlo jugando al tenis en el club, con sus chombas blancas y sus zapatillas, y volver después transpirado a casa para darme una palmada siempre demasiado fuerte y preguntarme cómo había andado. O a mamá, el perfume que usaba para las fiestas, sus vestidos, su pelo rojo y sus labios pintados. Recordaba la voz de mamá y me preguntaba si realmente había tenido una madre, si esa era realmente mi madre o todo había sido implantado en mi cabeza como un recuerdo falso.

A veces tenía la sensación de que había pasado años enteros como huésped de La Perla, y a veces la de que acababa de llegar, de despertarme en mi primera noche.

Un día me acordé de vos. Me dije: yo tenía una mujer, montonera también, brava como el más alto de los coroneles del ejército, que estaba embarazada de mí. Esperábamos un varón, aunque por la forma de la panza nuestros compañeros nos habían dicho que clavado era una nena.

Queríamos un varón revolucionario, o una nena revolucionaria, lo que fuera, pero tendría que ser revolucionario, nada de criarse con abuelos, nada de ser entregado en adopción: la revolución iría en su sangre. Me acuerdo de que estaba en la cama y que salí al pasillo del hotel y había un compañero que tenía la frente apoyada en el empapelado. Yo me acerqué y le pregunté por vos. No me llamó la atención que no despegara la cara de ahí: a veces pasaban esas cosas.

Le dije: ¿Oíste hablar de Alicia? Una compañera cordobesa de la célula del Misericordia.

No me respondió. Se limitó a dar cabezazos contra la pared, uno tras otro, cada vez más fuertes, hasta que yo sentí que algo se quebraba. La pared o su cabeza, no lo sé.

No te puedo decir nada. No voy a decir nada, dijo.

Alicia, le dije. Rubia, de pelo lacio hasta los hombros. Hermosa mujer.

Tenés que acordarte.

No voy a decir nada, dijo él. Van a tener que matarme si quieren que diga. Van a tener que llevarme al pozo.

¿Qué pozo?

Yo no hablé de ningún pozo.

Es una madrugada de invierno, fría y transparente como un vaso recién lavado. Hay luz en el cielo, pero en la tierra todavía parece de noche, como si la luz no hubiera llegado. En el horizonte, las montañas parecen de cartón: un decorado ficticio para el teatro que está a punto de tener lugar.

Por la ruta 52 viajan tres autos. El primero es un patrullero. Un patrullero falso: lo hemos armado nosotros, en casa del Turbi, con

pintura y etiquetas robadas. En él viajan dos hombres vestidos de policía, con uniformes robados. En la parte trasera, una mujer: vos, Alicia, que vas cebándonos mate. No conversamos. No estamos nerviosos, o hacemos como que no estamos. Mis manos transpiran un sudor frío, que me limpio en los pantalones del uniforme sin que se note. Tengo puesta una gorra de policía.

Cuelga de mi cinturón una pistola 9 milímetros, cargada. El Topo, que maneja, no transpira ni parece nervioso.

Me pasás un mate. Yo me doy vuelta para recibirlo, te miro a los ojos, no parecés nerviosa, tampoco tranquila, parecés furiosa, anhelante, desesperada, pero no nerviosa. Bajamos por una barranca y entramos a la ciudad.

A pesar de que todavía esté un poco oscuro, ya hay movimiento. Viejas que salen a barrer la calle. Autos que van al trabajo o llevan a los chicos al colegio. Gente caminando, bien abrigada con gorros y guantes de lana, porque el frío de las sierras puede ser letal. En un semáforo, el Topo mira hacia atrás por el espejo retrovisor y hace un sutil cambio de luces traseras.

Entonces el convoy se parte. Nosotros seguimos adelante por la 9 de Julio, rumbo a la comisaría, mientras otro de los autos dobla a la derecha en la búsqueda de la estafeta de correos, y un tercero va hacia el centro de comunicaciones que queda a la vuelta.

Falta poco, compañeros, nos dice el Topo a Alicia y a mí. Por Perón y por la revolución, carajo. Vamos.

Las cosas han cambiado en el hotel. Primero sufrí un traslado. Me llevaron a una pieza que era más grande, lo que es bueno, pero también compartida, lo que es malo. No tenía sábanas blancas, esta, ni camas de dos plazas, ni ventanas que daban al parque, ni baño privado. Lleno de hombres semidesnudos, en calzoncillos, que se paseaban por el lugar sin hablar ni jugar al truco ni a ninguna otra cosa. Tenían los pies lastimados, la piel llena de quemaduras. Cuando le pregunté a uno cualquiera que estaba por ahí de qué eran esas lastimaduras, me miró con los ojos sin brillo y no respondió.

Cuestión que me trasladaron a ese sector del hotel y ahí me dejaron. Yo hablé de presentar una queja formal, amenacé con dirigirme directamente al coronel Ruiz para que tomara cartas en el asunto, pero el guardia de civil no pareció escucharme y los hombres que

estaban ahí adentro, un lugar tan oscuro que apenas podía verse por dónde se caminaba, y a veces uno pisaba una mano o una pierna sin querer, de gente que se había enrollado en el piso, que dormía o descansaba en posición fetal.

Había olor, también, y era otro de los motivos por los cuales pensaba seriamente en presentar una queja. A transpiración, pero también a pis y caca, como si la gente fuera de cuerpo directamente en el lugar, lo que implicaba graves consecuencias para la salud. Me quedé de pie en un rincón, asqueado.

No comimos esa noche, y eso explicaba la delgadez extrema de los otros huéspedes, y esa forma de caminar como temblando que tenían. No comimos bocado ni fuimos al baño. Uno de nosotros le estuvo gritando al guardia durante casi una hora para que lo dejara ir al baño, pero el guardia estaba distraído u ocupado en otras cosas y el huésped, lo sé porque lo vi, terminó haciéndose pis encima, una mancha que creció en sus calzoncillos grises.

Yo caminé entre los cuerpos tirados en el piso y encontré un rincón y ahí hice pis, con la esperanza de no estar meando a ningún compañero

revolucionario.

La estación de policía de La Calera es un edificio antiguo, colonial, con el escudo de la policía plantado en lo alto. Nos detenemos enfrente y uno de los cabos que está de guardia se acerca al patrullero. Nos mira por debajo de la gorra con sus ojos negros, pestañeando. Tiene aliento a mate.

Buen día, dice.

Buenos días, oficial. Estamos acá con los compañeros haciendo un seguimiento desde Córdoba.

Ah, sí, sí. Estacionen ahí bajo el alero, así no se les calienta el auto.

El Topo estaciona y bajamos del patrullero.

Adentro hay otro oficial cebando mate sentado en un escritorio de madera ordinaria. En la esquina, una bandera argentina, una foto de Onganía con la banda presidencial colgada en la pared. El oficial me

pregunta si gusto. Le digo que sí, acepto el mate, chupo la bombilla y siento el sabor a peperina y una dulzura intolerable. El oficial le echa una cucharada grande de azúcar con cada cebada. Es asqueroso, pero trato de contenerme y lo tomo hasta el final. El cabo lo recibe y le echa otra montaña de azúcar encima y le ofrece al Topo.

No, gracias, dice el Topo, sentado frente a él en el escritorio.

Después me mira. Es una mirada que podría sonar apagada, incluso muerta, pero que entre nosotros quiere decir muchas cosas.

Por lo pronto que vos, que te bajaste a unas cuadras de acá para vigilar la calle principal, no debés haber notado ningún movimiento raro, caso contrario nos hubieras avisado por los intercomunicadores. Lo mismo con el grupo que fue a Comunicaciones y el otro, el de la estafeta postal. La mirada dice, quiere decir, que todo marcha bien. Que va a pasar, de un momento para el otro. Que está cerca. Que nos acercamos a la verdad. Que la voluntad no debe flaquear.

Para la ficha, dice el otro cabo abriendo un cuaderno, necesitaría saber sus nombres y el destacamento del que son parte. Es un registro que tenemos.

Sí, oficial, cómo no, dice el Topo, y saca la 9 milímetros y le apunta a la cabeza, incluso guiñando un ojo, como si quisiera apuntar con la mayor

calidad posible. Yo hago lo mismo y le apunto al que ceba mate. Estoy parado. Mis manos tiemblan casi imperceptiblemente.

Mi nombre es Juan Domingo Perón, dice el Topo, y vengo a recuperar este bendito país.

Con los días (creo que días, en rigor pueden haber sido horas o semanas, es difícil medir el tiempo en una habitación a oscuras) mi ropa blanca de lino se fue deteriorando, ensuciando, deshaciendo incluso. De pronto yo también estaba en calzoncillos, caminando entre los cuerpos, a veces pisando alguno, a veces meando encima de alguno, todo el tiempo con ganas de vomitar, hasta que las náuseas se fueron, la oscuridad se fue y empecé a ver en lo oscuro como si fuera un animal nocturno.

A todos les preguntaba por Alicia. Había hombres y mujeres ahí adentro, o por lo menos sus voces semejaban las de hombres y

mujeres, pero ninguno tenía datos precisos de adónde había ido a parar ella.

No digas su nombre, me dijo uno.

Pero si acá somos todos compañeros.

Acá no somos todos compañeros. Acá parece que somos compañeros, pero está lleno de infiltrados, susurró. Acá no sabés quién es compañero y quién es una lora.

¿Qué es una lora?

Una que canta. Mejor no digas su nombre. Mejor guardateló.

Yo le hice caso. En vez de su nombre, daba una somera descripción de Alicia. Decía: una mujer, de un metro setenta y cuatro, embarazada de ocho meses. ¿Nunca la viste?

Uno me dijo que había visto una embarazada en otro pabellón, atada de manos, con una venda en los ojos, que gritaba todo el tiempo.

¿Qué gritaba?

Puteaba a los milicos.

Entendí que era ella.

Estaba enojadísimo con la atención. La falta de condiciones higiénicas, la poca o nula comida y bebida que nos daban, el hecho de estar encerrados sin ejercicios ni posibilidades de lectura o de jugar al truco. Así que golpeé la puerta y pedí hablar con el coronel Ruiz. Era una puerta maciza, dura, y

mis golpes sonaban blandos sobre ella, pero después de un rato uno de los hombres de civil abrió y dijo:

¿Qué pasa que están golpeando tanto?

Necesito hablar con el coronel Ruiz, le dije. Inmediatamente.

Sí, señor, cómo no. Venga por acá.

Yo estaba en calzoncillos, sucio, despeinado, sin haberme lavado los dientes en días o semanas.

¿Podría pasar a un baño antes?

Si quiere hablar con el Coronel, hable ahora.

Caminamos por un pasillo que nada tenía que ver con el hotel. Era de pisos de cemento alisado. A los costados había puertas, tan macizas como la de nuestra prisión, y del interior de las puertas se escuchaban gritos.

Creo que hay gente que necesita ayuda ahí adentro, le dije al hombre de civil.

¿Ahí adentro? No, están bien. Se divierten así.

A mí me parecía una forma muy burda de diversión, pero nada dije. A veces es mejor quedarse en el molde.

Salimos al patio y la luz me encandiló. Debía hacer cinco o seis días que no veía más que esas lamparitas de bajo voltaje que colgaban llenas de telarañas y polvo desde el techo, y una luz real como esa era demasiado para mis ojos.

¿Quema un poco, caballero?, me dijo el guardia de civil cuando me vio tambaleante. Me pareció una forma maleducada de dirigirse a mí, pero una vez más nada dije.

El patio era más o menos como lo recordaba. El césped cortito. Los árboles hermosos y antiguos con sus copas inclinadas hacia el suelo. Pero ya no estaban las mesitas para jugar al truco ni el instructor de gimnasia ni los gimnastas haciendo contorsiones bajo la luz de la mañana. Caminé con mis pies desnudos sobre el césped hasta que llegamos al despacho del Coronel, y el hombre de civil golpeó la puerta con delicadeza.

¿Sí?, se oyó desde adentro.

Disculpe, Coronel, tengo uno acá que quiere hablar con usted. Un tal…

me miró para que le dijera mi nombre.

Luis Lara.

Un tal Luis Lara.

Luis Lara, Luis Lara, sí, hágalo pasar, dijo el Coronel.

El guardia de civil me abrió la puerta y entré.

Los montoneros entran y salen sin ser vistos. Los montoneros son como el Espíritu Santo. Cualquiera puede ser montonero, y nadie lo es. En la cúpula montonera, arriba de todo, no hay personas. Ni siquiera Perón. En la cúpula montonera hay un sueño y es ese sueño el que perseguimos, de oficina en oficina, de comité en comité, de marcha en marcha, de enfrentamiento en enfrentamiento, sin poder alcanzarlo nunca. Tu madre puede ser montonera. Tu hija puede ser montonera. El vecino que riega las plantas con la manguera en las mañanas puede estar planeando un atentado montonero. Oís el viento, y el viento parece arrastrar consigo palabras antiguas cuyo significado estás a punto de recordar: eso son los montoneros. En un sueño, ves la cara de alguien que te recuerda a otra persona o te recuerda al momento en que tuviste un recuerdo: esos son los montoneros. Estás muriendo y ves el otro lado y querés comunicárselo a los demás, a los que espían tu agonía sin piedad en la tarde naranja, y de tu boca solo salen gemidos y cloqueos y ruidos primitivos: esos son los montoneros.

Este es un mensaje de los montoneros, dice el Topo, a los policías maniatados y en calzones. Esta ciudad se declara liberada desde ahora y para siempre.

El policía que nos hizo pasar nos mira, los ojos hinchados por la rabia. El otro, el que tomaba mates, acuclillado al lado, se ríe y niega con la cabeza.

¿De qué te reís?, le pregunta el primero.

Son chicos, dice el segundo.

Somos soldados, dice el Topo. Así que más respeto.

Afuera ya es casi de día. La gente de La Calera sin saber que el aire que huelen, el agua que sale de la canilla, el cemento de las calles, todo es ahora de los montoneros. Da un poco de risa, yo también quisiera reírme, pero el Topo se enojaría. No pienso hacerlo entonces.

El intercomunicador que tengo en la mano chisporrotea. Me alejo para hablar.

Gringo. ¿Todo en orden ahí adentro?

Sí, dulzura, le susurro. ¿Ahí afuera todo bien?

Perros que mean las veredas, nada más, dice ella.

Cualquier cosa me avisás. Cambio y fuera.

Cambio y fuera decís, con seriedad marcial, aunque riéndote un poco vos también.

Como primer acto del nuevo gobierno ustedes van a cantar la marcha peronista, dice el Topo.

El que se había reído larga la carcajada, directamente, y el otro lo mira con los ojos inyectados en sangre.

Cuando los agarren, dice el que se ríe.

¿Qué?, pregunta el Topo.

Les van a estirar las bolas con pinzas, dice el que se ríe. Se las van a estirar como si fueran chicle. Largo, largo. Y ustedes van a pedir por la mamita, pero la mamita no los va a encontrar.

Ojo con lo que decís, dice el Topo, poniéndole la 9 milímetros en la cara.

Ojo porque se me puede escapar un tiro.

Pero el otro no deja de reírse y de negar con la cabeza. Incluso su compañero trata de acallarlo, pero no hay caso.

Les van a arrancar las uñas y se los van a coger. Se los van a coger uno por uno.

El Topo le apoya la pistola en la frente. Veo su dedo acariciando el gatillo y tengo la impresión de que en cualquier momento se va a escuchar el ruido sordo y el que se ríe va a caerse para atrás con un disparo en la frente.

Agarro al Topo del brazo.

Tranquilo, le digo.

El culo les va a quedar montonero, dice el policía.

El Topo me mira y lo mira al chistoso y se pone en cuclillas y le susurra algo que no alcanzo a escuchar. Algo que no va a tener tiempo

de decirme, después, porque pasó lo que pasó. La risa del policía se corta de golpe.

Arriba, le dice el Topo. La marcha se canta de parado.

No me sé la letra.

Yo te la voy a enseñar, dice el Topo.

Los policías se paran. El Topo pone la marcha en el pasacasete y se oyen los primeros acordes. Oímos la voz de Hugo del Carril: Los muchachos peronistas

todos unidos triunfaremos

y como siempre daremos

un grito de corazón Viva Perón, Viva Perón.

Los policías cantan, o tratan de cantar, pero se equivocan la letra. Al final cantamos esas estrofas que inventamos nosotros, y que no son parte del original:

Con el fusil en la mano,

y Evita en el corazón,

Montoneros, «patria o muerte»,

los soldados de Perón.

Muy bien, dice el Topo, con los últimos acordes. Ahora ya son peronistas, lo quieran o no. Ahora están bautizados.

En ese preciso instante, en la estafeta de correos, el Gato y la Negra han reducido a las dos empleadas, de pie, contra una pared, mirando atentamente un plano de La Calera, y revisan mientras tanto los cajones en busca de no saben muy bien qué. Hay poca plata, y sellos de correo, nada más. El Gato corta el cable del teléfono y la Negra agarra un puñado de esos sellos y los mete en una bolsa y eso es todo. A unas pocas cuadras, en la sede del Banco de la Provincia de Córdoba, Mandioca, Niní y el Colo le están apuntando a la cabeza del gerente para que abra la bóveda del banco.

Las manos gorditas del gerente tiemblan un poco mientras obedece, le cuesta embocar la llave pero al fin lo hace y se aparta, apuntado a la cabeza, y la Niní y el Colo entran con bolsos a la bóveda y salen diez minutos después con los bolsos llenos, en total más de un millón de dólares que irán a parar a las arcas de montoneros, la cúpula los recibirá y los contará y los guardará en un lugar secreto al que ni siquiera nosotros tenemos acceso.

Todo está pasando ahora mientras los policías terminan de cantar, o

de intentar seguir, más bien, la marcha peronista, y el Topo les dice que ahora son peronistas para siempre, lo quieran o no.

Lo sé porque hago dos llamadas breves con el intercomunicador a los encargados de cada célula y, por último, te llamo a vos y te pregunto y me decís que todo sigue bien, que es un éxito total, que vas a poner la caja en el centro, en la esquina de la 9 de Julio y Laprida, y que ya va siendo hora de que emprendamos la retirada. Metemos a los guardias entonces en una

celda y cerramos la puerta y les tiramos unos buenos besos desde el otro lado de los barrotes.

El guardia que se reía ya no se ríe. El otro nos putea por lo bajo.

Lara, cómo le va, dice el Coronel. Sientesé por favor.

El Coronel está casi desnudo. Su cuerpo gordo y pálido envuelto en una toalla blanca, otra toalla sobre los hombros, el pelo mojado, como si acabara de tomar una ducha. Se sienta en la silla y me sonríe y yo me siento enfrente, en calzoncillos.

Quisiera explicaciones, le digo.

Explicaciones, sí, dice el Coronel.

Creo que el trato al que nos están sometiendo es injusto y parcial.

Injusto y parcial, repite el Coronel.

He meado a mis compañeros de celda, le digo. He tenido que defecar junto a sus cabezas.

Entiendo, entiendo, dice el Coronel. Usted tiene dudas.

Las tengo. Sobre todo una. ¿Qué ha sido de Alicia, mi mujer, embarazada de ocho meses? Esa es mi duda principal.

Alicia, Alicia…, trata de recordar el Coronel.

Una rubia, de pelo lacio.

Algo recuerdo, sí, dice el Coronel. ¿Está embarazada?

De ocho meses, señor. Y no me parece que el trato hacia ella en su

condición pueda ser este.

No, no, por supuesto. Usted tiene dudas y está enojado.

Estoy muy enojado.

Es comprensible. Es perfectamente comprensible. Usted quiere entender lo que hacemos en este lugar.

Me encantaría, le digo. Para empezar.

No hay ningún problema, dice el Coronel. Le vamos a mostrar lo que hacemos.

De inmediato, exijo.

Sí, sí, no se preocupe. Será de inmediato.

El Coronel se pone de pie. Yo hago lo mismo.

Formosa, dice el Coronel, llamando al guardia de civil. ¿Será tan amable de mostrarle al señor Lara las actividades que se realizan en este lugar?

A la orden, mi Coronel, dice Formosa.

Vaya, vaya tranquilo, dice el Coronel.

Se lo agradezco, digo.

No tiene nada que agradecer, dice el Coronel.

Perón o Muerte, escribiste en la esquina de Laprida y 9 de Julio. Y

dejaste la caja en un banco de cemento. Por ahí te pasamos a buscar. La caja decía «Peligro: explosivos».

Un grupo de militares la abrirá dos horas más tarde y encontrará el pasacasete con la marcha peronista.

Estamos exaltados, golpeando el techo del auto, cantando. Todavía no sabemos lo que va a pasar. Antes de llegar a Córdoba nos dividimos. Vemos el auto en el que van el Topo y el Negro doblar a la derecha,

saludándonos.

Flaco y Gordo siguen un camino paralelo y nosotros doblamos a la izquierda y dejamos el auto en un estacionamiento.

Bajamos, tomamos el 160. En un bolso llevo la plata. Es un bolso pesado, deportivo. Nos vamos a dormir a nuestro departamento y nos despierta el teléfono. Vos atendés, escuchás lo que dicen, colgás.

Nos tenemos que ir, me decís.

Nos levantamos y nos llevamos lo puesto. Nada más. Incluso dejo el bolso debajo de la cama.

En el kiosco de la terminal compramos el diario. Está la noticia sobre la toma, por supuesto, y la leemos detenidamente, identificando las partes en las que tal hizo tal cosa, pero también la otra. La foto del Topo, que ha sido apresado por la policía. El viejo auto que robamos se descompuso en la subida del Cerro de las Rosas, cerca de la estación de policía que asaltamos alguna vez, y los efectivos lo rodearon y lo balearon, aunque el Topo sobrevivió. Lo subieron a una Estanciera rumbo a la comisaría. «Viva Perón», gritaba en la Estanciera que se lo llevaba. Estamos en un colectivo rumbo a Santa Fe, donde vive tu tía Laura.

Para un montonero, cualquiera que no sea un montonero es un enemigo potencial. En el colectivo, un hombre despatarrado dos asientos más adelante a veces se da vuelta para mirarme. Es un hombre de ojos y nariz grandes, más cerca del reino de los insectos que de los mamíferos, que dos

veces me mira, como si estuviera reconociéndome, y después se da vuelta y ya no me mira, pero yo siento que él sabe, y que es uno de ellos, o que podría ser uno de ellos. Un cantante, alguien a quien le gusta cantar. Veo su pelo canoso y escaso emergiendo por encima del asiento, su mano que sostiene un cigarrillo. Paramos en San Francisco, a dejar a algunas personas y recoger otras, y el hombre baja a estirar las piernas. Yo hago lo mismo. En la terminal hay dos policías pidiendo documentos de identidad a los que suben. Yo me acerco al hombre y le pido fuego. Lo miro directo a sus grandes ojos verdes. Trato de encontrar una chispa de conocimiento en esos ojos, pero no hay nada.

Gracias, le digo, devolviéndole el encendedor.

En ese mismo momento están torturando al Topo, en un destacamento policial de Córdoba. El Negro ha sido acribillado a balazos en un enfrentamiento con la policía, poco antes. Al Topo le dan patadas, puñetazos, le ponen una luz brillante frente a los ojos. Sueño con eso mientras trato de dormir en la casa de tu tía. Tu tía vive en las afueras de Ceres, en una casita de barro. Una vez por semana vamos a la ciudad, compramos el diario, leemos. El Topo ha cantado. De eso nos enteramos.

La policía entró a la casa del barrio Los Naranjos donde vivían el Flaco y el Gordo y se llevaron las armas, el dinero y los papeles.

Vemos por televisión el velorio del Topo, al que asisten tres mil personas y Perón manda una corona de flores. Ya no hay cúpula de montoneros, ya no hay montoneros en ninguna parte, o los montoneros están en todas como un sueño apagado.

Se acabó, me decís.

Y en cierto sentido es verdad. Se acabó. Pasamos un tiempo en la casa de la tía Laura, que es solterona y cría gallinas y vende los huevos a los almacenes, evitando la ciudad lo más posible. Yo me dejo el bigote, vos te cortás el pelo y te lo teñís de negro. Aprendemos a cuidar a las gallinas, a darles de comer, a despiojarlas. Cada vez que estamos cerca de un policía, mi corazón se acelera, me sudan un poco las manos. ¿Tenía información la casa de Los Naranjos que nos involucrara a vos y a mí? No lo sabemos y

ese no saber es lo más desesperante. Por momentos tengo la impresión de que están mirándonos, escondidos en alguna parte, esperando a que nos distraigamos para saltarnos encima. Duermo mal, duermo con un cuchillo metafórico bajo la almohada.

La noche en la que nos secuestraron nos habíamos ido a dormir

temprano, porque al otro día arrancábamos a las cinco. A eso de la una golpean a la puerta de nuestra casita, la que alquilábamos en el barrio Primero de Mayo. Yo me levanté de un salto, porque sabíamos lo que estaba pasando, y estaba buscando la caja con la pistola debajo de la cama, una caja de zapatos con la Bersa y las municiones, cuando derrumbaron la puerta y entraron. Eran hombres de civil. Tenían camperas de cuero.

Estaban bien afeitados. Me dieron un culatazo en la espalda y caí de rodillas. La pastilla de cianuro se me cayó de la mano. Vos apenas habías abierto los ojos, tu clásico sueño denso y pesado, y alguien te levantó de los pelos.

Entonces me hiciste esa mirada. Me regalaste tu mirada y te pusieron la bolsa en la cabeza.

Pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá. Otra vez el evangelio según Mateo.

Todo va a estar bien, me dijo el hombre de civil, guiándome por el pasillo de cemento. Si usted hace lo que le dicen, todo va a andar óptimo.

Me miré los pies. Me faltaban algunas uñas. ¿En qué momento había perdido las uñas? Estaba caminando torcido como un chico con polio y me faltaban uñas y la piel de mis piernas tenía quemaduras por todas partes.

Qué cosa. Nunca me había dado cuenta de lo precario de mi salud.

Exijo ver a mi mujer inmediatamente, dije. El Coronel me hizo la promesa.

No se preocupe, amigo. Ahora la va a ver, me dijo el hombre.

Tenía una voz cantarina, con fuerte acento cordobés.

Llegamos al lugar donde había una puerta en el piso. Estaba abierta.

Unas escaleras descendían hacia lo oscuro.

Ahí abajo están esperándolo, amigazo, dijo el hombre de civil.

Yo me quedé mirando el hueco. Lo miré a él. Empecé a negar con la cabeza.

¿Qué pasa? No pasa nada. Baje, baje que su mujercita lo está esperando.

Descendí el primer escalón y empecé a escuchar la canción.

Bailar el twist es la primera lección

muy fácil es prestando atención.

La música se oía cada vez más clara a medida que bajaba, mientras la oscuridad se hacía más densa y me comía a grandes bocados los dedos sin uñas.

El que entra

Le dijeron que en casa de los Lara había joyas. Dólares, joyas: eso había.

Él se quedó pensando: no dijo nada. No respondió inmediatamente, se guardó el dato.

Estaban limpiando la moto con el Piru, en la vereda de su casa. La habían desarmado, y desengrasaban las partes con querosén. Era una moto de mierda, una Garelli que tosía al patearla y a la que el Piru le había insertado una carcasa de aerosol al caño de escape para que rugiera más.

Ahora la limpiaba como si fuera un reloj. No fumaban porro: ya habían fumado, esa siesta, mientras lijaban las paredes de la casa en la que trabajaban. El Piru y él (el Negro Fly, era su nombre) tenían que lijar las paredes y pintarlas después. Se habían llevado una radio a pilas y escuchaban cuarteto, el dial fijo en La Popular, como le decía el Piru, amenazando con hacerle un punto de soldadura ahí, y mientras trabajaban compartían un porro paraguayo prensado maloliente que el Negro Fly conseguía en el barrio de las cincuenta viviendas. Ahora, a la salida, a las seis y media de la tarde de un día de julio, tomaban una Quilmes y charlaban. El Piru hablaba limpiando las piezas de la moto con un trapito embebido en querosén y mirándolas a trasluz como si fueran transparentes.

Son ellos dos. Nada más. Ya están medio viejos. Los dólares deben estar en una cajita. Me imagino. No los van a tener en el banco. Entonces es cuestión de entrar, buscar eso y salir. No pasa nada. Ni siquiera vas puesto.

Hay joyas, dólares, muchas cosas hay. Son confiados. Ni caja fuerte deben tener.

El Negro Fly no dijo nada. Desconfiaba: le parecía demasiado fácil. Algo debían tener.

Alarma deben tener, dijo.

Alarma no tienen. Yo sé porque estuve, dijo el Piru agachándose para sacar la bujía. Fui a cortar el pasto en el verano. Me fijé. Se ven los cables, el aparato.

El Piru hablaba con propiedad. Sabía hacer una instalación eléctrica.

Había trabajado en la empresa local que proveía de televisión por cable.

Sabía distinguir los cables. Eran distintos: conocía.

No hay cable ni caja de la alarma. No hay alarma. No hay perro. Es papita pa'l loro, culiá. Los sábados a la noche siempre van a comer a alguna parte. El barrio está hecho una tumba. Tenés que saltar el tapial. Vas por atrás, por la fábrica que está en Juan B. Justo, bordeás ahí y te metés. Fácil, fácil.

Si fuera fácil lo harías vos, dijo el Negro Fly, suspicaz.

Yo tengo antecedentes, boludo, por eso te digo. Yo te puedo hacer de campana, si querés. Pero meterme, no.

No sé, dijo el Negro Fly.

Y era verdad: no sabía. Sabía que necesitaba un extra para que la madre de su hijo le dejara de romper increíblemente las pelotas con lo de la cuota alimentaria. La última vez que fue a verlo para que patearan un rato en el campito, el domingo a la tarde, después de levantarse en su casa y almorzar los pedazos de asado frío que habían sobrado de la noche anterior, con mayonesa, mirando la carrera del TC 2000, la madre le hizo un verdadero escándalo ahí nomás, en la vereda. El Negro Fly amaba a su hijo, el Nico era lo mejor que le había pasado en la vida, pero maldito el día en que se le ocurrió cogerse a la

madre y el día en que la madre decidió que iba a tenerlo, aun en contra de su deseo, que era abortarlo y chau, cuando ya se veía venir que estaba recontraloca. Así que ahora ella le exigía plata, era lo único que quería de él, y amenazaba con no dejárselo ver. No tenía mucha plata el Negro Fly, esa era la verdad. La verdad era que también quería algo de plata para salir con los amigos, porque también tenía que vivir, carajo.

Vivir era caro. Así que usaba lo de su trabajo de albañilería y arreglos en general para ayudar en su casa, a su pobre vieja que lo mantenía, y apenas le quedaba para tomarse unos tragos o ir al baile los fines de semana. Y esa conchuda quería sacárselo todo.

Así que se quedó pensando que podía ser buena idea lo de meterse en casa de los Lara.

No se apresuró, de todas formas. Esperó.

El martes siguiente fue a ver a su hijo. Lo buscó en el colegio y lo subió a la moto. Fueron a su casa, tomaron la chocolatada mirando *El Chavo del Ocho* y después él hojeó el cuaderno de Nico, a pedido suyo, y vio su escritura prolija y atenta, mucho más prolija que la suya, y sintió una cosquilla extraña. Jugaron un rato al fútbol, el chico era prácticamente una alpargata, pero el Negro Fly le enseñaba con paciencia lo que tenía que hacer. Y cuando fue a llevárselo a la madre, ya tenía un plan. Ella lo miró con desprecio, le habló de los gastos del chico en el colegio, del costo de los libros y los útiles escolares y él dijo, con suficiencia: Vos tranquila.

¿Qué me decís que me tranquilice, boludo?, dijo ella.

Estoy por hacer un negocio, se limitó a aclarar el Negro Fly.

Ella frunció los labios en un gesto de escepticismo. Qué vas a hacer un negocio vos, quería decir.

Vos tranquila, repitió el Negro Fly, saboreando ya su triunfo. Le iba a cerrar el culo. Ya iba a ver. Lo tenía decidido.

Esa misma tarde dejó la moto estacionada en la plaza cívica, bajo los tilos, y como quien no quiere la cosa se prendió un Rodeo y pasó caminando despacito frente a la casa de los Lara. Conocía a la familia de vista, como todo el mundo. Sabía que habían perdido un hijo en la dictadura. Sabía, como todos en la ciudad, que los Lara se habían puesto raros desde esa época. Sabía que eran ricos, tenían campo.

La casa se levantaba en una esquina, entre los altos plátanos que debían tener cincuenta años y cuyas raíces rompían la vereda abultándola desde abajo. Alguna vez había sido una verdadera mansión, con sus torres laterales y sus almenas y el imponente portón de enfrente, pero ahora estaba despintada y comida por la humedad. Una enredadera reseca, con partes faltantes que habían dejado su sombra en la pared, cubría parte del ala sur.

Las ventanas y las persianas de madera del primer piso estaban cerradas. El Negro Fly miró todo esto haciéndose el distraído, parado en la esquina, como si estuviera esperando un remís. A cada rato hojeaba su reloj, inquieto, para darle más verosimilitud al asunto. Al final, cuando ya había terminado su cigarrillo, lo tiró a la calle y se volvió caminando hasta la

plaza. Se subió a la moto y la pateó y aceleró por la 9 de Julio rumbo a su casa.

Fue dos veces más, esa semana. Ir más hubiera significado levantar sospechas. Había casas alrededor, casas habitadas por viejas que no tenían nada mejor que hacer que mirar por la ventana. Vio lo de siempre: la casa quieta, inmóvil, como deshabitada. El domingo por la tarde, justo cuando estaba mirando, se abrió el portón y salieron los Lara en el auto. Tenían un Mercedes viejo, bien cuidado. Lo sacaron y volvieron a cerrar el portón.

El Negro Fly pensó que había visto ese auto muchas veces, cerca de la confitería de La Esmeralda, y efectivamente, cuando se fue caminando lo encontró, estacionado enfrente. Se sentó afuera y se pidió un helado de una bocha y lo tomó despacio. Después se fumó un cigarrillo y anduvo dando vueltas por esas cuadras, una detrás de la otra, siempre fijándose en lo que hacían esos viejos. Adentro, los Lara habían sacado una caja de cartón y estaban jugando al dominó o alguna boludez por el estilo con una pareja amiga. Eran las tres de la tarde.

Los vio tomar café. Los vio salir para fumar. Los vio hablando con el mozo, que parecía conocerlos desde siempre. Entendió entonces lo que pasaba. Todos los domingos repetían lo mismo, los Lara. Era su costumbre.

Ir a ese bar a jugar al dominó o lo que mierda fuera.

Esperó una semana más. Sabía ser precavido el Negro Fly, cuando quería. Tomarse su tiempo. Evaluar.

Estaban pasando la amoladora por la pared de una casa vieja, con el

Piru, fumando porro y escuchando La Mona en La Popular, y el Piru le preguntó si pensaba hacerlo.

Hay que ver, fue toda su respuesta.

Sabía callarse las cosas el Negro Fly, cuando debía.

El viernes le pagaron y le llevó parte de la plata a la guampuda de su ex.

Ella miró la plata con desprecio: era mucho menos de lo que le debía, pero para algo iba a servir. El Negro Fly no salió esa noche: se quedó mirando una pelea de boxeo en la tele y se fue a dormir temprano.

El domingo a las tres dejó la moto en el estacionamiento de la plaza y pasó caminando despacito enfrente de La Esmeralda. Ahí estaban. En la misma mesa con el mantel blanco y los mismos compañeros. Jugaban concentrados, absortos. El Negro Fly fue a sentarse en uno de los bancos de la plaza y esperó. Era un día hermoso y se cruzó con algunos que pasaban

en moto o en auto y lo reconocían y tocaban un bocinazo corto para saludarlo, que él respondía levantando la mano o asintiendo ligeramente.

Estaba a unos cincuenta metros de La Esmeralda y cada tanto miraba hacia el lugar. Como la vez anterior, los Lara salieron a las siete. Él, con su chomba Le Coq y su bigote y los lentes negros colgando del escote. Ella con una permanente en el pelo rojo, algo avejentada pero hermosa, como siempre. Los vio caminar hasta el auto y subirse y arrancar, y desde ese momento supo que lo iba a hacer el siguiente domingo.

Un problema que fuera de día. Un verdadero problema, pero los tapiales altos lo iban a proteger. Si no tenía una alarma, como decía el Piru, lo iba a hacer de día.

Al Negro Fly no le gustaba robar. A veces robaba, pero cosas chiquitas.

Bicicletas, por ejemplo, que le llevaba a uno de los cabezones del barrio de las cincuenta casas para que la pintara y la vendiera. No ganaba casi nada: era deprimente. Una vez, con sus amigos, había robado un chanchito de un corral en el campo, a la madrugada, después del baile. Lo carnearon y lo comieron a eso de las nueve, y eso estuvo bien, pero casi no valía como robar.

El Piru robaba. Antes de pasar un año por hurto simple, robaba. Había entrado en galpones y fábricas a robar mercadería. Una vez robó un auto, en una ciudad vecina, y lo llevó hasta Córdoba para que lo desarmaran en los autopartes. El papá del Piru cumplía una condena de veinte años por robo a mano armada con alevosía y antecedentes, en una cárcel de Córdoba, de la época en que habían reventado un camión de caudales.

Pero el Negro Fly no robaba. No era que tuviera miedo: no tenía. No era tampoco culpa. Toda plata era robada: lo sabía. No: había alguna razón íntima, incomprensible, por la que no robaba. Pero no lo había hecho hasta el momento y, mientras se preparaba para el domingo, pensó que era demasiada la tensión y que no lo volvería a hacer. Lo haría esa vez, y listo.

Después vería cómo seguir consiguiendo plata para la cuota alimentaria de Nico. A lo mejor, si las joyas valían realmente lo que decía el Piru podría ahorrar algo de plata para pasársela a la madre mes a mes. Conseguir trabajo estaba dificilísimo, o por lo menos uno un poco mejor pago que pintar casas y cortar césped, pero robar lo ponía nervioso.

El viernes pasó a buscar a Nico por el colegio. Lo esperó en la vereda, con los otros padres, y apenas lo vio salir, cabizbajo, con la frente fruncida,

supo que algo había pasado. ¿Podrías quedarte un segundito?, le preguntó la maestra.

Sí, claro, dijo él.

Nico se agarró de su mano. Él le preguntó con los ojos qué había pasado, pero el chico no quería hablar, evidentemente. Se miraba los pies. El Negro Fly puteó para adentro. Cuando la puerta quedó vacía, la maestra lo llamó y lo hizo pasar al aula. Le ofreció una silla.

Qué tal, señor Acosta. Disculpe que lo retenga, pero Nico tuvo un episodio hoy con un compañerito.

¿Qué pasó?

El Negro Fly se imaginaba una muestra de hombría por parte de su hijo.

Había peleado, seguramente, y la maestra le hablaría del abuso y de que la educación empieza por casa.

Es un poco difícil de poner en palabras, pero su hijo le hizo una…

insinuación, digamos, a un compañero.

¿Cómo una insinuación?

Una insinuación… sexual, susurró la maestra. A ver, a esta edad es lo más común del mundo. Están en una etapa de descubrimiento y experimentación, hay que entenderlo. Pero el compañero de Nico se sintió violentado y a lo mejor sería bueno que usted pueda hablar con él. De hombre a hombre, digamos.

Poco de eso escuchó el Negro Fly. No estaba enojado. Estaba desorientado como si se hubiera dado un golpe en la sien. Una vez había chocado en la moto, un par de años atrás. Venía cagando por la Sáenz Peña y se la puso contra las ruedas traseras de un auto. Voló por el aire, cayó en la calle y se golpeó apenas la frente. Fue una desgracia con suerte, como no se cansaron de decir todos a su alrededor, pero durante los primeros minutos, acostado, mirando el cielo, las caras de los vecinos que se habían acercado a ayudar recortadas ahí arriba contra el celeste clarísimo, no supo quién era ni qué hacía ahí.

Algo parecido le estaba pasando en este momento.

Quiso levantarse, pero sintió que las piernas se le iban a doblar y se quedó sentado. La maestra seguía hablando. El tema de la educación sexual, blablablá. Cuando terminó, él se limitó a darle la mano y salió al patio y se lo encontró a Nico ahí, que seguía cabizbajo. Se subieron a la moto y fueron hasta su casa.

No hablaron del tema. El Negro Fly no sabía cómo empezar siquiera a hablar de eso. Sentía el peso de una piedra en mitad del pecho. No dolía.

Pero ahí estaba, y no se iba a ir. Frente a la abuela, su hijo había recuperado milagrosamente el habla y estaba de lo más simpático contándole las cosas del colegio, pero si sus miradas se cruzaban había algo raro pasando por ahí, algo que el Negro Fly no lograba identificar.

Pensó en cagarlo a cachetadas. Después recordó a su difunto padre.

Recordó las tundas que le daba y el odio que había desarrollado hacia él, un odio que todavía sentía en alguna medida. ¿Quería eso para su hijo? ¿Y cuál era la otra opción? ¿Dejar que se transformara en homosexual, en travesti?

¿Qué te pasa a vos que estás callado?, le preguntó su madre alcanzándole un mate.

Nada, dijo el Negro Fly. Estoy molido.

Pobre, mi hijito, dijo la madre y le pasó las manos por la cabeza como hacía siempre. Pobre, mi hijito, cansado.

El chico se quedó haciendo los deberes frente a la televisión prendida y cuando terminó, el Negro Fly lo llevó de vuelta a la casa de la madre. En la puerta se miraron. Fue una mirada rara. El chico entró a la casa y la madre le dijo que necesitaba plata para unas zapatillas.

El Negro Fly no le contestó. Estaba pensando en otra cosa.

Después, todo fue cuestión de esperar. En las noches, con los ojos cerrados, se imaginaba entrando en la casa de los Lara. Puede que haya soñado con eso, no estaba seguro, pero por las mañanas se despertaba malhumorado, inquieto, como si en el sueño hubiese vivido algo espantoso.

No habló con Nico, ni siquiera sabía con seguridad qué había pasado, por lo que decidió olvidarlo. Por las mañanas iba a la obra con el Piru: ya habían terminado de lijar y de pasar la amoladora y estaban pintando, primero las paredes; después sería el turno de las aberturas. El Piru no le preguntó sobre la idea del robo en la casa de los Lara; nada le dijo el Negro Fly. A nadie le contó.

El viernes, a las seis de la tarde, terminaron la jornada. Apagaron la radio, el Piru guardó el porro en una etiqueta de Camel 10 y se despidieron en la puerta.

Ese sábado tampoco hizo nada. Se levantó temprano, tomó unos mates con su mamá, sentado en la mesa del comedor, cubierta con un mantel de hule, con la televisión prendida en el noticiero de Teledoce.

Como no tenía planes, se dedicó a podar la parra del patio. Recordó, mientras lo hacía, que era su padre el encargado de eso cuando él era chico.

Se subía a un banquito de madera, viejo e inestable, con sus pies enfundados en ojotas que dejaban ver sus dedos retorcidos, sus uñas duras y gruesas, y con un cigarrillo negro en la boca cortaba las ramas secas y arrancaba las hojas con las manos para que, a la siguiente floración, la parra creciera más fuerte. Ahora estaba en agosto, ya los días eran un poquito más largos y cálidos, y pronto vería otra vez los

tallos salir de las viejas ramas secas y tendría que subirse al banquito para enredarlos en los alambres.

(Pero eso no pasaría: él no iba a estar ahí para hacerlo).

Al terminar barrió y embolsó las hojas y ramas y las sacó a la vereda para que se las llevaran los basureros.

Dedicó lo que restaba del día a hacer una serie de arreglos. Era como si supiera lo que iba a pasar, pensaría, después, su madre, y quisiera dejar todo de la mejor forma posible en su larga ausencia. Arregló la tapa del inodoro, que se había salido. Cambió el foco quemado del patio. Le puso un par de gotas de aceite a la puerta metálica que daba al lavadero, que siempre hacía mucho ruido.

De pronto, a las seis de la tarde se estaba haciendo de noche y se preguntó dónde se había ido el tiempo.

Fue a buscar a su hijo y alquilaron *George de la selva* en el videoclub del centro y comieron una pizza mientras la veían. Por momentos él desviaba la vista de la pantalla y miraba a su hijo, que se reía a carcajadas con la boca cubierta del aceite de la pizza. ¿Será?, se preguntaba. Después ahuyentaba el pensamiento. Cuando terminó la película, su hijo se había quedado dormido: lo llevó en brazos hasta el cuarto de la abuela, que era donde dormía cuando estaba de visita.

Al otro día, después de dejarlo en su casa, compró un pollo asado con papas en una rotisería. En la televisión pasaban *Los Benvenuto* y su madre, como siempre, se quedó dormida en el sofá después del almuerzo, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. A las tres menos cuarto él le dio un beso en la frente, buscó el bolsito con las herramientas y salió. No fue en moto esa vez: salió caminando. No quería ser visto ni llamar la atención.

Eran casi las tres: la hora muerta de los domingos. La gente había acabado de almorzar y estaban tomando el helado o el café, con las panzas llenas, algún programa de la siesta en la televisión. Los hombres con los

pantalones desabrochados, habiendo comido una fuente entera de ravioles con boloñesa o un asado completo, boqueaban silenciosos, adormilados.

Las mujeres levantaban la mesa y lavaban los platos. Los adolescentes se habían acabado de despertar después de la juerga del día anterior. Las calles estaban iluminadas y vacías, excepto por algún desubicado

que había decidido lavar el auto a esa hora, con las puertas abiertas y un partido de la B nacional sonando en el interior.

El Negro Fly trató de no llamar la atención, de no mirar a nadie, de que no lo vieran. Caminó por calles aledañas, primero cerca de las vías y después detrás de la terminal de ómnibus, junto a la casa funeraria de Martinengo. El bolsito que llevaba colgado del hombro era deportivo, pero pequeño, para poner una muda de ropa, nada más. El Negro Fly lo usaba los miércoles para guardar el pantaloncito de fútbol con el que jugaba. Ahora contenía algunas herramientas, envueltas en trapos para que no tintinearan al chocarse una contra otra.

Al fin, en la calle Libertad, dio con los viejos molinos Milletti: un complejo de casi media cuadra, en el que se destacaban las ventanas cerradas de las oficinas donde casi medio siglo atrás funcionaba la administración. Las paredes del frente, blanqueadas, con grandes pintadas del nombre de un candidato de la Izquierda Unida, medían no más de un metro ochenta de alto, y no tenían rejas ni vidrios incrustados en el cemento.

El Negro Fly apoyó la espalda en una de ellas y se fumó un Rodeo y medio haciendo tres cosas. Una: escuchar el interior por si detectaba ruido de perros (de cadenas, de jadeo, del tintineo de las uñas en el pedregullo del patio) o ruido de guardias, cosa que no pasó. Dos: fichar las casas que estaban enfrente, algunas con autos estacionados en la vereda, para ver si detrás de los vidrios, entre las cortinas, desde la penumbra de un comedor se asomaba la cara de alguna vieja curiosa, el pan común en San Ignacio.

No pasó eso, tampoco. Lo tercero fue calcular la distancia entre la rama de ese árbol, que veía ahí, fácil de trepar con el paredón y aquello, fuese lo que fuese, que había detrás.

Le pareció saltable con relativa facilidad.

Así que tiró lo que le quedaba del cigarrillo al cordón, volvió a mirar alrededor y se trepó limpiamente, como un pájaro en su jaulita por los barrotes hasta el palo central, donde pudo descansar, primero por la

horqueta grande del centro, y después por la rama horizontal que estaba a un par de metros de altura. Caminó por esa rama ayudándose con los brazos a los costados para mantener el equilibrio, estiró un pie y fue a dar al borde del tapial, y en dos movimientos bastante ágiles ya estaba en cuclillas, del otro lado, entre dos tachos oxidados de

doscientos litros que sabía Dios qué hacían ahí. Todo parecía un éxito rotundo, pero entonces se miró el pie izquierdo y vio el clavo atravesando la zapatilla. Un clavo de unos veinte centímetros, negro.

Alrededor de la punta, que destellaba límpidamente en la luz de la siesta, había empezado a formarse una aureola de sangre. Sintió la sangre bajo el pie, pero nada de dolor. Le iba a doler al otro día. No gritó, tampoco, pero arrugó la cara un instante, mirando hacia otro lado como si de esa forma pudiera hacer desaparecer el clavo y al mirar de nuevo la zapatilla se diera cuenta de que habría sido todo un mal sueño.

Respiró hondo, dos veces. Levantó la zapatilla y vio la tabla, adherida por el clavo a la suela. La sacó de un tirón, resoplando.

Apoyó de nuevo la zapatilla en las piedras rojas del piso. El dolor era un pinchazo, nada más. Podía seguir. Probó caminar unos pasos y el pie se le vencía, pero podía seguir. Siguió.

Caminó sobre las piedras, rengueando apenas, pasó por la puerta de las oficinas, a un costado, y por lo que había sido el estacionamiento de los molinos, todo abandonado hacía años, y al final dio con el paredón de ladrillo visto que lindaba con la casa de los Lara.

Se detuvo un momento y se dijo: si lo salto, si caigo del otro lado, ya no hay vuelta atrás.

Pensó en su hijo. Pensó en comprarle algo lindo a su madre, que andaba siempre con las mismas ojotas y el mismo vestido roñoso. El paredón daba al sur y era húmedo, con musgo creciendo sobre los ladrillos rojos. En una de las esquinas había una montaña de ladrillos escalonada. Por ahí subió. Se agachó en el borde y levantó la cabeza y espió el patio de los Lara. Vio la pileta en forma de medialuna, con agua podrida. Vio reposeras plásticas.

Vio el árbol que crecía a un costado, y vio la puerta que conducía al interior de la casa. Amplia. Vidriada. Cubierta de cortinas blancas. Estuvo mirando un minuto entero.

Después se descolgó del lado del patio y bajó por el tapial lo más lento posible, para no dañarse el pie.

Cayó sobre el césped fresco. Esperó unos treinta segundos, sin moverse ni hacer ruido. El pie le seguía goteando y la zapatilla estaba completamente cubierta de sangre. Pero estaba bien. Podía seguir. No importaba.

Caminó sobre el césped bordeando la pileta hasta la puerta y ahí se hizo pantalla para mirar a través del vidrio. Vio una mesa con seis sillas, cubierta por una mantilla y un jarrón lleno de flores. La casa sumida en una penumbra extraña, que no le gustó nada. Era como si lo estuvieran esperando, como si lo hubieran estado mirando desde el comienzo. No le gustó. Pero ya estaba en el baile: iba a bailar.

Fue hasta la puerta y le dio unos golpecitos al vidrio para calcular el grosor. No parecía tanto. Sacó una pinza pico de loro y la envolvió en un trapo para romper el vidrio sin ruido, pero entonces se le ocurrió mover la manija y la puerta se abrió, clic. Guardó la pico de loro en el bolso y entró.

El comedor era amplio, con dos niveles. En el fondo, abajo, frente al juego de sillones de cuerina roja, un hogar con troncos encendidos que crepitaban suavemente. Un televisor en su mesa móvil, la mesita con ruedas de las bebidas. Olor a cigarrillo, a los jazmines del jarrón y a otra cosa, un olor más profundo que no logró identificar, pero no le gustó nada. Al lado de la chimenea, un gran reloj de roble, que marcaba severamente los minutos en el silencio.

Eran las tres y media. Tenía tiempo.

Más allá vio una biblioteca con pocos libros y fotos, que se acercó a mirar. Los Lara en distintos lugares del mundo (Egipto, París, Roma), parados bien derechos, el viejo con sus eternos lentes negros y el bigote; la vieja con la permanente en el pelo colorado; el chico muerto con diferentes alturas, en las últimas ya era más alto que su propio padre. Abrió un par de cajones al azar. Elementos de costurería y cajas con pegamentos. Cajas con carpetas de facturas. Papeles y folletos de la clínica. No había plata ni joyas, eso seguro.

Al moverse se dio cuenta de que había dejado una sutil huella de sangre en los cerámicos. Tenía la forma de la suela de la zapatilla, y atravesaba todo el living hasta donde estaba parado como si hubiera estado saltando en una pata. Pensó en limpiarla, pero qué sentido tenía. Siguió recorriendo la casa, sin apuro, cojeando un poco en la zapatilla enchastrada de sangre.

La cocina era pequeña, una ventana mostraba el jardín bien cuidado. Más allá un lavadero, y a la derecha un pasillo que daba, supuso, a las piezas y al baño. Era un pasillo estrecho, alfombrado, con las paredes cubiertas por un tapizado claro. Cuatro puertas, tres abiertas, dejando entrar la claridad del día. Pero la cuarta estaba cerrada, y con candado. Si guardaban algo de valor en la casa, estaba ahí. Era un

candado Baldwin, de bronce, bastante pesado. Estaba sujeto a la madera del marco y de la puerta por un viejo cerrojo de hierro negro. Con los dedos trató de doblar el encastre: lo notó bien agarrado, pero no tanto como para no poder sacarlo.

Abrió el bolso y sacó una barra de hierro torcida en la punta y metió los dientes en la media luna del cerrojo y tiró hacia arriba con fuerza, resoplando. La media luna empezó a ceder; cuando estaba por hacer tope se desprendió, y cayó al suelo junto con el candado. Recordó las palabras del Piru: por una vez ese hijo de puta no mentía. Entonces vio, al lado de la puerta el clavito sujeto al tapizado en el que colgaban las llaves del candado y de la puerta. Iba a agarrar la llave cuando se quedó mirando los motivos del tapizado, cosa que no había hecho hasta el momento.

Eran escenas de caza. Un cazador y dos perros, pájaros saliendo de entre las matas de pasto, la escopeta apuntándoles a unos patos en una laguna, la parva de animales muertos a sus pies, una montaña de cadáveres. Las imágenes se repetían una tras otra a lo largo de todo el pasillo, y por alguna razón lograron que él se mirara desde afuera, con su pie goteando sangre, un domingo a las cuatro de la tarde robando en la casa de unos pobres viejos. ¿Qué hacía ahí?

Buscó la llave de la puerta que era antigua y pesada y la metió en la cerradura y le dio dos vueltas para abrirla, pero cuando movió la manija la hoja se abrió sola enseguida y salió un brazo desnudo y blanco y lo agarró de la remera, los dedos helados de uñas cortas manoseándolo. Quiso salir corriendo, pero la mano era fuerte, así que en un acto reflejo se inclinó y se sacó la remera, caminando hacia atrás, y con la pierna tuerta empezó a correr por el pasillo, desesperado. Cuando iba a pasar el recodo Braulio Lara lo agarró entre sus brazos y le dijo, al oído, shhh, tranquilo, mientras Griselda le inyectaba algo directamente en el cuello.

No te resistas, dijo Braulio. Y después le habló a *eso* detrás de él: Volvé al cuarto, hijo.

Fue lo último que escuchó. Enseguida se ablandó y no se había dormido todavía cuando sintió que empezaban a moverlo y pensó: van a matarme. Y

se despertó con ese pensamiento todavía, horas después. Van a matarme.

Tenía que pensar eso porque todo le salía al revés, y entonces lo más

seguro era que no lo mataran, que a lo sumo le dieran una reprimenda, que charlaran con él y lo dejaran ir. Que le dieran una buena lección. Sintió el cuerpo adormecido y pestañeó varias veces para enfocar la vista. Algo se movía a sus pies. Vio a una mujer desnuda con una máscara blanca. Por el pelo supo que era Griselda Lara. Estaba sentada a sus pies. Le había lavado el izquierdo con agua y jabón, lo sentía fresco y limpio, y ahora lo estaba envolviendo con una venda.

Qué corte feo que te hiciste, le dijo, detrás de la máscara. Suerte que teníamos una antitetánica vieja que Braulio dice que no vence, aunque andá a saber. Va a andar bien, ahora, dijo, mientras se levantaba.

Señora. Tengo un hijo chico. Dejemé salir, por favor, le prometo que no voy a decir nada.

La vieja se le puso al lado. Él vio su vello genital, las arrugas de la edad, las tetas caídas, a una de las cuales le faltaba un pezón. En lugar del pezón había una mancha oscura, mal cicatrizada.

Mire, hijito, se la voy a hacer corta. Usted no va a salir de acá nunca más.

Usted se va a morir acá adentro. Así que vaya arreglando las cosas.

Después oyó la puerta que se cerraba y se quedó solo.

Para hechizar a un Cazador

Han llegado a mí después de mucha búsqueda. No soy fácil de encontrar.

Si me encuentran, es porque realmente lo desean, o el mundo o los bichos que mandan en el mundo así lo desean. O porque la que lo desea soy yo.

Una de todas.

Pero ahora están acá, en mi casa, dispuestos a recibir instrucciones.

Lo primero que tengo para decirles es que necesito su compromiso. Un compromiso total. Si van a hacer algo, lo hacen hasta el final. Lo hacen bien. Lo hacen convencidos. Si no, es el fin, nos despedimos, cada chancho a su rancho.

Les advierto que van a tener miedo. No es algo lindo. No es fácil.

Adonde van es un lugar en el que nunca estuvieron. Y por lo tanto da miedo. Está bien que lo sientan. Es natural. Lo que no debe pasar es que se entreguen al miedo, que el miedo los inmovilice, los paralice. Deben luchar contra el miedo.

No para vencerlo: el miedo nunca se vence. Es mentira. Nos vencemos nosotros antes que el miedo.

Están a punto de abandonar la realidad ordinaria. Tienen que ser conscientes de eso. Esto, la cosa de todos los días, el velo que tenemos sobre los ojos. Hay que abandonarlos. Hay que dejarlos atrás. No nos permiten ver lo verdadero. Los problemas ordinarios, el problema del dinero y el problema de la enfermedad y las caries y la inflación, las preocupaciones cotidianas, hay que dejarlos atrás. No digo que vaya a ser fácil: es muy difícil, es casi imposible. Hay que cambiar la mente y el

cuerpo. Es un camino escarpado y, si no se esfuerzan, se van a quedar en la calle, sin realidad ordinaria ni realidad extraordinaria ni nada.

Imaginen esto: en mitad del campo hay un Cazador.

No tiene cara. Es una sombra. La sombra de un Cazador. Pero una sombra real, no una imaginaria ni simbólica.

Yo lo veo así. A lo mejor ustedes lo ven de otra forma. Todo depende.

Lo veo como un Cazador.

Tiene una escopeta de dos caños apoyada en el brazo. Viejas botas percudidas. Una campera militar. Es una mañana helada, en la que el rocío cubre los pastos. Hay, además, neblina espesa. El Cazador, con la escopeta de dos caños apoyada en el antebrazo, apuntando hacia abajo, mira la neblina. No sabemos lo que piensa. No sabemos siquiera si piensa en algo.

Sus perros, dos pointers, uno de color gris y el otro blanco y con manchas marrones, se mueven inquietos. Saben lo que viene. Se mueren de ganas por entrar en acción. Quieren andar por la neblina confiando ciegamente en el olfato. Quieren oler a su presa y perseguirla. Quieren verla muerta. Pero el amo no se decide. No tiene miedo: el amo nunca tiene miedo. Es otra cosa.

Algo que los perros no alcanzan a entender.

Entonces, el Cazador parece decidirse y avanza con las botas, que, inmediatamente, se cubren de rocío. Cruza un alambrado negro y lo abre para que los perros puedan pasar. Los perros lo atraviesan y el Cazador los llama y los tres se hunden en la niebla.

¿Lo ven? ¿Pueden verlo?

Ustedes van a buscarlo. No es nada fácil.

Lo primero que van a hacer es depurar el cuerpo.

Al cuerpo hay que limpiarlo: está sucio por todos esos años de ceguera y estupidez. Van a hacer esto que yo les diga. Van a levantarse temprano el sábado a la madrugada, apenas salga el sol. No van a desayunar. No van a tener encuentros sexuales. No van a ver televisión ni escuchar la radio ni leer los diarios. No van a dirigirse la palabra. Van a sacar el auto del garaje.

Van a subirse y arrancar. No van a saludar a sus vecinos. No van a tener conversaciones casuales. Van a llevar un tarro con agujeros en la base.

Puede ser un tarro de dulce de batata o de helado, lo que sea. Van a llevar un cuchillo largo, serrado mejor, como un Tramontina. Van a salir al campo por algún camino lateral. Van a estacionar el auto contra la banquina.

Estará amaneciendo en ese momento. Verán el amanecer.

Cruzarán un alambrado. Van a caminar veinticinco pasos hacia el oeste y doblar a la derecha y caminar veinticinco pasos más. Van a inclinarse, a buscar, a *sentir* el yuyito. Es un yuyito que parece cualquiera. A primera vista. Tiene hojas dentadas de color verde oscuro. Van a desenterrarlo y a meterlo en el tarro.

Lo van a llevar a su casa así, metido en el tarro, y una vez en su casa van a regarlo. El yuyito va a mover las hojas. No se asusten. Está feliz de tener agua nada más. Estas cosas van a pasar cada vez más a

medida que avancen en el conocimiento, a medida que dejen atrás la realidad ordinaria y entren en la otra realidad, donde todo tiene significado.

Comen, charlan, miran televisión, como si nada. Esa noche van a pedirle permiso al yuyito y con una tijera, que siempre será la misma, y que solo van a usar para eso, van a cortarle dos hojas y cada uno de ustedes va a masticar un pedazo. Tiene un sabor áspero, amargo, silvestre, el yuyito. Van a arrugar la cara y van a tener arcadas, pero no lo vomiten. No lo escupan.

Traguenló.

Al rato van a sentir el efecto.

Primero un poco de sueño, después la sensación de bambolearse, después el picoteo en el pecho, después van a ver el agua como si fuera plateada, después van a tener diarrea, después van a quedarse dormidos en el inodoro.

Luego van a mirar el cuadro. Es un cuadro oscuro que cuelga en la pared de la escalera que lleva arriba. El cuadro parece haber estado ahí desde siempre. Nadie lo colgó, ni siquiera tus padres, Braulio. Ni siquiera Griselda. El cuadro emergió de la pared, de alguna forma. Y ahora ustedes lo miran, bajo el efecto del yuyito. Lo miran como si no lo hubieran visto nunca, cuando en rigor de verdad el cuadro podía verse muy bien cada vez que subían la escalera para ir al baño de arriba o a los cuartos. Pero es como si no lo hubieran visto, de tan acostumbrados que están a él.

Es un cuadro muy oscuro, como si representara el núcleo mismo de la noche, y en él hay una nena de pie entre gallinas que parecen más bien manchas blancas. Una nena parada en mitad del campo, de noche, entre gallinas. Ahora van a distinguir las partes de la niña, bajo los efectos del yuyito. Les va a parecer que la nena se mueve, que corre, que se escapa.

¿Por qué se escaparía? ¿De quién? ¿De qué? No lo saben, pero es obvio que se escapa.

La nena se llama Julia y es su nieta. La que nació en cautiverio, la que fue apropiada por uno de los militares que estuvo a cargo del operativo. No vive entre gallinas, pero en ese sueño —o ese cuadro, da lo mismo— está rodeada de gallinas que parecen manchones de luz tenue en la oscuridad impenetrable. Y escapa. Se esconde.

Ustedes están buscando contactarse con aquello de lo que la nena escapa.

Ven otras cosas, también.

Ven caras en las manchas de humedad del baño, por ejemplo. Son caras alargadas, con la boca abierta, parecen haber sido retratadas en mitad de un grito. Las ven. Difícil dejar de ver caras cuando uno ha empezado a ver. De pronto están en todas partes, en las manchas del baño, pero también en las vetas de la madera de la puerta, en el óxido que cae de los canalones del techo sobre las paredes del patio. Caras. Entidades que asoman cuando el puente entre los mundos se ablanda.

El Cazador los busca. Ustedes buscan al Cazador. Los signos empiezan a manifestarse.

Al principio, parecen cositas sueltas. Un ruidito por allá, algo que se ve con el rabillo del ojo, como se dice. Al principio, se esconde en la sombra.

Al principio, espera. A lo mejor se aparece en tus sueños. A lo mejor te mira mientras dormís.

Después, una noche, medio dormidos, lo ven pasar por la puerta que da al pasillo.

No entienden muy bien qué es. Avanza con un ruido de ramitas estrujadas hasta la cama, y ustedes sienten que aquello que eran, aquello que les permitía entender el mundo se quiebra para siempre, tratando de

explicar qué es eso que los está mirando. Pasa siempre. Pasa tarde o temprano.

Miren:

El Cazador camina entre la niebla, la escopeta sobre el antebrazo, atento.

Sus perros, unos pasos más allá, aparecen y desaparecen husmeando el piso.

Se oye el aire de sus hocicos negros y el ruido de las matas de pasto que el Cazador aplasta con las botas. Eso es todo.

Para esta altura, ya hay algo raro en la realidad. Solo ustedes lo ven. Pero el contorno de las cosas ha cambiado. El color de las cosas, la nitidez de las cosas, el espesor de las cosas ha cambiado. Ustedes lo ven. Ustedes lo saben y se miran y lo entienden así. Ya está empezando a suceder, y sin embargo falta.

Toman el yuyito, su cuerpo se limpia. Se disfrazan de gente común. Se despiertan, se visten, desayunan, se van al trabajo. Los que los miran ven gente común, gente como ellos, y no pasa nada. No se alarman. No llaman la atención de nadie. Pero han empezado a cambiar. Ya no pueden dormir, por ejemplo. Dormir es para viejos y para muertos. Ustedes no duermen.

Ustedes aprovechan el tiempo. Ustedes fuman demasiados cigarrillos: Colorados, Chesterfields, Jockeys fuman ustedes. Acumulan las colillas aplastadas de esos cigarrillos. Vuelan sobre el humo de sus cigarrillos.

Limpian la casa, de pronto tienen mucha energía y han decidido limpiar en lugares en los que habitualmente nadie limpia, debajo de la heladera, por ejemplo: la corren y limpian ahí. La casa resplandece en el humo de sus cigarrillos.

Ustedes, ahora, están buscando los rastros de Luisito.

Despejan el comedor, en primer lugar. Los pesados muebles de roble: contra la pared. Sillas, mesas, sillones: contra la pared. En el vacío

ustedes van a desplegar objetos y fotos que hayan pertenecido a Luisito. Que cuáles objetos y fotos. Bueno, ustedes van a decidirlo. Prendas de ropa. Cosas que

él haya amado en esta vida. Y fotos. Muchas fotos. Las fotos que abarquen un gran período de su niñez y adolescencia y juventud.

Ahí van a tener a la señora Lara, Griselda, embarazada de siete meses, en la cama, fumando un cigarrillo. Ahí van a tener a un Luisito recién nacido, los primeros pasos de Luisito, bocabajo desnudo, enchastrado con comida, el jardín, el colegio, el acto escolar donde hizo de gauchito, con sus papis en Egipto, subido a un camello, su primera comunión, sus compañeros de rugby, su confirmación, su primera novia, su viaje a Bariloche.

Todas esas fotos desplegadas en el gran espacio en blanco que ha quedado en el centro del living. Ahí están. Pueden mirarlas. Entonces uno de ustedes ve la sombrita. Braulio, Griselda, no importa quién, ve la sombra. Y después de ver la sombra ya no se puede dejar de verla. Está en todas partes. En algunas, es parte de la sombra común, de la sombra que sale en las fotos en un día de sol, confundiéndose con ella, como si no existiera. Pero en otras se separa de esa sombra y es una entidad sólida, autónoma, en distintos momentos de su vida: parece erguirse por encima del hombro de Luisito cuando está en la pileta, y en otra le come la mitad de la cara, y en otra le cubre por completo los ojos.

Ahí está, la ven: esa es la sombra que acabó matándolo. Esa es la culpable de todos sus males. La sombra lo estuvo acompañando, pronta para dar el zarpazo en el momento más inesperado. Ahora podemos verla, ahora podemos identificarla y buscar la forma de luchar contra ella. Porque es a ella que le vamos a pedir lo que tenemos que pedir. A ella la vamos a convocar.

Ustedes tienen una casa en el campo. Ahí va a suceder la cosa. Mudensé ahí.

Están a finales de junio, y es uno de los inviernos más crudos que se pueden recordar, en una zona de inviernos desolados. Un invierno que arrasa con todo lo que está vivo, y donde uno se siente tan solo, tan insignificante entre tanto vacío, que bien podría ponerse a gritar. Una pesadilla larga. Calles vacías a las seis de la tarde. Árboles muertos

estirando sus dedos hacia el cielo. Olor de las estufas a querosén. La gente que se apura para volver a sus casas antes del atardecer como si estuvieran en medio de una peste de vampiros.

Tres grados bajo cero. La muerte en vida.

Y el cielo, casi paradójicamente, azul, hermoso, luminoso. Pero con una luz asesina, como si vivieran en las fotos, las fotos forzadas de gente sonriendo en mitad de la catástrofe y la locura.

Y ustedes se mudan a la casa por un tiempo. Solos. Llevan, eso sí, el cajón con el cuerpo de Luisito en el interior.

Tienen que llevarlo. Es indispensable que los vea al despertar: puede asustarse. De cualquier manera, va a estar asustado. Eso lo tienen que saber.

Tienen que estar ahí con él. Así que vayan a buscarlo al cementerio.

Tendrán que hacerlo solos, en el mayor de los secretos. No son tiempos para robarse cadáveres. Mejor no levantar la perdiz. Mejor meterse en el cementerio por la parte de atrás, la que tiene el tapial bajo. Mejor hacerlo de noche, a la una o a las dos o a las tres de la madrugada, cuando el guardia del cementerio duerme ya tranquilamente porque no hay ni hubo, que él sepa, muertos que se levanten, chiste que repite frente a sus amigos y su familia y todo aquel que quiera oírlo y que no hace otra cosa que mostrar lo ordinario que es.

Ustedes dejaron atrás, ya, lo ordinario. Ustedes buscan al Cazador y se transforman en cazadores.

El Cazador se detiene, en mitad de la niebla. Uno de sus perros ha advertido algo. La cola dura, el pelo erizado como si estuviera viendo la cara horrorosa del mismísimo satanás. El Cazador hace un ruido con la bota y el perro echa a andar, acompañado del otro, porque han percibido una presencia en la niebla, y quieren seguirla.

Ustedes son cazadores. No son como los otros. Ustedes están por encima de los otros.

Ustedes, una de esas noches invernales, heladas y oscurísimas, viajan con la chata hacia el cementerio. Fuman en silencio. Alrededor, las persianas están bajas, las luces apagadas, la gente duerme y los que no duermen no se animan siquiera a mirar hacia afuera. Ustedes manejan la F100 blanca,

manchada de óxido y nubarrones de barro seco, por los caminos de tierra que bordean el cementerio.

Estacionan atrás, cerca de la banquina. No hay casas. Puros baldíos en esa zona. Bajan y descubren la lona percudida y sacan del fondo del acoplado la vieja escalera de madera y la afirman contra el tapial que divide al cementerio de la calle y que no es muy alto, porque nunca, que se sepa, se ha metido nadie a hacer nada en este cementerio.

Miran alrededor, los baldíos, las luces del alumbrado público en la esquina, en medio de los grillos enloquecidos de esa parte del campo, y suben por turno, primero Griselda y después Braulio, y saltan del otro lado.

Prenden una linterna. Proyecta, la linterna, un óvalo amarillo en el piso de cemento del cementerio.

Ahora tienen que ir a buscar a su hijo, pero antes van a hacer otra cosa.

Van a pedir favores. El portal del otro mundo no se abre fácil. El Cazador no nos escucha así nomás. Hay que pedirlo, y ustedes están ahí en el lugar ideal para pedir. Van a buscar entonces esos nichos viejos, desatendidos, de revoque caído, con la puerta oxidada y abierta y cajones cubiertos de polvo, rotos, en su interior, y van a meterse en esos nichos y van a hablar con los muertos diciéndoles:

Muertos queridos, nuestro nombre es tal y tal, necesitamos de su ayuda para abrir el portal y para convocar al Cazador. Necesitamos que guíen a nuestro hijo Luisito para que pueda volver al mundo de los vivos. En retribución, nosotros les regalamos esta estampita.

Y por la abertura del cajón van a deslizar una estampita de la Virgen.

Cualquiera va a estar bien: la Virgen de Fátima, de Luján, del Perpetuo

Socorro. Pero no la van a dejar caer en el interior de ese viejo cajón, sino que van a meterla un poquito y esperar, iluminando con la linterna la abertura, a que algo tire desde el interior. Y cuando tire mucho, ahí la sueltan. Van a hacer eso dos o tres veces, con dos o tres muertos distintos, y van a anotar el nombre del muerto y después, cuando estén en casa, van a rezarle una novena a cada uno de esos muertos, que son viejos y están descuidados, nadie se acuerda de ellos, y esos muertos, de agradecidos nomás, van a hacer lo que esté en sus manos para ayudarlos, lo que es mucho.

Entonces escuchan pasos. Una luz se aproxima por el pasillo entre los nichos. Es el guardia, rápido, escóndanse. Apaguen la linterna, métanse en lo profundo del nicho, quédense ahí, calladitos, con la luz apagada.

Se oye al guardia silbando. Camina despreocupado en su ronda nocturna, ilumina acá y allá, habla solo.

Después su voz se aleja y ya no lo oyen más. Esperan un rato, por precaución, y salen. Caminan sin prender la linterna hasta el nicho familiar de los Lara, con su ángel en lo alto que a esa hora brilla como si fuera leche fresca. Braulio abre el candado, quitan la cadena, entran. Se quedan un segundo esperando, con la vista fija en el cajón de los padres de Braulio, uno al lado del otro, esperan no se sabe muy bien qué, a lo mejor una reacción por parte del guardia, pero no hay nada. El guardia ya ha vuelto a dormir, aparentemente. Entonces bajan por la escalera al subsuelo.

Ahí está el cajón donde duerme Luisito. Apoyan la mano sobre la madera. No lloran. No tiene sentido llorar. Apoyan la mano y después la sacan y eso es todo. Tienen que organizarse. Braulio lleva la cabecera, de espaldas, subiendo la escalera, mientras Griselda va atrás. Así lo hacen. A la cuenta de tres, como si estuvieran en mitad de una mudanza, suben la escalera, sacan el cajón y lo dejan en el piso, y después de cerrar lo pasan a través del tapial y lo suben a la chata.

Esa madrugada se mudan a la casa de campo.

Llevan, atrás, cubierto por una lona, el ataúd, los cuchillos rituales, las velas, todo en una caja de cartón. Llevan también las jaulas con las gallinas negras, dócilmente dormidas bajo la lona. Se suben a la camioneta y parten cuando ya el sol está bastante alto, derritiendo la

escarcha de la madrugada.

Enfilan por la 25 de Mayo, y más tarde doblan a la derecha y pasan por la zona de los clubes (Sportivo San Ignacio, San Isidro, el Jockey Club) y después la zona de los talleres mecánicos y la última estación de servicio, y entonces ven la a caminera, desde lejos.

Hay militares deteniendo el tráfico, pidiendo papeles. Dos cabos de unos veinte años, que aprovechan ese punto para pedir documentos y hacer averiguaciones con total impunidad. No se asusten. Avancen. Es probable que elijan a otras personas. Que no se note en sus caras el miedo. Los militares, incluso esta pequeña porción de soldados rasos, huelen el miedo

como perros entrenados, pero la buena noticia es que ahora el miedo está en todas partes, no hay un lugar donde no se pueda oler el miedo, hay olor a miedo en el aire, en general, y ustedes no son la excepción. Por eso les digo: no se asusten. Avancen. Acerquensé en primera. Divisen desde lejos el corte militar de los soldados, sus nucas rapadas, sus botas y sus trajes de fajina verdes.

Ahora, los soldados les hacen señas para que bajen la velocidad. Uno de ellos les señala un costado de la ruta. Ustedes no tengan miedo. Estacionen tranquilos.

Uno de los soldados les golpea la ventanilla. Ustedes la abren, como si nada. Buen día, dice el soldado. Documentos, por favor. Le alcanzan los DNI. El soldado que está del lado de Braulio lee los nombres, los anota en una ficha. El otro está atrás, mirando el acoplado con curiosidad. La lona que cubre el ataúd, atada con una soga que pasa por argollas y se tensa en las manijas del acoplado. El soldado mira eso y se acerca al otro y mantienen, lejos de lo que ustedes pueden oír, una conversación.

Después uno de ellos, el que tenía los DNI en la mano, se acerca y le pide a Braulio que afloje la lona, que quieren ver lo que hay debajo.

Braulio cierra los ojos. Piensa: es el fin. Acá se termina todo. De alguna manera es un alivio. Salir de la locura, volver al mundo tal como lo conocía, un mundo donde los muertos están muertos y nadie hace nada para levantarlos. Se miran con Griselda. Se hablan con los ojos, en ese idioma hecho de casi treinta años de convivencia. Braulio asiente, baja de la camioneta, va hacia atrás. Con unos dedos que tiemblan un poco, un poco húmedos, desata el nudo de la soga y abre

la lona.

Ve el ataúd de su hijo, brillando al sol de esa hora de la mañana. Ve el cedro lustrado de la tapa, con el crucifijo plateado en la mitad. Ve a los soldados que asienten y dicen: Perfecto, señor. Puede cerrarlo de nuevo.

Braulio se queda un segundo más quieto, como si estuviera oyendo un viejo chiste sin ninguna gracia.

Y después vuelve a cubrir el ataúd con la lona y a anudar la soga a los soportes y se sube de nuevo al asiento delantero. El militar le devuelve los documentos.

Buen viaje, les dice.

Gracias, dice Braulio.

Les dije que no se asusten. Yo estoy acá, protegiéndolos. Yo armo un escudo alrededor de ustedes. Nada malo va a pasarles. Sigan camino.

Tomen la ruta. Manejen unos kilómetros. Entren por el camino de tierra y vayan hasta el fondo. Abran la tranquera. Estacionen doscientos metros más allá, bajo los eucaliptus.

Los esperan días difíciles. Mejor se preparan, tanto física como mentalmente. A partir de ahora las cosas van a ser raras.

Raras y difíciles.

Usen el galpón para el ritual. Hay que limpiarlo, el galpón está lleno de cosas viejas. Un bargueño cubierto por una sábana. Pilas de diarios viejos y de revistas *Selecciones* con las tapas amarillentas y combadas por la humedad. Un tarro de creolina y otro de pintura roja y otro con veneno para hormigas en polvo. Tarros en una estantería contra la pared, con toda clase de cosas en su interior: clavos, tornillos, tuercas, pedacitos de fierro negro, alambre de cobre de distinto grosor, rollos de cable de electricidad, enchufes, monedas que han quedado fuera de circulación.

Saquen todo. Pasen una escoba por el piso. Prendan una ramita de incienso para sahumar el lugar. Después, con una cinta azul, marquen

los símbolos que yo voy a indicarles en el piso. Dejen el ataúd en el medio de esos símbolos. Ahí está: lo ven. Alguno de ustedes piensa en su hijo, en el interior del ataúd, y eso les da fuerzas, los envalentona. Prendan las velas.

Corten el cuello de una de las gallinas y recojan la sangre en un cuenco y pinten cosas en las paredes, también. ¿Qué cosas? Yo se las voy a decir.

Es el primer día. La primera noche.

Salgan al patio y miren las estrellas, como se ven ahí, tremendamente nítidas y parpadeantes, y miren la noche alrededor y digan: acá está pasando algo. Estamos haciendo algo. Funcione o no, lo que hacemos es apartar un poco la noche que nos aprieta como un puño. La oscuridad, fuera de las ventanas iluminadas de la casa, parece total. A lo lejos, muuuy a lo lejos, en lo alto, se veían chiquititas las luces de los autos y camiones que pasan por la ruta 26, pero eso es todo.

Fuera de eso, están en una situación previa al inicio del mundo, en la nada antes de que se creara la luz siquiera.

Ustedes todavía no tienen fe. Eso se puede ver a la legua. Ustedes hacen lo que yo les digo, pero sin fe en el corazón. No importa, por ahora. Pero piensen lo siguiente: si no creen, es lo mismo que hagan esto o cualquier otra cosa.

Acuestensé a dormir. No se toquen. No pueden tener relaciones, por ahora.

A partir de ahora es una rutina. Hacen lo mismo todos los días, la gracia es la repetición, día y noche, de lo mismo, entrar en el trance. Despertarse a las siete, tomar un té con algunas hojas de ese yuyito que habían cortado tiempo atrás, comer unas tostadas sin nada para el desayuno, después salir a recorrer el campo, a hacer un dibujo en el campo con sus pasos, lo que yo voy a decirles, cuarenta pasos para allá, diez para acá, siete a la izquierda y nueve a la derecha. Después, la recitación de las palabras rituales en latín, una y otra vez, las dicen al mismo tiempo, las repiten hasta el mediodía, horas enteras.

En la niebla, el Cazador ve la sombra de una liebre. Una sombra móvil en la superficie lechosa, casi compacta. Los perros la señalan, las colas erectas, los hocicos negros y brillantes, las orejas tiesas. El Cazador camina detrás, tratando de no hacer ruido, pisando con cuidado para no hacer ruido.

Adonai, heloim, ye, prínceps principium.

Adonai, heloim, ye, prínceps principium.

Adonai, heloim, ye, prínceps principium.

Un almuerzo frugal, arroz con un huevo o verduras asadas, agua para tomar. Pueden dormir una siesta, después. Y a las cuatro de la tarde, a trazar la figura en el campo y a repetir las palabras, una y otra vez, hasta que se hace de noche y cenan algo frugal, también, y se acuestan, en principio separados, cada cual en una pieza distinta. Y uno de ustedes no puede dormir y se queda mirando el techo y oyendo los ruidos de la casa, que cruje y se lamenta y se acomoda para recibir al Cazador. Y una de esas noches, una noche de la primera semana, oye los pasos en el pasillo y siente que hay algo detrás de la puerta que da al pasillo. Mira la puerta. La mira durante dos minutos enteros hasta que parece dejar de ser una puerta. Sabe

con total seguridad que hay algo detrás. Y se acerca a la puerta y no la abre.

Se queda ahí, sabiendo que del otro lado hay algo.

Mientras tanto, no pasa nada.

No tienen fe. Es el problema. No pasa nada.

Lo que puede ser sobrenatural, lo que puede ser un signo de que no están actuando para nada y para nadie, no aparece por ninguna parte. Todavía son ustedes y el cuerpo de su hijo en el interior del cajón. La realidad ordinaria, la percepción ordinaria de las cosas, el aburrimiento y el tedio y la muerte corroyéndolos sin piedad. Comer, cagar, dormir, tener relaciones, morirse.

La vida sin proyección alguna. La vida sin la aventura ni la corriente de poesía que fluye en todas las cosas, como un río secreto.

Una de esas noches, despertás, Braulio, y tu hijo está sentado en la cama.

No te mira: mira hacia el frente, pero el lado visible de su cara es el que han reventado de un tiro. Tiene un ojo deshecho y ha vuelto a ser un chico.

Cinco, siete, nueve años tiene tu hijo. Vacía la cuenca del ojo, la carne palpitante ahí adentro, el chorro de líquido espeso que emerge cada tanto.

No me molesten más, dice tu hijo.

Tiene algo en las manos. Un gusano de parra, muy grande, que coletea entre sus dedos. Se para con el gusano entre las manos y se lo entrega a alguien en la oscuridad. Es como si la escena hubiera sido iluminada por una linterna, solo ves un pedazo y lo demás sigue hundido en la oscuridad.

Te despiertan sacudiéndote el hombro. Es Griselda. Le decís: Soñé con él y ella dice que sí con la cabeza.

Yo también, dice. Es un signo. Pero algo no está funcionando. No estamos haciendo algo bien. Necesitamos tomar medidas. Medidas drásticas.

¿Cómo drásticas?

Te estoy diciendo que tenemos que ir hasta el fondo. Estamos en la superficie y tenemos que aguantar el aire y hundirnos. ¿Me entendés?, dice Griselda.

Vos nada decís.

Bueno, deberías entenderme. Deberías hacer el esfuerzo. ¿Cuánto vale tu hijo para vos?

¿Cómo?

Eso. ¿Cuánto vale?

Estás un poco dormido, todavía. Un poco impresionado por el sueño. No ves lo que ella está preparando. La ves parada frente a la cama, con el camisón blanco, liviano, pero no el yodo ni el bisturí. Es un bisturí de tu propio botiquín, que siempre estaba dando vueltas en tu casa.

¿Cómo cuánto vale?, le preguntás.

Yo le daba siempre la teta izquierda, dice ella, como si estuviera soñando.

No sé por qué, pero él prefería la izquierda. De la derecha no tomaba nada,

¿te acordás? Yo tenía que sacarme la leche y tirarla en una mamadera, a mano, con gran dolor. Incluso se me inflamó y tuvimos que ir al hospital.

¿Te acordás? Me hicieron unos masajes y yo gritaba como una chancha.

Casi me desmayo. Vomité del dolor, ¿te acordás? Mastitis, se llama, la inflamación.

Un poco, le decís.

Eso es lo que vale mi hijo para mí, dice ella.

Se corre la tira del camisón y queda desnuda frente a vos.

Ves sus tetas flacas, de pezones largos. Pensás en todas las veces que has lamido esas tetas, pasado una mano suave por esas tetas, dormido al abrigo de esas tetas. La ves tirarse yodo sobre la izquierda. El yodo baña la teta y cae en chorros finos por su vientre. Sentís su olor, que es el olor del hospital y de las operaciones.

Y antes de que puedas decirle nada, antes de que puedas levantarte de la cama y agarrarle el brazo, ella toma la punta del pezón húmeda de yodo, rojiza y palpitante, la tira hacia afuera y vos pensás en lo elástico que es el pezón, parece de goma, y con el bisturí se lo corta de un solo tajo.

Gritás. Como si te doliera a vos, gritás.

Griselda, no. Se queda mirándote con el pedazo de pezón cortado en la mano, mientras la sangre empieza a salir a chorros.

Le ponen gasas encima. Las gasas enseguida se llenan de sangre, y vos tenés que reemplazarlas por otras, y esto pasa muchas veces y pensás, mirando la montaña de gasas enchastradas de sangre al costado: se va a morir desangrada, toda la sangre que tiene adentro se le va a escapar por el pezón, y ese momento te parece larguísimo, como si estuvieran tres horas así, reemplazando una gasa por otra, hasta que el goteo va mermando y después, increíblemente, desaparece.

Griselda sonríe mirando el techo. Mirás vos también, con miedo de lo que te vas a encontrar, pero ahí no hay nada.

¿Qué?, le decís. ¿Qué estás viendo?

Pero ella no sabe o no quiere decirlo.

Una mañana, después del desayuno, salen al campo y en la tierra seca cuarteada del patio hay un tordo muerto. El viento soplando las plumas negras del cuerpo seco. Griselda se agacha a recogerlo, lo examina con detenimiento y fascinación, lo lleva adentro, al alféizar de la ventana del cuartito. Prende una vela a cada lado del cuerpo tieso.

Es el primer signo. Quiere decir que el Cazador tiene voluntad de comunicarse. De abrir un puente de diálogo. No escatimen la importancia de ese hecho. Puede haber otras cosas. Cosas que vienen del plano que el Cazador habita. Viejas prendas de vestir: sacos, medias de hombre, pañuelos doblados en cuatro. Relojes de muñeca. Dedales. Estampitas quemadas. Recortes de diario. Libros en un idioma ilegible. Mocasines destruidos por el uso. Son parte de su plano, del otro mundo: ustedes lo guardan si lo encuentran, ahí, en el galpón.

Que no les extrañe que empiecen a oírse ruidos en la casa, a la noche.

Charlas que van y vienen como estuviera llena de gente. La mayoría no los va a ver a ustedes, siquiera. Pero alguno que otro, sí. Les van a dar ganas de comunicarse con ustedes, sencillamente porque están hartos de hablar con los muertos. Van a hablarles del otro lado de la

puerta. Van a tocarles la puerta. Van a sacarles conversación. Tengo un mensaje de Luisito para ustedes, van a decirles, abran y se los digo. Pero no les contesten. Y, sobre todo, y que esto les quede bien claro, nunca, pero nunca, por ningún motivo, vayan a abrirles la puerta. Los van a tentar. Les van a decir, por ejemplo, que ellos tienen el poder de levantarlo a Luisito. No les crean. El que tiene el verdadero poder es el otro, pero no es de andar hablando. Estos son unos arrastrados.

Pueden disfrazarse, eso sí. Y son muy jodidos esos disfraces. Por eso: si quieren mantener los pies en la tierra, ni se les ocurra abrirles.

Para esta altura ya no saben qué de todo lo que ven está realmente y qué no. No saben a qué hora duermen y a qué hora están despiertos, si se puede llamar dormir y estar despiertos a eso que hacen. Una noche oyen la música. Serán las tres, tres y media de la madrugada, quién sabe. La música viene del interior del cajón. Es un tema que conocen. «Lección de Twist», se llama, y la tocan los Red Caps. Un tema alegre, muy bailable. Ustedes mismos lo bailaron alguna vez, cuando eran más jóvenes y el mundo todavía se presentaba como luminoso, amigable.

«Bailar el twist es la primera lección», dice la letra, «muy fácil es prestando atención».

Griselda se echa encima del cajón.

«¡Baila conmigo este twist!», dice el estribillo.

Y entonces oyen los gemidos. Los ruidos de alguien que quiere gritar, pero tiene la boca tapada. No es Luisito ese, y hasta ustedes lo saben en algún punto, pero así y todo Griselda araña con sus largas uñas la tapa cóncava del cajón, y una de sus uñas cede y se despega del dedo, y ella levanta la cabeza y la baja de golpe, estampándola contra el cedro, y se oye el crujido de la madera cuando la parte con la frente. Va a hacerlo de nuevo y Braulio la sostiene: ahí tiene que recordarle que ese no es Luisito, es alguno de los que hablan a la noche, de los muertos que se disfrazan. Tiene que recordárselo varias veces.

Ahora el portal está completamente abierto.

Duermen al lado del cajón, esa noche, o dormitan más bien, y apenas amanece van a hacer lo último. La última ofrenda. El último paso. No desayunen, no se cambien. Si los pajaritos viven en el campo y no se preocupan por la comida ni por lo que se echan encima, ¿para qué se van a preocupar ustedes, que son más importantes que unos pajaritos? Levantensé y súbanse al auto. Arranquen. Agarren el camino de tierra. Crucen la tranquera y al rato suban a la ruta. Vayan en dirección oeste. Manejen por unos ciento cincuenta kilómetros. Miren el día lindo que hace. No lo comenten. Por el costado van a ver un campo de girasoles que parecen

monjes mirando el amanecer, y después uno de trigo. Falta poco. Falta muy poco.

Entren en la siguiente ciudad.

Doblen por la avenida que de un lado tiene clubes de tenis y, del otro, concesionarias de auto. Lleguen al final de la avenida y doblen a la izquierda, donde se levantan, cruzando la ruta, casas de fin de semana, muchas de ellas con pileta. Casas de amplios jardines frontales, separadas por varios metros una de la otra. Chalecitos muy cuidados, con su señora podando los rosales o regando los malvones contra la pared.

Después las casas se espacian cada vez más.

Siguen avanzando a ciegas, con los yuyos a los costados tan altos que apenas puede verse el cielo, y a los dos o tres kilómetros va a aparecer el canal, a un costado. Un curso de agua barrosa, inmunda. Ahí van a estar los chicos. Sentados en el canal, pescando Dios sabe qué en esa agua barrosa.

Después de unos metros hay un descanso al costado del camino: dejen el auto ahí.

Hace frío, el cielo brilla. Mientras el motor del auto se enfría con un ruido a piedritas rebotando en una chapa, respiren varias veces. En los bolsillos de Griselda hay un pañuelo y el cloroformo. No pueden fallar. Si fallan, la cosa se acaba ahí.

Bajan del auto, entonces, y empiezan a andar por el camino de tierra, como si estuvieran paseando. De lo más tranquilos.

No hay casas, ni árboles, solo yuyales altos y un cielo límpido y un camino de tierra con el canal, a un costado, agua oscura con una lámina de grasa que tiembla ligeramente en la superficie, y ellos andan por ahí buscando a esos que el Cazador marcó.

A unos doscientos metros los ven. Son dos. Pescan moncholos en el canal, y los dejan en un tacho de plástico blanco. Uno debe tener nueve y el otro, cuatro. Hermanos, seguramente. Vestidos con pantalones de gimnasia y buzos mugrientos, con los pies colgando en el aire, frente al agua inmunda.

Se acercan a ellos todo sonrisas.

Buen día, dicen.

Un matrimonio de cuarenta años, bien peinados, bien vestidos, con ganas de hablar.

Ellos los miran sin contestar.

¿Se pesca algo o no se pesca?, dicen ustedes.

Es el más chico el que habla, el simpático, el ingenuo. El otro parece un poco incómodo con la situación, como si algo sospechara. Moncholoz, dice el más chico. Y él más grande lo mira como asesinándolo.

A lo lejos, en el campo amarillo de pastos secos, ven un caserío de chapas oxidadas. Se imaginan que de allá han venido esos chicos, con sus cañas al hombro, sus tanzas atadas en la punta, los anzuelos oxidados con pedacitos de lombriz ahí clavadas, todavía coleteando. Se imaginan un patio de barro y agua podrida, un montón de gente durmiendo en el rancho, extraños parentescos sexuales. Es para mejor, es para mejor.

¿Y venden los moncholos? Nos encantaría probarlos, dicen ellos. Otra vez el mayor se queda callado, y el menor se apresura a decirles que salían

«catorze mil pezoz». Algo le susurra el mayor, y el otro no alcanza a entender. Ustedes se acercan un poco más. Se agachan al lado de ellos.

Miran el balde con los pescados y dicen: Les compramos todo el balde.

¿Cuánto nos saldría?

El más chico calcula y dice: Dos millonez más o menoz.

Ustedes se acercan un poquito más.

Vamos, dice el hermano más grande. Vamos.

No se vayan sin la paga, dicen ustedes.

El más grande alcanza a escapar. Larga la caña y se mete entre los yuyos.

Vos, Braulio, lo seguís. Saltás el canal y corrés un rato atrás de él, pero entonces te das cuenta de que es mejor quedarte quieto y ver dónde se mueve el yuyo, los penachos resecos. Lo ves, al fin, a unos metros, y corrés hacia allá y agarrás el tobillo del chico. Quieto ahí, empezás a decirle, pero tu mujer le pega con una piedra en la cabeza. El chico cae al piso y se pone a temblar. Y tu mujer le da de nuevo, varias veces, pero no se queda quieto, vos sabés que mientras no le rompa el cráneo va a seguir vivo, entonces hacés algo mejor, apenas te das cuenta tus manos están rodeando el cuello caliente y con los pulgares apretás, no mucho, hasta romper el esófago. No tarda más de veinte segundos en ahogarse con su propia sangre.

El hermano menor está desmayado donde lo dejaron. Lo atan y lo cargan en la parte de atrás de la chata, cubierto por la lona. No hablan mientras

vuelven. Ya no hay nada de qué hablar.

Al llegar bajan al chico del acoplado. Todavía duerme. Lo llevan en brazos hasta el cajón y ahí lo atan. Encima del cajón, bocabajo.

Llevan toda su ropa al hogar y la rocían con querosén y le prenden fuego y la remueven con un palo para que se queme bien.

El chico se despierta una hora después. Ustedes se ponen las máscaras y entran al galpón. Lo asustan, lo pinchan con una jeringa. El chico grita hasta perder la voz. Se hace pis y caca encima. Chorros de mocos le cuelgan de la nariz. Ustedes no hablan con él, se limitan a decir las

oraciones y a tirarle cada tanto un chorro de agua encima.

Ahí pueden ponerse imaginativos. Pueden pasar días, semanas. Pero va a revelarse, se los prometo. En algún momento se darán vuelta y lo verán.

Para esa altura ya estará amaneciendo.

A lo mejor tienen dudas en sus corazones. A lo mejor sienten culpa. A lo mejor se preguntan: ¿qué estamos haciendo? ¿Quiénes somos? ¿Cómo llegamos hasta acá? Pero ya viene el Cazador a despejar esas dudas. Ya se acerca a la casa. Ya entra y los ve.

Ya no hay techo encima de ustedes. Está el cielo negro y ahí ven, entre las ramas, el lucero, la primera estrella, Lucifer, crepitando en lo alto.

Piensan: esa estrella va a salvarnos. Solo esa estrella. El campo canta. El gigantesco canto de chicharras y el croar de ranas al unísono, capaz de adelgazarte como una cuerda hasta desaparecer.

Esa casa ya no es la suya. Parece más chica, como una casa en miniatura.

De la oscuridad de las paredes emergen brazos. Sí, así como se los digo.

Los brazos salen de las paredes, los brazos de las criaturas que estaban del otro lado, precediendo al Cazador. Son lisos y pálidos y fríos.

El chico ya no grita. Tiene las muñecas atadas con alambre.

Ustedes le inyectan un alucinógeno directamente en la cuenca del ojo izquierdo.

Piensan en Luisito. Tiene una bolsa en la cabeza y está desnudo, acostado en una mesa metálica. Piensan en el médico que le toma el pulso y decide si puede seguir un poco más o hay que parar porque «se nos va». Oyen a Luisito quebrándose, gritando el nombre de sus compañeros y siendo torturado de cualquier forma.

Entonces lo sienten. Como esa canción: Dios está aquí, tan cierto como el aire que respiro. Así lo sienten. Se preguntan uno al otro: ¿lo sentís? Y lo sienten, pero no saben cómo, no sabrían explicarlo. Como un olor pesado, una gravitación lenta. Tan cierto como el aire que respiran:

saben que está viniendo.

Deberán acariciar la cabeza del chico para que la carne se le ablande.

No estás acá, deberán decirle. Esto es un sueño. Esto no está pasando.

No está pasando, repetirá el chico. No estoy acá.

Las voces de las viejas madres, desnudas en la oscuridad, cantando, diciendo increíbles malas palabras, susurrando, cantando, como antiguas chicharras enloquecidas, al unísono, el canto de las viejas madres que hicieron el mundo y lo echaron a andar, ahí están, se siente afuera, pero también adentro, como si estuviera perfectamente sincronizado con el ritmo de nuestros huesos. Las viejas madres le cantan al Cazador, en un rincón de la piecita de los trastos, de espaldas a ustedes.

Ven la espalda del Cazador. Ven su estatura descomunal. No tiene una forma humana, o no es algo que puedan reconocer. Pero a la vez sí. A la vez sienten que lo están reconociendo, que siempre lo conocieron, que siempre estuvo ahí, al lado de ustedes, en cada pequeño momento de sus vidas, esperando, mirando, atento. Siempre como una sombra, debajo de la cama, o dentro del ropero, o detrás de la puerta entornada del baño. O en ningún lugar específico. En el aire. Cuando eran chicos podían verlo. Podían sentirlo como lo están sintiendo ahora. El Cazador, el devorador de niños, el gran hambriento.

Ahora cierren los ojos. Pónganse de rodillas. No lo miren. Si llegan a mirarlo, no podrán mirar otras cosas por el resto de sus vidas. Gritan las viejas madres. El chico grita. Grita y grita y después se oye un ruido como de tronco seco quebrándose y el chico deja de gritar.

Ha callado el chico y las viejas madres han callado y se oye el silencio del campo y los ruidos del campo y nada más.

Cuando se dan vuelta, el Cazador ya no está ahí. No está tampoco la cabeza del chico. De su cuello cae sangre fresca sobre el cajón. No están sus genitales, tampoco. El Cazador se llevó su ofrenda y desapareció.

Por un momento no pasa nada. Ustedes están ahí, desnudos, sentados contra la pared. Se han sacado las máscaras y vuelven a ser Griselda y Braulio Lara. El director de la clínica San Luis, ahí sentado desnudo, preguntándose si lo que acaban de hacer funcionará, si todo fue una alucinación de sus mentes enfermas.

Entonces oyen los golpes. Vienen del interior del cajón. Algo quiere salir, desesperado. Es Griselda la que se tira encima del cajón, una vez más, y corre los pasadores y abre la primera tapa, la tapa de madera, y ven el interior, como una vaina metálica soldada a los costados. Se desesperan.

Buscan algo para forzarla. Los golpes siguen y siguen y uno de ustedes encuentra un martillo entre las cosas viejas y golpea la soldadura hasta arrancarla. Y Griselda se queda, te quedás ahí, Griselda, pero vos, Braulio, no podés soportarlo y salís de la casa, desnudo, y te arrodillás en el patio de tierra y levantás la vista y mirás la primera estrella enloquecida, Venus, el Lucero, el ángel caído. Y al rato oís los pasos detrás tuyo. Los de ella, los pasos descalzos de tu mujer, que podrías distinguir en una multitud, y otros.

Unos pasos arrastrados.

Mi amor. Está Luisito, dice tu mujer. Saludalo.

Instrucciones

Julia.

Julia.

Julia, ¿me escuchás?, preguntó Griselda.

Ella quiso decir algo, pero estaba como hundida en lo que parecía ser un charco negro, profundo, del cual apenas podía levantar la cabeza. Un charco de años y años de oscuridad. Tenía la sensación de haber estado en otra parte, con otras personas, personas desesperadas y hambrientas, personas agarradas a sus pies pidiéndole ayuda. Pero

¿qué ayuda podría dar ella?

Estaba ciega y sorda, también, tratando de salir de eso que… Eran como los restos barrosos de un sueño enchastrándole las manos.

Julia. Chiquita. Despertate, mi amor.

¿Cuánto había dormido? La luz del comedor menguaba peligrosamente.

Por unos momentos, como después de salir de una anestesia, vio doble. Dos comedores, dos Griseldas, dos sogas que colgaban de la viga del techo.

Cerró y abrió los ojos varias veces, y recién entonces pudo enfocar la mirada. El café. El gusto raro en el café. La había drogado, seguramente.

Sintió que no podía moverse y entendió que estaba atada a una silla, y al bajar la cabeza vio la cinta de embalar alrededor de sus piernas, y sus brazos detrás del respaldar, sujetos también. Entendió, por último, que las cosas se habían puesto muy raras, y que no había vuelta atrás.

Mis amigos saben que estoy acá. Mi psiquiatra también, dijo, todavía medio empastada por la droga.

Eso no es verdad, pero no importa, dijo Griselda.

Estaba haciendo el nudo corredizo de la soga mientras hablaba con ella, y cuando terminó la dejó ahí, colgando de un tirante del techo, a casi dos metros de altura, y se bajó del banquito al que se había subido y se sentó a unos metros.

Tenemos que hablar, Julia.

Voy a gritar.

Nadie te va a escuchar, querida. No te preocupes por eso. Y si gritás una vez, te voy a tener que poner cinta de embalar en la cabeza, y no quiero.

¿Vamos a hacer eso?

Julia negó con la cabeza.

Tengo que contarte un par de cosas, dijo Griselda. Es importante.

Necesito que me escuches. ¿Vas a escucharme?

Julia hizo que sí con la cabeza.

Recordó que había sabido que estaba loca. Lo supo aquella tarde, meses antes, en Callao, cuando Griselda la abordó y le contó quién era realmente.

Algo en ella se lo dijo: esta mujer está loca de una manera pacífica, de una manera que no le impide hablar con los vecinos y hacer las compras. Esta mujer va a matarme y a tirar mi cuerpo al campo, eso es lo que pasará.

Dios. Dios santo. Dios querido, ayudame. Cerró los ojos y se dijo: al abrirlos voy a estar en casa, habré soñado con todo esto.

Griselda se prendió un cigarrillo y cruzó las piernas. Tenía una falda de tela gruesa, zapatos en los pies desnudos, una camisa con volados. Parecía estar buscando las palabras.

Bueno, querida. Acá estamos. Nos hemos sacado las máscaras, al final.

O, por lo menos, yo me la saqué. Esta es mi cara, dijo Griselda y le mostró absurdamente la cara durante unos segundos, como si hubiera tenido una máscara hasta hacía poco. Pero no había nada ahí. Solo la cara de siempre: algo pecosa, blanca, de hermosa piel, que Griselda tuvo desde que era joven y ahora conservaba bastante bien, sin cirugías.

Te dije que te había buscado para conocerte, para cerrar un ciclo, para recuperar a mi hijo en cierta forma. Pero esa no es toda la verdad. La verdad es mucho más larga y más rara y más compleja.

Griselda hizo una pausa. Tiró la ceniza en el piso.

Cuando Luisito murió, yo no lo pude aceptar. Fue demasiado de golpe, demasiado injusto, demasiado horrible para mí. Yo todavía sentía que era un bebé, alguien chiquito entre mis brazos. Y entonces me lo sacaron y lo balearon. Eso sentía. Sentía que lo que estaba pasando no podía ser la realidad. No era la realidad, era otra cosa. Era un sueño.

Yo decidí que era un sueño y que, si hacía las cosas necesarias, o sea todas las cosas posibles y también las imposibles, me iba a despertar de ese sueño, iba a despertar a Braulio y, sobre todo, iba a despertar a Luisito.

Griselda hizo otra pausa y volvió a tirar la ceniza sobre la moqueta del comedor. Vamos a morir incendiadas, pensó Julia. Vamos a morir quemadas y a ella no le importa. Ella está en otra parte. Pronto yo también voy a estar en otra parte. Es capaz de matarme para que crea su historia. Despertar a Luisito. Eso acaba de decir: despertarlo.

Griselda no la mira. Mira más atrás, un punto indefinido en el comedor de la casa.

Yo le dije esto a Braulio y él, que no estaba dispuesto, me miró como me estás mirando vos. Me miró así, sin fe, pero yo le hice entender. Le dije: lo que pasa en la mente, pasa en la realidad. No hay otra cosa que la mente.

No existe la locura, no existen las alucinaciones, existe la mente y la mente es el mundo. Y él me dijo: No, Griselda, sí existe la locura, el mundo es una cosa y la mente es otra. Y yo le dije: ya vas a ver que no. Y se lo demostré, él al final tuvo que darme la razón.

Griselda tira el cigarrillo a la moqueta y lo pisa con el zapato hasta apagarlo. De un bolsillo de la falda saca otro y lo enciende.

Él dudaba, dice. Hasta yo dudaba. Éramos la vieja Griselda y el viejo Braulio, y no se puede echar vino nuevo en odres viejos, ¿no?

Julia no sabe qué responder.

No, no se puede. El vino nuevo rompe los odres viejos, ya lo dijo Jesucristo. Pero no lo sabíamos, entonces. Entonces estábamos perdidos, nada más. Estuvimos buscando mucho, en esos primeros días. Gente que nos pudiera ayudar. Mis amigas iban siempre a la casa de estas «señoras», que vivían en la provincia, que ayudaban a la gente con problemas, que

hacían «trabajos», y a todas las visité y cuando les pregunté si podía hacerse, todas negaron con la cabeza. No se puede. El único que pudo fue Él, me decían, y eso pasó hace casi dos mil años. Y yo les decía: sí se puede. Ustedes no saben hacerlo, nada más, pero se puede.

Así estuve semanas enteras. Hasta que una de ellas me pasó la dirección de Doña Silvia. Me dijo que era muy poderosa, pero también peligrosa, y que debía acudir a ella como última opción. Braulio me dijo: No. Ya está, Griselda, por Dios. Basta.

Entonces fui sola.

Me subí a la camioneta una mañana, la F100 que usábamos para ir al campo, y manejé seis horas hasta Santiago del Estero. Fui directo por la ruta 42. Fumé como una loca. Vi cuises que pasaban por la ruta. No pensé en nada. O pensé, sí, pensé que era la última oportunidad que me iba a dar.

Pensé que si esto no funcionaba iba a cerrar las cortinas, me iba a resignar, esa palabra horrible. Me iba a resignar a que Luisito esté muerto. Iba a hacer como cualquier madre, como una madre del montón, que dice: bueno, se murió, a sobrevivir. Pasé por un montón de pueblitos. En uno de ellos bajé a hacer pis y a tomar un café en una estación de servicio. Me miré la cara en el espejo carcomido del baño y era mi cara. Todavía era mi cara que me miraba desde el lugar que yo ocupaba en el mundo, la misma cara de siempre.

Y me volví a subir al auto y conduje durante tres horas más, o dos horas y media, hasta que la ruta se transformó en un desierto y yo no sabía dónde estaba o quién era, puro desierto blanco de sal, a veces algún rancho, a veces un chivito atado a un arbusto raquítico balando con una tristeza inconmensurable. El sol castigaba allá arriba. Y yo contando los kilómetros.

Me había escrito así, la última señora a la que fui: kilómetro ciento cuarenta y siete de la ruta 38. Yo pasé por ahí y no vi nada.

Detuve el auto en la banquina.

Había unos chicos. Habrán tenido diez, once años, no lo sé, estaban raquíticos y en cueros al rayo del sol. Llevaban a un chivito con una soga atada al cuello. Yo me les acerqué y les pregunté: ¿La casa de Doña Silvia?

Y ellos se ensombrecieron, yo pude ver la sombra que les pasaba por encima de la cara, hablaron entre ellos despacito, tanto que no pude

entender lo que decían, y uno de ellos dijo: agua. Yo justo tenía una botella de agua mineral, y se las di. Ellos agradecieron y señalaron un camino de

tierra y dijeron: allá al fondo. Me subí al auto y manejé por el camino. A los costados no había más que desierto y no se veía ninguna casa al final del camino, yo pensé: me hicieron un chiste o se aprovecharon de mí.

Manejé durante diez, quince minutos. Manejé durante una hora y al final de la nada apareció la casa, a un costado, como si siempre hubiera estado ahí y yo no la hubiera podido ver.

Bah, una casa. Era más bien un rancho. El rancho más pobre que haya visto yo en mi vida. Frené el auto, lo apagué. Un perro flaco, un galgo de pelo sarnoso vino a olisquearme. Yo lo acaricié, pero me dio impresión. El rancho era de paja y adobe, con agregados. Había chapas agregadas, una era un viejo cartel de Coca Cola. Esperé un rato a que alguien saliera a recibirme, y cuando no pasó, me acerqué al rancho haciéndome sombra sobre los ojos para ver en el resplandor de la siesta.

Señora, dije.

La puerta estaba abierta y tenía una cortina de tela vieja, roñosa. Adentro estaba oscuro. Había olor a quemado, y vi en el rincón a una mujer en cuclillas, descalza, sentada al frente del fogón.

Hola, Griselda, me dijo.

No me extrañó que supiera mi nombre ni que estuviera esperándome. Te lo juro, chiquita, que parecía haber entrado no solo a un rancho, sino a otra dimensión, directamente. El fogón estaba contenido por un tacho ennegrecido, y al lado, sobre las brasas, había una pava también negra, muy vieja. La mujer tenía el pelo largo, duro, sucio. Sus uñas estaban negras y mugrientas también. Dónde te estás metiendo, Griselda, me dije. Cómo vas a salir de esto.

Acercate, dijo la mujer.

Sus ojos eran lo único brillante en la oscuridad. Casi no tenía dientes. Le hice caso, me puse en cuclillas al lado de ella.

Has llegado a mí después de mucha búsqueda, me dijo.

¿Se puede hacer, entonces?

Todo depende de vos, me dijo. No de mí.

¿Y cuánto sale?

Sonrió sin dientes.

Estas cosas no se pagan con plata, me dijo. Tu hijo fue una deuda, y ahora la deuda fue pagada, pero vos querés retroceder las cosas. Se puede, se puede, pero duele.

Removió las brasas con el palo.

Está creciendo adentro de Braulio, dijo.

¿Qué está creciendo?

Una deuda nueva. Todo es un negocio, pero no se paga con plata. Se paga con dientes y huesos. De Braulio van a quedar los dientes cuando se lo terminen de comer.

No entendí en ese momento que se estaba refiriendo al cáncer. No entendí porque en esa época vivía en la falsedad, vivía en el sueño, en el cansancio. Ahora estoy despierta y lo sé.

Cuando lo hagas vas a tener una deuda. Vos y Braulio van a deber cosas y tarde o temprano lo van a tener que pagar. Él come. Come gente. Tenés que preparárselos y dejárselos serviditos en bandeja. Pero una vez que empezás a hacer esos tratos no hay vuelta atrás. No es que en un momento te olvidás.

Es un trato hecho de fuego, dijo la mujer.

En ese momento vi que no era una mujer. Era vieja, viejísima. Estaba arrugada como una pasa y sus dedos esqueléticos parecían raíces. Creo que no tenía ojos, en realidad. Creo que tenía una máscara puesta. Entonces me dijo lo que escribí en el cuaderno.

Griselda se levantó y buscó un cuaderno de tapas duras, cosido, y lo dejó en la falda, de Julia, cosa completamente inútil porque ella no podía (ni hubiese querido, de todas formas) abrirlo en absoluto.

Ahí está todo, continuó Griselda, prendiendo un cigarrillo con la colilla del otro. Todo lo que debe hacerse. Lo escribí apenas llegué a casa. Leelo con cuidado, llevalo a la práctica, pero hacelo con fe. Si no le ponés fe, por más que repitas lo que dice no va a pasar nada.

Griselda se quedó callada y Julia habló por primera vez.

¿Qué?, dijo. ¿Qué tengo que hacer?

Mantener a tu padre vivo, dijo Griselda. Tu papá está allá en la casa del campo, esperándote. Antenoche, cuando fuimos, te espió mientras dormías.

¿Te diste cuenta?

Julia hizo que sí con la cabeza.

Tenía muchas ganas de conocerte, pobrecito. Hace cuarenta años que no te veía. Ni siquiera te vio nacer, ¿sabías? Naciste en cautiverio y te

arrancaron de los brazos de tu madre. Cuando te vio se puso a llorar. Está orgulloso de vos.

Julia cerró los ojos. Desde ahí escuchó la voz de Griselda, que siguió: Cuando salí de la casa de Doña Silvia no había pasado mucho tiempo. O

por lo menos es lo que creí: que habían pasado dos, a lo sumo veinte minutos, media hora. Pero corrí la cortina y salí y era tardísimo. Noche cerrada. Estaba tan oscuro que tuve que estirar las manos para ver y tardé muchísimo en encontrar el auto, y me subí y volví acá, a San Ignacio. Lo tuve que convencer a Braulio, con tiempo, para que me siguiera, pero cuando me siguió, cuando creyó realmente, cuando cambió, él también lo pudo ver. Es algo…

Griselda buscó las palabras y no pareció encontrarlas.

Fuimos varias veces. Logré convencer a Braulio, lo arrastré. Ahí Doña Silvia nos dio las instrucciones. Es raro, pero ya lo vas a entender. Se renueva, cada tanto. Cada tanto hay que volver a hacerlo. Es como renovar el contrato de un alquiler. De nuevo se pide el sacrificio y todo empieza otra vez. Está todo anotado acá. Sé que lo vas a hacer. Sé que no vas a dejar que tu papá desaparezca. Sé que vas a mantener viva su… memoria, digamos.

¿Vas a hacerlo, querida?

Julia asintió. No sabía qué le estaba pidiendo, siquiera, pero estaba en

plan de prometerlo todo, de dejarla conforme.

En la mesa del comedor, ahí, te dejé la tarjeta para que saques plata. Está todo arreglado. Yo ya escribí una carta y el apoderado, que nunca vas a tener que conocer, un abogado de acá, se va a encargar de que tengas un sueldo todos los meses para que no te tengas que ocupar más que de Luisito.

¿De qué está hablando?

Luisito está vivo, Julia. A su modo, pero lo está. Quedó muy traumado por todo lo que pasó, pobre criatura. Tenés que tenerle paciencia. Ahora, cuando esto se termine, te vas al campo y te instalás ahí. ¿Vas a hacerlo, querida?

Julia volvió a asentir.

Yo ahora tengo que irme. Estoy muy cansada y yo también tengo que pagar mis deudas.

No me dejes acá, Griselda, por favor te lo pido.

No te preocupes, querida. Mirá si te voy a dejar acá.

Griselda se levantó y salió de su campo de visión. Volvió con un bidón blanco, percudido, le sacó la tapa y empezó a tirar chorros de un líquido amarillento, en el piso. Julia reconoció el olor. Era querosén. Griselda lo esparcía con un cigarrillo prendido en la boca, lenta y concienzudamente. El querosén iba saliendo a chorritos de la boca del bidón, cayendo sobre la moqueta, sobre la mesa de roble, las sillas, la cómoda, los sillones.

Después tiró el bidón a un costado.

Voy a morir quemada, pensó Julia. Una muerte horrible. Una de las peores.

Pero Griselda sacó de su bolsillo una trincheta. Era anaranjada y vieja. Se acercó a ella y Julia cerró los ojos pensando: me va a cortar la garganta y es mejor. Así es mejor, sí. Pero enseguida sintió que le ponían la trincheta entre las manos, encintadas atrás de la silla.

Griselda se había agachado frente a ella.

Sos una hermosa mujer, y todavía no sos fuerte, pero ya lo vas a ser.

Lo veo en vos. Todo ese potencial. Te amo mucho y tu papá también te ama.

No lo dejes solo. Lo que va a pasar ahora es la primera prueba. Te va a parecer difícil, pero es la más fácil.

Griselda la besó en la frente.

Después prendió un fósforo y lo dejó caer en los sillones. El tapizado agarró fuego enseguida, con un resplandor en la penumbra del atardecer, y un humo negro salió del interior y comenzó a subir hacia el techo.

Griselda se subió al banquito, se echó la soga al cuello y la miró una vez más.

Después se dejó caer.

Sus pies quedaron a casi un metro del suelo. Empezó a sacudirse horriblemente, como si en el último momento se hubiese arrepentido. Las piernas debajo de la falda se extendieron, uno de sus zapatos se le salió y Julia vio los dedos crispados del pie, que se contraían como babosas a las que se les ha tirado sal.

En la época en la que trabajó para la sección de policiales de un diario amarillista, Julia había podido hacerse de un par de fotos de ahorcados para su colección privada. Porque tenía una colección privada, una carpeta en la notebook escondida bajo el nombre de «Gastos de la casa» con más de

doscientas fotos de gente muerta. A pocos se la había mostrado, el que más insistía en verla era Alejandro, elfo morboso, que se detenía en cada una con curiosidad antropológica para «advertir los detalles». Víctimas de accidentes de tránsito o de violencia doméstica, asesinados a tiros a la salida de un boliche, gente que se mataba de distintas formas: tirándose de un edificio, cortándose las venas en la bañera, dándose un disparo en la sien, tomando pastillas, ahorcándose. Uno de los policías le explicó una vez que los ahorcados eran los más difíciles de embolsar porque los cuerpos solían quedar rígidos como una tabla, como si el rigor mortis fuera más intenso en ellos. Mirándolos, ella se había preguntado muchas veces cómo serían esos últimos momentos. Los segundos precisos en los que la vida se despega del cuerpo como una calcomanía.

Ahora podía verlo, aunque no quería. Se dijo que mejor cerrar los ojos, y sin embargo los tuvo abiertos durante todo el tiempo que

duraron las pataletas y el movimiento pendular. Hasta que ya no hubo nada. Eso era la muerte: Griselda al fin quieta, los ojos saltones y la lengua afuera de la boca, el crujido de la soga contra la viga.

Los dedos de los pies se aflojaron, al fin.

El sillón de dos cuerpos ardía, y Julia apenas podía respirar entre el humo que subía al techo en columnas macizas. Chispas y partículas de ceniza danzaban en el aire caliente.

Cerró los ojos y movió la trincheta hasta dar con la cinta. Después empezó a cortar. A intentarlo, porque la cinta era dura y ella casi no tenía fuerza en los dedos. Estaba en eso cuando perdió el equilibrio y cayó de costado. Se vino con silla y todo, golpeándose el hombro y la cabeza contra la moqueta del piso. Por un segundo estuvo a punto de desmayarse, pero enseguida pestañeó un par de veces y volvió en sí.

La trincheta. Ya no la tenía en la mano. Se había caído. Lejos, seguramente.

Estiró los dedos para buscarla. No estaba. Iba a morirse ahogada. Era su merecido, por ser tan ingenua. Con esfuerzo, estiró los dedos, palpando la moqueta peluda. Estuvo un largo rato haciéndolo, con un ataque de tos y los ojos llorosos por el humo. Al fin tocó algo. Algo plástico. Sentía que el hombro derecho empezaba a hinchársele, probablemente se lo había dislocado. Pero lo intentó de todas formas. Con la poca fuerza que le

quedaba dio un breve salto hacia atrás. La trincheta se corrió un poco más.

Dio otro salto y ahí sí la agarró.

El humo había subido hasta el techo y ahí se concentraba, como una nube en el interior de la casa.

Agarró el filo y mientras lo acomodaba sintió que se le clavaba en alguna parte de la mano, pero no le importó. A ciegas, la dio vuelta y presionó contra la cinta. Sentía la mano enchastrada de sangre.

Por un horrible momento pensó que no lo iba a lograr, que iba a desmayarse por la inhalación del humo y se iba a morir asfixiada. Pero la cinta terminó cediendo después de unos segundos y, entonces, sintió las muñecas libres. Cortó la parte que sujetaba sus piernas. Se detuvo para toser. El humo le hacía lagrimear los ojos y le estaba costando respirar.

Para entonces el fuego se había contagiado a la mesa, a las sillas. Incluso las cortinas que estaban al lado del sillón ardían ahora convirtiéndose en pequeñas partículas incendiadas que revoloteaban por el comedor. Julia se acercó al cadáver de Griselda. Le tocó una mano: estaba fría, nada podía hacerse con eso. La muerte era la muerte y, sin embargo, lo que le había dicho… La miró a los ojos.

Por un segundo le pareció que se habían movido como las estatuas en las plazas si uno las mira el tiempo suficiente.

Recogió el cuaderno que se había caído y en la mesita de arrastre encontró las llaves de la Hilux y las tarjetas que Griselda le había dejado.

Con todo eso salió. Era de noche. ¿Cuánto tiempo había pasado? El tiempo era extraño ahí adentro. Por las ventanas vio que el fuego consumía entero el interior de la casa. Abrió el portón, se subió a la Hilux y la sacó a la vereda.

Cuando arrancó y empezó a alejarse de la casa tenía el plan de ir a la policía y confesar lo que había pasado. Un segundo plan era dejar la Hilux cerca de la terminal y tomarse el primer colectivo que saliera para la capital.

Pero antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo se vio en la ruta y supo que no, que no volvería por lo menos por ahora a Retiro, que tenía otros planes. La casa de campo la esperaba.

6244

Se quedó hasta el amanecer sentada en la camioneta, mirando la casa, con las manos sobre el volante.

La luz rasante del sol destellaba en los pastos cubiertos de escarcha.

Hubiera dado lo que fuera por un cigarrillo en ese momento, y se arrepintió de no habérselos traído, aunque eso implicaba meter la mano en el bolsillo del vestido de su abuela ahorcada. En el asiento del acompañante, el manojo de llaves que Griselda le dejó. Los papelitos, bien organizados: Rejas frente c/c y otra Casa Frente. Era cuestión de entrar, apagar la alarma, caminar por el interior. Su padre estaba ahí, esperándola.

Recordó el día anterior, el viaje, el encuentro con Griselda en capital.

Nada era casual. La estuvo preparando. Esos días fueron una

preparación: ella sabía lo que iba a hacer. Lo supo desde siempre.

Debería volver a Capital, a su gato, a sus amantes, a su vieja vida. Pero

¿era realmente su vida, eso? ¿No había estado esperando todo ese tiempo la posibilidad de cambiar, de ser otra, de darle a su vida una dirección, una profundidad, una aventura posible? ¿Y no sospechaba siquiera que esa aventura sería terrorífica, que el pago por jugarla sería alto? Un kilo de carne, de alguna parte del cuerpo. Las costillas, preferentemente.

En una de las cortinas de la casa le pareció advertir un ligero movimiento. Alguien la espiaba. Probablemente un cómplice de Griselda, un empleado que compartía su locura. O no. Cualquier posibilidad era igualmente horrorosa. Desde la noche anterior, desde la transformación de Griselda en esa cosa, sentía que ya no pisaba suelo macizo, que estaba en otra parte.

Al fin, casi una hora después, agarró las llaves, abrió la puerta de la Hilux y puso un pie en el piso cuarteado de tierra de la entrada. Más allá del alambrado crecía una plantación de trigo, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista y sus altos tallos espigados se erguían contra el cielo, mecidos suavemente por la brisa, como un ejército de hombres desnutridos.

Tuvo la sensación de haber vivido ya ese momento, un *déjà vu* intenso, como si viera el mismo campo a través de los recuerdos de su padre. Pero eran fantasías. El llavero tintineaba en su mano. Abrió la reja y la puerta de entrada y oyó los pitidos de advertencia de la alarma. El panel estaba al lado de la puerta, la clave era 6244. Griselda se lo había anotado en un papelito.

La marcó y la calma descendió sobre la casa con la suavidad de una sábana.

Oyó el silencio un rato, ahí parada, mirando los muebles y el comedor donde había estado el día anterior, ahora con nuevos ojos. Ese comedor y esos muebles tenían ahora un aire distinto. Miró el pasillo que se extendía hasta las habitaciones.

¿Hola?

Se quedó mirando la casa quieta. Un silencio expectante, atento.

Hizo un paso en dirección al pasillo y oyó que algo, allá atrás, se movía.

Se escondía. La casa parecía más grande por adentro que por afuera.

Aunque era de una sola planta, las habitaciones daban la impresión de multiplicarse a su paso, de dejar de existir cuando no las miraba.

Caminó lento por el pasillo, pasó por la puerta que daba al baño, y abrió (no había nada), pasó por la pieza donde había dormido la noche anterior y prendió la luz: nada. Fue hasta el cuarto de la cama de dos plazas, el cuarto donde Griselda había dormido con Braulio. Nada.

Y, sin embargo, tenía la seguridad de que había algo, de que no estaba sola. Fue hasta el living y se sentó a esperar.

Esperó durante horas. Se hizo completamente de día y ella se levantó y fue a hacerse un té y volvió a sentarse. No había dormido en toda la noche, y después de un rato se sacó las zapatillas, se acurrucó en el sillón y se quedó dormida casi sin darse cuenta.

Durante todo ese día esperó verlo, pero él no se mostró. A veces lo escuchaba o creyó escucharlo caminando allá atrás, tratando de no hacer ruido, pero apenas se daba vuelta él desaparecía. Anocheció y fue brutal: de

pronto la oscuridad exterior era perfecta y compacta; por fuera de su reflejo en la ventana no se veía absolutamente nada, ni siquiera las estrellas. Se preparó una ensalada de vegetales en lata y comió en la gran mesa de roble, sola. Después lavó los platos, los secó, los devolvió a su lugar. Se preparó otro té, y fue caminando con todas las luces encendidas, despacio, para darle tiempo a esconderse. Una de las puertas estaba cerrada y ella no se animó a abrirla. Entró en la siguiente (al fondo, después del baño) y, al extender la mano en la oscuridad para tantear el interruptor, creyó que de pronto se iba topar con otra mano, con la fría mano de su padre. Pero eso no pasó.

Prendió la luz: una cama de dos plazas, tendida, un ropero antiguo de bordes labrados, una silla de madera y paja bajo el interruptor de la luz.

Prendió el velador y se acomodó los almohadones detrás de la espalda y tomó su té.

Antes de dormir, miró la puerta cerrada de madera blanca.

Por ahí vendrá, se dijo. Vendrá esta noche, cuando esté dormida. Tengo que quedarme despierta porque voy a enloquecer. Si lo veo, voy a enloquecer.

Pero se durmió de todas maneras. Durmió durante horas sumida en sueños fragmentarios, rachas de imágenes que aparecían y desaparecían aparentemente al azar.

Se despertó a una hora indeterminada; el velador estaba apagado. No sabía si ella lo había apagado, o él, su papá, que en ese momento estaba sentado en la silla, encorvado, vestido con el traje con el que lo habían enterrado. En la oscuridad vio su cara pálida. El brillo en las mejillas.

Estaba llorando. Julia lo entendió después de un rato. Su papá lloraba.

Sintió un terror que nunca había experimentado en su vida. Una jeringa esparciéndole en las venas un chorro de agua helada.

Su primera reacción fue no poder moverse en absoluto. Pero después, lento, se sentó en la cama y se levantó y se fue acercando, paso a paso, hasta tenerlo enfrente.

Papá, dijo. Soy yo. Soy tu hija.

Su padre extendió la mano (blanca, quemada por cigarrillos, con algunas uñas faltantes) y le tocó la cara. Ella retrocedió.

Perdón, dijo.

Y lo dejó ahí, solo.

Lastimado

La noche siguiente durmió vestida, en el sofá frente al hogar, tapada con una manta gris.

Soñó con Griselda. Sentada en los sillones del living de la casa de los Lara, con el álbum de fotos sobre las piernas, pasando las hojas sin apuro.

Tenía la marca de la soga en el cuello y los ojos salidos por la presión. Julia estaba sentada enfrente, en un sillón individual, con una mesita

en la que humeaba una sopa de zapallo recién servida. Había una cuchara de madera, grande, y ella entendió que debía revolver la sopa para servirla, pero la cuchara se hundió ilógicamente en el plato, como si fuera demasiado profundo y desapareció en el interior.

Ha pasado un día entero y no se ha ido. Siente que tiene la estúpida responsabilidad de cuidar de su padre. Si se va, se quedaría solo: no puede hacer eso. No ahora. Aunque implique un espanto y una locura, no deja de ser su legado. Cuidarás de tu padre. Y después ¿qué? ¿Renovar el contrato cuando sea necesario? No lo sabía. Pensaba que no. No. No era capaz.

Su padre se había quedado sentado en la cama donde lo había dejado la noche anterior. Ella se quedó un rato parada frente a la puerta y después entró.

La pieza estaba en penumbras. Su padre tenía un ojo reventado por un disparo. Olía a viejo, algo denso que parecía arrastrar desde hacía muchos años.

Todavía no puedo, pero ya voy a poder, papá, dijo ella.

Su padre no reaccionó en absoluto. Ni siquiera pestañeaba.

Todos esos años Griselda y Braulio habían convivido con él, pensó Julia, el recuerdo descompuesto de su propio hijo. Habían hecho lo que hicieron por ese recuerdo. Se dio cuenta de que estaba llorando y volvió a salir de la habitación.

Su padre se quedó sentado ahí, en la cama, sin pestañear.

A la tarde sacó el candado y abrió las puertas del galpón.

La luz atravesó los agujeritos de las chapas de zinc, allá arriba, y proyectó puntitos amarillos sobre el piso de tierra apisonada. Monturas y sogas colgaban de un gancho en la pared. Mesones de madera vasta.

Herramientas en una estantería. Tachos, bidones. Pedazos de hierro negro en un tacho. Más allá, en un rincón, una mesa quirúrgica y

algunos instrumentos, bisturís, jeringas, serruchos. Una mesita.

Hurgando en unas cajas encontró una especie de álbum de fotos y se sentó para hojearlo. Era pesado, de tapas de madera, pero en vez de fotos tenía muestras de tejido reseco, fijado con clavos al marco. Trozos de piel humana, cortados con prolijidad. Todos con un nombre y una fecha. Los primeros eran tan viejos que parecían resquebrajarse al contacto. El último era de 2013. Costanza, había escrito alguien en el marco, con lápiz de carpintero.

A eso se habían dedicado sus abuelos todos estos años.

¿Qué hacía ahí? ¿Qué iba a hacer? Lo pensó mientras tomaba unos mates, por la mañana, en el silencio del campo. Ir a San Ignacio, tomar un café en un bar, hablar por teléfono con Alejandro, contarle. O hablar con su psiquiatra lacaniano de Colegiales. Pedir ayuda. Le quedaban unas pocas pastillas y pronto estaría librada al azar, a sus propias maquinaciones infernales.

Por las noches, lee el cuaderno que Griselda le dejó.

Un día va a buscar a su padre y lo agarra de la mano lastimada y lo guía hasta el porche. Su padre camina raro, rengueando. Una vez afuera, mira el campo sin gestos. Julia se sienta en una de las reposeras de madera y espera. Después habla.

Me llamo Julia, le dice. No sé si es el nombre que pensaban ponerme pero me llamo Julia Lara y esta es la historia de mi vida.

Entonces le cuenta, desordenadamente, lo que había pasado en esos años.

A veces de forma cronológica, a veces con saltos en el tiempo, a veces tremendamente derivativa, como si en los detalles, en los pequeños afluentes que salen del cauce principal, estuviera condensado lo mejor del asunto. Su padre no demuestra la menor emoción.

Un día, sin embargo, llora.

Llora solo, sin nada aparente que lo motive. Se tapa la cara y llora y ella quisiera abrazarlo, pero le da impresión tocar su cuerpo frío. Su cuerpo está lastimado, y se mueve de una forma extraña, como si las lastimaduras todavía le dolieran. No duerme. No come. No pestañea. Ella a veces lo peina, como a un nene antes de ir a la escuela. Lo agarra de la mano derecha, a la que le faltan uñas, para llevarlo a pasear por el patio, pero cada vez que se acercan al aljibe, él empieza a gemir, se suelta de su mano, vuelve a la casa.

¿Qué pasa, papá?

Luisito Lara no responde.

Julia se acerca al aljibe y se queda mirando la tapa de cemento, pesada, la glorieta de hierro que lo adorna. Mira el candado plateado que asegura la tapa al resto del aljibe. Una nueva capa de horror, como si hiciera falta. Y, sin embargo, va a llegar al fondo. Los ojos abiertos hasta el final, pase lo que pase. Tiene el viejo llavero tintineante en la mano, pero ninguno de los papelitos dice Llave Candado del Aljibe o algo por el estilo, y después de probar dos se da cuenta de que no, de que ahí no está. Va hasta el galpón y encuentra un martillo grande y una palanca. Nunca hizo algo así y entiende que eso es parte de su nueva vida, una primera aproximación a lo que será de ahí en más.

Apoya la punta de la palanca contra el hierro curvo del candado y golpea.

Al principio el candado, que es fuerte y alemán, resiste los golpes, pero poco a poco, cinco, seis, nueve golpes después termina rompiéndose. Ella lo saca y lo tira al suelo. Está agitada por el esfuerzo, le duelen las manos.

Empuja la tapa de cemento y mira el interior. No se ve nada. El hueco del

aljibe debe tener unos diez o quince metros de profundidad, se hunde en lo oscuro.

Va de nuevo hasta el galpón y busca una vieja linterna percudida, de plástico, roja, de doce pilas.

Ilumina las paredes todavía húmedas, de ladrillo rojo, y al fondo alcanza a ver algo. Un cuerpo humano desnudo. No: varios cuerpos,

una montaña de cuerpos. Apilados según fueron cayendo a lo largo de los años, pero no descompuestos, frescos como si ellos tampoco pudieran morir. Tienen los ojos cerrados, parecen dormidos. De pronto uno de los cuerpos se mueve.

Un movimiento pequeño y nervioso, como de persona que cambia de posición dormido, y Julia retrocede unos pasos y la linterna se le cae de las manos y al vidrio se le hace una rajadura al pegar contra el suelo.

Entonces lo va a hacer. Es así. Se va a ocupar de su padre. O por lo menos en cierta medida. Se va a transformar en otra persona.

Pasa un mes.

Julia se ha convertido en una monja de clausura. Se lava la ropa a mano, lee los libros de la biblioteca del comedor, revisa las plantas por si tienen bichos y, en caso de que tengan, las fumiga con jabón blanco diluido en agua. Después se acuesta y se queda dormida. No tiene miedo. No sueña. Se imagina como un vikingo mirando las naves en la costa, las grandes llamaradas subiendo desde el interior, iluminando la noche.

A comienzos de agosto, el viento que viene del campo, cubierto de tierra, empieza a ser tibio. Los limoneros se llenan de flores, y ella corta un par y las deja en el interior de la casa. Las plantas se hinchan como una mujer a punto de menstruar, y después salen las flores. Una mañana se levanta y ahí están, las plantas que Griselda ha cuidado durante años cubiertas de pesadas y olorosas flores frescas.

Algo le pasa a su padre, sin embargo.

Lo primero es el olor. Su padre huele fuerte, denso. Ella no puede quedarse mucho al lado de él. Lo manda a su cuarto, cierra la puerta. Él vuelve a salir, se acerca a ella cabizbajo, como un perro acostumbrado a los golpes. Ella abre las ventanas, poda las flores del jazmín y riega la casa con

ellas. Entiende el porqué de todos esos jazmines, de todas sus variedades.

Entiende también la profusión de cajas con docenas de desodorantes de ambiente en aerosol en el lavadero. Pero el olor se levanta igual entre todas esas cosas y es difícil estar en la casa.

Ha llegado la hora de «renovar». Eso dice el cuaderno: cuando se cumple el lapso, se debe renovar el contrato. Sabe que le toca a ella hacerlo, ahora.

Sabe que no quiere. O no puede. Eso piensa una tarde luminosa y ya cálida de agosto, sentada en la galería con un vaso de limonada. Piensa que está en una especie de puente, un viejo puente de madera que pasa encima de una corriente de agua. Está parada ahí. De un lado, lo que ella fue, lo que pensó que era. Del otro, lo que podría ser, si «renueva». Porque sabe lo que implica.

Cortar las cuerdas tensas que la atan al mundo, cerrar los ojos y dejarse llevar.

Sabe que va a convertirse en sus abuelos. Va a matar a una persona, y de eso no se vuelve tan fácil. Por lo menos, ahora. Por lo menos, con los restos vivos de lo que fue.

La comida del freezer se está agotando y tarde o temprano va a tener que ir a retirar dinero, el dinero de la familia Lara, con una tarjeta de débito que Griselda le dejó. Está empezando a entender, de a poco, lo que hicieron con ella. La preparación a la que la sometieron.

Por las noches, su padre grita. Ella se queda despierta gran parte de la noche oyéndolo gritar.

Una mañana, cuando pasa con su café con leche recién hecho, ve una mosca parada en la mesa de roble.

Son casi las ocho. Es raro, una mosca adentro cuando las ventanas y las puertas están convenientemente provistas de mosquiteros. La

espanta con la mano y la oye zumbar, alejándose en dirección a la pieza. Desde aquella zona hace rato que no se oyen gritos. Hay un silencio (nunca mejor dicho) sepulcral.

Las moscas se multiplican a lo largo de la mañana. De pronto están en todas partes: en las cortinas, en el sillón, sobre el hogar. Ella tira

desodorante de ambiente con la esperanza de que se vayan, pero las moscas se juntan especialmente en los restos de los jazmines que ella ha puesto en toda la casa. Al mediodía, la casa está llena.

Y zumban. Zumban todas al mismo tiempo.

El zumbido viene desde el pasillo, desde la pieza de su padre. Es un mediodía luminoso, claro, demasiado caluroso para la época. Ella está parada en el comienzo del pasillo, tratando de entender qué debe hacer.

Camina hacia el cuarto de su padre, despacio, y el zumbido sube de volumen a medida que se acerca.

¿Papá?, dice ella. Está parada frente a la puerta.

Zumban, zumban las moscas.

Papá, voy a abrir.

Entonces gira el picaporte. Primero, casi la ciega la luz del mediodía que entra por la ventana, pero enseguida ve a su padre. De pie, al lado de la cama, tiene el cuerpo completamente cubierto de moscas, los brazos, el torso, la cabeza entera, adheridos a una nube de moscas que se mueven y zumban, zumban, se lo están comiendo, y ella quisiera no reaccionar, quisiera no ponerse a gritar, porque sabe que a él lo avergüenza, pero no puede evitarlo.

Grita y grita, hasta quedarse sin voz.

Santiago del Estero

Amanecía cuando salió de la casa. El cielo estaba cubierto de una capa de nubes escamadas: parecía la piel de un lagarto. Julia no había podido dormir en toda la noche, oyendo los gritos de su padre, y ahora sentía la piel tersa y los ojos cansados. Con unas gafas negras abrió el candado de la tranquera, tomó la ruta 42, casi vacía a esa hora, y aceleró.

Viajó durante cuatro horas.

Tal como había hecho su abuela cuarenta años atrás, se detuvo a mitad de camino en una estación de servicio, una YPF gigante, moderna y muy limpia, con sus bancos para sentarse a tomar café o almorzar, sus diarios nacionales en las mesas, su televisor de pantalla plana colgado de la pared.

Funcionaba como autoservicio y Julia se sirvió dos medialunas, le pidió a la chica que atendía un cortado en jarrito y se sentó a una de las mesas, cerca del ventanal que daba a la ruta.

Mientras endulzaba y probaba su café, hojeó el diario sin interés, como si fuera de otro planeta.

Por el ventanal vio la ruta, el campo recién sembrado, un Scania de cuatro cuerpos que estacionaba lentamente en el área de descanso de la estación. Un hombre gordo con una barba de dos días bajó del camión y se metió en el baño. Julia lo vio desaparecer y miró el campo amarillo y resplandeciente, tomando su café de a sorbitos, el sol que ya empezaba a ser santiagueño (blanco, intenso, cegador), como si se estuviera acercando a un portal más que a una provincia. Un auto lleno de chicos con un padre

evidentemente cansado salió del estacionamiento y tomó la ruta hacia Córdoba. Se cruzó con una camioneta F100, blanca y descascarada, que aparcó más allá, y de la que bajó una mujer colorada, elegante, con inmensos lentes negros que le cubrían gran parte de la cara.

Era increíblemente parecida a Griselda. Julia se quedó mirándola.

La mujer entró a la estación y se acercó a la caja para pedir un cortado, ella también. Julia escuchó su voz: era Griselda. Tuvo que apoyar el café en la mesa: las manos habían empezado a temblarle. Se quedó mirando sus manos como si fueran de otra persona puestas en sus brazos, hasta que oyó que le hablaban.

Disculpá, ¿me lo puedo llevar?

Levantó la vista y ahí estaba Griselda, de cuarenta años, señalando el ejemplar de *La Nación* de su mesa.

Sí, sí, llevateló, alcanzó a decir.

Gracias, dijo Griselda, agarró el diario y fue a sentarse a unas pocas mesas más allá y leyó el diario sin mirar otra cosa.

Julia la miraba de reojo cada tanto. ¿Le diría algo? ¿Le advertiría?

No. No haría nada.

Julia se levantó después de terminar su café y miró una vez más a Griselda, a la joven Griselda que en ese momento tenía más o menos su edad. Se subió de nuevo a la Hilux y salió de ahí.

Manejó dos horas más.

No pensaba nada. Su pensamiento se había afinado hasta el punto de fuga de la ruta que se extendía allá adelante.

A su alrededor el paisaje se transformó, como Griselda le había dicho.

Desapareció la vegetación, la tierra se volvió blanca y fina como harina, los árboles que hasta ese momento habían sido frondosos y verdes se achaparraron, volviéndose arbustos pequeños, filosos, puntiagudos. Durante un largo trecho no se cruzó con ningún auto, con ningún camión, con ninguna casa, con ningún animal vivo. La tierra se había calentado, parecía irradiar blancura y calor. Anduvo despacio hasta que llegó al kilómetro 42, entonces bajó la velocidad y poco después, ahí estaba el camino. De tierra, descuidado, sin huella.

Eran las once y media de la mañana, según el reloj de la Hilux, pero el sol cayó de golpe como si el tiempo diera un salto, y enseguida se hizo de

noche.

Julia frenó y se quedó un momento recuperándose. Alguna vez había tomado ácido, con sus amigos, en una casa de campo, y había tenido una percepción dislocada del tiempo, pero esto era completamente distinto, como si hubiera tomado diez ácidos a la vez. De pronto era noche cerrada.

El cielo oscuro, sin estrellas. La oscuridad se cernía alrededor, apretada. No había luces ni casas a la vista. Miró hacia atrás: el camino parecía haber desaparecido, como si el mundo fuera dejando

de existir a medida que lo dejaba atrás. No podía volver, de eso estaba segura.

No supo cuánto había manejado, pero al cabo de un tiempo indescifrable los faros iluminaron a una mujer parada en mitad del camino.

Julia frenó de golpe.

La mujer estaba encorvada, como si sufriera de alguna enfermedad degenerativa. Las manos torcidas como garras. La cabeza vuelta a un costado, como un perro que duda. Caminó con pasos torcidos de poliomielítico hacia la derecha y Julia la siguió, en primera.

Entraron en un círculo de arbustos raquíticos, en cuyo centro había una casa. Había esperado encontrarse con un rancho de adobe, pero era una casa moderna, de ventanales amplios y un jardín bien cuidado enfrente, con macizos de flores frescas.

Julia apagó la Hilux y bajó. Se quedó un momento de pie, al lado de la camioneta.

El silencio ahí adentro era tan perfecto que oyó su propia respiración, el aire entrando y saliendo. Desde la densa oscuridad que la rodeaba le parecía advertir múltiples presencias, presencias invisibles que la miraban, que la esperaban, que gritaban silenciosamente alentándola a entrar. La puerta estaba abierta y de su interior salía una luz anaranjada, no tenue, no intensa, sencillamente ideal. Ella atravesó la puerta sin dudarlo.

Se imaginaba muchas cosas, pero no lo que vio.

Un living cómodo, con una mesa ratona y almohadones en el piso. Un sutil olor a palo santo. La mujer estaba sentada en uno de los sillones y había cambiado. Ahora parecía limpia, tranquila, vieja, pero cuidada.

Estaba sirviendo té en unas tacitas blancas. Había galletitas, también, y Julia, que no venía de buenas experiencias con té y galletitas, declinó la oferta, pero se sentó y se quedó mirándola. Tenía el pelo muy largo, canoso,

atado con una trenza, y lo único que desentonaba con la aparente normalidad eran sus ojos, de un negro opaco y profundo, tan negros

que no se distinguía el iris, en el que Julia sintió que podía hundirse, perderse.

Desvió la vista.

Supongo que venís a cerrar el ciclo, dijo la mujer.

Julia no respondió. Efectivamente, a eso iba, pero ella parecía saberlo ya.

Lo que hicieron tus abuelos no fue lo correcto. Fue un error. Nos costó mucho sacrificio, mucha energía. Tuvimos que pagarlo durante todos estos años, pero ahora estás vos para remediar eso. No va a ser fácil.

Ni siquiera entiendo lo que hicieron.

No hace falta. Entender no hace falta. Entender es una costumbre automática. Si no entendemos algo, dejamos de verlo. Así nos perdemos de vivir, porque lo importante pasa alrededor de nosotros y no lo entendemos, no lo vemos. Cuando un chico que todavía no sabe leer abre un libro y ve las letras, no ve lo que significan. Ve dibujos. Ve palitos y círculos. Así somos nosotros cuando tratamos de entender. Y así vivimos tristes porque aquello para lo que vinimos al mundo queda por siempre irresuelto.

La mujer tomó un sorbo de té y dejó la tacita en la mesa.

Te voy a contar una cosa. Cuando yo era chica, hace muchos años, vivía con mi familia, que era muy pobre. Éramos tan pobres que a veces nos turnábamos para comer. ¿Sentiste hambre alguna vez? Me imagino que no.

El hambre a veces es un poco alucinógino. Vivíamos en un rancho. Ocho hermanos, mis padres y un tío. Mi tío era un borracho y a veces me tocaba.

A veces a mí, a veces a mis hermanos. Llegaba borracho y nos tocaba y yo pensaba en alguien que todavía no sabía quién era. Pensaba en que alguien podría venir a rescatarme, ahí, en la oscuridad, sintiendo el aliento de mi tío en la cara, untada por su cuerpo asqueroso.

No sé cuándo empecé a sentir el llamado. Once años, habré tenido. Él me llamaba. Vamos a decirle el Cazador, aunque ese es un nombre que yo le doy nomás, y su verdadero nombre sea imposible de pronunciar, si es que lo tiene.

Vino el Cazador y yo me meé encima porque verlo, Julia, y es algo que te va a pasar, verlo da terror. Yo me meé y el Cazador se puso en cuclillas y escarbó la tierra con un palito. Escribió algo. Yo vi lo que había escrito y dije: no, no. No puedo. Y él se levantó y se fue; volvió a perderse en la espesura y yo volví a casa y pensé: no puedo. Mientras pasaba hambre y mi

tío me violaba pensé: no puedo. ¿Qué culpa tienen los demás de mi llamado? Ellos no han sido convocados por nadie. Pero yo sabía que las cosas tenían que cambiar, y que estaba en mi deber cambiarlas.

Entonces una noche, cuando todos dormían, regué la casa con querosén, regué las piezas, incluso en las que dormían mis siete hermanos, y prendí fuego. Y salí y me quedé afuera un rato oyendo los gritos y sabiendo que no había vuelta atrás, que ya no había humanidad para mí, que había ingresado en otra etapa de mi vida, que ya no era del todo humana.

La vieja hizo un momento de silencio.

Así es el Cazador, dijo después. Te puede liberar, pero a un costo tremendo. Yo vi ese costo. Yo lo sentí en mi propia piel. Chillaba todo el día. Intentábamos detenerlo, pero lo único que nos quedaba era gritar. Yo me pasé esos años gritando.

Estuvo suelto en esos años, Julia. Cada vez que tiraban un baldazo de agua fría, yo gritaba. Cada vez que apagaban un cigarrillo en un brazo, yo sentía la mordedura en mi propia piel. Cuando aplicaban la picana, era yo la que experimentaba la parálisis y la anulación y el vértigo y la náusea de la electricidad. Cuando violaban, me violaban a mí. Cuando torturaban a niños, era yo la que estaba siendo torturada. Cuando cortaban las primeras falanges de los torturados para que nadie los reconociera, cuando le ponían una venda en la cabeza, cuando los dormían y los tiraban al río desde lo alto, era yo la que me sentía liviana, la que flotaba sobre el río, la que me quebraba los huesos al impactar contra el agua, la que me hundía despacio y me depositaba en el fondo y empezaba a ser curioseada por los peces y las algas que se me enredaban entre los dedos. Yo pasé hambre, frío, miedo. Yo me cagué encima. Yo delaté a mis amigos. Yo me negué a decir una palabra. Yo denuncié a mis vecinos, a mis amigos, a cualquier persona que pasara por la calle: todos eran culpables, todos

eran subversivos, todos podían tener una bomba bajo el brazo, en sus maletines, en sus autos, debajo de las camas, tenían una bomba. Cuando estiraban la lengua de las personas con una tenaza, era mi propia lengua la que se estiraba como un chicle. Yo veía mi lengua, veía la punta de mi lengua y veía la tenaza que la desgarraba y veía a los hombres que manipulaban esas tenazas.

Estaban desatados, querida. No eran del todo humanos. Yo vi sus ojos: eran completamente negros. Las cosas que hicieron. Nunca se vio algo así.

Yo quiero creer que estaban poseídos por algo más grande que ellos. Que el verdadero jefe, encima de todos los jefes, era él. Era su reino. Él había instaurado su reino sobre la tierra y nadie podía saberlo.

¿Quién? ¿Quién era el verdadero jefe?

La vieja hizo silencio. Julia escuchó el crepitar de un fuego, aunque no se veía fuego por ninguna parte. Como aquella vez en la casa de Griselda, sintió que la realidad empezaba a ceder en un punto. Supo que no tenía mucho tiempo.

Pero ¿cómo lo termino? ¿Hay forma de terminar con esto?

Vas a tener que matarlo, dijo la vieja.

¿Yo? Yo soy nadie. ¿Cómo lo voy a matar?

Miró a la vieja a los ojos y el sentimiento de hundirse en ellos, por más que no hubiera probado una gota del té, se hizo más fuerte. Ya no estaba segura de que la casa fuera confortable y linda. Ya la casa le parecía estar desapareciendo a su alrededor.

Si podés hacerlo, vas a hacerlo. Si no podés hacerlo, no lo vas a poder hacer. Todo lo que salga será lo que tenga que salir.

Pero no estoy preparada.

Nadie está preparado para algo así. Ni siquiera yo. Y ni siquiera viajaste esta mañana. Ni siquiera estás acá.

¿No estoy acá?, preguntó Julia.

No, querida, dijo la vieja. No estás acá.

Y era verdad. No estaba en Santiago del Estero, aunque le costó, por lo menos al principio, entender dónde estaba, cuánto tiempo había pasado. Era de noche y frente a ella había un fuego encendido. Poco a poco fue reconociendo, incluso en la oscuridad, el contorno de la casa y la Hilux más allá, estacionada bajo los árboles. No se preguntó si era un sueño o realmente había viajado hasta Santiago del Estero la tarde anterior. ¿Qué sentido tenía preguntárselo? Entender no hacía falta, y era lo único que sabía ahora. Cerrar los ojos y avanzar. Dejarse caer.

Se levantó y entró en la casa.

El olor era sencillamente insoportable. Le pegó en la nariz y en la boca como algo palpable, como sustancia espesa que la tiraba hacia atrás. Como si más que un olor fuera un recuerdo atávico de la especie, la razón por la que los primeros monos decidieron enterrar a sus muertos allá en el amanecer de la conciencia. Que los muertos entierren a sus muertos.

Tuvo que taparse la boca con la mano para avanzar por el pasillo hasta la zona de los cuartos. Aspiró una bocanada de ese aire hediondo y abrió la puerta.

Las moscas y los gusanos habían dejado muy poco de él, en algunas partes se veían los huesos limpios. Julia se largó a llorar.

Mirá lo que te hicieron, se dijo.

Le tiró una manta encima y se quedó un largo rato ahí, con los ojos cerrados.

Una lluvia de aluminio derretido

Está llorando sentada en la camioneta.

Ha estacionado cerca de la banquina, bajo la sombra de los eucaliptus, y llora con la cara levantada, sin cubrirse, mientras afuera, en el campo, amanece. Se oyen los teros dando vueltas en el aire, bajando a picotear las lombrices frescas del campo. Afuera hace frío y la escarcha ha bañado las puntas de los yuyos.

Ella se recompone, baja el espejo retrovisor y se mira. Se seca delicadamente las lágrimas del costado de los ojos, arranca el auto y se va rumbo al pueblo.

Hace las compras en un Wallmart recién inaugurado, sobre la ruta 42. Es raro estar ahí, haciendo chirriar las ruedas del carrito en los pasillos bien iluminados, con música funcional. Llena el carrito de cosas que necesita, comida y algunos artículos de limpieza, y paga con la tarjeta que su abuela le dejó. La cajera es gordita, muy simpática. Le alcanza el *ticket* de la compra y sigue pasando mecánicamente los productos del siguiente cliente por el lector del código, pip pip pip. Ella se pregunta si alguien, de todas las personas que hay en el supermercado en ese momento, la reconocerá, sabrá quién es, quiénes eran sus abuelos. Sale con el carrito y llena el baúl de la camioneta y emprende el regreso a la casa.

Prepara los cuchillos según las instrucciones del libro. Son tres, de diferente tamaño, hoja de acero y mango de madera. Los lava con vino en el que ha diluido unas gotas de sangre de paloma, que sacrificó ayer lunes al

atardecer. Son las seis de la mañana. La luna está casi llena. Ha colocado los cuchillos sobre un paño de tela rojo, en el comedor de la casa, y se inclina y les habla. Prende, en un bol de cerámica, una rama de incienso, y ahúma los cuchillos mientras habla en voz baja. Después recoge el paño con los cuchillos en su interior.

Va a llover. El viento silba en las ramas, recuesta los tallos de sorgo guacho que crecen alrededor de la casa. Ella camina por el campo. El pelo suelto, lacio, de un gris clarito. Lleva en las manos una bolsa de supermercado Coto y un Tramontina serrado. Una bandada de pájaros negros atraviesa el cielo a las apuradas, sin forma, alertada por los nubarrones de acero líquido que suben como grandes barcos desde el sur.

Julia rastrea el piso, busca. Al rato se agacha y hurga entre las matas de pasto hasta dar con el yuyito. Cava con el cuchillo, alrededor del pasto, saca un bloque de tierra, tratando de infligir el menor daño posible a las raíces, y lo deja adentro de la bolsa. Después camina de vuelta contra el viento sucio y ve los relámpagos que salen de la panza de las nubes y se imprimen un momento en el aire oscuro de las seis y en su retina, antes de que el trueno sacuda la tierra.

Se desnuda. Su cuerpo flaco, de costillas apretadas. Está de pie, en medio de un círculo de velas, con el vestido gris en el piso. Se inclina

para recoger el cuenco en el piso, hunde los dedos en un líquido negro y se pinta la cara, murmurando. Después acaricia el yuyo, que tiembla. Julia le dice: Te pido permiso para cortarte un tallo.

Levanta una tijera y le corta un tallo, el yuyito da un grito corto. Pone el tallo en el interior de un cuenco y lo muele con un mortero hasta que no es otra cosa que una pasta verde oscuro. Entonces lo tapa con un repasador con el cuenco en las manos, y sale, todavía desnuda, y lo deja en el borde del aljibe.

Vuelve a su casa y trata de dormir.

Atardece y ella se pone en la boca un trozo de la pasta seca del yuyito.

Camina entre el sorgo, sintiendo el roce de las espigas en las palmas de las manos. El yuyito le ha destapado los oídos y los ojos y la piel, tan sencillamente como se abre una puerta o se quita el envoltorio de un chocolate, y ahora ella está despellejada y abierta como una flor, percibiéndolo todo. La vida interminable y oculta del campo, alrededor. El

movimiento de los insectos al ras de la tierra. Los pájaros que se estiran hacia el atardecer buscando refugio de la noche. Los animales que la observan desde la oscuridad. El latido de su propio corazón. El crecimiento del vello en sus brazos. La música de la tierra que gira y se hunde en la oscuridad una vez más. Las estrellas que aparecen y chisporrotean en el cielo y las ánimas invisibles que aparecen y chisporrotean en la tierra. Todo está tan lleno de vida, todo vibra y canta y por momentos es insoportable, como si una alegría de otro mundo pudiera colmarle de una vez por todas y para siempre el corazón.

Llueve. Una lluvia lenta, poderosa. Cae pareja sobre el colchón de hojas de eucaliptus, penetra en minúsculos hilos de agua, como el despliegue de un sistema nervioso, y llega a las capas inferiores, donde las viejas hojas se descomponen en un rumor secreto y caliente, y moja a las lombrices que se agitan y se remueven unas contra otras, ciegas. Todo despierta con la lluvia.

El rumor parejo de la lluvia en el techo de zinc, el ruido de fondo de todo el día. Se prepara un té y lo toma de parada, en la mesada que da al patio, mirando la lluvia. Al terminar, lava la taza y el pocillo y los

deja en el secaplatos celeste de plástico que tiene al lado de la bacha. Después se corta las uñas de los pies sentada en el inodoro. Guarda todos los restos en un frasco de mermelada vacío, con tapa. El frasco está lleno hasta la mitad con sus uñas. Lo deja en una estantería donde hay otros. En uno hay un bollo de pelos mojados del tamaño de una pelota de tenis. En otro, sangre menstrual extraída de las toallitas higiénicas. Cada uno tiene escrito y pegado con una cinta, un papel, en el que hay símbolos negros, de letras antiguas.

Está desnuda bajo la lluvia. Camina a campo traviesa sin dirección precisa. Recoge el agua formando un cuenco con las manos, sus largas manos flacas. En el charco de sus manos repiquetean las gotas. No parece un agua común y corriente. Parece aluminio derretido.

El chivo bala con un gemido lastimero en la oscuridad, colgado de las patas bocabajo de la rama horizontal de un quebracho. Lo ha comprado a una familia de campesinos al costado de la ruta, lo metió en el baúl, lo llevó hasta la casa y ahí está. El cielo encapotado y detrás, la luna llena, que brilla en las nubes. Ella le afeita la parte superior de la cabeza y le echa una gota

de aceite y un puñadito de sal, cierra los ojos y susurra algo que no alcanza a escucharse. Busca el cuchillo y le corta el cogote de un tajo, la voz del chivo se vuelve un gorgoteo, y la sangre cae en una palangana de aluminio.

Todavía sigue vivo, dando patadas al aire unos segundos, y después se queda quieto. Ella lo despelleja, con el mismo cuchillo. Le abre el vientre y le saca las tripas, que guarda en una bolsa de supermercado, y después le saca el cuero cortando alrededor de las patas y tirando hacia abajo. El cuero sale limpio como un guante. Lo deja colgando de una rama: después lo va a curar con sal, adentro, estirado de las puntas y atado a cuatro viejos clavos de fierro negro.

No se han producido variaciones. Por lo menos, variaciones evidentes. El mundo sigue siendo el mundo y ella sigue siendo ella. Algo no está funcionando, y sabe qué es, pero no quiere saberlo.

Va hasta el pueblo y estaciona frente a una veterinaria del centro. Se detiene frente a la vidriera para mirar, entre las bolsas de alimento balanceado y los collares para perro, la caja acolchonada de los gatitos en exhibición.

Hay seis. Deben tener un mes, más o menos. Juegan entre ellos con sus pequeñas zarpas, caminan tropezándose y cayendo.

Julia reconoce enseguida a Ezequiel, sus orejas largas y sus ojos grandes, parado a un costado, indiferente a los juegos, pestañeando como lo sabe hacer. No es parecido a Ezequiel, *es* Ezequiel, ella lo sabe. El Cazador pide sacrificios y este es el que debe realizar. El más difícil. Entra a la veterinaria y pregunta a una mujer de lentes pequeños, con un delantal celeste, por los gatitos en la vidriera.

Esos están en adopción, dice la mujer.

Ah, perfecto. Quisiera uno.

¿Tenés alguno en vista?

El atigrado, dice Julia.

Al rato está volviendo al campo con el gatito en el muslo. Mientras ella le acaricia las orejas como sabía hacer con Ezequiel, el gatito le clava las uñas en el jean, se acomoda y se queda plácidamente dormido.

No se han producido variaciones. Pero esa noche, mientras duerme con el gatito, despierta y ve al Coronel pasando por el pasillo, sin mirarla, como si no advirtiera su presencia. Vestido con el uniforme con el que fue enterrado años atrás. Lo dice el cuaderno: a medida que el Cazador se acerque, el tiempo va a ponerse raro. Y eso es lo que pasa.

A veces abre la puerta del lavadero y se encuentra con el comedor de la casa de su infancia, su madre adoptiva hojeando revistas y fumando en la mesa. O con los compañeros de primaria, vestidos todavía con el guardapolvo, que corren por el campo que rodea la casa y se internan en el sembradío de trigo para desaparecer. O con el Coronel, siempre de espaldas, nunca mirándola, parado como quien no quiere la cosa en mitad de la bañera o al lado del hogar. Una noche oye gritos y camina por la casa buscando la procedencia, lenta y espantosamente camina hasta el comedor, donde hay una mesa vasta y encima, una mujer,

desnuda y atada con alambre a las patas de la mesa. Ella sabe que es Alicia, su madre verdadera, rodeada de hombres que fuman y trabajan sobre su cuerpo.

Julia grita, pero nadie puede escucharla.

Entra al terreno sembrado de trigo. Lleva una jarra de losa llena de agua y camina con ella en las manos, lenta, para no derramar líquido. Atraviesa el alambrado y apenas entra y empieza a caminar siente la disminución de la temperatura y de la luz, como si se hubiera nublado de golpe. Camina con el cuenco en una dirección arbitraria, pero después de unos pasos oye la voz, adentro, ahora doblá a la derecha, y le hace caso, y sigue caminando hasta dar con un claro donde las plantas de trigo están suavemente acostadas en el piso, formando un espiral. Julia entiende que debe dejar ahí el cuenco, y se pone de rodillas para apoyarlo en el piso. Después se levanta y hace dos pasos y sale al alambrado y al patio de la casa de los Lara.

En mitad del campo de trigo repite las palabras que figuran en el cuaderno, una y otra vez, como un mantra. Siente el cambio en el aire, en los ruidos del campo súbitamente acallados, en su propio cuerpo. Lo siente aproximarse. El gatito atigrado está jugando a sus pies. Julia le apoya la cabeza contra el piso y cierra los ojos. No puede verlo, es demasiado. Con uno de los cuchillos ceremoniales le corta el cuello, hace presión hasta que la cabeza se despega. Ezequiel. Chiquito, perdón.

Acá tenés tu sacrificio, dice, en voz alta.

Abre los ojos. Frente a ella hay un hombre, de pie, mirándola.

Lucha en el trigo

¿Papá?, preguntó Julia.

El coronel Ruiz la miraba, entre los altos tallos de trigo, con el uniforme de fajina que usaba para ir a trabajar, el pelo escaso peinado hacia atrás y el gran bigote sobre el labio. Subía desde alguna parte el zumbido del campo al atardecer, grillos, hojas sacudidas, ranas, una sola música hipnótica.

Julia alcanzó a distinguir que el Coronel estaba pudriéndose, él

también.

Tenía los ojos muertos, apagados como frutas pasadas, y los bichos le habían comido la mejilla izquierda dejando expuesta una hilera de dientes.

Pequeños gusanos blancos saliendo del hueco de la carne y rebotando en la tela del uniforme. Sus manos estaban flacas, la piel se había retirado y sus uñas eran negras, largas, terminadas en punta.

Por unos segundos se quedaron quietos, como midiéndose.

Después el Coronel saltó hacia ella. Sorprendentemente rápido, dio unos pasos rengos y largos, casi saltos, y ella tropezó hacia atrás y cayó a la tierra, doblando con su cuerpo los suaves tallos de trigo. Enseguida el Coronel se le echó encima y le clavó esas uñas filosas en la carne de las piernas.

Jadeaba. El aire de la parte hueca de su mejilla salía como por un tubo. A ella le recordó algo, no sabía qué, pero el recuerdo era tan nítido que sintió que el tiempo había retrocedido, que era otra vez una nena, que había llegado el día de quedarse sola. Eso era, sí, El día de quedarse sola. Ahí estaba. El ruido que hacía el Coronel era el bufido de alguien excitado, de un cuerpo que se preparaba para el sexo.

Le pateó la cara con el pie, sintiendo el repugnante contacto con esa carne muerta. Un puñado de gusanos salió eyectado, pero el Coronel volvió la cara hacia ella y sacó la lengua podrida por el hueco de su mejilla.

Parecía estar divirtiéndose. Dos o tres patadas después la presión de las uñas cedió un poco. Julia se puso de pie y estaba por escapar cuando el Coronel la agarró del tobillo con una fuerza sobrehumana y un rugido y la tiró a la tierra. Cayó bocabajo esta vez, la tierra golpeándole directamente la cara. Por unos segundos perdió la conciencia y eso bastó para que el Coronel se le echara encima. Sintió su aliento caliente y podrido en la nuca, en el cuello. La sangre que manaba de su boca la salpicó.

La lengua podrida del Coronel le lamió la mejilla.

Ella estaba atrapada bajo su corpachón. Oyó con los ojos cerrados que el Coronel se sacaba el cinto del pantalón, la hebilla tintineando como la había oído cuando era una nena. El Coronel le empujó la cara, se la hundió en la tierra húmeda entre los tallos, sin dejar de tirarle el aliento vacuno en la cara, mientras con la otra mano le subía el

vestido que ella se había puesto para el ritual.

Quiso gritar, pero tenía la cara hundida en la tierra y lo único que se oyó fue un gemido mudo, apagado. El Coronel le bajó la bombacha hasta las rodillas.

Ella se impulsó con toda la fuerza de sus brazos hacia arriba, pero era como si una montaña se le hubiera encaramado encima de los hombros.

Luchó, sin embargo, dando patadas y sacudiéndose, hasta deslizarse como un insecto debajo de ese corpachón. Hundió las uñas en la tierra y tiró hacia adelante y, en el esfuerzo, una de las uñas se le despegó del dedo. Ella casi no lo sintió, ocupada como estaba en escapar.

Shhh, hizo el Coronel, antes de darle el primer golpe.

Ella lo sintió en la espalda, entre los omóplatos. La dejó sin aire y le nubló la visión por unos segundos. Volvió a caer, volvió a incorporarse.

El segundo golpe fue en la oreja. Tan fuerte que le reventó el tímpano y la dejó sorda para siempre (pero de esto se daría cuenta días después, cuando ya estuvo fuera de peligro: no podría oír nunca más con el oído izquierdo). Cayó de costado. El Coronel, con el pantalón ya desabrochado, le pegó una patada en la cara con uno de sus pesados borceguíes militares.

Julia sintió el impacto en los labios y los dientes. Escupió sangre, escupió una de sus paletas en la tierra húmeda.

Con el borceguí, el Coronel le aplastó la mano izquierda, que Julia intentaba extender para escapar.

Sus dedos se quebraron como ramitas secas. El Coronel le pateó la cabeza.

Julia supo que iba a morir ahí. No en el sueño. Iba a morir en la realidad.

Iba a descomponerse y entre sus huesos crecerían tallos finos de trigo mecidos por el viento.

No, dijo.

El Coronel se volvía a agachar al frente de ella.

No, dijo Julia.

Era un manojo de dolor. Todo su cuerpo latía con un dolor que nunca había sentido. Pero extendió la mano derecha, la única que aún podía mover, y la apoyó en la mejilla podrida del Coronel.

No, volvió a decir, y hundió el pulgar en la cuenca de su ojo. Sintió la presión sobre algo húmedo y después la presión cedió y el agua del ojo se derramó alrededor de su dedo.

El Coronel bramó, se echó hacia atrás. Se tiró encima de ella dispuesto a morderla, a arrancarle pedazos de piel, a torturarla hasta la muerte.

Julia se levantó y salió corriendo. Corrió como pudo, con un tobillo astillado y la boca llena de sangre.

No corrió en dirección a la casa, que estaba a unos veinte metros a lo sumo. Sabía que no la iba a encontrar, de todas formas, que ya no estaba en San Ignacio, ni en el campo de los Lara: había accedido a otra zona. Corrió, los tallos de trigo pegándole en la cara, hacia la trampa.

Había estado trabajando en la trampa durante casi dos días, en la pausa de los rituales. Tenía la idea un poco infantil de que, si el Cazador tomaba forma humana y cuerpo, era posible matarlo. Acabar con él. Volver a foja cero.

Cavó entonces una fosa. Grande, de dos metros de largo y uno de profundidad. Usó la pala honda del galpón, arrancando primero los tallos de sorgo y dejándolos a un costado, y hundiendo después la hoja hasta el fondo para retirar la tierra. En el transcurso, se hizo ampollas en las palmas, poco acostumbradas al trabajo manual, y encontró unos gruesos guantes de obra en el galpón, que le ayudaron en la última etapa. La tierra era blanda, pero estaba llena de los nudos de los tallos de sorgo. Cuando la fosa estuvo

terminada, Julia tenía la piel de las manos destrozadas, las ampollas se le habían reventado en el interior de los guantes, y el mínimo contacto le dolía muchísimo, pero se sintió bien.

Ahí estaba. Parecía una tumba.

Entonces comenzó la segunda etapa.

En el fondo del pozo, directamente en la tierra, clavó doce estacas de madera, convenientemente afiladas. Para cada una hizo un pequeño pozo que rodeó con piedras, para que quedaran firmes, y después de colocarlas y de hundirlas en la tierra empujándolas con una piedra grande, les repasó el filo. El resultado final la dejó conforme. Luego fabricó una tapa con ramitas atadas con hilo sisal, que disimularían el pozo y las estacas, y cubrió todo con una parva de trigo fresco. No sabía si iba a servir, pero era algo.

Era casi imposible moverse con el tobillo esguinzado o quebrado, no sabía. Hacía dos pasos y caía, con la respiración del Coronel en la nuca.

Pensó que nunca encontraría la trampa, que se iba a morir sin dar con ella, pero al cabo de un rato la vio, como un claro en el campo de trigo.

La rodeó y se desplomó del otro lado, esperando, con la respiración agitada. El Coronel corría detrás, con esos pasos largos, animales, y podía escuchar el chas chas de los tallos de trigo al impactar contra su cuerpo.

Entonces, al verla, se detuvo. Estaba a menos de un metro del borde.

Vení, papá.

El Coronel, comido por los bichos, la miró con sus ojos apagados.

Parecía desconfiar.

Quiero que me toques, papá. Lo necesito, dijo Julia.

El Coronel se pasó la lengua podrida por los labios y avanzó hacia ella.

Su pie se hundió en el vacío y cayó en la trampa. Ella lo escuchó gemir como un animal, ahí abajo.

Después de un instante se asomó.

El Coronel estaba en el fondo, bocabajo, clavado. Dos estacas asomaban por su espalda. Otra, de uno de los muslos. Se debatía ahí, como un insecto atrapado con alfileres.

Ya estaba. Se había terminado.

Julia se acostó en el piso y lloró. No podía hacer otra cosa. Se había terminado, al fin.

Unos minutos después oyó un ruido. Entre los gemidos del Coronel, que seguía debatiéndose en las estacas, algo empujaba los tallos de trigo. Julia vio personas que emergían al claro. Reconoció a su padre, joven y sano, y a una mujer de pelo lacio y rubio que debía ser su mamá. La mujer le pasó una mano por la mejilla y le hizo el gesto de llevarse el dedo a la boca pidiéndole silencio. Griselda emergió del bosque, y un hombre alto, que debía ser Braulio. Todos estaban ahí. Todos se metieron en la trampa y al cabo de un rato Julia oyó los alaridos que daba el Coronel.

No quiso mirar.

El sol ya casi se había puesto, allá arriba, entre los penachos móviles de trigo.

Julia se quedó mirando un largo rato el cielo, que viraba sus colores, y entonces la primera estrella apareció, parpadeando, y ella supo que estaba a salvo y se desvaneció.

Un largo camino a casa

Despertó al día siguiente y lo primero que pensó fue: sed. Tenía que tomar agua urgente. Sentía los labios resecos y cuarteados, como la tierra del patio, la lengua áspera. Lo segundo fue la hormiga.

Una hormiga negra, culona, le husmeaba el brazo cubierto de pelitos. No la estoy sintiendo, no tengo sensibilidad en el brazo, se dijo: en alguno de los muchos golpes que me propinó el Cazador, o el Coronel, o quien fuera, quedé paralítica.

Pero entonces llegó lo tercero: el dolor.

El dolor era como un músico que iba tocando notas separadas, al principio, una acá y otra allá, notas de distintas escalas, dolor de dientes, dolor en el brazo, dolor en la pierna, dolor en el estómago, dolor en el oído que había quedado sordo. Eran notas separadas, pero lentamente iban formando acordes, y esos acordes se ejecutaban en zonas enteras de su cuerpo. Con el enfriamiento había llegado el dolor. Una sinfonía.

Se dijo: tendré que levantarme, como pueda, para ir a buscar agua. Se

dijo: no, no puedo. No quiero. Prefiero morir acá. Morir no está mal.

Pero al cabo de un rato se levantó. Como si tuviera las articulaciones cubiertas de espinas, o como si las heridas frescas le tiraran, giró hacia la derecha, se apoyó en un codo y después en un pie (el derecho), pero cuando quiso apoyar el izquierdo gritó y volvió a caer. El bueno del Coronel le había quebrado o esguinzado el tobillo, no lo sabía, pero era imposible apoyarlo en el piso. Empezó a arrastrarse hacia la dirección donde pensaba que estaba la casa.

Tardó más de cuatro horas en llegar. Fue un camino sembrado de dudas, de frustración, de barro reseco y de insultos dichos en voz alta, para nadie, para los tallos de trigo que la miraban atónitos.

En otras épocas se hubiera dejado morir, sencillamente. Que se la comieran los bichos bocarriba.

Pero ahora, no. Ahora llegó al alambrado a las once de la mañana y lo cruzó por debajo y siguió rumbo a la casa sin dudar. Un costado de la cara cubierto de tierra y sangre seca. Dos uñas de los dedos despegadas. Un tobillo roto (o esguinzado). Dos dedos quebrados en una posición que hubiera sido graciosa, en otro momento, pero ahora le dolía tanto que se detuvo para vomitar. Vomitó del dolor, sencillamente, sobre las hojas secas de los pinos, y un poco de vómito se le quedó adherido a la barbilla.

Pensó que no encontraría nunca la casa, que tal casa había desaparecido, que sería imposible escapar de ese campo de trigo interminable, pero cuando la vio, a lo lejos, como una sombra, se largó a llorar. Lloró casi dos minutos enteros. Después emprendió el camino hacia allá.

Tomó agua directamente de la canilla que había en la galería de entrada, se mojó el pelo y la cara, y volvió a tomar agua y se desvaneció por un tiempo que pudo haber sido largo o corto, no lo sabía. Al despertar, miró los dedos de la mano izquierda, que latían acompasadamente y estaban hinchados en la posición graciosa en que habían quedado después del pisotón, y decidió que tenía que arreglarlos, porque iban a soldarse mal.

Con los dedos de la mano derecha, los tomó desde la punta y tiró con toda la fuerza de la que era capaz en ese momento. Sintió el crac de

los huesos al acomodarse y se volvió a desmayar.

Despertó al atardecer. El campo se preparaba para dormir. Sus dedos todavía eran un manojo de dolor, pero de alguna manera los sintió mejor. Se arrastró al interior de la casa, llegó hasta el sofá, se encaramó encima y durmió hasta la mañana siguiente.

Dedicó ese día a desvestirse, a darse una ducha, sentada, con el agua cayéndole en el pelo, y a entablillarse los dedos y el tobillo con las

maderitas de un cajón. También durmió. Soñó con Luisito Lara, hablándole, aunque no pudo escuchar lo que decía.

Una tumba con nombre

Tardó casi dos meses en volver a caminar.

Al principio daba pasos cortos, sufridos, del baño a la cama o de la cama a la cocina, donde picaba algo de una lata y volvía a recostarse. El tobillo se le hinchó, casi al doble de su tamaño normal, y ella le aplicó bolsas con hielo hasta que la hinchazón fue bajando. Se pasaba largas horas mirando el techo, sin hacer nada, sin angustiarse, sin necesitar otra cosa. Semanas después, increíblemente, los huesos terminaron soldándose, y aunque le dolía y rengueaba, volvió a andar por la casa.

Tenía mucho trabajo por hacer pero, si no se tomaba su tiempo, las cosas iban a salir mal. Así que esperó quince días más.

Soñó con Griselda una noche. En el sueño Julia le decía: No pude hacerlo. No pude continuar tu legado. No soy esa clase de persona.

Griselda, que estaba sentada en su cama, le acarició la mano y le dijo que entendía. Le dijo que había hecho lo correcto. Le dijo que ahora las cosas ocupaban el lugar que siempre tendrían que haber ocupado. Le dijo que era una cazadora, que siempre lo había sido, que su vida estaba a punto de comenzar.

Sus dedos soldaron bien. La hinchazón de su cara fue bajando con el

correr de los días. Se cubrió la oreja reventada con el pelo. Entendió que su oído izquierdo apenas oía o no oía en absoluto. Con respecto a sus dientes,

bueno, iba a tener que hacer algo en algún momento: tenía un hueco entre las paletas superiores.

Pero ya estaba mejor. Podía cocinar, podía caminar rengueando de un lado a otro, podía pensar. Y después de pensar, entendió lo que tenía que hacer.

Cavó la tumba de su padre en la parte trasera de la casa.

Pensó que habría querido descansar ahí, en el lugar donde fue tan feliz cuando era un chico, más que en el frío y húmedo panteón familiar. Con la pala honda que le había servido para hacer la trampa, cavó una fosa de un metro y medio de profundidad y dejó, en el fondo, la manta que envolvía los restos de su padre, y después le echó tierra encima. Ahora podrá descansar, pensó. Ahora que el ciclo ha terminado. En el extremo superior clavó una tabla de madera en la que había grabado las palabras Luisito Lara

/ 1950-1977. Sintió que eso estaba bien.

¿Está bien así, papá?, le preguntó a la tierra.

La tierra no le respondió.

Quedaba lo otro. Quedaba el aljibe y las personas que habían sido arrojadas ahí, los sacrificios de todos esos años. Tenía que hacer algo: durante días y días, mientras terminaba de recuperarse, se preguntó qué.

Para esa época el paisaje cambió. El pasto se volvió de un verde oscuro, casi violento. Las plantas florecieron: los crisantemos, los jazmines, los limoneros, y Julia cortó los gajos blancos y olorosos, se los llevó adentro y los dejó en un vaso, para que perfumaran la casa. Las noches dejaron de ser heladas y por las mañanas, a veces, el viento era un soplo de aire caliente que parecía la respiración de un gigante dormido. Uno de esos atardeceres, que empezaban a ser furiosos y

lentos, allá cerca del alambrado, divisó una liebre que la miraba con las orejas erguidas. Se preguntó si sería pariente de la que su padre había cazado casi cincuenta años antes. Una noche tuvo que prender el ventilador de techo para dormir.

Hacía casi seis meses que estaba viviendo en esa casa. A veces recordaba imágenes de su vida anterior, pero eran fragmentarias y pálidas, como si fueran de otra vida, de otra persona. Una fotógrafa que tenía un departamento y un gato y un par de amantes en el barrio porteño de

Almagro, alguien a quien seguramente ya daban por perdida, por asesinada, por desaparecida. A veces preguntaba qué estarían haciendo Alejandro, con sus novelas incompletas y experimentales, sus amigos, su psiquiatra. Su gato. Después ahuyentaba esos pensamientos.

Se levantaba temprano, limpiaba la casa, leía los libros de la biblioteca de clásicos que Braulio y Griselda tenían en el comedor, cocinaba, almorzaba, dormía una siesta. A veces salía a caminar, en los primeros tiempos, y a correr, en los segundos, por el camino de tierra solitaria que se internaba en el campo. Pronto adquirió un estado físico envidiable.

Leyó el cuaderno, las anotaciones que sus abuelos habían hecho, y trató de reconstruir las historias de cada una de esas víctimas. Había nombres, direcciones de lugares a lo largo y a lo ancho del país. Había gente, a lo mejor, que todavía esperaba una noticia de sus familiares: heridas abiertas.

Encontró la soga en el galpón. Era larga y gruesa, de hilo trenzado. Se fabricó un arnés para bajar. Lo instaló atornillando una placa en el borde del aljibe: la soga pasaba por ahí y también por la glorieta de hierro que estaba encima. Cuando vivía en Almagro no hubiera podido cambiar una lamparita por sus propios medios, y ahora estaba instalando un sistema de roldanas.

Era increíble.

Al día siguiente bajó por primera vez.

Llevaba una linterna en una mano, una bolsa de arpillera colgada del brazo. Bajó impulsándose con la mano libre, apoyando con cuidado las zapatillas en las paredes húmedas, goteantes, del aljibe, y a medida

que descendía la temperatura bajaba también, y los ruidos y la luz iban quedando atrás.

Con la muerte del Cazador, los cuerpos habían recuperado el tiempo perdido: estaban resecos como momias, tan frágiles que se hacían polvo si los apretaba demasiado. Recogió el primero, con cuidado, metió sus huesos con carne seca adherida en la bolsa y volvió a subir.

Se llamaba Coty. En las anotaciones de sus abuelos el nombre de ese cuerpo era el de Costanza Pedernera. Trece años. Había nacido y vivido hasta su sacrificio en la ciudad de Los Geranios, a unos trescientos kilómetros hacia el sur, ya en la provincia de La Pampa. En las anotaciones figuraba, incluso, su dirección.

A las ocho y media de esa mañana, la madre de Coty se levantó, tomó unos mates y salió con un carrito de compras celeste con el que pensaba ir hasta el supermercado, que quedaba a cuatro cuadras, pero al abrir la puerta de la calle vio la bolsa, en las lajas de cemento que años atrás habían puesto en el jardín delantero para los días de lluvia.

Pensó en que alguien le había dejado una bolsa de basura, qué descarados de mierda. La madre estaba vieja, con el pelo blanco y corto, pero al inclinarse para abrir la bolsa sus rodillas no sonaron. Cuando vio el primer hueso dio un grito y se echó hacia atrás.

Casi dos meses después (en el medio hubo un despliegue policial, análisis de ADN, una nota en un diario de tirada nacional y dos canales de televisión que lo cubrieron bajo el titular de «El asesino deja los restos de una chica desaparecida hace diez años frente a la casa de sus padres»), la madre y el padre de Coty enterraron a su hija en una tumba del cementerio local.

Al fin lo sabían: estaba muerta. Al fin tenían un lugar para visitarla, en las tardes heladas y claras del invierno en la ciudad. La policía había dicho que investigaría, pero ellos no le creían, y en el fondo ni siquiera les importaba.

Dos empleados municipales metieron el cajón hasta el fondo del nicho y pusieron la tapa, con el nombre de Coty y las fechas de su nacimiento y de su desaparición. En la pequeña foto ovalada, Coty

sonreía, con su pelo negro y sus labios pintados.

El padre y la madre se quedaron un momento ahí, mirando la tapa, sintiendo que en sus corazones algo al fin se había cerrado. El padre usaba un bastón, por el problema de osteoporosis en la cadera que le habían descubierto años atrás, y la madre apoyó la cabeza en su pecho para llorar.

Estuvieron así un largo rato, llorando, y después caminaron juntos, abrazados, hacia la salida del cementerio.

Sentada con un té en el porche de su casa, en el campo, Julia podía imaginar (podía *ver*) a esa pareja de ancianos saliendo del cementerio a la luz de esa tarde. Todavía quedaban muchos. Mañana, esa misma tarde, probablemente, emprendería el rescate del segundo de los cuerpos, y

después lo devolvería a su lugar. Se sintió, por un momento, en paz consigo misma, tomando un sorbo del té, en ese lugar que era suyo.

Ahora sabía quién era, para qué hacía las cosas. Sabía su nombre. Su vida verdadera estaba empezando, al fin.

Agradecimientos

A Leticia Dabienzo, Pablo Natale, Eloy Alazard, Tomás Downey y Santiago Craig por leer los borradores de la novela y hacerme agudas y perspicaces observaciones.

A Mariana Enriquez y Federico Fashbender por propiciarme bibliografía satánica.

A Caterina, sobre todo, por el amor y por abrirme la puerta para ir a jugar.

Premio Clarín Novela 2023

En Buenos Aires, el 24 de noviembre de 2023, un jurado integrado por los escritores Samanta Schweblin, Ana María Shua y Carlos Gamerro otorgó por unanimidad el Premio Clarín Novela, en su edición número XXVI, a la obra *Para hechizar a un Cazador*, de Luciano Lamberti, elegida entre ocho novelas seleccionadas sobre un total de cuatrocientos veintiséis presentadas.

El jurado destacó el extraordinario manejo del suspenso y de la tensión narrativa en una historia compleja y perturbadora. Señaló la construcción artesanal del lenguaje, la creación de personajes inolvidables y de una estructura perfecta para narrar los horrores de la dictadura con las claves del género de terror.

El Premio Clarín Novela, dotado con dos millones de pesos, se otorga a una novela inédita escrita en español que publica la editorial Alfaguara.

Novelas premiadas

1998 *Una noche con Sabrina Love* de Pedro Mairal 1999 *Inglaterra. Una fábula* de Leopoldo Brizuela 2000 *Se esconde tras los ojos* de Pablo Toledo 2001 *Memorias del río inmóvil* de Cristina Feijóo 2002 *Las ingratas* de Guadalupe Henestrosa 2003 *Perdida en el momento* de Patricia Suárez 2004 *El lugar del padre* de Ángela Pradelli 2005 *Las viudas de los jueves* de Claudia Piñeiro 2006 *Arte menor* de Betina González

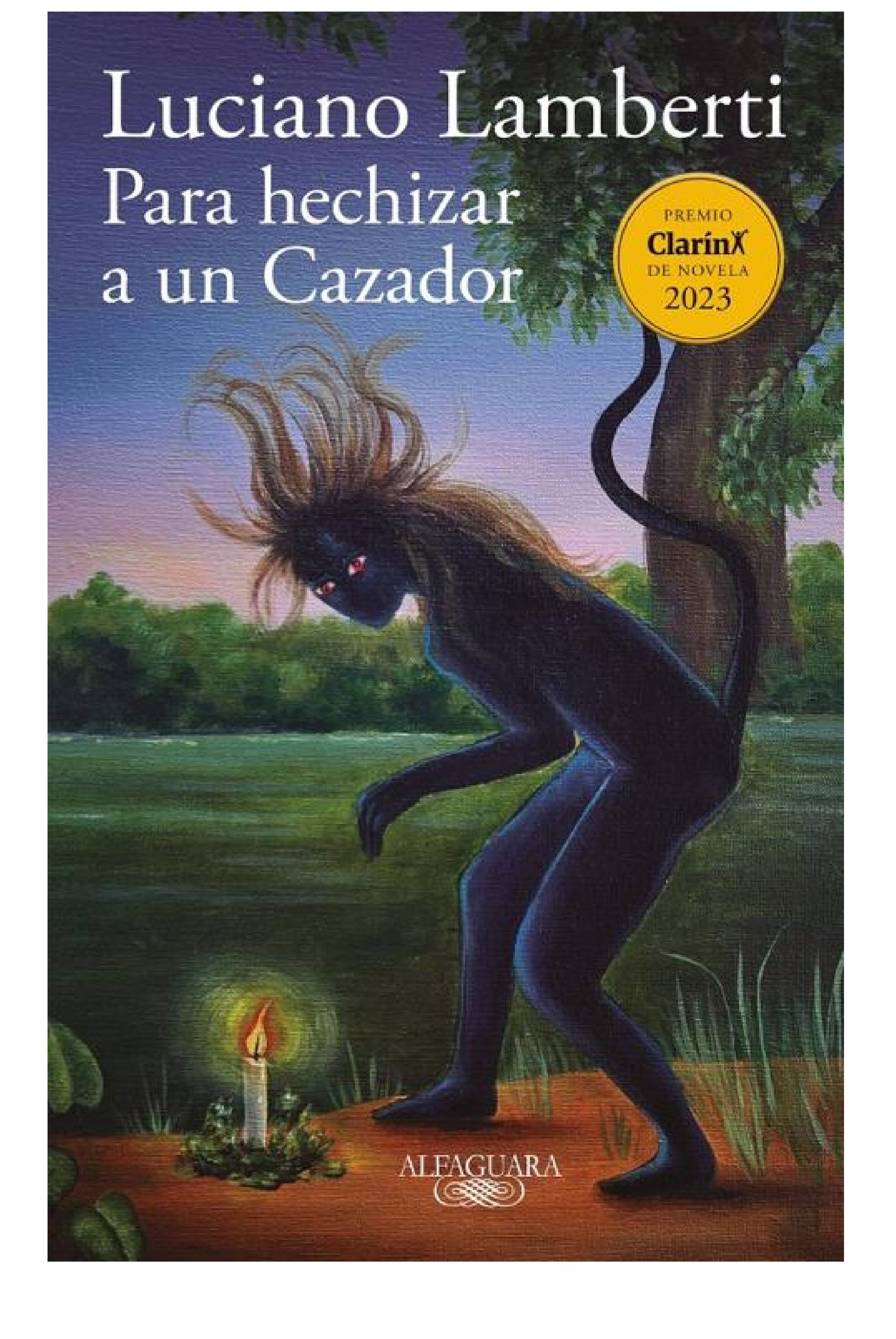
2007 *El lugar perdido* de Norma Huidobro 2008 *Perder* de Raquel Robles

2009 *Más liviano que el aire* de Federico Jeanmaire

2010 *La otra playa* de Gustavo Nielsen 2011 *El imitador de Dios* de Luis Lozano 2012 *Sobrevivientes* de Fernando Monacelli 2013 *Bestias afuera* de Fabián Martínez Siccardi 2014 *Rebelión de los oficios inútiles* de Daniel Ferreira 2015 *¿Qué se sabe de Patricia Lukastic?* de Manuel Soriano 2016 *El Canario* de Carlos Bernatek

2017 *Cadáver exquisito* de Agustina Bazterrica 2018 *Tú eres para mí* de José Niemetz

2019 *Negro el dolor del mundo* de Marcelo Caruso 2020 *Asomados al pozo* de Sancho Arabehety 2021 *Donde retumba el silencio* de Agustina Caride 2022 *El desierto invisible* de Miguel Gaya 2023 *Para hechizar a un Cazador* de Luciano Lamberti



«Hace rato que vengo mirándote […]. Espiándote, para ser más precisa».

Julia escucha en un bar a una vieja que la abordó en la calle y dice ser su abuela. Siempre tuvo dudas sobre su propio origen y Griselda ahora le revela su verdadera historia. Muy pronto entenderá que detrás de esa apacible anciana hay más de lo que dice.

Los lectores, con ella, empezarán una inmersión sin pausa en un territorio de horror multiforme que, en la repetición de la tortura y la muerte, replica los gestos sangrientos de la dictadura militar. Una trama labrada con excelencia que repasa los años 60 y 70 con los recursos del terror y del gore y que deslumbra con su maestría y agudeza.

Dijo el jurado:

«Una novela apasionante […], tiene un extraordinario manejo del suspenso y de la tensión narrativa y, al mismo tiempo, es perturbadora y obliga a reflexionar. Uno de esos libros de los que el lector no sale indemne».

ANA MARÍA SHUA

«Además de la multiplicidad de personajes, sus momentos de verdad y la fuerza de esta historia, es un libro complejo e incómodo [...]. Abran esta novela con precaución porque, como muchos grandes libros, no es exactamente lo que parece».

SAMANTA SCHWEBLIN

«Supimos, al leerla, que estábamos ante la novela de un gran artesano de la frase, un avezado compositor de las voces de sus personajes, un experto

arquitecto de la estructura novelística, un maestro a la hora de descubrir, en las formas de un realismo, por momentos costumbrista, las fisuras de lo siniestro, y en esta obra se mete de lleno en los horrores de la última dictadura».

CARLOS GAMERRO



LUCIANO LAMBERTI

Nació en San Francisco, Córdoba, en 1978. Es licenciado en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba.

Ha publicado el libro de poemas *San Francisco*; las colecciones de cuentos *El asesino de chanchos, El loro que podía adivinar el futuro* (elegido el libro de cuentos del año por la RevistaÑ), *La casa de los eucaliptus* y *Gente que habla dormida*; las novelas *La maestra rural, La masacre de Kruguer* (finalista del Premio Filba-Medifé) y *Los abetos*, y la recopilación de notas periodísticas *Plan para una invasión zombie*. Actualmente dicta talleres de escritura creativa y trabaja como guionista.

Document Outline